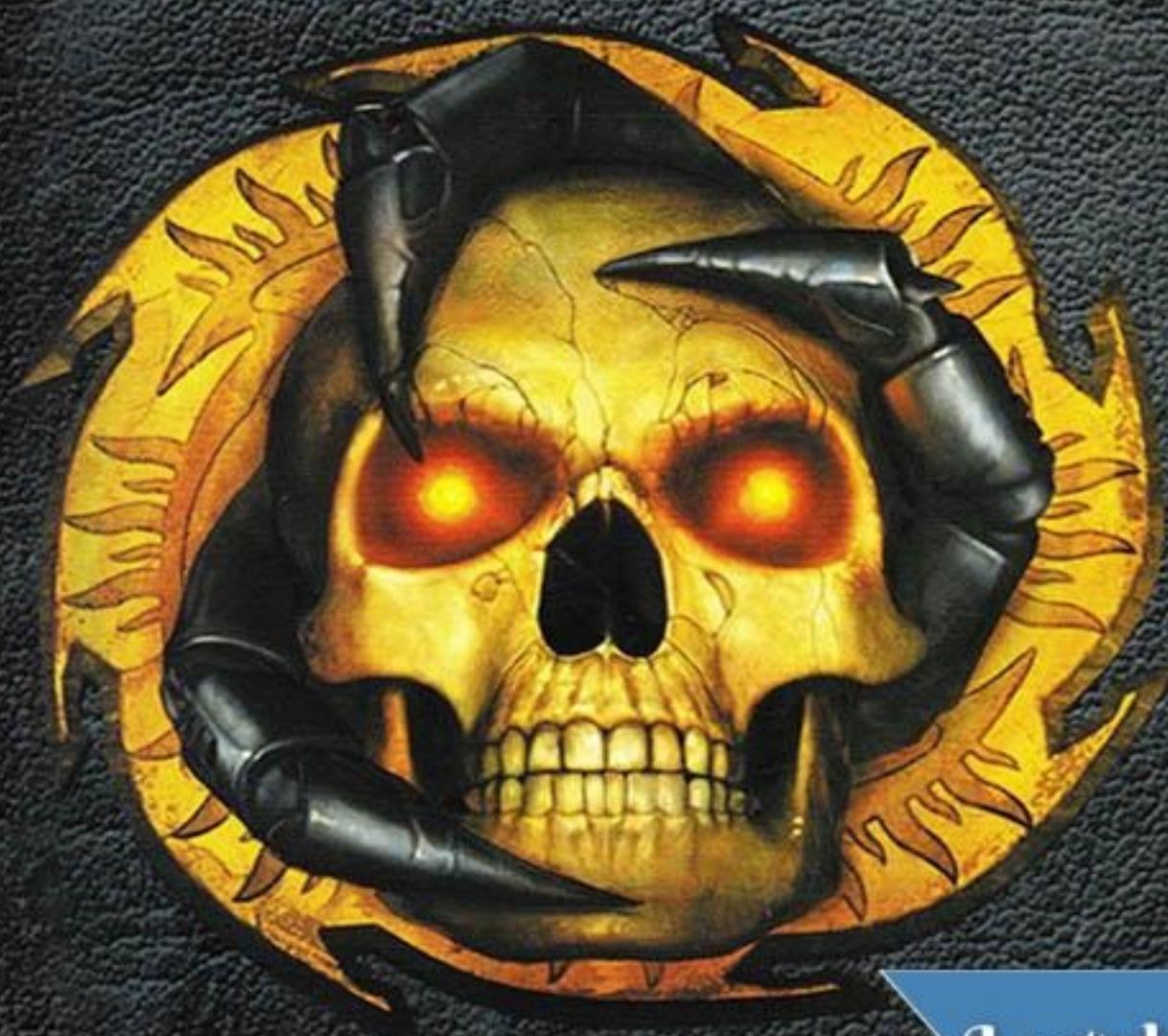


REINOS OLVIDADOS

Puerta de BALDUR II

el
Trono de Bhaal



Philip Athans

Lectulandia

Los hijos y las hijas de Bhaal, Dios de la Muerte, compiten bien por ocupar el trono vacío de su padre y alcanzar la inmortalidad, bien para resucitarlo y elevarse con él. Pero sólo uno de ellos podrá lograrlo: quien consiga acabar con todos los de su misma estirpe.

Abdel Adrian, hijo de Bhaal por nacimiento e hijo de Gorion por elección, deberá luchar para sobrevivir, y también para proteger a las dos mujeres que ama: su querida Jaheira y su hermana Imoen.

Lectulandia

Philip Athans

El Trono de Bhaal

Reinos Olvidados: Puerta de Baldur 3

ePub r1.0

Huygens 27.05.14

Título original: *Baldur's Gate II. Throne of Bhaal*

Philip Athans, 2001

Traducción: Joana Claverol

Diseño de cubierta: Valerio Viano

Editor digital: Huygens

Digitalización: Mapperusa

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Marpenoth, 1368 CV

—Silencio, Ravia —advirtió Gerdon a su esposa—. Despertarás al niño. Lo asustarás.

—Tiene motivos para estar asustado, Gerdon. Yo lo estoy —replicó Ravia, al borde del llanto—. Ya sabes lo que se comenta: ejecuciones, gente quemada en público...

—¡No, Ravia! —Gerdon golpeó con el puño la recia mesa situada en el centro de la pequeña habitación que la familia usaba como cocina. Él mismo había construido aquella mesa, al igual que las sillas colocadas alrededor o la cama del cuarto de al lado. Gerdon incluso había levantado con sus propias manos las paredes de madera de su hogar y el tejado de barda que lo cubría—. ¡No dejaré que esta locura me obligue a abandonar mi tierra, mi hogar!

Ravia sacudió la cabeza.

—¿Prefieres morir, Gerdon? ¿Y contigo, tu hijo? Por las venas de Terrel también corre sangre corrompida.

En vez de replicar, Gerdon empezó a dar vueltas por la diminuta cocina. Cada noche se repetía aquella discusión con su esposa. Gerdon estaba enfadado con Ravia, con el mundo e incluso consigo mismo. Pero, sobre todo, tenía miedo. Miedo de que Ravia estuviera en lo cierto. No obstante, una parte de él se negaba a huir.

—Son historias que vienen del norte, de Amn. ¡Los amnianos son bárbaros! Allí se matan unos a otros por un puñado de monedas. Sólo están buscando una excusa.

Ravia se levantó, cruzó la cocina y detuvo a su marido, que no cesaba de dar vueltas como un león enjaulado. No iba a permitir que la diera de lado ni que descartara sus palabras sin antes sopesarlas.

—Cada semana se oyen más historias, esposo. No pasa una semana sin que nos lleguen rumores de ciudades y aldeas cada vez más cercanas. Ya no es sólo Amn. Ya sabes lo que está ocurriendo en Tethyr y Calimshan. ¡No puedes hacer caso omiso!

—Esas ciudades no son como la nuestra —protestó Gerdon, que atrajo a su esposa hacia sí y le dio un abrazo tranquilizador aunque tal vez trataba más de convencerse a sí mismo que a ella—. Nuestros vecinos son sencillos campesinos como nosotros y nunca nos harían ningún daño. Los conocemos.

Ravia nada replicó. Sintiendo incómodo por el opresivo silencio, Gerdon siguió tratando de aplacar los temores de su mujer.

—Sea como sea, nunca creerían lo que otros les dijeran. Sólo nosotros lo sabemos. Ni siquiera Terrel está al corriente.

—Pues tal vez debería —susurró Ravia.

«Corre. No preguntes; no esperes respuestas; no dudes; no busques explicación. Corre. Echa a correr».

Durante todo el mes anterior su padre le había inculcado esa lección. Terrel tenía sólo diez años y todavía no entendía muchas de las palabras que su padre usaba — como persecución, linchamiento, genocidio, legado, engendro de Bhaal—, pero era suficientemente mayor para entender el mensaje principal.

—Si ves forasteros en la granja, Terrel, echa a correr. Corre lo más rápido que puedas y no te pares. Corre.

Al regresar de los campos donde ayudaba a la familia, Terrel los oyó mucho antes de verlos. El viento vespertino llevaba hasta él el sonido de iracundos gritos de muchas voces. La turba avanzaba por los campos, pisoteando sin ningún miramiento los cultivos de Gerdon. Las antorchas que llevaban resplandecían en la creciente penumbra de la tarde iluminando a la gente con luz anaranjada. No se percataron de la presencia de Terrel, pues tenían toda la atención puesta en la diminuta granja que se alzaba en la lejanía y no en la pequeña figura que, de haber desviado la mirada hacia el extremo más alejado de los campos, hubieran entrevisto recortada en la oscuridad.

Pero Terrel sí los vio iluminados por las antorchas. Incluso a aquella distancia pudo reconocer a muchos de los hombres que acudían periódicamente a la granja para cerrar tratos con sus padres. Pero al ver los extraños uniformes de los soldados que los acompañaban obedeció las instrucciones de su padre y echó a correr.

La cabaña quedó rodeada. Los soldados y los mercenarios fueron lentamente cerrando filas en torno a la casa, apretando cada vez más la soga alrededor del abyecto Hijo de Bhaal. Más allá, una entusiasta multitud de lugareños se esforzaban por ver pero sin ser vistos, por miedo. El jefe de los soldados, oculto en la sombra y cubierto con un manto provisto de capuz, vigilaba la escena a distancia segura.

Los soldados se acercaron a una casa en silencio, aunque una luz que brillaba en el interior se filtraba por las pequeñas grietas de los muros. Los soldados se detuvieron y los civiles apostados detrás empujaron a un renuente alcalde.

El hombre se movía inquieto y miraba a su alrededor, buscando consuelo o tranquilidad en los rostros de aquellos a los que representaba. Pero sus conciudadanos se quedaron atrás del círculo de los soldados y miraban al suelo. Los rostros inclinados se veían borrosos a la parpadeante luz de las antorchas y las sombras, y sus auténticos sentimientos eran inescrutables.

Lo que sí distinguía con toda claridad el alcalde era la expresión en la cara de los soldados próximos o, mejor dicho, la absoluta falta de expresión. Todos y cada uno de los hombres armados que cercaban la pequeña granja devolvieron al alcalde su

inquisitiva mirada por otra de apatía carente de la menor huella de compasión. Habían sido duramente entrenados para cumplir fanáticamente con su deber y las órdenes de su embozado jefe, que se mantenía casi completamente oculto en las sombras.

El alcalde carraspeó y, al hablar, su voz sonó clara y fuerte pese a todas las reservas que albergaba. Era la voz de un hombre acostumbrado a hablar en público.

—¡Gerdon, quedas detenido por la seguridad de toda la comunidad, para evitar que tu sangre impura nos traiga la destrucción! ¡Si te entregas pacíficamente, serás arrestado y sometido a un juicio justo!

No hubo ninguna respuesta desde el interior de la casa. Sólo se oía el crepitar de una de las antorchas encendidas. El alcalde esperó un tiempo prudencial antes de tomar de nuevo la palabra.

—Si te entregas, Ravia, tu esposa, quedará libre. Pero si te resistes no podré garantizar su seguridad.

De nuevo la única respuesta fue el silencio. El alcalde prosiguió.

—Desde luego, tu hijo, Terrel, también quedará bajo custodia, pues por sus venas también corre la corrompida sangre de Bhaal.

Ésta vez el alcalde dejó que el silencio se prolongara muchos minutos. Ya había pronunciado el discurso cuidadosamente confeccionado que la figura encapuchada le había dictado. Si quería añadir algo, tendrían que ser sus propias palabras. Al hablar, en su voz ya no sonaba el timbre de gravedad propia de una proclamación oficial.

—Gerdon, por favor... sé razonable. Es una situación muy desagradable para todos. Por la seguridad de nuestras familias, y también de la tuya, tú y tu hijo debéis entregaros a la auto...

La flecha se incrustó en el pecho del alcalde; su punta metálica se hundió en la carne, penetró entre los sólidos huesos de la caja torácica y le perforó un pulmón. Las súplicas del alcalde se ahogaron en una espuma sanguinolenta. Mientras se asfixiaba, agarró débilmente el astil que le sobresalía del pecho y lentamente se desplomó, muerto. Gritos de alarma y horror brotaron de la muchedumbre de civiles congregados tras el círculo de soldados que rodeaban la granja.

Todos a una los soldados avanzaron en perfecta formación hacia la casa. Sus rostros no reflejaban ni sorpresa ni conmoción, como si hubieran esperado aquello desde el principio. Una lluvia de flechas salió despedida del ventanuco de la cabaña. Pero los mortales proyectiles rebotaron en los grandes y recios escudos que sostenían los soldados, sin causar ningún daño. Fueron cerrando filas hasta formar un estrecho círculo a menos de cuatro metros de la casa.

—¡Malditos seáis todos, traidores! —gritó una voz familiar desde el interior—. ¡Que vuestras almas ardan en el Abismo!

En respuesta a una señal apenas visible de su embozado jefe, el capitán de los

soldados alzó una mano. Al unísono, uno de cada dos soldados que rodeaban la casa levantó su antorcha y la arrojó contra el tejado de barda. El fuego prendió rápidamente y un penacho de denso humo negro se alzó en el violáceo cielo nocturno.

La mitad de los soldados aún sostenía una antorcha; la otra mitad desenvainó metódicamente una cimitarra y esperó. Todos mantenían los escudos en alto para protegerse de otra posible andanada de flechas.

Pero mientras el fuego prendía en el tejado de paja y las llamas se iban extendiendo, la única respuesta del interior de la casa fue un desafiante silencio. A los pocos minutos anaranjadas lenguas de fuego lamían ya los muros, quemaban las paredes y se disponían a abrasar los cimientos de la granja así como la tierra sobre la que se alzaba. El humo subió en volutas ante el humilde hogar hasta que la débil brisa que soplaba sobre los campos lo aclaró y lo dispersó.

Gerdon lanzó un intenso gemido de angustia y dolor, un gemido inhumano que impulsó a sus conciudadanos a taparse los oídos por el terror y la vergüenza.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y Gerdon salió en tromba, arrancando la puerta de los goznes. Armado únicamente con la guadaña de hierro que utilizaba para segar, el corpulento campesino arremetió audazmente contra el capitán de los soldados. El capitán, protegido con una armadura, se adelantó tranquilamente para detener el ataque con el escudo y la cimitarra.

Blandiendo su improvisada arma con la pericia de un maestro segador, Gerdon dibujó un arco con la guadaña, dirigiéndola contra las piernas desprotegidas de su oponente. El capitán paró la guadaña con la cimitarra y desvió el golpe, de modo que la hoz se estrelló en el suelo, a pocos centímetros de sus pies.

Rápidamente Gerdon invirtió la dirección del ataque y deslizó las manos por el largo mango de la guadaña con el fin de cambiar el centro de equilibrio, al tiempo que giraba la muñeca y forzaba al máximo los hombros para invertir el impulso del pesado apero. El rápido contraataque tomó por sorpresa al capitán, que apenas logró alzar el escudo para detener el golpe.

Impulsado por la furia surgida de la desesperación y la locura, el golpe de Gerdon abolló el escudo de hierro y lanzó a su oponente hacia atrás. El capitán se tambaleó torpemente, intentando recuperar el equilibrio, pero Gerdon alzaba ya la guadaña con la intención de acabar con él hundiéndosela en el costado, desprotegido.

De pronto el campesino se quedó paralizado, la guadaña se le escapó de las manos y él cayó de rodillas, víctima de un tajo de cimitarra en la espalda. Cegado por el dolor y la rabia, Gerdon no se había fijado en que un soldado se le acercaba por detrás mientras se batía con el capitán.

Gerdon cayó al suelo, moviendo espásticamente brazos y piernas, pues la cimitarra casi le había cercenado la espina dorsal. Trató de pedir ayuda, de apelar a sus vecinos situados detrás de los soldados fuertemente armados, pero de su garganta

solamente brotaban gruñidos y gemidos animales.

El capitán envainó su arma y apartó de un puntapié la guadaña fuera del alcance de las manos que Gerdon agitaba incontrolablemente. A un gesto de la cabeza, cuatro de sus hombres corrieron hacia el campesino, lo cogieron cada uno por una extremidad y lo alzaron. Entonces llevaron a Gerdon, que se seguía retorciendo, hasta la cabaña en llamas, donde yacía el cuerpo sin vida de su esposa y lo arrojaron a aquel infierno.

Cuando el cuerpo de Gerdon se estrelló contra los ardientes muros de su casa, la estructura ya debilitada por las llamas cedió y se desplomó, sepultando al hombre bajo los ardientes escombros.

—¡Capitán! —gritó una voz severa que nacía de la multitud—. He encontrado a éste corriendo por los campos, tratando de escapar.

Media docena de soldados se abrieron paso entre los horrorizados civiles para unirse a sus compañeros, que contemplaban con aire impasible los restos en llamas de la casa. Uno de los recién llegados arrastraba a un muchacho, al que agarraba con fuerza por el pelo.

El capitán los observó con mirada desapasionada. El niño fue obligado a avanzar hasta el centro del círculo y uno de los soldados le sujetó los brazos a la espalda. A la luz de las altas llamas todos los reunidos podían verlo claramente.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó el capitán.

El muchacho guardó silencio.

—¿Cómo se llama? —preguntó el capitán a la multitud.

Durante varios segundos reinó el silencio, pero entonces una voz anónima respondió alto y claro:

—Es Terrel, el hijo de Gerdon.

Con un rápido y elegante movimiento el capitán desenvainó la cimitarra. Varias voces protestaron.

—¡No es más que un niño! —exclamó una de ellas.

—Es un hijo de Bhaal —corrigió el soldado y acto seguido seccionó la garganta del indefenso niño.

1

«Quiero volver a casa... al alcázar de la Candela».

Abdel había dicho nada más en serio que aquellas palabras que pronunció en la base del Árbol de la Vida. Pero si algo había aprendido Abdel en los últimos meses era que raramente podía cumplir sus deseos.

Había hecho méritos más que suficientes para convertirse en un héroe. Primero, había matado a su malvado hermanastro, Sarevok, y salvado a la ciudad de Puerta de Baldur de una sangrienta guerra sin ningún sentido. Luego, con la ayuda de Jaheira, había derrotado al brujo Jon Irenicus y salvado no sólo la vida sino también el alma de su amiga de infancia y medio hermana, Imoen. Abdel había muerto, se había aventurado, en el Abismo y finalmente había renacido a los pies del Árbol de la Vida. En el ínterin había liberado la ciudad elfa de Suldanessellar, frustrado el complot del demente Irenicus para alcanzar la inmortalidad y evitado la destrucción del Árbol de la Vida, que era la fuente de toda la existencia en Faerun.

Después de todo ello lo único que Abdel deseaba era regresar a su hogar. Pero al abandonar la seguridad de Suldanessellar y los muros del alcázar de la Candela, nadie lo recibió como un héroe, sino todo lo contrario.

—Abdel, tenemos que descansar. —La agotada voz de Jaheira, su amada, lo arrancó bruscamente de sus cavilaciones. El fornido mercenario iba abriendo camino por el denso sotobosque que crecía bajo los imponentes árboles del bosque de Tethir —. Esta noche tenemos que descansar. Deberíamos pararnos en el primer claro que encontremos.

Al mirar a la hermosa semielfa que lo había acompañado en todas sus tribulaciones, Abdel vio su bonito rostro demacrado y ojeroso. Su tez, normalmente olivácea, se veía casi negra por el polvo del camino y la suciedad que se había ido acumulando en el viaje, que no tenía visos de acabar. Su larga y espesa melena negra estaba apelmazada y enmarañada, y los brillantes mechones cobrizos que la adornaban habían perdido su brillo. A la luz de la luna llena que se filtraba por el tupido dosel de ramas sus ojos color violeta aún relucían con energía e intensidad. Jaheira lo seguiría hasta el fin de Faerun sin quejarse. Abdel se dio cuenta de que no era por ella por lo que le pedía que pararan.

Imoen, la muchacha con la que Abdel se había criado en el alcázar de la Candela y con la que había compartido su mocedad, sus esperanzas y también sus sueños, se estaba quedando atrás. La joven medía poco más de metro cincuenta, por lo que se veía obligada a dar dos pasos por cada uno que daba Abdel si quería mantener el ritmo. Era evidente que el esfuerzo le estaba pasando factura. La joven solía mostrar un pícaro brillo en los ojos, pero ahora los tenía medio cerrados, caminaba con la cabeza gacha y el flequillo castaño le caía sobre la frente pálida y pecosa. Ella, que

siempre avanzaba a ritmo ágil, ahora arrastraba pesadamente las piernas con rigidez, como alguien a quien fuerzan a caminar más allá del límite de su resistencia. Al igual que Abdel, por las venas de Imoen corría sangre divina, pero los locos experimentos del mago Irenicus habían eliminado casi por completo la corrompida esencia de su padre de su cuerpo y también de su alma, por lo que no poseía la fortaleza sobrehumana de su medio hermano.

A punto de perder el sentido, la joven tropezó con una retorcida raíz que sobresalía del oscuro suelo del bosque, pero Abdel logró cogerla antes de que cayera. El mercenario se movía con la sobrenatural velocidad de alguien que era más que humano y poco menos que divino. Sin decir palabra la cogió en brazos y la acunó entre sus gigantescos brazos.

Con Jaheira en cabeza, siguieron abriéndose paso entre la apretada floresta hasta hallar un pequeño claro. Abdel depositó con delicadeza en el suelo a su hermanastra y miró a Jaheira con preocupación.

—Se pondrá bien —le aseguró la semielfa—. Sólo necesita descansar. Y yo también lo necesito.

—¿Cuánto tiempo?

Era una pregunta muy simple, pero Jaheira vaciló. Abdel lo comprendió: la huida resultaba dura para los tres, pero Imoen era quien más sufría. Llevaban semanas huyendo de sus perseguidores como animales acosados. Mercenarios, soldados, cazadores de recompensas y fanáticos religiosos los iban empujando inexorablemente cada vez más hacia el sur a través de una inhóspita tierra salvaje. Jaheira trató de hallar el punto de equilibrio entre su necesidad de descansar y la urgencia de su continua huida.

—Unas pocas horas, por lo menos. —La semielfa suspiró antes de continuar—. Supongo que serán suficientes para que Imoen pueda seguir caminando, pero ni siquiera de esta forma podrá continuar por mucho tiempo. En su estado, no podría recuperar las fuerzas ni aunque descansara una semana entera. Imoen no es como tú, Abdel... ya no. No desde que Irenicus le arrancó del alma la esencia de vuestro padre.

—Muy bien —repuso Abdel—. Descansaremos unas horas. —Quizá Jaheira era más fuerte que Imoen, pero era evidente que ella también acusaba dolorosamente la falta de sueño y el agotamiento. Por su parte, el colosal guerrero sentía un cansancio casi imperceptible en sus poderosos músculos, pero en él palpitaba la fuerza vital de un dios—. Descansa, amor mío. Yo montaré guardia.

Jaheira negó débilmente con la cabeza, demasiado cansada para oponerse con más fuerza.

—Aún no. Creo que podré encontrar algo que nos reanime un poco; unas hojas de menta o quizá raíz de ginseng. No hará mucho, pero ayudará.

Era inútil discutir con ella. Pese a estar rendida de fatiga, su determinación no flaqueaba. Había decidido buscar en la espesura alguna planta o hierba beneficiosa, y nada de lo que él pudiera decir lograría disuadirla. De nada serviría que él mismo se ofreciera a explorar los matorrales pues Jaheira era una druida, una servidora del equilibrio y la naturaleza. La semielfa era capaz de reconocer las propiedades medicinales de la flora que los rodeaba, mientras que Abdel era lego en la materia. Durante sus años de mercenario, de soldado a sueldo, había aprendido los fundamentos básicos de la supervivencia. Pero allí, en el extremo meridional del bosque de Tethir, las plantas le eran desconocidas.

—No te alejes mucho —le aconsejó.

En respuesta Jaheira asintió levemente con la cabeza y desapareció en la densa oscuridad del bosque.

Imoen reposaba inquieta sobre el frío suelo, murmurando y agitándose. Abdel únicamente podía mirar y maldecir a sus perseguidores. Si estuviera solo podría plantarles cara y luchar. Tal idea sería absurda para cualquier otro que no fuese Abdel y hasta hacía poco tiempo ni siquiera a él mismo se le hubiera ocurrido.

Cuando era un adolescente Abdel ya era más grande y fuerte que la mayoría de los hombres a los que conocía y, una vez adulto, se había convertido quizás en el humano más corpulento e imponente sobre la faz de Faerun. Con sus más de dos metros de estatura y sus poderosos músculos se había labrado una reputación como mercenario, guardaespaldas y guerrero; en resumen, como soldado de fortuna. Abdel había luchado en nombre de otros de todos los modos posibles. Pero todo cambió para siempre al descubrir la verdad sobre sí mismo.

Abdel era el hijo del Dios de la Muerte, el vástago del dios Bhaal. Ciertamente se trataba de un dios muerto, pero era dios al fin y al cabo. Por ser hijo de quien era Abdel se había convertido en un fugitivo a quien perseguían enemigos y cazadores de recompensas allí adónde fuera. Su linaje le había cambiado asimismo la vida en modos realmente asombrosos. Estaba cambiando, evolucionando físicamente. Pese a que conservaba un aspecto humano normal, dejando de lado su descomunal tamaño, ya no era humano. Jaheira lo había llamado avatar; una manifestación física de su padre inmortal.

El hecho de ser la encarnación de un dios tenía sus ventajas. El cuerpo de Abdel contenía la esencia de Bhaal, lo que significaba que poseía una fortaleza excesiva incluso para su enorme tamaño. Su cuerpo era capaz de alimentarse de la esencia inmortal que contenía para reponerse y curar heridas graves o incluso mortales a una velocidad asombrosa. Abdel poseía una resistencia, una fuerza y unas capacidades físicas sin igual en todo Faerun. Y su poder no dejaba de crecer; cada día Abdel se sentía más fuerte, sentía que sus capacidades habían superado ampliamente el umbral de la mortalidad.

Ahora, gracias a sus increíbles poderes de regeneración, las flechas y las armas de sus enemigos eran del todo inútiles. Cualquier herida que pudieran infligirle sanaba casi al instante. Era casi invencible. Abdel se creía capaz de acabar él solo con toda una compañía sin sufrir ni un solo rasguño. Pero Imoen y Jaheira no podían contar con su extraordinaria constitución. Ellas sí eran vulnerables y, en el caos de una batalla de gran envergadura, Abdel dudaba que pudiera protegerlas.

Y había algo más: pese a que era inmune a todo tipo de armamento, Abdel era vulnerable de otro modo. No podía decirse que el corpulento mercenario fuera ajeno a la violencia; justamente había elegido una profesión que alimentara su sed de sangre y afinara sus habilidades para matar, en resumen, que alentara la parte mala de sí mismo, la parte que Bhaal había legado a todos sus hijos. Solamente el amor de Jaheira había impedido que Abdel sucumbiera a la maldad del difunto Dios de la Muerte y se convirtiera en una máquina de matar sin alma, como su hermanastro Sarevok.

Gracias al apoyo y a la guía de la mujer a la que amaba, Abdel había sido capaz de resistirse a sus propios impulsos.

Con la ayuda paciente y comprensiva de Jaheira el mercenario había aprendido a controlar el odio y la furia que albergaba en su interior, así como a reprimir la terrible transformación que amenazaba con cambiarlo para siempre. Pero era un control frágil. Si acababa con todos sus perseguidores podría liberar al terrible monstruo que llevaba dentro.

No sería la primera vez que le sucedía, tanto a él como a Imoen. En una cruel y sangrienta lucha librada en la base del Árbol de la Vida Abdel había purgado la bestia del espíritu de Imoen, pero el potencial que hacía que él mismo se convirtiera en un salvaje engendro que sólo pensaba en matar a todo ser vivo que se le pusiera por delante seguía intacto. La victoria sobre todos sus enemigos podría provocar que lo consumiera la corrompida esencia de su impío padre, y que su cuerpo se transformara en el demonio de cuatro brazos; la encarnación sobre la faz de Faerun de la maldad de Bhaal. Abdel era consciente de que, si no tenía mucho cuidado, podría convertirse de nuevo en el Aniquilador.

En respuesta a un susurro casi inaudible de las hojas Abdel giró sobre sus talones y se agachó, desenvainando simultáneamente el gran sable que le colgaba de la espalda. Todo ello lo hizo en un único y fluido movimiento. Sus manos aferraban con tal fuerza la empuñadura del sable, presto a descargarlo sobre el intruso, que los nudillos se le pusieron blancos. Mantenía en tensión los enormes músculos de brazos y hombros, que le temblaban previendo la próxima lucha. Pero se relajó inmediatamente al ver que Jaheira salía del bosque y entraba en el claro.

La atractiva druida llevaba un puñado de pequeñas hojas de tres picos, una de las cuales se metió en la boca.

—Estas hojas nos ayudarán, pero necesitamos dormir. Incluso tú lo necesitas, Abdel. —Jaheira le tendió una hoja—. Toma, dásela a Imoen. Si está demasiado agotada para masticarla, colócasela bajo la lengua.

Abdel así lo hizo. Se arrodillo, dejó el sable en el suelo y tiernamente levantó la cabeza de su exhausta hermanastra. Imoen no respondió cuando Abdel la instó a que masticara la hoja, por lo que el mercenario le giró suavemente la cabeza y le abrió su menuda boca. Tras deslizarle la hoja bajo la lengua, volvió a apoyarle la cabeza sobre el frío suelo. Jaheira le tendió una manta de su mochila y Abdel cubrió cuidadosamente con ella el atractivo cuerpo de la durmiente.

Jaheira se tumbó muy cerca y Abdel se arrastró hasta ella. La semielfa se acurrucó contra él, apoyó la cabeza en la parte interior del robusto brazo del joven y se apretó contra su musculoso cuerpo para entrar en calor.

—He hablado con los animales del bosque —susurró la druida con voz amodorrada. Había empezado ya a abandonarse al sueño—. Nos avisarán si alguien se acerca.

Tranquilizado por las palabras de Jaheira, Abdel rebulló sobre el frío suelo, tratando de ponerse cómodo sin molestar a su compañera dormida. Confiaba plenamente en la capacidad de Jaheira para comunicarse con los pájaros y los otros animales del bosque. Sabía que ellos vigilarían su sueño pero, por alguna razón, no lograba dormirse.

Se encontraba en un dilema; sus cazadores les pisaban los talones y, teniendo en cuenta que tanto Imoen como Jaheira estaban cada día más cansadas y cada vez viajaban más despacio, era sólo una cuestión de tiempo que los atraparan. Entonces Abdel se vería obligado a luchar, a enzarzarse en un combate que deseaba evitar por todos los medios.

No era la primera vez que se planteaba la posibilidad de escabullirse sigilosamente aprovechando que Imoen y Jaheira dormían. De ese modo alejaría a sus perseguidores de las dos mujeres y ambas podrían vivir en paz, sin tener que compartir con él su interminable vida de fugitivo. Pero una vez más descartó aquella opción. El mercenario suspiró y cerró los ojos. Aunque fuese capaz de abandonar a Jaheira, aunque se forzara a alejarse de Imoen y de la mujer a la que amaba, no podría estar seguro de que los cazadores irían tras él.

Abdel era perseguido a causa de su sangre, de la sangre contaminada de un dios muerto, Bhaal. Lo perseguían debido a los pecados cometidos por el padre. Era imposible hacer oídos sordos a los rumores de arrestos inesperados, de torturas sin sentido y de ejecuciones sumarias, pues tales rumores se repetían con demasiada frecuencia y estaban muy extendidos. Al igual que todos los hijos de Bhaal, Abdel debía huir para no acabar en la cárcel o ser ejecutado, no porque él hubiera hecho algo, sino simplemente por ser hijo de quien era.

Imoen también era hija de Bhaal y pese a que, en su caso, apenas quedaban en su alma vestigios de su impío padre, también su vida estaría en peligro si los capturaban. Además, Imoen no lograría sobrevivir sin la ayuda de Abdel y Jaheira.

Estaba en una situación sin salida. Presa de la desesperación Abdel por fin se durmió.

Se hallaba en medio de la nada, en un mundo gris y muerto totalmente vacío. Abdel buscó con la mano el sable que solía llevar colgado a la espalda y se sintió más tranquilo cuando rozó el frío metal de la empuñadura.

—Aquí no necesitas eso, pero, si vas a sentirte más cómodo, bienvenido sea.

La voz no era masculina ni femenina. Sonaba como muchas voces que hablaran al unísono en perfecta armonía. La respuesta instintiva de Abdel fue desenvainar el sable, pero se resistió y dio media vuelta. Torciendo la cabeza buscó al desconocido o desconocidos que le habían hablado. Pero lo único que vio fue una nada gris en todas direcciones.

—¡Muéstrate! —La voz del mercenario resonó en el vacío, por lo que su atención volvió a verse atraída momentáneamente hacia el extraño entorno. Al alzar la mirada comprobó que no había cielo por encima de su cabeza y, al bajarla, vio que tampoco había tierra bajo sus pies. De hecho no tenía la sensación de estar pisando nada.

—No temas, Abdel Adrian. No caerás.

Era evidente que aquella voz incorpórea, fuera quien fuese y se hallara donde se hallase, podía leerle los pensamientos. A Abdel le extrañó que las palabras que pronunciaba la voz no resonaran como las suyas.

—Muéstrate —repitió Abdel. Esta vez sonaba más a petición que a orden.

—Prepárate, hijo de Bhaal.

De pronto Abdel ya no estaba solo en el vacío. La entidad no se materializó lentamente a partir del gris, como Abdel esperaba, ni tampoco apareció con un destello de luz ni se encarnó titilando como conjurada por el hechizo de un mago. No, en un momento no había nada y al momento siguiente la entidad estaba ahí, tan real y permanente como si hubiera existido en aquel extraño reino del averno hacía una eternidad.

Era un ser masculino, con pelo blanco y barba. Aunque se asemejaba a un humano, sus rasgos no eran ni hermosos ni feos, sino comunes, corrientes. No era un ente mortal. Ningún mortal podría compararse con tal divina creación. Llevaba una larga y holgada túnica negra que contrastaba con su perfecta piel de alabastro. El material de la tela parecía fundirse con el ser que la llevaba; ambos parecían confundirse, por lo que a Abdel le resultaba imposible precisar dónde acababa el atavío y dónde empezaba la figura. Los ojos del ser contenían las oscuras profundidades de la eternidad atravesada por deslumbrantes puntos de la luz más

pura, como un cielo estrellado en una noche clara y despejada. El rostro era a la vez joven y anciano, omnipotente e inocente.

Pese a que Abdel medía más de dos metros de estatura, se veía pequeño al lado de aquel ser sobrenatural. La túnica de la entidad abarcaba todos los dibujos celestiales de las lunas y las estrellas. Bañado en su gloriosa presencia Abdel se quedó sin habla y sobrecogido durante unos segundos.

Cuando al fin recuperó la voz, solamente fue capaz de decir:

—Debo de estar soñando.

—Un sueño no tiene por qué ser menos verdad que eso que tú llamas mundo real —le aseguró el ser.

—¿Eres un dios? —preguntó Abdel, sin ser consciente de haber formulado la pregunta en su mente hasta que oyó que su propia voz resonaba en el vacío que lo rodeaba.

—No soy un dios sino un servidor de la Voluntad Divina. Existen poderes por encima de los dioses, Abdel Adrian.

Abdel sacudió la cabeza para tratar de disipar la niebla de pasmo que le impedía pensar con claridad.

—¿Dónde estoy? —Abdel estaba seguro que el magnífico ser que tenía delante conocía la respuesta. Tal vez conocía las respuestas a todas las preguntas.

—Estamos en un plano intermedio, Abdel Adrian —respondió el ser con su coro de voces armonizadas—. Entre lo que fue, lo que es y lo que puede ser. Aquí todo es posible pero nada existe de verdad.

—No... no lo entiendo. —Una parte de él mismo se sentía avergonzado por admitir su ignorancia ante aquel glorioso ser. Pero otra parte de sí mismo, un pequeño núcleo de dureza que guardaba en lo más profundo de su ser, sentía resentimiento hacia la criatura.

—No, aún no eres capaz de comprenderlo. —El ser pareció hablar para sí mismo, pero enseguida dirigió sus respuestas a Abdel—. Esto fue en otro tiempo el reino de Bhaal, una parte del Abismo asolada y marcada por el odio y la maldad que dejó tras de sí tu padre. Pero ahora Bhaal está muerto y ya no manda aquí.

Abdel consideró largamente la respuesta del ser sobrenatural, mientras éste esperaba inmóvil, radiante, deslumbrador. Cuando apareció Abdel había sentido que el esplendor de la criatura aplastaba su propia identidad, pero ahora ya no se sentía abrumado por su mera presencia.

—Tú me has traído hasta aquí, ¿verdad? ¿Por qué?

—Estás aquí tanto por mi voluntad como por la tuya, Abdel Adrian, aunque no seas consciente de eso, todavía. Estás aquí para prepararte.

—¿Prepararme para qué? —inquirió Abdel, aunque ya sabía la respuesta.

—Para tu destino. Para el legado de tu padre. Eres un hijo de Bhaal, Abdel

Adrian. Tenlo presente y te conocerás a ti mismo.

La pequeña chispa de resentimiento se inflamó momentáneamente en el pecho del mercenario. Destino, el legado de Bhaal. Durante toda su vida, en todo lo que había visto y hecho, Abdel nunca se había topado con nadie que se pareciera ni remotamente a la criatura que se alzaba ante él. No obstante, aquel espectacular ser repetía la cantinela que Abdel había estado oyendo desde la noche en la que los secuaces de su hermanastro Sarevok habían matado a Gorion, su padre adoptivo.

Con un cansino suspiro empezó a plantear una serie de preguntas que ya le eran demasiado familiares.

—¿Cuál es ese legado? ¿Qué me depara el destino? ¿Y qué quieres tú de mí?

La entidad, hasta aquel momento físicamente perfecta en su inmovilidad estatuaria, movió ligeramente la cabeza. La ilusión se hizo pedazos. Pese a su deslumbrante aspecto, pese a su aparente omnisciencia, Abdel se dio cuenta de que el ser no tenía las respuestas. Nuevamente la chispa de resentimiento prendió en el musculoso pecho del gigantesco guerrero.

—Te he estado vigilando de cerca, Abdel Adrian —le dijo el ser—. El Inmortal que llevas en tu seno es fuerte. Los hijos de Bhaal aún tienen muchos caminos que hollar, y tú serás quien vaya en cabeza.

—¿Hijos? ¿Quieres decir que Imoen también está metida en esto? —inquirió Abdel con sorpresa.

—Tú e Imoen no estáis solos. Vuestro destino está ligado al de muchos otros.

—¿Y cuál es ese destino del que hablas? ¿Qué futuro me espera?

—Tu futuro aún está por decidir. Pero debes saber que el tiempo de la profecía se acerca. Hay gente dispuesta a destruirte a ti y a todos los de tu linaje. La traición acecha a cada recodo del camino, y tienes enemigos ocultos que traman tu muerte.

—¿Enemigos ocultos? ¿Quiénes? Dime quiénes son.

—Hay secretos que no me está permitido revelar. Estoy sujeto a fuerzas que los mortales no podéis llegaros a imaginar. Yo únicamente puedo guiarte en la busca de las respuestas, Abdel Adrian, pero no puedo dártelas.

»Busca a quienes comparten contigo la lacra de Bhaal y hallarás esas respuestas.

Los gritos de Jaheira lo despertaron.

Illasera presentía el fin de la caza. Se lamió las yemas de los dedos, anhelante, y cogió el arco que colgaba de su tenso y musculoso hombro. Sin dejar de caminar a largas y gráciles zancadas preparó en silencio una única flecha negra de las que llevaba en la aljaba, que pendía de su delgada cadera. Sus presas habían dejado un rastro aún fresco de matorrales pisoteados y ramas rotas; no le llevaban más que unas horas de ventaja. Las débiles huellas en el duro suelo del bosque, invisibles para cualquiera que no fuese un experto rastreador, manifestaban una constante disminución de la longitud del paso, lo que era un evidente signo de fatiga. Illasera estaba segura de que el trío al que acechaba se habría detenido para pasar la noche, pero ella, la Cazadora, seguiría adelante y pronto los atraparía.

Se detuvo y gracias a sus aguzados sentidos de depredadora localizó otra indicación de la cercanía de sus presas. Illasera ya las olía. En el aire inerte atrapado entre la espesura del bosque de Tethir flotaba pesadamente el olor almizcleño a sudor. Pero eso no era todo. Illasera era uno de los Cinco y, como tal, los sentía. La sangre que corría por las venas de los hijos de Bhaal la llamaba, la instaba a seguir adelante. Así pues reemprendió la marcha a pasos anhelantes, cada vez más rápidos, deslizándose entre los árboles tan silenciosamente como una sombra.

Por el rabillo del ojo captó un leve movimiento. La Cazadora disparó una sola flecha que atravesó al pequeño pájaro que acababa de posarse en un árbol. Mientras pasaba junto a él Illasera bajó la vista hacia el diminuto cuerpo cubierto por plumas empalado por la flecha, que todavía se agitaba débilmente en un inútil esfuerzo por escapar. La criatura había tratado de advertir a su presa.

La Cazadora se apartó un largo mechón de pelo del rostro y se rió suavemente para sí, mientras seguía andando. Una de sus tres presas era capaz de hablar con los animales del bosque y comunicarse con ellos de modos que la mayor parte de la gente ni siquiera sospechaba. Una de sus presas era una hija del bosque, una sirvienta de la naturaleza, una druida.

Eran estúpidos si creían que tales centinelas emplumados los protegerían. Cada uno de los Cinco poseía poderes profanos. En ellos el legado de su corrompido padre inmortal se manifestaba de formas distintas. En el caso de Illasera ese poder la vinculaba a la tierra. Al igual que la druida, Illasera podía comunicarse con las criaturas del bosque, podía usar su poder para alterar el orden natural. No obstante, la suya no era una relación simbiótica. Cuando Illasera usaba su poder era para obligar a la naturaleza a doblegarse ante su corrompida voluntad.

La Cazadora vaciló y consideró las consecuencias de sus acciones. Si lanzaba una llamada a los espíritus más oscuros que moraban en el bosque sin duda la druida la oiría. Pero si los hijos de Bhaal se encontraban tan cerca como ella sospechaba, tan

cerca como los sentía, aunque la druida supiera de su presencia no tendrían tiempo para huir.

Quieta, inclinó la cabeza hacia atrás y alzó los brazos hacia el negro cielo. En sus ojos ardía un oscuro fuego. Mientras Illasera reunía su poder en forma de viento frío, las hojas susurraron y las ramas temblaron. Los animales que se hallaban cerca huyeron despavoridos, aterrorizados al notar el gélido viento, o se encogieron en el suelo del bosque paralizados por el terror.

El suelo tembló a medida que la oscura arquera acumulaba magia. Una gran bandada de aves abandonó el refugio de las ramas vecinas y tapó la luna al remontar el vuelo. El sonido de miles de alas batiendo el aire no podía acallar los discordantes chillidos de terror que proferían. La Cazadora se unió al coro con un grito que desató una oleada de magia maligna que retumbó por el suelo del bosque. Illasera estaba enviando impías llamadas que nadie podía desoír.

Todos los moradores del bosque —animales de pelo, de pluma e incluso los mismos árboles— quedaron envueltos en la magia negra de la sacrílega llamada. Las hojas se marchitaron y murieron al instante, las ramas se retorcieron, las raíces se pudrieron y se enmarañaron, e incluso los troncos de los grandes robles se deformaron y se convirtieron en una abominación de su forma original. Las criaturas más pequeñas del bosque cayeron muertas al instante, destruidas por la necromancia de Illasera mientras que las más fuertes sufrían transformaciones y mutaciones, convirtiéndose en morbosas versiones de ellas mismas. Corrompidas por la pérfida lacra de una de los Cinco, las mentes de las indefensas criaturas caían bajo el dominio de la malvada conciencia de Illasera.

Todas se fueron reuniendo alrededor de ella. Una manada de lo que antes habían sido lobos rodearon a su cruel ama.

Con una única orden silenciosa Illasera ordenó a sus servidores que exploraran el camino y la guiaran hasta sus presas.

Cerca, una mujer gritó.

El angustioso grito de Jaheira despertó a Abdel, arrancándolo del extraño sueño que tenía. Un momento después ya estaba de pie con el sable presto y recorriendo la espesura con la mirada en busca de signos de peligro.

Pero no vio nada. Sus ojos no lograban atravesar la oscuridad de la noche.

—Jaheira —susurró—. ¿Qué pasa, amor mío?

La druida pronunció una única palabra mágica, y la arboleda quedó bañada en una suave y cálida luz. Gracias a la mágica iluminación Abdel pudo ver con claridad. Jaheira ya estaba de pie, agarrando con firmeza el bastón que usaba a modo de arma. Imoen seguía tumbada en el suelo, pugnando lentamente por incorporarse, buscando a ciegas la pequeña daga que llevaba al cinto.

Abdel apenas se fijó en sus dos compañeras, pues toda su atención estaba centrada en el desconocido entorno. Entonces comprendió la reacción de horror de la druida. Lo que al dormirse era una vegetación lozana y palpitante se había convertido en una arboleda moribunda en descomposición. Los imponentes árboles ahora no eran más que madera muerta que se pudría, con los troncos retorcidos y reformados. A su alrededor las hojas muertas caían lentamente al suelo desde ramas igualmente sin vida, y cubrían el claro con un enfermizo manto amarillento.

El penetrante olor a vegetación en descomposición inundó su nariz. Por debajo de aquel olor dulzón y asqueroso le pareció que olía algo más; algo hediondo e impuro.

—¿Qué es esto? —preguntó Imoen en un susurro chillón e inquieto.

—Magia maligna —replicó Jaheira—. Una abominación del orden natural.

—En guardia —ordenó Abdel, haciéndose cargo de la situación. Estaba seguro de que el ataque sería inminente y no tenía ningún deseo de que algo oculto en los árboles que rodeaban el calvero se le abalanzara por detrás. Los tres formaron un estrecho círculo, espalda contra espalda, cerca del centro del pequeño claro.

Al notar que el pelo de Jaheira le rozaba el brazo desnudo, un estremecimiento de nostalgia le recorrió la columna vertebral, pero luchó por deshacerse de aquella sensación. Tenía que concentrarse en el impenetrable muro gris de árboles retorcidos que se alzaba ante él.

No tuvo que esperar mucho.

El ataque se produjo simultáneamente desde todos los lados. Abdel sabía que así sería, aunque albergaba esperanzas de equivocarse. Un grupo formado por cinco criaturas de forma conocida y, no obstante, extraña y alterada abandonaron el refugio del bosque, abalanzándose temerariamente sobre los tres humanos.

Un gran lobo se lanzó contra la garganta de Abdel e instintivamente una parte de la mente del mercenario retrocedió ante lo que vio. La bestia tenía los ojos de un blanco lechoso, cuyas pupilas se perdían en el turbio pus que supuraba de sus ojos medio ciegos dejando por el morro del animal un reguero de podredumbre pegajosa y brillante. Por las fauces abiertas lanzaba salpicaduras de espuma gris. Tan espesa era la espuma que le brotaba de la garganta que los colmillos apenas eran visibles. El denso pelaje del lobo se veía enmarañado y apelmazado, además de infectado por la sarna. La carne que asomaba por las numerosas placas de sarna estaba amarillenta y cubierta de pústulas. El pelo le latía como si millones de gusanos hirvieran en él. Pero lo peor era el olor que despedía; el hedor dulzón y enfermizo de carne gangrenada que produjo un ataque de náuseas a Abdel y a punto estuvo de dejarlo fuera de combate.

Pero sólo una pequeña parte de la mente de mercenario era lo suficientemente refinada para sentir repugnancia ante aquella abominable perversión. La mayor parte de su cerebro funcionaba a un nivel más básico, más primario. Abdel blandió el sable

a la velocidad de sus pensamientos y hendió el pecho del corrompido lobo. El acero atravesó el pelaje y la caja torácica, cubriendo al mercenario de sangre caliente.

Abdel aprovechó el impulso que llevaba para seguir girando y enfrentarse a las bestias que atacaban a Jaheira e Imoen. Cuando el cuerpo del primero de los lobos muertos tocó el suelo, el sable de Abdel ya destripaba a un segundo, que había saltado sobre Imoen.

Por el rabillo del ojo vio que Jaheira había detenido el ataque de un tercer lobo estrellándole el bastón en la cabeza, lo que le rompió el cráneo de un solo golpe. Pero, aunque ya muerta, el impulso que llevaba la bestia era imparable. El infecto lobo tumbó a Jaheira y la enterró bajo una masa de carne y de asqueroso pelaje lleno de bichos.

Abdel no podía acudir inmediatamente en su ayuda. Estaba demasiado ocupado propinando a Imoen una patada en la espalda con su pesada bota, lo que hizo perder a la muchacha el equilibrio y tambalearse, alejándose así de los colmillos del cuarto atacante. El lobo, privado de su blanco inicial, giró para enfrentarse a la nueva amenaza, tomó impulso hacia arriba con sus poderosos cuartos traseros y se lanzó contra la garganta desprotegida de Abdel. Los colmillos se hundieron profundamente en la tráquea del mercenario y le desgarraron la garganta.

El peso de la bestia arrojó a Abdel sobre la dura tierra.

Pero mientras caía levantó hacia arriba la punta del acero y la hundió en un pliegue de piel situado entre dos costillas.

El lobo estaba demasiado cerca para poder hacer palanca con la espada, pero cuando los rivales aterrizaron en el suelo el lobo quedó empalado en el acero de Abdel debido a su propio peso y al impulso que llevaban ambos.

La herida en la garganta hubiese sido mortal de necesidad para cualquier mortal de Abeir-Toril, pero ya hacía tiempo que Abdel no era mortal. Mientras hundía más y más la punta del sable en su enemigo, Abdel sentía ya cómo la carne de su desgarrada garganta empezaba a regenerarse. El mercenario se quedó momentáneamente atrapado bajo el peso del lobo, pero torció el sable, rompiendo cartílago y rompiendo hueso, para abrir en el pecho de la bestia un orificio del tamaño de un puño. El corrompido animal murió al instante y en el escaso segundo que tardó Abdel en quitarse de encima al animal, su herida sanó.

Empapado en sangre y otros fluidos, Abdel se levantó de un salto presto a enfrentarse al siguiente atacante, pero se encontró con que el quinto y último lobo se agitaba débilmente en el suelo. Tenía clavada entre las ancas la daga de Imoen. La muchacha había acabado con él de un sólo golpe perfectamente dirigido a la base del cerebro.

Junto a él, Jaheira había logrado salir de debajo del asqueroso cuerpo del lobo al que había matado. De rodillas la druida vomitaba incontrolablemente, asqueada por

haber estado en contacto con la monstruosa criatura. Pero aparte de eso, Abdel vio que no había sufrido daño alguno.

Pero entonces se fijó en que Imoen, acurrucada cerca del cadáver del primer lobo abatido, se agarraba un brazo, tratando débilmente de detener el flujo de sangre. Abdel cruzó el claro de una zancada y se arrodilló junto a su medio hermana, al tiempo que alzaba la mirada hacia Jaheira.

—No es nada, Abdel —dijo Imoen, tratando de sonreír valientemente, pero el dolor era tan intenso que únicamente consiguió que los dientes le rechinaran. Suavemente Abdel la cogió por la muñeca y le giró el brazo para examinar la herida. Tenía un profundo tajo en la cara interna del antebrazo que iba desde la muñeca al codo. Por la herida asomaban tendones y músculos.

Al verlo Imoen se estremeció y palideció.

—Yo no me recupero tan deprisa como tú, hermanito —susurró con voz trémula.

Jaheira se arrodilló junto a ellos, mientras se limpiaba los últimos restos de vómito de los labios.

—Qué horror —dijo simplemente—. Esas bestias antes eran animales y algo las convirtió en esas... abominaciones de la naturaleza. Deberíamos quemar sus cuerpos.

Ni Abdel ni Imoen replicaron, y de pronto Jaheira se dio cuenta de la terrible herida que tenía la joven en el brazo.

—Lo siento, pequeña —se disculpó, examinando rápidamente el daño—. Me sentía tan indignada por esa profanación de la naturaleza que no te he atendido con la necesaria celeridad.

La druida se sacó un puñado de bayas rojas de una bolsa que le colgaba del cinto y las sostuvo en el puño encima de la desgarrada carne de Imoen. Entonces las estrujó, de modo que el zumo carmesí goteara en la herida. Imoen gruñó por efecto de la impresión y quiso apartar el brazo bruscamente, pero Jaheira la tenía cogida con fuerza.

—¿Te duele mucho?

Imoen asintió, sin poder responder. Apretaba los dientes.

—He notado cómo la herida empezaba a infectarse. No quiero ni pensar en las enfermedades que podrían haberle contagiado esas horribles bestias. Esto desinfectará la herida.

Tras asegurarse de que Jaheira atendía a Imoen, Abdel pudo centrar de nuevo su atención en las amenazas que aún podrían ocultarse en el bosque. Aún quedaba algo allí fuera vigilándolos.

Illasera llegó al borde del pequeño calvero poco después que sus exploradores, pero el combate ya había acabado. Eso no la sorprendió. Ya había calculado que los lobos, aunque se tratara de lobos transformados por su poderosa magia, no serían

rivales para dos hijos de Bhaal. Pero sus servidores habían cumplido con su misión; ahora la Cazadora tenía a sus presas a la vista.

El trío del claro todavía no se había percatado de su presencia. La arquera retrocedió silenciosamente medio paso con la intención de camuflarse entre las ramas muertas y sin hojas. Desde allí, bien oculta, inspeccionó la situación.

Tal como le habían dicho, y como las huellas indicaban, eran tres: dos mujeres y un hombre muy alto y musculoso. Illasera sabía que solamente dos de ellos eran hijos del Dios de la Muerte. El Ungido de Bhaal, el líder de los Cinco, había sido muy claro al respecto: dos estaban contaminados por la esencia divina y uno era mortal. Aunque, desde luego, los tres caerían bajo su mano.

Illasera supuso que el hombre pertenecía a la prole de Bhaal. Su estatura, sus enormes y abultados músculos, la gracia natural depredadora con la que se movía lo delataban. Al contemplar a aquel espécimen físicamente asombroso Illasera casi veía su cuerpo como manifestación física de la divina furia de Bhaal.

Pero las mujeres no eran tan fácilmente identificables. No todos los hijos y las hijas de Bhaal eran tan inmediatamente reconocibles como el fornido guerrero. Muchos eran personas humildes de aspecto corriente: campesinos, granjeros y comerciantes. Sus vidas eran insignificantes, pero su muerte era importante para los Cinco.

La Cazadora vaciló, sopesando cuidadosamente cuál sería su próximo movimiento. Contaba con una buena provisión de flechas normales y fiables. Podría lanzar una andanada contra el trío y ahogarlo bajo una lluvia de proyectiles. Pero el Ungido había insistido en que las armas convencionales nada podrían contra esos dos hijos de Bhaal.

El legado de su inmortal padre se manifestaba de modos muy distintos en cada uno de sus descendientes. Algunos, muy pocos, poseían poderes milagrosos que los hacían casi invulnerables. Los Cinco habían aprendido mucho tiempo atrás la forma de contrarrestar la invulnerabilidad con la que contaba parte de la progenie del Dios de la Muerte.

Sin hacer ningún ruido la Cazadora sacó una flecha de la aljaba, una de las especiales. Eran proyectiles provistos con runas mágicas. Eran muy valiosas y solamente tenía unas pocas. Puesto que no tenía modo de decidir cuál de las dos mujeres era descendiente de un dios, tendría que suponer que ambas poseían la sangre contaminada. Cuidadosamente apuntó a la mujer que atendía a la herida. Illasera conocía el oficio de matar y sabía que primero tenía que eliminar a la sanadora.

Abdel no llegó a ver a la figura femenina camuflada que alzaba un arco, pero el movimiento del proyectil que disparó le llamó la atención. El mercenario extendió

inmediatamente su brazo desnudo para interceptar la flecha, que volaba directa hacia la garganta de Jaheira. Fue una acción puramente instintiva, basada en el innato conocimiento de que, debido a su sangre divina, era inmune a todo daño físico.

El proyectil se le clavó en el antebrazo izquierdo y fue desgarrando tendones y músculos hasta que la punta metálica sobresalió un par de centímetros por el otro lado.

Imoen lanzó un grito de sorpresa y miedo, mientras que Jaheira se lanzaba sobre la vulnerable muchacha para protegerla con su cuerpo. Abdel actuó a modo de escudo humano y se colocó dentro de la línea de fuego del invisible arquero. Se creía a salvo de las mortales flechas gracias a sus poderes sobrenaturales de recuperación.

Protegiendo a sus compañeras con su propio cuerpo, el mercenario cogió el asta negra de la flecha alojada en su antebrazo izquierdo y tiró de ella con la mano diestra, sin fijarse apenas en las extrañas runas de color rojo pintadas en la madera negra. Al arrancarse el proyectil, aumentó los daños de la herida. Una oleada de dolor atroz se adueñó de su alma, cegándolo momentáneamente. El fornido mercenario gruñó y trató de superarlo.

Para Abdel el dolor era algo a lo que no daba importancia, una consecuencia inútil de su vida mortal, un mecanismo evolutivo que advertía a organismos inferiores de un daño que podría ser letal. Pero para Abdel aquel aviso no tenía ningún propósito, pues todo dolor era transitorio y cualquier daño que sufriera temporal.

El mercenario fijó la vista en su herida para contemplar el proceso de regeneración. Aún lo fascinaba la instantánea capacidad regenerativa de su propio cuerpo. Pero en esta ocasión algo extraño ocurrió o, mejor dicho, no ocurrió. El abundante flujo de sangre que manaba del irregular orificio en su brazo no cesó. Los jirones de piel que le colgaban de los bordes de la herida no habían empezado a curarse, y el tejido muscular seguía desgarrado. Abdel se quedó mirando fijamente la sangrante herida, perplejo ante aquella prueba de vulnerabilidad.

Entonces oyó el débil pero inconfundible sonido de una cuerda de arco y giró el cuerpo a la derecha al tiempo que se agachaba. El proyectil dirigido contra su ojo le pasó rozando la oreja, y el dirigido contra su corazón fue a clavarse en su hombro izquierdo.

Lo único que evitó que el mercenario cargara a ciegas contra el sotobosque en persecución de su invisible atacante, pese a la flecha alojada en el hombro, fue la voz de Imoen que dijo:

—Espera, Abdel.

El tono de confianza de su voz cogió por sorpresa a Abdel, y vaciló unas milésimas de segundo. Aquella vacilación le salvó la vida. Otra flecha surcó el aire, volando hacia la garganta desnuda de Abdel cubierta de sangre seca. Pero a apenas treinta centímetros del guerrero la flecha cambió de dirección y fue a estrellarse en la

vegetación.

Asombrado, Abdel se volvió para mirar a su joven hermana. Jaheira le había vendado el brazo y la esbelta muchacha se había puesto en pie. Imoen esbozó una fugaz sonrisa.

—Un hechizo menor que aprendí mientras estudiaba en el alcázar de la Candela. Si nos mantenemos unidos las flechas no nos harán ningún daño.

Abdel asintió y alzó el sable. Un instante después Jaheira estaba de pie junto a él y le arrancaba delicadamente del hombro el asta del proyectil. El mercenario se estremeció cuando otra flecha emplumada rebotó a pocos centímetros de su rostro, y luego se echó a reír por su reacción.

—¡Si me quieres tendrás que venir a buscarme! —gritó hacia el bosque.

Se oyó el sonido de un arma al ser desenvainada, y una mujer alta, morena y toda vestida de gris entró en el claro.

En cada mano balanceaba un estoque. Abdel reparó en que las delgadas espadas no reflejaban la luz mágica que Jaheira había conjurado, sino que parecían absorberla. Las manchas rojas que las cubrían solamente confirmaron lo que ya sabía: al igual que las extrañas flechas, aquellos estokes podrían producirle daños permanentes.

—He matado a hijos de Bhaal más impresionantes que tú —dijo la mujer entre dientes, avanzando lentamente—. Soy una de los Cinco y tu sangre será mía.

Por cómo sostenía las armas —extendidas ante ella, una arriba y otra abajo— Abdel supo que sus habilidades guerreras no se limitaban al uso del arco. Deseoso de mantener a Jaheira y a Imoen fuera de peligro, Abdel se adelantó para hacer frente a su rival. Ya no necesitaba el escudo de Imoen que lo protegiera de las flechas.

El brazo izquierdo le pendía a un lado, inútil. Seguía sangrando, por lo que se sentía lento y débil. La mujer giró una muñeca, y uno de los estokes abrió un profundo tajo en la mejilla del mercenario.

El guerrero maldijo entre dientes. La rapidez del ataque lo había cogido desprevenido. A duras penas había logrado inclinarse hacia atrás lo suficiente para no perder un ojo. Con su recio sable dibujó un amplio arco en el aire. El largo cabello oscuro empapado de sudor se le pegaba a la cara. Su ágil rival esquivó el ataque con un ágil salto y respondió causándole dos profundas incisiones en el brazo con el que sostenía el sable.

Abdel gruñó de sorpresa y dolor, y dio otro fuerte sablazo. Nuevamente la mujer lo esquivó, pero esta vez Abdel lo había previsto. Su ataque no había sido más que un amago, y cuando la Cazadora giró para eludir su sable, el mercenario la golpeó con una pierna, haciéndole perder el equilibrio.

Inmediatamente descargó el sable para acabar con su rival, pero ella giró sobre sí misma. El acero del mercenario se estrelló contra el duro suelo y las sacudidas le

causaron una penetrante punzada de dolor en el brazo herido.

De nuevo la Cazadora estaba de pie con los estoques prestos para descargar una lluvia de golpes contra la piel desnuda de Abdel. El mercenario era consciente que de hallarse en plenas facultades hubiese despachado fácilmente a su rival. La Cazadora era rápida, sí, pero él aún lo era más. No obstante, tenía un brazo inútil, lo que le impedía asir la impresionante arma con las dos manos y responder con los vertiginosos sablazos con los que solía abrumar a sus rivales.

En vez de eso se veía obligado a actuar a la defensiva, trazando amplios arcos en el aire con su arma para mantener a la mujer a raya. Indefectiblemente la Cazadora esquivaba fácilmente las estocadas y, pese a retirarse, sus inquietos ojos buscaban sin descanso la menor indicación de una abertura para poner fin al duelo.

Agotado por la pérdida de sangre el guerrero se tambaleó. Illasera no desaprovechó la oportunidad. Abdel logró parar el primer estoque, dirigido contra sus ojos, pero la punta del segundo le penetró limpiamente en el costado, justo por encima del cinturón. Abdel lanzó un chillido de frustrada ira y de dolor, dejó caer el sable al suelo y liberó toda la cólera de Bhaal.

El estigma que contaminaba su alma estalló en una explosión de loca furia que lo invadió por completo. Aunque no se operó ningún cambio en su apariencia física, la parte de él que era Abdel casi cesó de existir, consumida por el furioso incendio de odio y sed de sangre. El Dios de la Muerte caminaba de nuevo por el mundo.

Pese a tener un brazo destrozado, Abdel agarró mecánicamente a la mujer con ambas manos y la estrechó en un abrazo letal. Los impresionantes brazos musculosos del mercenario envolvían el cuerpo de Illasera y le inmovilizaban los brazos a ambos lados. Abdel apretó, y en el claro resonó el ruido de huesos que se rompían.

La mujer echó la cabeza atrás para gritar, pero únicamente pudo emitir un ahogado gorgoteo. Los ojos se le pusieron en blanco, de la boca y de la nariz empezó a manarle sangre, y por las mejillas le rodaron lágrimas carmesíes.

Atrapado dentro de su propia conciencia Abdel luchó por recuperar su yo, para encerrar a la parte de él que había liberado involuntariamente. Pero se vio reducido al papel de mero espectador mientras el avatar de Bhaal inclinaba la testa hacia adelante, arrancaba a la moribunda mujer un pedazo de carne del cuello y luego devoraba con fruición a su enemiga. La mujer dejó de debatirse, y Abdel arrojó aquella temblorosa masa de carne al suelo, con gesto de desdén.

El monstruo volvió su atención a las dos mujeres situadas a pocos metros de distancia. La esencia de Bhaal trató de empujar al cuerpo que ahora poseía, pero con fuerza de voluntad Abdel se negó a dar ni un paso. Con un pie alzado el mercenario luchó por recuperar el control de su cuerpo, pugnó por apagar el insaciable fuego de Bhaal que quemaba en su alma.

—Abdel, Abdel, ¿qué te ocurre? —preguntó Jaheira con expresión preocupada.

El mercenario quiso gritarle una advertencia, pero necesitaba todas sus fuerzas para impedir que su cuerpo, ahora poseído, diera aquel primer y fatídico paso. Entonces notó que la transformación comenzaba. Pese a todos sus esfuerzos su cuerpo empezaba a cambiar; se estaba convirtiendo en el demonio de cuatro brazos que los mortales conocían con el nombre de El Aniquilador.

—¡Abdel! —chilló Imoen, con una expresión igual a la de Jaheira—. ¡No, Abdel, no!

3

Los rostros de Imoen y Jaheira se fundieron en el vacío gris que súbitamente lo rodeó, y la entidad que amenazaba con apoderarse de su cuerpo y su alma se desvaneció con ellas. Abdel Adrian había regresado al vacío, y el Aniquilador se había marchado.

Instintivamente se llevó una mano al hombro para tranquilizarse tocando la empuñadura del sable sujeto a su espalda, como en su sueño. Pero en esta ocasión el plano abisal era distinto. Para empezar eso no era ningún sueño. Abdel estaba consciente y totalmente despierto cuando sintió que el mundo mortal se desvanecía. ¿O acaso había sido él quien se había desvanecido? Además, el brazo izquierdo aún le sangraba por las heridas infligidas por las flechas de la Cazadora en el claro. Pero lo que diferenciaba aquel vacío de la última vez que había estado allí no era solamente que estuviera consciente.

El mercenario sentía el suelo bajo sus pies. Al menos, era como si pisara algo sólido, aunque al bajar la vista no vio nada. El interminable gris que lo rodeaba también era distinto; en vez de hallarse en un lóbrego plano vacío desprovisto de cualquier existencia, Abdel se sentía perdido dentro de una niebla que todo lo oscurecía. Algo se ocultaba en la niebla. A diferencia del mundo de su sueño, no se encontraba en un vacío absoluto; era un plano lleno de secretos.

Como para darle la razón, la niebla se disipó ligeramente para revelar los contornos de varias puertas situadas entre las nubes. Tras un instante de vacilación Abdel se aproximó. En su mente sonaron de nuevo las palabras del ser embozado que le había hablado en el sueño: aquel lugar era el reino de Bhaal, un plano del Abismo regido en otro tiempo por el Dios de la Muerte, moldeado por la voluntad de su malvado padre inmortal.

No obstante, Abdel sintió que nada tenía que temer de examinar una puerta, aunque abrirla sería muy distinto.

¿Cómo podría abrir una puerta que no estaba sujeta a nada? Las puertas colgaban en el aire, sin marco, sin paredes, sin bisagras. Sólo estaban las puertas; cinco en total. Eran de roble de aspecto fuerte y resistente, y nada tenían de extraordinario en cuanto a su tamaño ni forma. Eran puertas sencillas, solamente adornadas con un funcional picaporte. De hecho, eran puertas normales y corrientes, excepto por su entorno o, mejor dicho, por la falta de un entorno.

Abdel desenvainó el sable y rodeó cautelosamente las puertas, buscando algo. Pero no halló nada.

—¿Hola? —gritó al fin, sin saber si esperaba que el ser de su sueño se le apareciera y le respondiera. Su voz resonó en la niebla gris.

»¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar.

La voz que brotó de la bruma no era el coro de voces que esperaba, sino una voz que reconoció perfectamente.

—Estoy aquí, hermano. Como tú.

De la niebla surgió una figura, un hombre del pasado de Abdel. Iba cubierto de los pies a la cabeza con una armadura de metal negra. Gran parte de las pesadas piezas de hierro se veían adornadas con hojas afiladas como cuchillos, lo que convertían aquella armadura en un instrumento tanto de defensa como de ataque. El temible guerrero medía más de dos metros de estatura y era uno de los pocos humanos que habían sido capaces de mirar a Abdel directamente a los ojos. Nada tenía de sorprendente su similar estatura, pues se trataba de su hermanastro, del hombre al que había matado en Puerta de Baldur: Sarevok.

Sarevok no había abandonado la protección que le ofrecía la oscura niebla como habría sido de esperar, sino que se había materializado de repente a apenas tres metros de distancia de Abdel. El mercenario no daba crédito a sus ojos.

Meneó la cabeza y agarró con más fuerza el sable, sin hacer caso de la llamarada de dolor que le subía por el brazo izquierdo herido y le llegaba hasta el hombro.

—Te maté —dijo a media voz—. Estás muerto.

Su hermanastro lanzó una risa grave que nada tenía de alegre.

—¿Acaso tu amada Jaheira no murió también, hermano? Pero los sacerdotes de Gond la resucitaron. La muerte no siempre es el fin.

Al menos no iba armado, comprobó Abdel. No había ni rastro de la espada negra que Sarevok utilizara en el duelo que ambos libraron en los túneles bajo Puerta de Baldur.

Pese a ello, el fornido mercenario no bajó la guardia. Si permitía que su medio hermano se acercara demasiado, las crueles hojas que sobresalían de su armadura de hierro podían causarle atroces heridas. Abdel volvía a ser muy consciente de su vulnerabilidad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó.

—Esperándote. Sabía que regresarías a este plano vacío de nuestro padre, Abdel. Así que esperé.

Las palabras de Sarevok lo intrigarón, pero también sabía que su hermanastro era un redomado embustero. Sarevok era la encarnación del mal. Tenía las manos manchadas con la sangre de innumerables inocentes, había tramado la muerte de Abdel, había sido el responsable del asesinato del marido de Jaheira y casi logró matarla a ella.

El guerrero de negra armadura había planeado y organizado una campaña de muerte y terror a lo largo de la Costa de la Espada. Sus maquinaciones habían estado a punto de causar una guerra sin sentido entre las ciudades de Nashkel y Puerta de Baldur; una guerra de sangre y sacrificios humanos con la que Sarevok esperaba

revivir a su padre muerto.

Pero todo eso no era de importancia para Abdel. Muerte, guerra, atentados contra su vida y la vida de sus compañeros; toda su vida había girado en torno a eso. Pero Sarevok tenía las manos manchadas con la sangre de Gorion. Él había ordenado el asesinato del mentor y el padre adoptivo de Abdel, la única persona que durante toda su vida había tratado de alejarlo de la violencia y la barbarie a las que le impulsaba su herencia. Pese a todos sus otros crímenes, Abdel había matado a Sarevok por el asesinato de Gorion.

Y ahora no iba a dejar pasar una segunda oportunidad de vengar aquella muerte.

—Has esperado mucho tiempo para que vuelva a matarte —le dijo, dando rápidamente un paso hacia Sarevok al tiempo que alzaba el sable. El mercenario se convirtió en una mancha de furioso movimiento, pero Sarevok se limitó a hacerse a un lado y apartar el sable con su pesado guantelete.

La fría e impasible carcajada que acompañó el gesto hizo que Abdel se tambaleara hacia atrás, anticipándose a un contraataque. Pero Sarevok se quedó quieto.

—Veo que sigues siendo tan impulsivo como siempre, Abdel. Desahoga tu rabia conmigo una vez más si así lo deseas... aunque no servirá de nada. —La voz de Sarevok conservaba la profunda resonancia que Abdel recordaba, y bajo cada palabra sonaba aún una corriente de violencia implícita. No obstante, había cambiado. Le faltaba aquella frialdad maligna, el aliento de pura maldad que en el pasado le causara escalofríos de repugnancia.

Abdel avanzó cautelosamente describiendo con el sable círculos en el aire. Todo lo que necesitaba era una oportunidad, una única abertura para hundir el acero entre las planchas de hierro que formaban la armadura de su hermano.

—Aquí no puedes matarme, Abdel —le advirtió Sarevok, al parecer ajeno al avance de Abdel—. Cuando me diste muerte en el plano mortal pasé a formar parte de ti. Me convertí en parte de este mundo vacío. Aunque me cortes en mil pedazos seguiré estando aquí.

Abdel dejó que su arma hablara por él, propinando un tremendo sablazo a la cintura de su hermano. Sarevok no trató de defenderse, sino que se quedó allí quieto y aguantó el ataque. El acero cortó la negra armadura, se hundió sin ningún esfuerzo en el torso de Sarevok y salió por el otro lado.

El mercenario se apartó para evitar el chorro de sangre que debía brotar de las extremidades inferiores del rival al que acababa de desmembrar, pero no hubo sangre. Tampoco la mitad superior del cuerpo de Sarevok cayó al suelo gris, agitándose, sino que Sarevok simplemente se disolvió y se desvaneció, del mismo modo que había aparecido.

—Avísame cuando acabes con esta payasada. Tengo una oferta que hacerte,

Abdel.

La voz sonaba a su espalda. Abdel se dejó caer al suelo y dio una voltereta hacia adelante para evitar que Sarevok lo atacara por la espalda. Al acabar de ejecutar la voltereta, torció el cuerpo de modo que le permitiera encararse con su oponente y se puso de pie de un salto.

Sarevok se había mantenido inmóvil y se veía exactamente igual que antes de que Abdel tratara de partirlo por la mitad.

El mercenario consideró la posibilidad de volver a atacar. Aún tenía que conocer al hombre al que no pudiera vencer con la fuerza bruta, pero era la primera vez que se enfrentaba a un espíritu incorpóreo en el plano infernal que había pertenecido a un dios ahora muerto. De mala gana tuvo que aceptar la idea de que no era una situación que pudiera resolver a punta de espada. Lentamente, sin apartar la mirada de la figura inmóvil de su hermano, bajó el sable.

—No tiene sentido luchar contra un fantasma.

—¿Un fantasma? —Sarevok pareció burlarse de aquella palabra, aunque su voz seguía siendo igual de fría y monótona—. Sí, supongo que soy un fantasma, aunque no en el sentido usual del término. Podemos ayudarnos mutuamente, Abdel. Los dos tenemos algo que el otro necesita.

Entonces fue el turno de Abdel de echarse a reír amargamente.

—Yo nunca te ayudaré, Sarevok. No puedes ofrecerme nada que pueda interesarme.

—Impetuoso como siempre, Abdel. Es el fuego de nuestro padre que arde en tu interior. A diferencia de ti, hermano, a mí ya no me consumen las llamas del odio y la sed de sangre. Tú mismo limpiaste de mi espíritu la lacra de Bhaal, y te doy las gracias por ello.

Sin saber cómo reaccionar al inesperado pero al mismo tiempo imperturbable agradecimiento del hombre al que había matado, Abdel permaneció en silencio.

—No rechaces mi oferta en un arrebato de pasión y temeridad, Abdel. Yo tengo la información que necesitas. Te aseguro que, a la larga, lo que te propongo te beneficiará mucho más a ti que a mí.

Las palabras de Sarevok le picaron la curiosidad.

—¿Información? ¿Qué tipo de información?

—Para empezar, cómo salir de este mundo muerto de nuestro padre. Pero hay más, Abdel, mucho más.

El mercenario frunció el entrecejo, consciente de que Sarevok le había hecho una oferta que no podía rechazar alegremente. Abdel no tenía ni idea de cómo había llegado a aquel plano gris y vacío, y tampoco tenía ni idea de cómo regresar al mundo mortal junto a Jaheira e Imoen. Pero parte de él seguía recelando de hacer un trato con quien en el pasado fuera su enemigo mortal.

—¿Y qué necesitas tú de mí? —le preguntó.

Sarevok avanzó medio paso y alzó los brazos, con lo que las piezas metálicas de su armadura chirriaron. Instintivamente Abdel aprestó el sable y se agachó en posición de defensa.

Su hermano imitó sus movimientos e hincó rígidamente una rodilla, con los brazos aún extendidos y las palmas hacia arriba. Abdel tardó un segundo en comprender que Sarevok no había adoptado una actitud agresiva, sino que suplicaba.

—Abdel Adrian, te necesito para que me devuelvas a la vida —imploró.

Abdel se quedó tan atónito como si alguien le hubiera golpeado con fuerza en la cara, y volvió bruscamente la cabeza, horrorizado. Era una petición ridícula y ofensiva.

—¡Nunca! —gritó—. Eres un monstruo, Sarevok, un ser todo maldad y muerte. Tendría que estar loco para devolverte a la vida y que pudieras seguir matando.

—Por favor, Abdel —replicó Sarevok sin ningún cambio significativo en el tono de voz, aunque seguía con los brazos extendidos en un patético esfuerzo por despertar la simpatía de aquel medio hermano al que tanto daño había hecho—. Ya no soy el que era. Cuando tú me conociste, yo ya no era humano, no era más que un recipiente, el conducto por el que fluía el horror de Bhaal. La lacra de nuestro padre se había apoderado de mí. El infierno de odio, sed de sangre y locura habían consumido mi identidad. Yo no era Sarevok, sino un demonio con forma humana.

—¡Mientes! ¡Sólo tratas de eludir la responsabilidad de toda la muerte y la destrucción que causaste!

Sarevok negó con la cabeza, se puso lentamente en pie y bajó los brazos antes de seguir suplicando con voz grave y monótona que no reflejaba ninguna emoción.

—Admito que antes de que el estigma de Bhaal se adueñara de mí ya disfrutaba matando. Soy y siempre seré un instrumento de la violencia. Durante toda mi vida, en todos mis viajes, dejé tras de mí una estela de muerte. Pero lo mismo puede decirse de ti, Abdel Adrian. ¿Somos realmente tan distintos?

Involuntariamente Abdel dio un paso hacia atrás, negando las acusaciones de Sarevok. Pero, pese a su reacción, sabía que su hermano decía la verdad. Muchas veces había sentido el mercenario la cegadora furia de la esencia de su padre en su alma; muchas veces había sentido las garras del Dios de la Muerte que se cerraban en torno a su corazón. Conocía la eterna lucha por controlar el mal que moraba en su interior, conocía la guerra que debía librar para mantener su identidad cada vez que se dejaba llevar por la furia y permitía que el océano carmesí de la lacra de Bhaal se apoderara de su mente.

De cada lucha contra su mal interior Abdel había salido victorioso. Hasta entonces. ¿Era posible que en otro tiempo Sarevok hubiese sido como él, pero hubiera sucumbido a la contaminación de Bhaal? ¿Se había convertido Sarevok en

una manifestación mortal del mismo Bhaal, un ser que no era responsable de sus acciones?

Aprovechando el silencio de Abdel, Sarevok continuó exponiendo su caso.

—Cuando pusiste fin a mi existencia mortal, Abdel, liberaste mi espíritu de los infiernos. Pero en vez de ganar la libertad fui a parar aquí, quedé atrapado en este limbo que en otro tiempo fue el reino de Bhaal.

»Llevo aquí esperando desde el día de mi muerte, pues sabía que un día aparecerías. Mi alma está unida a la tuya, Abdel; estamos unidos por nuestra herencia común y por haber muerto yo a tus manos. Sabía que regresarías, y te he esperado, confiando en tener otra oportunidad, una oportunidad para vivir no como el receptáculo del odio y los deseos de Bhaal, sino como yo mismo.

—Yo... yo no sé si creerte —para su propia sorpresa Abdel pronunció aquellas palabras casi con pesar.

—Lo entiendo. ¿Por qué deberías confiar en mí? Voy a darte una prueba de mi buena fe; te diré cómo puedes salir de aquí y regresar al mundo mortal, junto a quienes has dejado atrás.

Jaheira. Imoen. La sola mención de sus compañeras despertó el apremio de Abdel. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, en ese plano vacío? ¿Y si la mujer a la que había matado no era la única perseguidora? ¿Y si por el bosque merodeaban más lobos mutantes?

—¡Dime cómo regresar!

Al percibir el anhelo de su hermano Sarevok lo tranquilizó.

—Tus compañeras están a salvo, Abdel. No corren peligro inminente. Te diré la forma de regresar. Luego, si lo deseas, podrás marcharte y yo no trataré de detenerte. Lo único que te pido es que escuches el final de mi oferta antes de irte.

—Trato hecho —respondió Abdel inmediatamente. En realidad hubiera dicho cualquier cosa para reunirse cuanto antes con Jaheira.

—La clave son las puertas, Abdel —le explicó Sarevok—. Acércate a una de ellas y concéntrate. Desea estar de nuevo en el mundo mortal.

—¿Qué puerta?

—No importa. Las puertas no son más que símbolos. Representan las posibilidades y el potencial de este plano, y también el tuyo.

Sin dudarlo, Abdel simplemente dio la espalda a Sarevok y fue directo hacia la puerta más cercana, imaginándose que atravesaba el umbral y reaparecía en el claro, donde había dejado a Jaheira y a Imoen.

—Has hecho una promesa, Abdel —le recordó Sarevok. El mercenario se detuvo.

Él no le debía nada a Sarevok. A su modo de ver, el peor de sus crímenes era el asesinato de Gorion, pero no había sido el único. No tenía ninguna razón para quedarse. Debería seguir caminando y dejar que Sarevok se pudriera en el vacío.

—¿Recuerdas las últimas palabras que te dije en los subterráneos de Puerta de Baldur? ¿Recuerdas lo que te dije cuando me atravesaste el corazón con tu espada? Te dije que había más como nosotros, Abdel, más hijos de Bhaal. Si quieres hallar las respuestas, debes encontrarlos.

Las palabras de Sarevok se asemejaban tanto a las del ser sobrenatural de su sueño, que Abdel se volvió y miró a su hermanastro.

—Yo puedo ayudarte a encontrar a los demás hijos de Bhaal —dijo Sarevok—. Puedo ayudarte a hallar las respuestas, pero debes escuchar mi oferta antes de irte.

El mercenario recordó vívidamente cómo la herencia de Bhaal había estado a punto de adueñarse de él en el claro. Recordó la horrible sensación de impotencia que lo invadió cuando su cuerpo se transformó en el receptáculo de la malvada semilla que en otro tiempo formara parte de la esencia inmortal del Dios de la Muerte. Tal vez las respuestas de Sarevok le permitirían librarse definitivamente del legado de su padre. El rostro de Jaheira desfiló fugazmente por su mente, y echó un rápido vistazo de refilón a la puerta que flotaba en la neblina gris.

—Tú eliges, Abdel.

—¡Gracias a los dioses!

Abdel oyó la voz de Jaheira una fracción de segundo antes de que la faz de su amada se materializara ante él. Las lágrimas de alivio borraron de inmediato la expresión de temor e inquietud en sus ojos violeta.

—¡Abdel! —gritó la semielfa, atravesando el claro a todo correr para abrazarlo.

En respuesta, Abdel rodeó los hombros de Jaheira con sus poderosos brazos y la estrechó contra su musculoso pecho, al tiempo que hundía los dedos en su espesa mata de pelo oscuro. El brazo izquierdo, herido, le colgaba inútil a un lado.

—Jaheira —musitó. No dijo nada más, sino que se dejó embargar por el delicado aroma de la semielfa.

Un segundo más tarde Imoen se unió a ellos, saltó y rodeó con sus delgados brazos los anchos hombros y el macizo cuello de su compañero de infancia.

—¡Bienvenido de vuelta, hermano mayor! —exclamó, colgándose de la espalda de Abdel, aliviada y gozosa.

El mercenario siguió estrechando a Jaheira contra su cuerpo un momento más antes de soltarla. Entonces se encogió ligeramente, e Imoen se soltó de su cuello, cayó y aterrizó suavemente sobre sus diminutos pies.

Al verlas revivió el terrible recuerdo de cómo había estado a punto de matarlas a ambas, cómo en su último duelo casi había sucumbido a la esencia de Bhaal que llevaba en su interior, convirtiéndose en el Aniquilador. Abdel se juró que haría todo lo humanamente posible para no dejarse llevar de nuevo por la cólera de su padre. Solamente recurriría a la violencia en último extremo, cuando la situación fuese desesperada. Estaba dispuesto a morir antes que volver a convertirse en el Aniquilador.

Seguro ya de que ni Jaheira ni Imoen habían sufrido daño alguno, inspeccionó rápidamente la escena. El calvero aparecían aún bañado por la luz conjurada por Jaheira, pero al alzar los ojos comprobó que aún era noche cerrada. El claro estaba rodeado por árboles muertos y retorcidos, y el suelo tapizado con hojas en descomposición. Los hediondos cuerpos de los repugnantes lobos seguían esparcidos por el suelo. Abdel se limitó a observarlos brevemente y a alejar la vista del cuerpo sangriento y roto de la Cazadora, desplomado cerca del borde del claro.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —preguntó.

Jaheira retrocedió un paso y ladeó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos. La pregunta la había pillado por sorpresa.

—No más que unos segundos, Abdel. Estabas aquí y un momento después habías desaparecido. ¿Qué ha ocurrido?

Abdel no respondió de inmediato, sino que puso en orden sus pensamientos antes

de decir:

—Fui... fui transportado a otro plano. Creo, creo que he estado en el Abismo.

La semielfa lo miró con ojos curiosos pero fue Imoen quien planteó la cuestión.

—¿El Abismo? ¿Quién o qué te llevó allí?

Abdel inspiró hondo y respondió:

—Sarevok.

Jaheira ahogó un grito y se tapó la boca con una mano.

—¿Sarevok? —inquirió Imoen—. ¿Por qué me suena familiar ese nombre?

Se hizo el silencio. Ni Jaheira ni Abdel deseaban hablar de los crímenes de Sarevok y abrir viejas heridas. Al fin fue Jaheira quien tomó la palabra.

—Él también era hijo de Bhaal, Imoen. Hizo que mataran a Gorion y a Khalid, mi esposo. Sarevok trató de iniciar una guerra en Puerta de Baldur. Centenares de inocentes sufrieron por su culpa. Hasta que Abdel lo mató.

—¿Él fue quien asesinó a Gorion? —susurró Imoen con voz que reflejaba una profunda impresión y simpatía hacia Abdel—. Debe de haber sido horrible volver a verlo.

Fue Jaheira quien formuló la siguiente pregunta, la que Abdel tanto se temía.

—¿Qué quería?

Abdel rebulló inquieto y se forzó a contestar.

—Quería que lo hiciera resucitar.

Imoen no pudo evitar echarse a reír.

—¡Eso es imposible! ¡Cómo si tú fueras un clérigo!

El fornido mercenario fijó la mirada de Jaheira, tratando de leer sus pensamientos, mientras replicaba:

—Sí que es posible. Él me dijo el modo, a cambio de revelarme cómo regresar a este mundo. Jaheira tendría que ayudarme.

—¡No! —La semielfa volvió la cabeza y escupió despectivamente en el suelo—. ¡No! Yo haría eso. Ni se me pasaría por la cabeza volver a liberar tal profunda maldad en el mundo. Dejemos que su alma siga atrapada allí por toda la eternidad. Se lo merece.

Suavemente Abdel posó la mano herida sobre un hombro de Jaheira. Comprendía perfectamente qué sentía, pues aquélla había sido también su reacción inicial. Pero después de escuchar la oferta de Sarevok tenía que comunicársela.

—Él afirma que ha cambiado. Afirma que su alma se ha liberado de la lacra de Bhaal, y yo creo que... —Abdel tuvo que hacer una pausa para recuperar la respiración antes de continuar— ...creo que podría mostrarme cómo hacer lo mismo.

La semielfa clavó la mirada en el suelo y sacudió la cabeza en signo de muda negativa. Abdel abarcó una de las mejillas de la joven con su enorme palma y la obligó a alzar la cabeza para mirarla a los ojos. Jaheira lloraba.

La muerte de Khalid había reunido a Abdel y a Jaheira, y el mercenario sabía que la semielfa no había conseguido aún librarse del sentimiento de culpa y pena por las circunstancias que acompañaron la muerte de su esposo. Él se había cuidado mucho de no presionarla, de no forzarla a que se reconciliara con la contradicción que representaba el amor que sentía por él y el hecho de que ese amor fuese el resultado de una tragedia. Ahora estaba pidiendo a Jaheira que perdonara al hombre que había matado a su marido por el bien del hombre que había reemplazado a Khalid en su corazón. Por mucho que Abdel anhelara verse libre de la lacra de Bhaal, no tenía ningún derecho a poner entre la espada y la pared a la mujer a la que amaba.

Asqueado por su propio egoísmo, Abdel la soltó y se volvió.

—Lo siento, Jaheira —se disculpó—. No debería habértelo pedido. No volveré a hablarte de ello.

Jaheira sabía que la lucha con los lobos y con la arquera había acabado con la energía de los tres. Cuando se disipara la exaltación del combate, estarían más agotados que antes, cuando había insistido en hacer un alto para descansar. Pese a que ya no se sentía cómoda en la naturaleza corrupta del calvero, sería una tontería seguir adelante.

Aunque Abdel hubiera acabado con la arquera, todos sabían que aún quedaban muchos enemigos que los perseguían. Sus días de fugitivos estaban lejos de haber acabado. Tendría que enviar a Imoen en busca de más hojas de menta, pues el hechizo de corrupción había estropeado las que había recogido antes.

—Tienes que aventurarte más allá de los árboles muertos —explicó a Imoen—, hasta que encuentres plantas vivas y frescas. Busca hojas como éstas, pero de un verde brillante —añadió, poniendo en la menuda mano de la muchacha una única hoja muerta.

Imoen asintió. Los ojos aún le brillaban por la agitación del último encontronazo.

—No te preocupes. Me aseguraré de que nadie me vea.

Una vez que la hermanastra de Abdel se hubo marchado, Jaheira pudo dedicar toda su atención a las heridas en el brazo de su amado. Durante los meses pasados había sido testigo en numerosas ocasiones de los extraordinarios poderes de regeneración del mercenario. Abdel había recibido casi sin pestañear heridas que hubieran lisiado o incluso muerto a cualquier hombre. Aunque las graves heridas infligidas por los lobos se habían esfumado casi al instante, por alguna razón las flechas de la Cazadora le habían desgarrado la carne de tal modo que no sanaba.

—Esas flechas estaban marcadas con poderosas runas y con símbolos —le explicó, mientras le vendaba el brazo y susurraba un sencillo encantamiento de curación—. Es como si esa mujer conociera tus capacidades y también cómo anularlas.

Abdel se estremeció al notar el roce de las manos de la semielfa en la delicada capa más profunda de la carne.

—Tal vez existen otros hijos de Bhaal como yo, con poderes especiales. Y tal vez algunos hayan sido capturados y se ha experimentado con ellos hasta encontrar algún punto débil.

Jaheira movió afirmativamente la cabeza.

—Quizá tengas razón, amor mío. Es posible que otros de tu misma estirpe hayan sido bendecidos con poderes de regeneración similares a los tuyos.

—¿Bendecidos? —musitó Abdel, sorprendido—. Nada que tenga que ver con el estigma de Bhaal es una bendición.

La semielfa acabó de vendarle el brazo en silencio mientras reflexionaba sobre las palabras de Abdel. ¿Qué derecho tenía ella a negarle una oportunidad de librarse de la maldición de su sangre? Si Abdel e Imoen tenían una posibilidad de sustraerse al terrible legado del Dios de la Muerte, ¿quién era ella para negársela?

—¿Cómo tendría que hacerse? —susurró. No era preciso explicar más; Abdel sabría a qué se refería.

El corpulento guerrero cambió de posición para mirarla a los ojos. Jaheira esperó que leyera en ellos una resolución inquebrantable. Por su parte, en los ojos de Abdel vio duda, luego gratitud y alivio.

—Tiene que hacerse con las primeras luces del alba —dijo al fin—. Esperaremos a que Imoen regrese.

Pronto amanecería. Abdel sentía los delgados dedos de la semielfa enlazados con firmeza en torno a los suyos, mucho más gruesos. Ambos se encontraban de pie en el centro de un círculo dibujado en la tierra. Siguiendo las instrucciones de Sarevok Imoen había trazado el círculo con la hoja de un cuchillo mojada en la propia sangre de Abdel.

Alrededor del círculo se veían muchos otros símbolos arcanos muy complejos que la misma Imoen había dibujado con la punta de su daga, también con sangre de Abdel, con esmerada precisión. La muchacha observaba con preocupación a sus dos amigos, manteniéndose algo apartada.

Abdel lanzó una mirada de interrogación a Jaheira, que lo tranquilizó con una inclinación de cabeza. Inmediatamente la druida empezó a entonar una salmodia. Aquellas palabras no significaban nada para Abdel, pues nunca había aprendido el lenguaje de la magia. Pero notaba cómo el ensalmo de Jaheira reunía el poder del bosque que los rodeaba.

De las ramas muertas brotaron yemas verdes y los árboles renacieron gracias a la energía elemental que Jaheira conjuraba a partir de los elementos naturales que había a su alrededor.

Los primeros rayos del sol empezaban a brillar en el horizonte. Abdel fijó la vista en el sol naciente que se disponía a iluminar una mañana más el mundo. De pronto, cegado por la luz, empezó a sentir que flotaba por encima de la tierra, aunque seguía notando el duro suelo del calvero bajo sus pies.

Ya no sentía la mano de Jaheira apretándole la suya. De hecho, no sentía ya ni su propia mano. Pero aún oía el mantra que la druida desgranaba y con el que apelaba a Mielikki, la Señora del Bosque, implorándole su ayuda.

Mientras apretaba con fuerza los ojos para protegerse del resplandor, Abdel se abrió a la magia de Jaheira. Entonces sintió que algo tiraba dentro de él, y un segundo tirón estuvo a punto de hacerlo caer. Notó una cálida sensación en la zona genital seguida por un calor abrasador en el pecho.

El mercenario abrió la boca para gritar de dolor, pues sentía que la sangre le empezaba a hervir, pero el terrible poder de la magia que fluía por sus venas acalló su voz. Entonces fue como si algo le arrancara un pedazo de su alma, como si algo le extirpara su misma esencia.

Por fin pudo lanzar su grito hasta entonces acallado, que resonó en el claro, al tiempo que Abdel caía de manos y rodillas.

Lentamente fue recuperando la visión. Por el rabillo del ojo vislumbró a Jaheira, también caída en el suelo junto a él, que se movía. Aún de rodillas el mercenario se apoyó sobre los talones y paseó la vista por el claro.

Allí estaba Sarevok en toda su gloria. La oscura armadura metálica del vástago de Bhaal reflejaba los brillantes rayos del sol que incidían en el negro hierro, mientras que los aguzados bordes de las hojas que sobresalían del espaldarón, las hombreras, los brazales y también las canilleras reflejaban la luz del alba, dando testimonio de lo afiladas que estaban.

Allí, en el mundo mortal la única arma de Sarevok era su armadura al igual que en el plano abisal. Abdel se puso trabajosamente en pie y desenvainó el sable.

—Aún no confías en mí, hermano —comentó Sarevok con ligero deje de ironía en una voz por lo demás monótona.

Jaheira extendió una mano y la posó sobre uno de los sólidos muslos de Abdel. El mercenario miró la faz cansada y suplicante de la semielfa y guardó el arma para ayudarla.

—Tú debes de ser Imoen —dijo Sarevok al reparar en la presencia de la esbelta muchacha situada al borde del claro—. Abdel no mencionó que tuviéramos una hermana tan atractiva.

Imoen miró desdeñosamente a la figura cubierta con la armadura, a la que esperó:

—Ahórrate los cumplidos. ¡Yo no soy tu hermana!

Tras el visor del yelmo de Sarevok se oyó un profundo suspiro.

—Como quieras. Sólo trataba de ser amable. Sea como sea, ya no queda mucho

en común entre nosotros. Puedo sentir que casi todo el poder de nuestro padre ha sido purgado de tu alma.

—Abdel me rescató de la maldad de Bhaal —declaró la muchacha con vehemencia, estremeciéndose al recordar que por un breve tiempo había sido el avatar del Dios de la Muerte en Faerun.

—Y también me ha rescatado a mí. Ahora Abdel soporta en su alma el peso de nuestra lacra, por lo que ambos le estamos muy agradecidos.

La impresionante figura se dio lentamente media vuelta para encararse con Jaheira.

—Y también te doy las gracias a ti, druida, por haber ayudado a resucitarme.

—Lo he hecho por Abdel, no por ti —replicó Jaheira entre dientes, lanzándole una furibunda mirada.

Sarevok se encogió de hombros, y las pesadas piezas de su armadura chirriaron al rozarse.

—De todos modos tienes mi agradecimiento.

Las cuatro figuras se quedaron en silencio varios segundos, hasta que Jaheira preguntó con brusquedad:

—¿Eso es todo, Sarevok? ¿No tienes nada más que decir? ¿No vas a pedirnos perdón por la muerte de nuestros seres queridos?

—¿Acaso eso importa ahora? —replicó Sarevok en tono de desafío—. Por mucho que me disculpe no vais a recuperarlos, y dudo que ayude a redimirme a vuestros ojos.

La semielfa giró sobre sus talones y se alejó con aire indignado, poniendo entre ella y Sarevok tanta distancia como le fue posible. Abdel sintió deseos de imitarla e ir a reunirse con ambas mujeres, pero al fin no se movió.

—He cumplido mi parte del trato, Sarevok —dijo, tratando que la amargura y el resentimiento no se reflejaran en su tono de voz—. Eres libre para recorrer de nuevo el mundo mortal. Te he dado de nuevo la vida como te prometí. Ahora dime lo que quiero saber.

—Sí, he regresado al mundo mortal, aunque no estoy verdaderamente vivo, no en ningún sentido real de la palabra. Tengo sustancia y tengo forma; puedo infligir dolor y también sentirlo. Pero no soy un ser de carne y hueso como tú, Abdel. No soy más que un fantasma con forma sólida. Esta armadura es mi cuerpo; el frío roce del metal es lo más cerca que estaré nunca de sentir la calidez de la carne.

—Eso no es de mi incumbencia, Sarevok. Yo he hecho lo que me pediste. Ahora tienes que cumplir tu promesa. Háblame de los demás hijos de Bhaal. Dime cómo puedo librarme de esta lacra.

—No sé cómo puedes expulsar de ti la sangre del Dios de la Muerte, Abdel —replicó Sarevok—. Yo nunca te prometí eso.

—¡Lo sabía! —el estridente grito de Jaheira cortó el tranquilo aire de la mañana —. ¡Sabía que no podías confiar en él! Te ha mentado, Abdel. Nos ha vuelto a engañar.

Sarevok alzó una mano con la palma del guantelete negro hacia fuera, indicando a Jaheira que contuviera su arrebató.

—Te dije la verdad, Abdel; voy a darte lo que te prometí. Te dije que tu destino está ligado al de los demás hijos de Bhaal que siguen en el mundo mortal. Te dije que te ayudaría a encontrarlos. Te prometí que te guiaría hacia tu destino.

Abdel se quedó inmóvil frente a Sarevok. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para resistir el impulso de desenvainar la espada.

—¿Y cuál es ese destino, Sarevok?

Nuevamente se oyó el chirrido de metal contra metal cuando el colosal guerrero se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Tal vez es librarte de la pervertida esencia de Bhaal, o tal vez no. Es posible que Melissan lo sepa.

—¿Melissan? ¿Quién es? —quiso saber Abdel.

—Es alguien que sabe mucho más que yo acerca de la prole de Bhaal, Abdel Adrian. Si hay alguien capaz de librarte de esa lacra es ella. Y yo sé dónde encontrarla.

—¡Pues dínos dónde está y luego lárgate! —gritó Jaheira desde el otro extremo del claro.

El grave retumbo que era la triste carcajada de Sarevok resonó en el bosque.

—¿Decíroslo? No, druida. Haré algo mejor que eso; os acompañaré. Mi camino está unido al de tu amado. Estaré a su lado en cada paso que dé en su camino.

Abdel avanzó hacia su hermanastro, acercando involuntariamente una mano a la empuñadura de la espada.

—¡Ése no era el trato, Sarevok!

El guerrero de la armadura no hizo ademán de protegerse.

—Mátame si quieres, Abdel. Yo no pienso defenderme. Pero si lo haces nunca averiguarás mis secretos.

Lentamente la manaza del mercenario se alejó de la empuñadura del arma. Entonces se volvió e intercambió una mirada con Jaheira. Había enojo en los ojos violeta de la semielfa pero Abdel comprendió que pensaba lo mismo que él. Ambos habían resucitado a Sarevok y tendrían que apechugar con él.

Fue Imoen quien al fin rompió el incómodo silencio que reinaba en el calvero.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Vamos a Saradush, en busca de Melissan —contestó Sarevok.

En el pozo situado en el centro del templo ardían llamas bajas que bañaban la sala con un inquietante resplandor rojo. A la tenue luz de la lumbre apenas se distinguía el símbolo grabado en cada uno de los seis muros que componían la cámara central del pequeño edificio: una sonriente calavera con ojos resplandecientes situada contra un fondo de lágrimas. El símbolo de Bhaal.

Dos figuras embozadas esperaban en la sala, en silencio. Aunque ocultaban su identidad bajo la ropa, las pesadas capas que llevaban no los cubrían por completo. De vez en cuando sus sutiles movimientos permitían entrever fugazmente su verdadera forma. El mayor de ambos rebulló con impaciencia, revelando fugazmente un trozo de escamosa y ruda piel apenas visible debajo de las sombras de la capucha. Al dar un paso arrastrando los pies sonó como una serpiente que se deslizara ásperamente sobre el suelo, y una lengua bífida se agitó en el aire en busca de la presencia de los demás, que aún no habían llegado.

La segunda figura, femenina, más delgada y de menor estatura, alzó una mano para tranquilizar a su inquieto compañero, moviéndose con grácil languidez. Tenía unos dedos largos y finos tan delicados como los de cualquier elfo de Faerun, pero del color de ceniza quemada. Solamente la piel de alguien que no había visto nunca la luz del mundo de la superficie podía mostrar aquella oscura palidez, la piel de una criatura de la Antípoda Oscura, la piel, en definitiva, de un drow.

El de mayor tamaño volvió rápidamente la encapuchada cabeza hacia la única puerta, y su ojo de reptil reflejó las ascuas del fuego.

Apareció una tercera figura igualmente embozada y con la capucha echada sobre el rostro para ocultarlo. No era tan alta como la primera, pero sí más fornida que la segunda. Al igual que la drow sus poderosas manos apenas asomaban por los puños de las largas mangas, aunque era imposible siquiera adivinar cuál era el color original de la piel de aquel hombre, pues estaban completamente cubiertas con intrincados tatuajes y minuciosas marcas.

—Os he llamado porque los acontecimientos se están precipitando —anunció el recién llegado.

La figura de mayor tamaño silbó entre dientes y luego apuntó una garra acusadora hacia el tercero en llegar.

—¡Tú no eres el líder de los Cinco! ¿Por qué no nos ha llamado el Ungido de Bhaal?

—¿Y dónde están los otros? —añadió la drow. Su voz sonó como un susurro en la cámara en penumbra.

—Uno dirige el sitio de Saradush. Y el quinto ha muerto a manos del hijo adoptivo de Gorion.

—¿Illasera ha muerto? —En la voz del reptil sonó un deje de pesar.

—Así es —replicó el hombre tatuado—. Pero la venganza no se hará esperar. El destino de Abdel Adrian ya está sellado. Ya ha caído en la trampa.

Los Cinco estaban acostumbrados a expresarse de modo velado. El Ungido de Bhaal los había entrenado bien; todas sus discusiones se desarrollaban utilizando oraciones crípticas y una compleja sintaxis. Tratándose de un culto nacido en torno al secreto y las sombras que rodearon la muerte de Bhaal, las referencias vagas eran más que un hábito. Eran una herramienta de supervivencia. Al principio el mundo no conocía la existencia de los Cinco. Pero a medida que prole de Bhaal iba cayendo los ojos más poderosos de los reinos del sur se habían posado en ellos y en sus planes.

Los Cinco todavía no estaban listos para aceptar tal examen. Su misión era como un frágil recién nacido que podía ser una víctima fácil. Los ojos y los oídos de los espías representaban una amenaza constante para su existencia y para la consecución de su objetivo final. Así pues, tenían muy presente el peligro de ser observados por magos con sus bolas de cristal o por hechiceros clarividentes, incluso cuando se reunían en su sanctasanctórum. Ningún lugar era realmente seguro, ninguno estaba a salvo de las infiltraciones de un astuto enemigo o por los poderes de un hechicero metomentodo. Incluso allí, en aquel templo del Dios de la Muerte tiempo atrás abandonado, una sola palabra en falso, un nombre revelado en un descuido o un plan expuesto tontamente podría proporcionar a los enemigos de los Cinco la información necesaria para destruirlos.

Puesto que había muerto, el nombre de Illasera ya no podía perjudicar a la causa. Pero la identidad de los demás componentes de los Cinco y de su líder, el Ungido de Bhaal, debían conservarse en secreto.

—Una de los nuestros ha caído —anunció el hombre tatuado—. No podemos esperar a los demás. Debemos cumplir el ritual antes de que la esencia de Illasera se pierda.

Los tres alzaron en perfecta armonía los brazos hacia el tejado en ruinas del templo abandonado de Bhaal. Con la mirada fija en el suelo, sus voces entonaron un antiguo salmo que quedó ahogado bajo las capuchas y el pesado aire viciado que flotaba en el santuario de Bhaal. De sus labios brotaron mágicas palabras. En respuesta al encantamiento las chisporroteantes llamas del pozo que se abría en el centro de la sala revivieron y se alzaron hacia el techo.

Lenguas de fuego lamieron las esquinas de la sala, convertida ahora en un ardiente infierno, bañando el templo en una cegadora luz naranja. Insectos y alimañas pagaron con sus vidas la estupidez de haberse refugiado en aquellas ruinas desiertas, consumidos por la abrasadora intensidad de la magia de un dios muerto desatada por los Cinco.

Pero las palabras de su impía letanía protegían del fuego a los tres componentes

de los Cinco. Ajenos al calor y a las llamas siguieron con el antiguo ritual que el Ungido les había enseñado, y que él había aprendido del mismo Bhaal.

Del pozo situado en el centro de la sala se alzó el hedor de la muerte. Por debajo de las altas llamas las brasas empezaron a agitarse y a inflamarse. El lamento de una banshee hendió la noche; la irresistible necromancia de los Cinco atrajo al santuario maldito de Bhaal el torturado chillido de los espíritus. Las almas de los recientemente fallecidos se elevaron del pozo cual volutas de humo.

Al principio eran muy pocas las almas que flotaban en el techo, solas o en parejas, pero a medida que el ensalmo fue avanzando se convirtieron en legión: fantasmas de quienes aún no habían pasado a los reinos situados más allá del mundo material, apariciones de aquellos a los que les estaba vedada la entrada en la otra vida así como espectros de personas cuya muerte era tan reciente, que todavía no eran conscientes de haber dejado de existir. El fuego de Bhaal que ardía en el pozo —el fuego del Abismo— los consumió a todos por igual, borrando su existencia y abrasándolos. Las llamas se fueron alimentando de su esencia hasta que sólo quedó el eco de sus angustiosos gritos.

El ritual acabó tan de repente como había empezado. El calor abrasador y la cegadora luz se desvanecieron para ser reemplazados una vez más por el frío húmedo y las opresivas sombras del templo abandonado. Las llamas chisporrotearon y titilaron, dejando únicamente los rescoldos como últimos vestigios de la presencia en el mundo de los vivos de un dios muerto.

—Illasera no estaba. —Pese a sus esfuerzos, la drow no pudo evitar que su voz traicionara la sorpresa y la confusión que sentía.

—La Cazadora mató a muchos hijos de Bhaal —aventuró el ser con apariencia de reptil—. Es posible que, al no estar todos reunidos y no contar con la presencia del Ungido, no nos bastemos para invocar la esencia de alguien tan poderoso como Illasera.

—No. El ritual ha sido poderoso. No hemos tenido nosotros la culpa. La esencia de Illasera ha... desaparecido. —El hombre tatuado habló lentamente como si al mismo tiempo reflexionara sobre las implicaciones de lo que decía—. Alguien ha absorbido su alma.

»El hijo adoptivo de Gorion está acumulando demasiado poder —dijo el escamoso ser, tan nervioso que apenas se le entendía. Su lengua se agitaba en el aire con rabia contenida, y sus palabras quedaban casi ahogadas por su colérico siseo.

—Deberíamos habernos ocupado de él hace mucho tiempo —convino la drow, también con voz ronca por el enfado y el temor.

—Tranquilos. Ese estúpido tiene los días contados —les aseguró el hombre tatuado, aunque la voz le temblaba—. El Ungido lo está conduciendo a una muerte segura. Absorberemos el estigma de Bhaal de su alma moribunda y así recuperaremos

la esencia de Illasera para nuestro amo inmortal.

El fracaso del ritual lo había afectado profundamente.

Al igual que sus compañeros se sentía indignado, confuso y temeroso, cosa que le hizo expresarse con una temeridad que normalmente no era habitual en él.

—¡El Ungido de Bhaal me ha asegurado que ese Abdel Adrian perecerá en Saradush!

El Ungido de Bhaal, el servidor favorito del Dios de la Muerte, despertó de su pesadilla bañado en sudor. En el último instante logró tragarse los gritos de tormento que pugnaban por salir de sus labios.

La pesadilla era siempre la misma. Fuego. No las dulces llamas expiatorias que durante el glorioso reinado de Bhaal devoraban a sus víctimas, aunque el perfumado aroma de la sangre hirviendo y la carne quemándose siempre aparecía en el sueño.

No, el fuego que ardía en su pesadilla era una hoguera de insoportable tormento, de dolor eterno que no cesaba ni siquiera cuando se despertaba. Eran las llamas de la ceremonia de unción, el imborrable recuerdo del atroz bautismo de fuego que lo mutiló y lo desfiguró. Cada vez que el Ungido de Bhaal tenía aquella pesadilla revivía la tortura del ritual que había convertido al devoto favorito del Dios de la Muerte en su Ungido, en el guardián de las terribles ceremonias destinadas a promover su resurrección.

Mientras esperaba que la pesadilla se desvaneciera en la niebla de unos recuerdos que deseaba olvidar, el Ungido se estremeció, aunque por lo demás se mantuvo inmóvil. Quienes dormían o montaban guardia cerca de él no notaron nada; aquellos idiotas no tenían ni idea de la verdadera identidad de su compañero, ni se percataron de su reacción.

Bhaal estaba muerto y sus seguidores o bien se habían dispersado o perdido o bien se habían unido a las filas del rebaño de Cyric, que crecía rápidamente. Aunque el Dios de la Muerte estuviera muerto, el Ungido de Bhaal sabía que gran parte de él seguía vivo. Muy pronto comenzaría el ritual de ascensión y el Dios de la Muerte renacería. Entonces todo Faerun pagaría por el sufrimiento que su Ungido había tenido que soportar.

Los primeros años tras la muerte de Bhaal habían sido los más duros. Perseguidos por los fanáticos seguidores del loco Cyric —el mortal que había suplantado a Bhaal en el panteón— sus fieles tuvieron que huir. Sus propios sirvientes y seguidores los atacaron y juraron lealtad a Cyric en un desesperado intento por salvar la vida así como para mantener su posición dentro del nuevo orden. Privado de aliados, el Ungido de Bhaal y el resto de sus fieles se vieron forzados a abandonar sus castillos y sus esclavos y vivir como fugitivos. El poder de los adoradores de Bhaal fue barrido de la faz de Faerun.

Muchos se ocultaron y se inventaron una nueva identidad para protegerse de los numerosos enemigos de su dios. Clérigos que en el pasado disfrutaban de la protección y del poder de la magia sacerdotal que les confería su oscuro dios tuvieron que aprender otros medios de supervivencia. Aunque los adoradores de Bhaal ya no podían descargar sobre sus enemigos la cólera de su dios, no estaban del todo indefensos.

Los verdaderos creyentes habían aprendido mucho a los pies de Bhaal; sabían cómo sobrevivir. Estudiaron las artes de brujería para suplir la pérdida de los encantamientos divinos con magia arcana. Luego se acercaron con engaños a los líderes y los dirigentes de los reinos del sur y sembraron las semillas de futuras alianzas. Actuando siempre desde las sombras los fieles de Bhaal buscaron acrecentar su influencia política desentrañando los secretos más oscuros del puñado de personas que verdaderamente regían el destino de Faerun, y luego usaron aquellos secretos sin ningún escrúpulo para lograr sus fines.

Nadie era tan hábil en el arte de engañar, mentir y manipular como el Ungido de Bhaal, y nadie lo superaba tampoco en su implacable astucia. En muchos aspectos tales habilidades superaban con creces las pérdidas, rebasaban el temible poder de la sacrílega magia de un malvado dios.

Inevitablemente el Ungido de Bhaal había medrado, aunque siempre se cuidó de ocultar su verdadera identidad a casi todo el mundo. Durante todo ese tiempo también los hijos de Bhaal hicieron fortuna. Impulsados por la esencia divina que guardaban en su interior los vástagos de Bhaal empezaron a ganar prominencia a lo largo de toda la Costa de la Espada, y llegaron a ocupar posiciones de poder e influencia tanto en Amn como en Tethyr. Y su número de seguidores en Calimshan había ido creciendo. El primer paso para el regreso de Bhaal ya se había producido.

El Ungido se estremeció cuando una invisible corriente de aire le enfrió el sudor de terror provocado por la pesadilla. Cada vez tenía sueños con mayor frecuencia, lo cual era un signo más de que el tiempo de la ascensión se aproximaba. Muy pronto el Ungido de Bhaal recibiría su recompensa por tantos años de fiel servicio.

A él le había correspondido identificar a los hijos más poderosos de su inmortal padre y abordarlos, uno a uno, para reclutarlos para la causa. Las promesas de la gratitud inmortal que Bhaal dispensaría tras su resurrección inevitablemente despertaban visiones de una riqueza y un poder sin igual, por lo que ninguno de los descendientes de Bhaal a los que el Ungido se acercó vaciló en aceptar. Así fue como surgieron los Cinco, una alianza secreta entre la progenie del Dios de la Muerte, organizada y dirigida por el Ungido.

Los Cinco aprendieron a actuar como su líder había hecho durante años, aprendieron a trabajar pacientemente desde las sombras más profundas. Su principal arma era el secreto y el anonimato su escudo. Aunque Bhaal estuviera muerto, no

podía decirse lo mismo de sus muchos enemigos.

Con el tiempo los Cinco fueron consolidando su posición y extendiendo su invisible red de influencias por todo el país, aunque siempre atentos a que su existencia siguiera siendo un secreto. Y durante todo aquel tiempo el Ungido fue quien guió sus siniestras acciones.

Los Cinco fueron instruidos en los antiguos rituales del Dios de la Muerte y les fue revelado el misterio de cómo capturar la fugitiva esencia de los hijos de Bhaal a los que mataban. Aprendieron a mantener las brasas del impío fuego que ardía en el templo, a las que un día alimentarían con los espíritus de sus hermanos muertos. Y sí empezó el genocidio de los hijos de Bhaal.

Pero la matanza de la prole de Bhaal había tenido consecuencias que el Ungido no había previsto. Los Cinco eran cada vez más independientes y se mostraban menos dispuestos a seguir las órdenes de su malvado mentor, ganando fuerza a costa de la esencia de los hermanos a los que mataban.

Algunos actuaban de modo precipitado y abierto, con lo que se exponían antes de tiempo. Illasera había sido la más terca de los Cinco. El Ungido le encomendó la misión de asesinar a Abdel Adrian sabiendo perfectamente que sería la Cazadora quien perecería en el enfrentamiento. Había sido una lección para el resto de los Cinco, una advertencia para que pusieran freno a su desmesurada ambición y temeridad. Pero no habían hecho caso.

La luz gris del próximo amanecer empezaba a aparecer en el horizonte. Pronto empezaría el nuevo día. El día en el que Abdel Adrian llegaría a Saradush.

6

—¿Eso es Saradush? —Fue Imoen quien formuló la pregunta que todos tenían en la mente—. ¿Y cómo se supone que vamos a entrar?

Sarevok se encogió de hombros.

—Yo sólo os prometí que os traería hasta aquí para que conocierais a Melissan. Si Abdel quiere encontrar respuestas a sus preguntas tendrá que hablar con ella. Y ella está dentro.

Durante casi una semana Abdel y sus compañeras habían seguido a Sarevok. Tras abandonar el refugio que les ofrecía el bosque de Tethir, habían recorrido una agotadora distancia a pie, azuzados por los enemigos que les iban a la zaga y por su antiguo enemigo convertido en guía. Sarevok los había conducido en dirección este y sur cruzando el río Sulduskoon para llevarlos luego a pocos días de marcha de la legendaria garganta del Ídolo Caído. Por fin habían llegado a las estribaciones noroccidentales de las montañas Omlarandin, que en realidad no eran más que redondeadas colinas cubiertas de hierba, pero de mayor tamaño.

La ciudad de Saradush se hallaba justo al otro lado del borde occidental de la pequeña cadena montañosa, y después de viajar durante días hacia el sur atravesando las onduladas colinas, finalmente Abdel y sus compañeras avistaron su meta. Y lo que vieron no les gustó ni pizca.

Saradush estaba sitiada.

A Abdel la escena le resultó muy familiar. Desde poco más de un kilómetro de distancia Saradush parecía una villa de reducidas dimensiones rodeada por altas murallas de piedra más bien blancas que grises. Desde la atalaya que representaban las colinas, donde se dominaban los campos y las llanuras que conducían a las puertas de la ciudad, el mercenario contó hasta un centenar de grandes tiendas. El sol estaba cerca de su cenit, por lo que costaba distinguir el resplandor de las hogueras del campamento, pero Abdel vio miles de delgadas columnas de humo que ascendían en el aire inmóvil y se unían para formar una pesada nube de ceniza que flotaba sobre las llanuras. Alrededor de las tiendas pululaba un número incontable de diminutas figuras, incluyendo a soldados que trataban de abrir un boquete en las murallas. No se movían como quien tiene prisa, sino con una denodada e implacable determinación. Muchos soldados se agrupaban en torno a objetos muy grandes.

Aunque desde la distancia no podía distinguir los detalles de aquellos objetos, supuso qué eran: enormes torres de madera alzadas sobre plataformas de quince metros de altura que permitían a los invasores mirar por encima de las murallas y analizar las defensas de los sitiados. Los atacantes tenían preparados trabuquetes y catapultas con los que lanzar por encima de las murallas barriles llenos de brea ardiendo. Asimismo tenían prestos arietes con los extremos de acero situados a cierta

distancia de las murallas, fuera del alcance de las flechas incendiarias y del aceite hirviendo.

Muchos de los soldados habían formado en hileras y, pese a que no podía ver la lluvia de flechas, Abdel sabía que los arqueros se dedicaban a disparar una andanada continua de flechas para mantener ocupados a los soldados de dentro de la ciudad. Mientras los defensores recibían una interminable lluvia de flechas emplumadas, los atacantes podían maniobrar libremente sus máquinas de guerra y sus artefactos de asedio sin temor a represalias. Durante sus años de mercenario Abdel se había encontrado en numerosas ocasiones tanto en el bando de los sitiadores como en el de los sitiados, por lo que sabía que pese a lo costoso de los sitios tanto en el aspecto material como en el de vidas humanas, normalmente tenían éxito.

Dentro, el número de defensores iría disminuyendo por el incesante bombardeo con proyectiles incendiarios, los efectos del hambre y la inevitable aparición de epidemias debida a la acumulación de porquería y residuos. Los invasores no cejarían, irían mermando la voluntad del enemigo y de vez en cuando un puñado de ellos se lanzaría a la conquista de las murallas armados con escaleras y ganchos, con la vana esperanza de escalar los muros y acabar con los soldados que defendían las almenas. Desde luego, los sitiados retirarían inmediatamente los ganchos y las escalas, por lo que la mayoría de los invasores moriría al estrellarse contra el suelo. Los pocos que tuvieran la fortuna de alcanzar las almenas serían masacrados por los soldados defensores, muy superiores en número, y sus cadáveres serían arrojados por la muralla en gesto de mudo desafío dirigido a los atacantes.

Pero al final la ciudad se vería forzada a rendirse debido al hambre y a la pestilencia. O quizás una roca lanzada por uno de los trabuquetes desmoronaría una gran sección de la muralla y el enemigo se introduciría por ese boquete. O un ariete lograría demoler las puertas, arrancando la madera de sus goznes, y dejaría un orificio demasiado grande para defenderlo con éxito mucho tiempo. A veces, aunque no solía ocurrir, los temerarios intentos por escalar las murallas tenían éxito, si es que milagrosamente eran muchos los soldados que lograban llegar arriba y eran capaces de mantener la posición el tiempo necesario para recibir refuerzos de sus compañeros.

Lo que no variaba nunca era el final: sin ayuda exterior Saradush caería.

—Me mentiste, Sarevok —esperó airadamente a su hermanastro—. Nos has conducido a una trampa.

A lo largo de la semana larga de viaje Abdel apenas había intercambiado una docena de palabras con el espectral guerrero. Muy prudentemente Sarevok no había tratado de entablar conversación ni con Abdel ni con Jaheira. Sólo de vez en cuando dirigía la palabra a Imoen, pero ante las gélidas miradas de sus compañeros la joven respondía muy brevemente, por lo que al fin Sarevok se había resignado al silencio.

Por la noche Abdel, Jaheira e Imoen montaban guardia por turnos para velar el

sueño de los otros dos. Sarevok no les inspiraba la confianza suficiente para dormir tranquilamente estado él cerca, sin nadie que vigilara. Por su parte, Sarevok se pasaba toda la noche de pie e inmóvil, ocultando el rostro debajo de su oscuro visor. Muchas veces Abdel se preguntaba si era la armadura la que lo sostenía en aquella posición y le permitía dormir de pie, o si la forma física que había adoptado en su regreso al mundo mortal no necesitaba dormir. Y tampoco comía, o al menos no lo hacía en presencia de los demás, y no se desprendía nunca de su armadura.

—No te he mentado, hermano —se defendió Sarevok—. No tengo ninguna intención de traicionar a quien me ha dado otra oportunidad de vivir.

—Entonces ¿por qué nos has traído hasta esta ciudad sentenciada? —quiso saber Jaheira.

—No sabía que Saradush estuviera sitiada. Si tenéis miedo de que sea una trampa, no tenéis por qué entrar en la ciudad. —Tras una breve pausa, el guerrero añadió—: Pero entonces no averiguarás los secretos que guarda Melissan, Abdel; los secretos de nuestro padre. Melissan tiene las respuestas.

—¡Aunque digas la verdad no hay modo de entrar! —exclamó Jaheira.

—Eso no es verdad, semielfa. Si lo quisiera, mi hermano podría atravesar las puertas principales sin resultar herido. Podría incluso masacrar a todo el ejército invasor y salvar la ciudad.

—No —replicó Jaheira—. ¡Mientes de nuevo! Ignoramos hasta dónde llegan los poderes de regeneración de Abdel, y no pondrá su vida en peligro enfrentándose contra todo un ejército para averiguarlo.

—Además, no es invulnerable. La arquera consiguió herirlo —apostilló Imoen.

Abdel guardaba silencio. Sabía que tanto Jaheira como Imoen estaban en lo cierto, que sus objeciones eran válidas. Pero dentro de sí también sabía que Sarevok tenía razón, que si descargaba toda su furia contra el ejército reunido en la llanura que se extendía a los pies de las colinas, nadie podría impedirle cruzar las puertas de la ciudad. Y cualquiera que lo intentara perdería la vida.

Si los defensores trataban de impedirle que entrara, también ellos morirían, y si esa tal Melissan se negaba a ayudarlo, probablemente también la mataría a ella. Después de todo, era el hijo de un dios, el vástago de Bhaal. Sí, podría entrar en la ciudad si quisiera. Todo lo que tenía que hacer era liberar la esencia de su padre y sumergirse en una orgía de sangre y asesinato. Pero sabía que si lo hacía, estaría perdido. La parte de él que era Abdel Adrian desaparecería para siempre, consumida por la bestia destructora que era el Dios de la Muerte reencarnado.

—Si masacrar a todo un ejército es el único modo de entrar, entonces tendré que aprender a vivir sin respuestas —decidió el fornido mercenario.

El familiar chirrido de la armadura de Sarevok cuando éste se encogía de hombros puso una vez más los pelos de punta a Abdel.

—Yo no he dicho que ése fuese el único modo de entrar. Simplemente mencionaba la primera solución que se me ha ocurrido. —Había un matiz de pesar en la monótona voz del guerrero—. Tal vez tales pensamientos explican por qué yo me perdí en el espíritu de nuestro impío padre, mientras que tú hasta el momento has conseguido resistirte a su llamada.

—Creo que yo puedo hallar el modo de entrar —intervino Imoen con un asombroso tono de determinación en su aguda voz.

—¿Cómo? —preguntó Abdel.

—En nuestra infancia en el alcázar de la Candela, yo entraba y salía de allí cuando me apetecía —le explicó, y se echó a reír ante la horrorizada expresión de incredulidad que se pintó en la faz de Abdel—. Todas las casas, todos los castillos, todos los alcázares y todas las ciudades amuralladas tienen una entrada trasera, una entrada que casi nadie conoce porque no se usa. Sólo había que encontrarla.

—Olvídalo. Es demasiado peligroso.

—Si esa Melissan tiene respuestas a tus preguntas, Abdel, tal vez también las tenga a las mías.

El mercenario se quedó momentáneamente desconcertado por el enfado que traslucía la voz de la muchacha.

—Tú no eres el único al que esta maldita sangre de Bhaal ha arruinado la vida. Tú no eres el único que debe luchar y enfrentarse al hecho de que su padre fue un dios. Quiero conocer a esa mujer, Abdel, y para lograrlo estoy dispuesta a correr algunos riesgos.

Abdel iba a responder pero Jaheira alzó una mano para acallarlo.

—Imoen tiene razón, amor mío. —La semielfa apoyó una de sus finas manos en el musculoso brazo del mercenario y lo miró directamente a los ojos—. Por suerte el fatal legado de Bhaal no me afecta, pero tú no eres el único que soporta esa carga, Abdel. Yo no tengo ningún derecho a rechazar la decisión de Imoen, pero tú tampoco. Es posible que tenga éxito. A veces, cuando la fuerza bruta no sirve, hay que recurrir al sigilo.

Antes de replicar Abdel observó los rostros de sus compañeras. Jaheira exhibía una expresión de frustración e impotencia que ya le era familiar. En sus bellos rasgos se reflejaba claramente tanto el deseo de eliminar el estigma de Bhaal de la torturada alma de su amado, como su incapacidad para hacerlo. Y en Imoen vio algo muy distinto: pese a su juventud mostraba ya en su faz las arrugas y las marcas causadas por la carga de ser el vástago del Dios de la Muerte. Los ojos de Imoen reflejaban el mismo deseo que el suyo por verse libre de aquel legado maldito o, al menos, hallar el modo de aceptarlo. Bajo todo ello Abdel reconoció la misma esperanza desesperada que lo invadió a él cuando acordó con Sarevok devolverle la vida a cambio de la promesa de algunas respuestas.

—Muy bien —consintió al fin—. Intenta encontrar un modo de entrar, pero al menos espera a que anochezca.

—Y entonces el halfling dice: «¡Ésa no es mi espada!». ¿Lo coges? ¡Ésa no es mi espada! ¡Ja, ja, ja!

Era evidente que el soldado de voz ronca estaba bebido, pues hablaba en tono demasiado alto para un centinela que se suponía debía vigilar. Y a juzgar por las repelentes risotadas con las que sus compañeros celebraron el vulgar chiste, Imoen supuso que toda la guardia estaba borracha.

Era como si todo el ejército estuviera ebrio. Desde luego Imoen no iba a quejarse por ello, pues le facilitaba mucho las cosas. Amparándose en el manto de la oscuridad la muchacha se había deslizado entre las filas enemigas sin ninguna dificultad, y había pasado tan cerca de los supuestos centinelas, que pudo oler el hedor a alcohol que desprendían y oír sus bromas campechanas.

Los chistes subidos de tono y los comentarios groseros que pudo oír mientras iba avanzando cautelosamente entre las hogueras del ejército que asediaba Saradush confirmaron la baja opinión que le merecía todo el género masculino. El hedor de sus cuerpos sin lavar, las manchas descoloridas en sus ropas y las pilas de desperdicios que dejaban que se fueran acumulando por desidia corroboraban lo que ya sabía: todos los hombres eran unos cerdos.

Le daban asco con sus cuerpos peludos y sudorosos, así como su comportamiento grosero. Abdel no era como ellos, pero es que se habían criado juntos. Abdel era su hermano y no sólo de sangre. Él no la miraba lascivamente ni la sobaba «accidentalmente» cuando se cruzaban en una multitud. Abdel era diferente. A los ojos de su medio hermana, pese a su musculoso aspecto y sus numerosos devaneos con mujeres a lo largo de su vida, había superado la brutalidad de su condición masculina.

Imoen se quedó paralizada cuando un par de torpes patanes aparecieron a poco más de tres metros de distancia de donde se encontraba ella. Avanzaban trastabillando y tenían que apoyarse el uno en el otro para no caer. Se detuvieron, e Imoen se sintió aterrada. ¿La habrían visto?

Lentamente acercó una mano al cinturón. Sujeto por él llevaba un pergamino mágico que le habían regalado los monjes del alcázar de la Candela. Al menos, ésa era la versión oficial, porque en realidad lo había tomado «prestado» de la impresionante biblioteca del monasterio. Nadie repararía en la desaparición de un insignificante rollo.

Durante sus años en el alcázar de la Candela Imoen había demostrado que tenía talento para las artes arcanas. Gracias a su mente ágil y rápida aprendió fácilmente los sencillos ensalmos que le enseñaron, pero le faltaba el carácter estudioso y

disciplinado que le hubiera permitido desarrollar todo su potencial mágico. No obstante, había aprendido lo suficiente para usar el rollo que llevaba encima si la ocasión lo requería.

Se trataba de un hechizo simple pero muy útil capaz de volverla a ella, y a cualquiera que estuviera cerca, invisible. Podría haberlo leído antes de aventurarse en el campamento y de ese modo cruzar incluso por delante de la brillante luz de las hogueras sin temor a ser descubierta, pero se resistía a malgastar el precioso encantamiento. Una vez usado lo perdería para siempre, por lo que se había fiado del manto de la oscuridad y de sus habilidades naturales para no ser descubierta.

Ya era demasiado tarde. Aunque tratara de usar el pergamino, aquellos soldados estaban tan cerca que podrían agarrarla antes de que acabara el hechizo. Silenciosamente su mano se apartó del rollo escondido en el cinturón para dirigirse a la daga que también guardaba en el cinto.

Pero las imprecisas figuras no hicieron ademán de acercarse a ella. Entonces oyó cómo una de ellas murmuraba algo incoherente antes de doblarse sobre sí mismo y arrojar el contenido del estómago en el suelo. El otro rió y le dio palmadas en la espalda. Luego ambos echaron andar pisando los humeantes vómitos.

La muchacha soltó un profundo y silencioso suspiro de alivio. Hasta entonces no había sido consciente de que contenía la respiración, pues conocía las terribles consecuencias si era descubierta. Era joven, sí, pero no tan ingenua como para ignorar qué le sucedería a una atractiva espía que fuese capturada por un ejército de soldados borrachos.

Imoen sabía que Abdel jamás haría una cosa como ésa, ni a ella ni a ninguna otra mujer. Tal vez tenía algo que ver con la sangre que corría por sus venas. Cuanto más pensaba en ello más verosímil se le antojaba aquella explicación. Tal vez lo que lo diferenciaba del resto de los hombres era precisamente la sangre de Bhaal.

También Sarevok era hijo de Bhaal, e Imoen presentía que también él era distinto de los demás hombres. Cuando Sarevok le hablaba o volvía el visor hacia ella Imoen sabía que no la contemplaba con lujuria. Y tampoco desprendía aquel desagradable calor animal que la mayoría de los hombres desprendían en su presencia. Sarevok era tan frío como la muerte.

De hecho, desde que se unió al pequeño grupo el guerrero de la armadura no había mostrado ninguno de los apetitos mundanos. Imoen sospechaba que ni siquiera estaba vivo, no en el verdadero sentido de la palabra. Tal como ella lo entendía, Abdel lo había llevado de vuelta al mundo mortal cediéndole una pequeña parte de su esencia divina. Tal vez Sarevok confiaba en convencer a su hermanastro para que le cediera más, lo que le devolvería de verdad a la vida.

La muchacha sacudió la cabeza para tratar de aclararse la mente. Tenía que concentrarse en su misión. Pocos minutos más tarde se aproximaba silenciosamente a

las murallas de Saradush, donde ya no había peligro de toparse con ninguno de los patéticos centinelas borrachos del ejército invasor. Sabía que los soldados apostados en lo alto de las almenas estarían más alerta para no dejarse sorprender por una incursión clandestina del enemigo. Pero confiaba en que en la oscuridad una delgada y solitaria figura vestida de negro pasaría inadvertida.

Sus ojos recorrieron la muralla. Ahora que estaba lejos de los fuegos, su visión empezaba a adaptarse a la oscuridad. Las murallas parecían sólidas y no acusaban el paso del tiempo. Pero las murallas del alcázar de la Candela también tenían aquel aspecto y ella había descubierto al menos seis modos de atravesarlas.

Quizás ése era el don que le había legado su padre inmortal, se dijo la muchacha. Abdel y Sarevok eran violentos guerreros, heraldos de la muerte y la destrucción al igual que lo había sido Bhaal. ¿Pero acaso Bhaal no había sido también el dios de los secretos, el engaño y la astucia? Tal vez lo que a ella le faltaba en fuerza muscular lo compensaba con su habilidad para camuflarse en las sombras, moverse sigilosamente y deslizarse sin ser vista en cámaras privadas y en habitaciones cerradas con llave.

Al alzar los ojos hacia las estrellas para orientarse, se dio cuenta de que se hallaba en la cara meridional de la ciudad amurallada. Lentamente fue dando la vuelta al perímetro en el sentido de las agujas del reloj, mientras que con la mano tocaba la piedra en busca de cambios de temperatura o textura que pudieran indicar una entrada secreta practicada en la muralla.

Pero mientras recorría el lado occidental fueron sus ojos y no sus manos los que descubrieron lo que buscaba. A pocos metros de donde se encontraba se había excavado en el desigual suelo una serpenteante zanja paralela al muro. Era una zanja de varios metros de profundidad y casi uno de ancho.

La joven bajó cuidadosamente a la zanja y, pese a ser muy delgada, sintió cómo la húmeda tierra se hundía bajo su peso. Al agacharse aspiró el penetrante y asfixiante hedor de excrementos humanos.

Se incorporó conteniendo apenas un acceso de tos que la hubiera delatado. Tras salir del barro se limpió las botas tan bien como pudo y siguió el conducto subterráneo hasta su origen: una gran cañería de piedra que sobresalía de la muralla y vertía su asqueroso contenido en la zanja de desagüe. La boca de la cañería medía casi un metro y, a juzgar por la fetidez que emanaba de ella, Imoen no tuvo duda que estaba conectada con la red de alcantarillas que recorrían el subsuelo de la ciudad.

Sólo una vez había usado la cloaca del alcázar de la Candela. Aunque los monjes tenían una alta opinión de sí mismos, después de arrastrarse aquella noche por su porquería Imoen podría haberles asegurado que sus heces hedían como las de todo el mundo. Aquella noche se había jurado a sí misma que nunca volvería a arrastrarse de pies y manos por excrementos.

Pero la noche iba avanzando. Si Imoen y sus compañeros querían penetrar en

Saradush antes del alba, no podía perder más tiempo buscando una ruta menos desagradable. Consciente de que no tenía elección la muchacha dio media vuelta y se encaminó de nuevo hacia las distantes hogueras del ejército acampado a las puertas de la ciudad.

—No pienso arrastrarme por la porquería. —Jaheira habló en un susurro, pero su tono de voz era tan categórico que Abdel retrocedió.

—No tenemos tiempo para buscar otro modo de entrar —susurró Imoen—. Yo iré primera.

Mientras la muchacha se introducía en la pestilente cañería situada en la base de la muralla, Jaheira se dio la vuelta, asqueada. Abdel guardó silencio. Jaheira había sacrificado tanto por él que ya no podía pedirle más favores. Pero por suerte no fue necesario, pues la semielfa lanzó un cansino suspiro y dijo:

—Supongo que los excrementos son tan parte de la naturaleza como las rosas o las lilas. —Dicho esto se arrodilló y se metió dentro de la alcantarilla.

Imoen se había introducido sin ninguna dificultad en la cañería y también Jaheira había podido deslizar por la estrecha abertura su musculoso pero esbelto cuerpo.

—Los túneles principales de la red de alcantarillado están aquí mismo. —La voz de Imoen que salía de la boca del tubo sonaba grave y profunda—. Apenas he avanzado unos metros y ya puedo ponerme de pie.

Abdel hizo una señal con la cabeza a Sarevok, y su hermanastro se puso a cuatro patas y se metió en la cloaca sin protestas. Eran dos los motivos por los que Abdel quería que Sarevok fuese delante: cubierto con su pesada armadura de metal Sarevok abultaba incluso más que él. Si Sarevok pasaba, ya no tendría que preocuparse por si se quedaba atascado.

Y la segunda razón era que aún no confiaba en él lo suficiente para darle la espalda.

El guerrero pasó, con dificultad, pero pasó, aunque para ello tuvo que estirarse boca abajo e irse impulsando con sus impresionantes guanteletes. No obstante, las afiladas hojas que le sobresalían de los hombros y la espalda chirriaban ásperamente contra la piedra de la cañería mientras iba avanzando. Abdel echó un rápido vistazo para comprobar si se producía alguna reacción, pero no oyó ningún grito de alarma y tampoco apareció nadie en la oscuridad.

—Ya he pasado, hermano. —La voz de Sarevok resonaba en el tubo, poniendo a Abdel aún más nervioso que de costumbre.

El mercenario desenvainó el sable que llevaba a la espalda, lo agarró con fuerza con la derecha y descendió a la alcantarilla. La fría y rezumante masa de excrementos se deslizó entre sus dedos y nudillos al arrastrarse. Al igual que Sarevok tuvo que ponerse casi horizontal, apoyándose sobre manos y rodillas, de modo que el pecho y

el rostro le quedaban a pocos centímetros del fétido lodo que lentamente fluía por la alcantarilla.

El hedor era casi insoportable, pero Abdel apretó los dientes y se obligó a seguir adelante. Estaba oscuro dentro de la cañería pero delante de él distinguió un débil y familiar resplandor. Seguramente Jaheira había lanzado otro hechizo de iluminación.

Por suerte la tubería medía menos de cuatro metros de longitud, por lo que muy pronto Abdel se encontró de pie junto a sus compañeros en los túneles principales de las cloacas de Saradush. La punta de la vara de Jaheira brillaba con luz mágica y en aquella suave claridad Abdel pudo ver claramente las repugnantes manchas húmedas que empapaban las ropas de sus dos compañeras. En cuanto a Sarevok, tenía toda la parte delantera de la armadura cubierta por el lodo verde pardusco de la cañería, que le iba goteando con un incesante plop, plop, plop, Abdel tenía los brazos y las piernas manchados por el mismo fluido repugnante, pero poco podía hacer por remediarlo allí abajo.

Afortunadamente las náuseas iban desapareciendo lentamente a medida que su nariz se iba acostumbrando al hedor de las cloacas. La altura del túnel era tal que permitía a Jaheira y a Imoen mantenerse erguidas, aunque tanto Abdel como Sarevok tenían que permanecer encorvados si no querían darse contra el techo.

—Muy bien hecho, muchacha —alabó Jaheira a Imoen—. Aunque no puedo decir que tenga ganas de repetir la experiencia en un futuro próximo.

Imoen aceptó el cumplido.

—Bueno, hemos entrado ¿no? ¿Y ahora por dónde?

El túnel se bifurcaba hacia el norte y hacia el sur. Abdel no tenía ninguna duda de que, tomaran el rumbo que tomaran, se ramificaría en todas direcciones. Sin un mapa que los guiara por aquel laberinto, tendrían que fiarse de la suerte.

—Hacia el norte —dijo al fin con una seguridad en la voz que no sentía. Por suerte nadie puso en duda su elección.

Había suficiente espacio para caminar de dos en dos, por lo que Abdel y Sarevok se pusieron en cabeza, chapoteando por el fango que cubría el suelo de piedra y les llegaba hasta los tobillos. El ruido que hacían ahuyentaba a las ratas, y los escarabajos y cucarachas que cubrían muros y techos huían aterrorizados cuando el resplandor mágico que emitía la vara de Jaheira los iluminaba. De vez en cuando Abdel notaba que algo le rozaba un pie; una criatura oculta en el limo que vadeaban. Pero, por suerte, los moradores de aquel pestilente mundo no sentían hacia los extraños invasores ni el interés ni el hambre suficientes para atacarlos.

Caminaron durante horas por el subsuelo de la ciudad. Cada vez que llegaban a un cruce de túneles o una bifurcación Abdel escogía al azar, procurando, eso sí, evitar los conductos laterales secundarios. De aquel modo tendrían que llegar al exterior, se decía Abdel.

El hechizo de Jaheira se había agotado y la semielfa lo había conjurado varias veces ya cuando Abdel empezó a dudar de sus habilidades como guía. La espalda y el cuello le dolían por tener que caminar tanto tiempo encorvado, y empezaba a sentirse enfermo por respirar de manera prolongada los efluvios de la inmundicia que iban pisando. Aquella pila de estiércol en la esquina le parecía familiar. ¿Habrían ya pasado por allí?

Ya iba a darse por vencido cuando Imoen exclamó:

—Mirad ahí, en el techo... ¡Una puerta!

Abdel se precipitó hacia allí y descubrió que la muchacha no estaba del todo en lo cierto. Lo que su aguzada vista había distinguido era una reja, una reja de hierro que les bloqueaba el camino. Tenía barras redondas del grosor de las poderosas muñecas del mercenario y no mostraban ningún indicio de corrosión ni oxidación. Justo al otro lado nacía una escalera que conducía a la superficie.

Abdel tiró de las barras, pero éstas no cedieron ni un a ice.

—¿Puedes conjurar los poderes de Mielikki para pasar? —preguntó a la semielfa. Jaheira negó con la cabeza.

—Aquí, en la ciudad, mi magia es muy débil —le explicó—. Apenas conecto con la naturaleza, pues ésta rehúye las ciudades construidas por la mano del hombre.

—Si hubiera algún tipo de cerradura podría forzarla —se ofreció Imoen—, pero no veo ninguna.

El mercenario suspiró.

—Bueno, en ese caso lo haremos por las malas.

Sin necesidad de que se lo pidiera, Sarevok se colocó junto a su hermanastro y agarró las barras con sus manos cubiertas por la cota de malla. Abdel hizo lo propio.

—A la de tres. Una... dos... y tres.

Los dos gigantes trataron de arrancar la pesada reja con toda la fuerza que les daba su sangre medio inmortal. Abdel apretó la mandíbula, los músculos de la espalda se le marcaron y tanto los brazos como el resto del cuerpo le temblaron por el esfuerzo. Sus impresionantes hombros se le abultaron al tratar de arrancar las barras de hierro del suelo. Por el rabillo del ojo vio que también la armadura de Sarevok temblaba por el esfuerzo que realizaba el guerrero.

La reja se movió casi imperceptiblemente, pero se movió. Abdel se derrumbó contra las barras de hierro, tratando de recuperar la respiración. Sarevok se recostó contra la pared de la cloaca. Aunque no emitía ningún sonido su peto subía y bajaba como si jadeara.

Mientras ellos trataban de recobrar fuerzas, Jaheira se aproximó para inspeccionar el resultado de sus esfuerzos.

—Hay unas débiles grietas en la piedra —les informó—. Un par de tirones más y los soportes de piedra cederán.

Al final les costó más de una docena de agotadores esfuerzos conjuntos arrancar la verja. De no haber sido por los sobrenaturales poderes de recuperación de Abdel, que Sarevok compartía, ambos se habrían desplomado, temblando exhaustos, mucho antes de lograr su objetivo.

La verja cedió tan súbitamente que tanto Abdel como Sarevok perdieron el equilibrio, se tambalearon hacia atrás y dieron con sus traseros en el hediondo líquido que cubría el suelo de la cloaca.

Hay que decir en favor de Jaheira y de Imoen que no se rieron.

La semielfa ayudó a Abdel a ponerse en pie. Imoen vaciló antes de ayudar a Sarevok, pues las hojas que sobresalían de la armadura la atemorizaban. Antes de decidirse, el guerrero de la armadura ya se había levantado solo.

—Tú primero, mi héroe —dijo Jaheira al tiempo que señalaba con un florido ademán la escalera, ahora accesible, que conducía a las calles de la ciudad.

Los soldados los rodearon menos de un minuto después de que salieran de las alcantarillas. A Abdel no le extrañó. Ya había amanecido. Se habían pasado toda la noche recorriendo el laberinto de las cloacas.

A la luz del día unos guerreros del tamaño de Sarevok y él mismo no podían pasar inadvertidos, y los residuos que empezaban a secarse sobre sus ropas no dejaban lugar a dudas de cómo habían entrado en la ciudad. Tratándose de una ciudad asediada era natural que los nerviosos ciudadanos hubieran alertado enseguida a la milicia.

—¡Tirad las armas o los arqueros dispararán!

Una docena de hombres protegidos con cota de mallas y armados con largas lanzas habían formado un amplio círculo a su alrededor. Más allá media docena de arqueros tenían los arcos flechados y prestos. Lentamente Abdel desenvainó el sable que llevaba a la espalda, teniendo que contenerse para no descargar su furia contra los hombres que lo amenazaban. En vez de eso arrojó la espada al suelo. Sus compañeras lo imitaron.

—Eh, tú —gritó el capitán de la guardia—, el de la armadura. Quítatela. No quiero que cortes en pedazos a mis hombres.

Sarevok no obedeció.

—No puedo hacer eso.

—No tienes elección —replicó el capitán—. Quítatela o mis hombres dispararán.

—Hemos venido en son de paz —intervino Jaheira, tratando de cambiar de tema—. Venimos en busca de una mujer llamada Melissan.

Al oír aquel nombre varios soldados volvieron la cabeza para escupir en el suelo, pero el capitán se limitó a poner ceño.

—El nombre de Melissan no te hará ganar puntos entre nosotros. Dile a tu amigo que se quite la armadura.

—No es amigo nuestro —protestó Jaheira.

El capitán se encogió de hombros y dio una escueta orden:

—Disparad.

De un salto Abdel se puso delante de la semielfa con la intención de interceptar con su cuerpo los mortales proyectiles que volaban hacia el pecho de Jaheira. Mientras lo hacía se dio cuenta de que no podría protegerla al mismo tiempo a ella y a Imoen.

Pero sus miedos no estaban justificados, pues los disciplinados arqueros dispararon solamente contra Sarevok. Media docena de flechas surcaron el aire de la mañana e impactaron contra el guerrero de la armadura. Varias de las saetas rebotaron contra el hierro de la coraza sin causarle daño alguno, pero una de ellas penetró en la

vulnerable juntura entre un hombro y el cuello, y se clavó en la carne varios centímetros.

Sarevok alzó una mano con aire de desdén y rompió la flecha por el asta, dejando poco más de un centímetro de recortada madera sobresaliendo de la juntura. El resto lo arrojó al suelo.

Los arqueros se quedaron en silencio, anonadados, y en el rostro del capitán apareció una expresión de comprensión.

—Es un maldito hijo de Bhaal —susurró.

Uno de los lanceros que los rodeaban bajó el arma y arremetió contra Sarevok con la intención de atravesarlo.

El guerrero descargó su pesado guantelete contra la lanza con tal velocidad que su puño no era más que una mancha borrosa, y con tal fuerza que hizo pedazos la gruesa vara de madera.

Llevado por el impulso de la carrera el soldado, ya desarmado, se puso al alcance del otro puño de Sarevok, que ya describía un arco dirigido contra la desprotegida cabeza de su rival. Abdel se temía que Sarevok girase el brazo de modo que la hoja que le sobresalía del brazal decapitara al infortunado atacante.

En vez de eso Sarevok golpeó a su rival en la sien con la parte plana de la palma. El soldado se desplomó por efecto del cruel golpe y de su boca salió una lluvia de dientes que rebotaron contra los adoquines de la calle. El cuerpo del desafortunado se estremeció una sola vez y luego se quedó quieto. De su boca desdentada brotó un charco de sangre, mientras que un hilo le manaba de la nariz y del oído.

Abdel recogió el sable del suelo sin ánimo de atacar sino sólo de defenderse. Pero el movimiento fue tan súbito que uno de los arqueros le disparó una flecha contra el pecho. El fornido mercenario lanzó un grito mientras se arrancaba la cabeza del proyectil de la carne. La herida se cerró casi al instante pero el recuerdo del dolor permaneció. En lo más profundo de sí sintió cómo las enfurecidas llamas alimentadas por la sangre de su padre cobraban vida.

Enemigos moribundos, soldados masacrados, civiles asesinados; una imparable avalancha de imágenes violentas enterraron toda razón y todo pensamiento consciente. ¡Saradush pagaría muy caro haber osado atacar al hijo de un dios!

Avanzó medio paso hacia los lanceros que, siguiendo las órdenes de su capitán, se empeñaban neciamente en mantener sus posiciones. Jaheira le puso una mano encima del hombro, ante lo cual Abdel reaccionó violentamente dándose media vuelta y mirándola con odio.

Pero la imagen de la atribulada faz de la semielfa lo calmó de inmediato. La tranquilizadora caricia de la mujer a la que amaba tuvo la virtud de apagar el fuego de Bhaal que ardía en su interior.

Al echar un vistazo a un lado le sorprendió comprobar que también Sarevok había

conseguido dominar su cólera y se mantenía de pie, implacable, junto al soldado inconsciente a sus pies.

—¡Deteneos! —gritó Imoen a los arqueros, prestos a lanzar otra andanada de flechas. Sorprendentemente prestaron oídos a su súplica y no dispararon.

El capitán fulminó con la mirada a Sarevok y a Abdel con ojos en los que ardía el resentimiento. A una señal suya los arqueros tensaron las cuerdas pero no dispararon, a la espera de que su capitán diera la orden.

—Nos matarán a todos —dijo Imoen, señalando con la cabeza a Sarevok y luego a Abdel. El capitán frunció el entrecejo y bajó la mano. Los arqueros bajaron sus arcos al unísono.

Un pequeño destacamento de soldados dobló la esquina a todo correr, con los sables ya desenvainados. Los refuerzos llevaban uniformes del ejército de Calimshan, algo que a Abdel se le antojó muy extraño, pues Saradush pertenecía al reino de Tethyr.

El capitán de los saradushos sacudió la cabeza con aire resignado al ver a los recién llegados.

—¡Capitán! —gritó el líder de los espadachines, mientras sus hombres tomaban posiciones detrás de los lanceros—. ¡Exijo saber qué ocurre aquí!

—Invasores, Garrol. Son hijos de Bhaal.

El mayor Garrol enarcó una ceja e inquirió:

—¿Todos ellos?

—Bueno, no... Al menos, no creo.

—Hay hijos de Bhaal entre nosotros —los interrumpió Jaheira—, pero no queremos hacer ningún daño. Estamos buscando a una mujer de nombre Melissan.

Garrol hizo caso omiso de las palabras de la semielfa y siguió dirigiéndose únicamente al capitán.

—Debemos informar al general Gromnir. Reúne a tus hombres y regresad a vuestros puestos en la muralla.

El capitán nada respondió pero, a una seña suya, dos de los lanceros bajaron sus armas y se aproximaron cautelosamente al cuerpo de su camarada inconsciente. Sarevok retrocedió para que pudieran recoger al caído sin tener que ponerse al alcance de sus temibles puños.

—Esto... ¿Qué pensáis hacer con la reja arrancada y con la alcantarilla? —preguntó Imoen.

Finalmente Garrol centró su atención en los cuatro forasteros.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber.

—De la alcantarilla en el muro occidental. Por ahí es por donde entramos. Es lo bastante grande para que un soldado vestido con armadura se arrastre por ella. Si queréis impedir que el enemigo entre en la ciudad, os sugiero que apostéis algunos

soldados.

—El enemigo ya está dentro —murmuró el capitán, pero Garrol fingió no haberlo oído.

—Capitán, te sugiero que te tomes en serio las palabras de esta dama y que te ocupes enseguida de la brecha en nuestras defensas. Informaré de la situación al general Gromnir cuando lleve a estos hijos de Bhaal a su presencia para ser juzgados.

—¿Juzgados? —exclamó Jaheira, indignada—. ¿Por qué vamos a ser juzgados exactamente?

Nadie le respondió. El capitán y sus tropas ya se habían puesto en movimiento, mientras que la patrulla de Garrol los rodeaba.

—Por vuestra propia seguridad y la de la ciudad, os insto a que me acompañéis sin causar más problemas. —La voz del mayor era brusca pero educada. Hablaba como alguien que se limita a hacer su trabajo.

Antes de que ni Jaheira ni Imoen pudieran protestar, Abdel expresó su aquiescencia.

—No queremos problemas. Os acompañaremos.

El mercenario recordaba muy vívidamente que había estado a punto de descargar la despiadada violencia de su padre contra las tropas de Saradush. Se estremecía interiormente al imaginarse la terrible carnicería que podría causar el Aniquilador si era liberado dentro de las murallas de la ciudad sitiada. Abdel estaba dispuesto a casi cualquier cosa para evitar otra confrontación y arriesgarse a sentir de nuevo aquella insaciable sed de sangre a la que sucumbió en el claro del bosque, cuando mató con sus propias manos a la Cazadora. Sólo podía confiar en que sus compañeros, especialmente Sarevok, se plegaran a su decisión.

Nadie se opuso a él.

Garrol le dirigió una brusca inclinación de cabeza antes de añadir:

—Muy bien. El general Gromnir querrá hablar con vosotros enseguida.

Mientras los soldados de Calimshan —totalmente fuera de lugar en Saradush— los escoltaban, Jaheira fue recordando por qué no le gustaban las ciudades.

No era únicamente porque el pavimento de piedra impidiera todo contacto entre sus pies y la tierra viva, y tampoco porque en él no creciera ni hierba ni árboles, ni tampoco por los fríos y duros edificios que se alzaban por todas partes y le tapaban la visión del cielo, confinándola y produciéndole una sensación de ahogo.

La ciudad poseía un olor peculiar formado por los efluvios que inevitablemente generaban las personas cuando se reunían en gran número. El viciado y agrio hedor de sudor, el empalagoso aroma de la comida transportada desde las granjas de la periferia y que justo empezaba ya a pudrirse, los caballos, los orinales, el leve tufo de las cloacas que ahora tan bien conocía y que percibía cada vez que pasaban cerca de

una rejilla. Y encima de todo ello los empalagosos perfumes y jabones con los que las masas «civilizadas» trataban de camuflar tal fetidez. Era el olor de la civilización.

Jaheira arrugó la nariz, asqueada. Lo peor era el olor, aunque era algo que ya se esperaba cada vez que se aventuraba en una ciudad, un pueblo o una villa. Pero había otras cosas en Saradush que le disgustaban, cosas que la diferenciaban de la mayoría de los núcleos urbanos en los que había estado. Las calles se veían desiertas; no eran un hervidero de vida como sería de esperar. Había poca gente y estaba diseminada. Jaheira se dio cuenta de que esas pocas personas se la quedaban mirando con una inconfundible expresión de resentimiento e incluso odio en sus ojos. Pero lo que más llamaba la atención era la ausencia de animales en las calles: ni perros, ni gatos, ni siquiera ratas.

—¿Dónde están los animales? —preguntó, deseosa de romper el opresivo silencio—. ¿Acaso los habitantes de Saradush no tienen mascotas?

Desde su posición al frente de la comitiva Garrol ni siquiera volvió la cabeza para responder:

—Las tenían. Pero después de un mes de asedio las provisiones empezaron a escasear y cuesta mucho conseguir comida. —Aunque el mayor trató de mantener el decoro propio de su deber, Jaheira detectó en su voz un leve atisbo de repugnancia.

—¡Puag! —La reacción espontánea de Imoen demostraba que había oído la conversación—. ¡Qué asco!

Como druida que era Jaheira comprendía el orden natural: muchos animales servían de comida a otros para que pudieran sobrevivir. Era lo natural. Pero comerse una mascota, un animal de compañía leal y cariñoso, era una idea aborrecible. La semielfa tenía una razón más para odiar las ciudades.

—¿Lleváis así un mes? —inquirió Abdel—. ¿Dónde están los refuerzos? ¿Por qué el rey y la reina de Tethyr no han acudido en ayuda de Saradush?

Garrol rebulló incómodo. Él era un oficial de un ejército extranjero que ocupaba una ciudad sitiada por otro ejército. Jaheira comprendía perfectamente su incomodidad.

—Antes de que el asedio se iniciara hubo muchos informes de bandas de mercenarios que se dedicaban al saqueo y el pillaje por toda la zona occidental de Tethyr. Las fuerzas reales están demasiado ocupadas limpiando de bandidos y malhechores los alrededores de Myratma y las rutas comerciales. No pueden enviar los ejércitos al este para salvarnos el pellejo.

—Seguro que si supieran lo feas que se han puesto las cosas... —empezó a decir Imoen.

—Pero no lo saben —la atajó Garrol—. Ni uno solo de nuestros mensajeros ha logrado atravesar las fuerzas que rodean las murallas. Y aunque alguno lo consiguiera, podría pasar hasta un mes hasta que llegara la ayuda. Estamos muy, muy

lejos de las sedes del poder.

—Bueno, considerando la situación en la que se halla, me extraña que Saradush no nos dé la bienvenida. Quiero decir que podríamos ser los únicos refuerzos que lleguen. Pero los soldados de Saradush nos miraban como si quisieran matarnos —dijo Imoen.

—La última cosa que quieren ver los ciudadanos de Saradush son más forasteros —le explicó Garrol—. Aquí los de nuestra especie no están bien vistos. Nos echan la culpa del asedio.

—¿Los de nuestra especie? ¿Te refieres al linaje de Bhaal? —quiso saber Jaheira.

—Los ciudadanos de Saradush ofrecieron su ciudad como refugio —respondió el mayor—. Querían ayudar a proteger a los perseguidos. A instancias de Melissan ofrecieron asilo a los hijos de Bhaal. Y mira qué tienen a cambio. Y lo de Gromnir fue el colmo.

Uno de los soldados de la escolta tosió significativamente y Garrol enmudeció de golpe, apretando con tanta fuerza la mandíbula que los dientes le chasquearon. Se sonrojó abochornado y Jaheira se dio cuenta de que se había excedido al revelar tanta información.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Aunque los edificios que la rodeaban afectaban su sentido de la orientación, la semielfa sentía que Garrol los conducía al corazón de la ciudad. A medida que se aproximaban al centro fue apareciendo ante sus ojos un impresionante castillo de piedra. Garrol los condujo directamente hacia las puertas, que se abrieron para dejarles paso y se cerraron con estrépito a su espalda.

Atravesaron rápidamente el patio y la estructura principal de lo que en otro tiempo debió de ser el castillo de la nobleza local. Dentro, una infinidad de soldados, todos ellos ataviados con el uniforme de Calimshan, flanqueaban los corredores de la fortaleza. Al ver a Garrol abandonaban su posición de firmes para saludarlo, pero Garrol no se molestaba en devolverles el saludo.

El mayor los guiaba por los pasillos del castillo a tal velocidad que, pese a sus largas piernas, Jaheira tenía dificultades para mantener el paso, e Imoen tuvo que echar a correr varias veces para no ser arrollada por la escolta de soldados que marchaban tras ellos.

A aquel ritmo no tardaron mucho en llegar a la cámara de audiencias. Alrededor de la gran sala abierta se habían apostado estratégicamente soldados de Calimshan bien armados así como una docena de civiles. En el extremo más alejado de la cámara, sentado en el trono, los esperaba el hombre más mugriento, adusto y peludo que Jaheira hubiese visto en toda su vida. Tenía el rostro oculto tras una poblada y descuidada barba negra, y del flequillo le colgaban largos mechones de pelo enmarañado que le tapaban los ojos casi por completo. Sus ropas estaban tan manchadas y asquerosas que la semielfa tardó un segundo en comprender que llevaba

el mismo uniforme que Garrol y el resto de soldados calimshitas.

—General Gromnir, estas personas han venido a ver a Melissan —dijo Garrol a aquella suerte de salvaje.

—¡Ja! —espetó el general a modo de respuesta, y ladeó la cabeza para fijar en Sarevok su torcida mirada—. ¡Gromnir sabe que solamente los hijos de Bhaal buscan a Melissan! ¡Ja, ja! ¡Han llegado más hijos de Bhaal para morir aquí! ¡Qué divertido!

—Que Mielikki nos asista —susurró Jaheira, esperando que solamente Abdel la oyera—. Está loco.

Abdel coincidió con la valoración de su anfitrión que Jaheira había expresado a media voz. Definitivamente el modo en que Gromnir hablaba no parecía el de alguien cuerdo, y el brillo de sus ojos que atisbaban por detrás de los largos y grasientos mechones de pelo que le caían sobre la frente resultaba perturbador. Pero Abdel estaba decidido a no perder la calma. No tenía ninguna intención de volver a liberar accidentalmente el espíritu destructor del Dios de la Muerte.

—General Gromnir —dijo, esperando que su voz sonara calma y tranquilizadora—. Sí, soy un hijo de Bhaal, pero no he venido a causar ningún mal.

—¡Ja! Los hijos de Bhaal causan daño allí adónde van. ¡Siempre llevan sangre y violencia! ¡Gromnir lo sabe! ¡Ja, ja!

—Sólo quiero hablar con Melissan —prosiguió Abdel, tratando no demostrar la inquietud que despertaba en él el demente comportamiento del general—. Busco...

—¡Refugio! —lo interrumpió Gromnir—. ¡La prole de Bhaal acude a Saradush en busca de refugio! Gromnir lo sabe. ¡Ja! ¡Melissan les promete protección pero ellos solamente hallan la muerte! ¡Ja, ja! Qué divertido, ¿verdad?

Sacudiendo la cabeza Abdel hizo un nuevo intento.

—No, no buscamos refugio. Solamente queremos...

—¿No queréis refugio? ¿Pues qué buscáis entonces? ¡Ja! ¿Tal vez la muerte de Gromnir?

Sarevok se le adelantó antes de que a Abdel se le ocurriera una respuesta que no agitara aún más a su alterado anfitrión.

—No he venido a matarte, Gromnir. De haberlo querido lo habría hecho mucho tiempo atrás.

El general volvió tan bruscamente la cabeza al reconocer a quien había hablado, que los enmarañados mechones se le levantaron dejando al descubierto unos ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Gromnir te conoce! ¡Ja! ¡Gromnir oyó que Sarevok había muerto! ¡Ja, ja!

—Sarevok, ¿conoces a ese loco? —preguntó Jaheira sin tratar de reprimir el tono acusatorio de su voz.

—Sarevok conoce a Gromnir —replicó el general— y Gromnir conoce a

Sarevok. ¡Encerradlos en los calabozos!

Por el rabillo del ojo Abdel vio cómo sus compañeros se aprestaban para la lucha. Imoen deslizaba una mano hacia la daga que llevaba al cinto, Jaheira agarró con fuerza la vara, lista para empuñarla a modo de arma, e incluso la figura de Sarevok revestida por una coraza pareció encogerse, preparándose. Pero ante una rápida sacudida de la cabeza de Abdel todos se relajaron.

Los soldados se acercaron cautelosamente y los desarmaron. Abdel trató de tranquilizar con la expresión las interrogadoras miradas de sus compañeras. A lo largo de su vida había escapado de muchas prisiones y apostaría cualquier cosa a que la de Saradush no sería distinta. Prefería jugársela contra barrotes y una celda a arriesgarse a librar otra batalla en su interior contra el fuego de Bhaal, que podía poseer su alma y transformarlo en el demonio de cuatro brazos: el Aniquilador.

Había al menos una docena de celdas en los calabozos, todas vacías excepto por las cuatro que ocupaban Abdel y sus compañeros. Incluso los soldados se marcharon después de encerrarlos.

—Supongo que tendrás un plan —dijo Jaheira cuando los soldados se hubieron ido.

—Sí, hermano mayor —metió baza Imoen—. ¿Qué está pasando? Nunca te había visto rehuir una pelea.

Abdel vaciló antes de responder. No quería explicar los motivos de sus acciones a las únicas dos personas que le importaban en el mundo. No quería decirles que si desenvainaba el sable en un ataque de ira, era posible que no lo volviera a guardar de nuevo hasta que ambas hubieran quedado reducidas a cuerpos sangrientos, salvajemente asesinados. No quería que supieran que tenía miedo del monstruo que llevaba dentro.

Pero Imoen y Jaheira habían confiado en él, por lo que no podía negarles una respuesta. Por mucho que lo odiara tendría que mentir a su hermana y a la mujer a la que amaba. Y a Abdel nunca se le había dado bien mentir.

Afortunadamente para él no tuvo oportunidad de hablar.

—Tal vez tu fornido amigo ha aprendido que la violencia no es la única solución —dijo una voz femenina. Una figura alta y esbelta salió de las sombras y descendió por la escalera que conducía a los calabozos.

La mujer que había hablado llevaba una camisa de malla formada por finos anillos de acero, y del cinto le colgaba una maza con púas. Asimismo, llevaba guanteletes de plata y botas también de plata que le llegaban hasta las rodillas. Las mangas y los pantalones eran de tela negra. De debajo de la armadura le nacía un alto y suave cuello que le llegaba hasta la línea de la mandíbula. Cada centímetro de su piel estaba cubierto bien por la armadura o bien por la ceñida tela negra, exceptuando el rostro. Su tez poseía la blancura del reluciente mármol y contrastaba poderosamente con sus ojos negro azabache, sus labios de un rojo subido y las largas trenzas morenas que le caían sobre los hombros.

—Melissan —la saludó Sarevok.

La mujer dirigió una inclinación de cabeza al guerrero de la armadura.

—Sarevok. Creí que habías muerto.

—Y así fue. Debería haber hecho caso a tus advertencias. Pero me han dado una segunda oportunidad.

Melissan posó su penetrante mirada en Abdel.

—Y tú no puedes ser otro que Abdel Adrian, el hijo adoptivo de Gorion.

—¿Cómo conoces a Abdel? —preguntó Jaheira—. ¿Y cómo conoces a Sarevok?

—Hace mucho tiempo que conozco a Sarevok —respondió Melissan sin apartar los ojos de Abdel—. De antes que se le pusiera en la cabeza la loca idea de desencadenar una guerra entre Nashkel y Puerta de Baldur.

»En cuanto a Abdel —prosiguió—, su nombre es conocido por todos aquellos que están interesados en los hijos del Dios de la Muerte, y encaja en la descripción. No puedes esconderte entre la multitud, Abdel.

—No —replicó el mercenario tímidamente—, me temo que destaco allí adónde voy.

Hasta ese momento Abdel dudaba de las promesas de Sarevok. Se resistía a creer que su hermanastro conociera realmente a alguien capaz de ayudarlo a librarse del estigma de su inmortal padre. Pero la mirada confiada de Melissan lo ponía nervioso. Los ojos negros de la mujer taladraban su alma, y el mercenario estaba seguro de que podía ver el malvado poder que latía en su interior. No obstante, al entrever el impío fuego de Bhaal que mantenía enjaulado no retrocedió como hubiese hecho la mayoría. No. Melissan parecía comprender y aceptar su monstruosa naturaleza, como si ya hubiera sabido que aquel fuego estaría allí.

—Me han dicho que puedes ayudarme —dijo Abdel, cautivado por la inmutable mirada de Melissan—. Sarevok afirma que puedes ayudarme a librarme de la impía lacra de Bhaal.

—Antes de ahondar en el legado de mi hombre —intervino Jaheira, poniendo especial énfasis en la última parte—, ¿no creéis que deberíamos hallar el modo de salir de aquí?

La voz de Jaheira arrancó a Abdel de su estado de embeleso. Se sonrojó, avergonzado, y lanzó una mirada contrita a la semielfa.

—Pues claro —repuso Melissan—. Voy a buscar las llaves que guarda Gromnir.

—Pero si Gromnir es el loco que nos ha encerrado aquí —objetó Imoen.

—Gromnir no está tan loco como parece —le aseguró Melissan—. Actúa de manera excéntrica pero no ha perdido la razón. Es sólo extremadamente cauto.

—Yo diría más bien paranoico —bufó Imoen sin dejarse convencer.

—Es cauteloso porque ha sufrido muchos atentados contra su vida —le explicó Melissan—, y está todo lo cuerdo que puede estar en las presentes circunstancias. Un general calimshita que gobierne una ciudad de Tethyr tiene buenas razones para ser cauteloso.

—Pero ¿qué hace un general loco de Calimshan gobernando esta ciudad? —Jaheira no hizo ningún esfuerzo por enmascarar el tono acusador de su voz.

Melissan lanzó un suspiro, y sus impecables rasgos adoptaron una expresión pesarosa y sombría.

—Creí que el general y sus tropas podrían ayudarnos a defender Saradush y a todos los hijos de Bhaal que acudieron a esta ciudad en busca de refugio. Gromnir y

sus hombres vinieron porque yo se lo pedí.

Abdel asintió, recordando que los soldados de Saradush habían escupido ante la sola mención del nombre de Melissan. De repente el resentimiento de los soldados era perfectamente comprensible.

—Al principio el conde Santele, señor de la ciudad, dio la bienvenida a Gromnir y a sus hombres —explicó Melissan—. Pero cuando llegaron noticias de que un ejército se dirigía a la ciudad, el conde ordenó a las tropas de Gromnir y a todos los hijos de Bhaal que habían buscado amparo dentro de las murallas de Saradush que se marcharan. Él pensaba que si expulsaba a los hijos de Bhaal salvaría la ciudad.

—Déjame adivinar —intervino Jaheira—. Gromnir se negó a marcharse y sus hombres se hicieron con el control de la ciudad.

—Exactamente. El conde Santele tuvo que huir para salvar su vida. La milicia de Saradush no estaba preparada para hacer frente al golpe de Gromnir y antes de que se pudieran organizar empezó el asedio a la ciudad.

»A los capitanes y a los soldados calimshitas no les quedó otro remedio que aceptar de momento la autoridad de Gromnir, pues el único modo de defenderse contra los invasores que sitiaban la ciudad era trabajando juntos.

—¿Y los refuerzos? —quiso saber Imoen—. ¿Por qué el rey y la reina de Tethyr no han enviado tropas para romper el sitio y de paso deshacerse de Gromnir?

—Myratma, la capital del reino, se encuentra a muchos kilómetros de distancia —explicó Melissan—, y toda la región está infestada de fuerzas hostiles. Supongo que ya habréis oído los rumores que hablan de ejércitos que están devastando ciudades en los reinos meridionales.

»Saradush no es la única que libra esta guerra. El rey y la reina deben primero afianzar la seguridad de su propio patio trasero antes de acudir en ayuda de Saradush.

—No me extraña que Gromnir esté paranoico —comentó Abdel—. Apuesto a que tanto los sitiados como los sitiadores querrían verlo muerto.

—Llevas parte de razón —admitió Melissan—. No obstante, la mayoría de los habitantes de esta ciudad han aceptado que su única esperanza de sobrevivir al asedio es apoyar la dictadura de Gromnir... por el momento.

La mujer sacudió la cabeza en gesto de cansina decepción antes de añadir:

—Me temo que la presente situación no es la única razón del comportamiento de Gromnir. Sospecho que la maldición de ser uno de los vástagos de Bhaal le está pasando factura.

—¿Ese horrible ser peludo es hijo de Bhaal? —Imoen no daba crédito a sus oídos.

—Los hijos del Dios de la Muerte adoptan muchas formas. —Melissan arqueó las cejas y lanzó a Imoen la misma mirada penetrante que antes había recibido Abdel—. Como sin duda ya sabes, muchacha.

»Si Gromnir está aquí, en una Saradush asediada, es solamente por la sangre

inmortal que corre por sus venas. De no haber sabido que el general tenía un interés personal en el destino de la prole de Bhaal, nunca lo hubiera llamado ni a él ni a sus leales tropas.

Probablemente Melissan hubiera añadido algo más, pero el carraspeo de Jaheira la interrumpió. Abdel no pudo evitar sonreír ante aquel modo tan poco sutil de su amada de recordarle a la otra lo que era verdaderamente importante.

—Pero claro, todo eso puede esperar hasta que salgáis de vuestras jaulas. Estoy seguro de que el general Gromnir os liberará si yo se lo pido.

A Jaheira le desagradaba la mujer. Había algo en el modo en que miraba a Abdel, con ansia. A Jaheira no le gustaba que ninguna mujer mirara a Abdel de aquel modo, ninguna excepto ella. Y tampoco le gustaba la avidez con la que Abdel bebía sus palabras, como un chico enamorado de su hermosa maestra.

Para sorpresa de Jaheira, Melissan cumplió su palabra y regresó menos de cinco minutos después con un juego de llaves.

—Estoy segura de que tienes muchas preguntas que hacerme, Abdel. Podrás hacerlo tan pronto como te saque de aquí. Y a tus compañeras también, por supuesto —añadió, como si acabara de ocurrírsele.

La druida se mordió el labio para evitar una áspera réplica. Sabía perfectamente que se estaba comportando de un modo estúpido al sentirse amenazada por Melissan. Abdel la amaba y daría la vida por ella.

Pero Melissan era realmente hermosa y además podía revelar secretos acerca de la sangre de Bhaal, cosa que Jaheira no podía hacer. La semielfa sabía que en el pasado Abdel se había quedado prendado de una mujer muy similar, la vampiresa Bhodi. Jaheira ya le había perdonado aquella falta, pues conocía muy bien el poder de encantamiento que los vampiros ejercían sobre los humanos, y se negaba a creer que en circunstancias normales Abdel pudiera serle infiel. No obstante, le quedaba un leve asomo de duda que le decía que la lacra de Bhaal consumía a Abdel y que éste haría cualquier cosa para librarse del legado de su padre. Cualquier cosa.

Melissan abrió primero la celda de Abdel y a continuación la de Sarevok. Acababa de girar la llave en la cerradura de la puerta de la celda de Jaheira cuando sonaron tres fuertes toques de cuerno, que resonaron en las paredes del calabozo.

—¡Una brecha en la muralla! —exclamó Melissan—. Los invasores han logrado pasar. Tres toques significa la muralla meridional.

La mujer giró sobre sus talones y echó a correr hacia la escalera. Su larga melena volaba tras ella mientras corría hacia la salida del calabozo. Con las prisas dejó colgando la llave en la cerradura de la puerta que encerraba a Jaheira.

—¡Tenemos que ir a ayudar a los hombres de la muralla y cerrar la brecha, o Saradush caerá! —gritó Melissan por encima del hombro, mientras subía los

escalones de dos en dos.

Jaheira tuvo que admitir a regañadientes que su rival se movía con una velocidad y una gracia asombrosas.

—Vamos, id —los animó Jaheira, al tiempo que se acercaba a la llave que colgaba de la cerradura de su celda—. Yo abriré las puertas. Imoen y yo nos uniremos a la batalla enseguida.

Probablemente Abdel no la oyó, porque corrió hacia su celda.

—Vete, amor mío —insistió la semielfa—. Enseguida me reuniré contigo. —Para demostrar que Abdel no tenía por qué preocuparse de su seguridad, Jaheira deslizó un brazo entre los barrotes y justo alcanzaba la llave cuando Abdel llegó a su celda.

El hombretón deslizó a su vez una mano entre los barrotes, colocó la palma sobre el pecho de la semielfa y la empujó. Jaheira se tambaleó hacia atrás antes de caer al suelo.

—¡Abdel! —gritó, más por el asombro que por el dolor.

En lugar de responder, el mercenario cogió la llave con su manaza. Entonces flexionó los músculos del brazo y rompió la llave de metal en la cerradura, dejando atrapada a Jaheira dentro de la celda.

La druida se levantó apresuradamente, se lanzó hacia él y extendió un brazo entre los barrotes para cogerle de la camisa, pero Abdel saltó hacia atrás.

—Abdel, ¿qué estás haciendo? —preguntó. Desde la celda vecina Imoen le preguntó lo mismo.

Abdel se dio media vuelta antes de que Jaheira pudiera ver la expresión de sus ojos.

—Lo siento —fue todo cuanto dijo antes de subir la escalera, dejando a Jaheira y a Imoen atrapadas.

La mirada de horror y de traición que había visto en los ojos de Jaheira se le clavó en el corazón como una daga. De haber tenido tiempo se lo hubiera explicado, y también a Imoen. En sus días como mercenario Abdel había participado en muchos asedios, por lo que podía imaginarse la cruenta batalla que debería de estar librándose en aquellos instantes en las almenas, entre los defensores y los invasores que escalaban el muro. Abdel sabía que el único lugar en el que Jaheira e Imoen estarían seguras si perdía el control de su Furia asesina era lo más lejos posible de la batalla.

Le costó menos de un minuto recorrer la distancia desde lo alto de la escalera que conducía a los calabozos hasta las puertas del castillo. Sarevok y Melissan ya habían desaparecido en las calles de Saradush para ayudar a los soldados que defendían la muralla. Los gritos y chillidos de quienes corrían a unirse a la batalla le indicaron el camino.

Al doblar una esquina se encontró justo debajo de la refriega. Alzó la vista y vio

que docenas de invasores habían logrado escalar la muralla, arrollando a los soldados de Saradush y de Calimshan apostados en las almenas. Y a cada segundo eran más los invasores que subían por las escalas para unirse a sus camaradas y obligaban a retroceder a los desesperados defensores. No había ninguna esperanza de conseguir refuerzos, pues los soldados que guardaban el resto de la muralla estarían defendiendo con denuedo sus posiciones ante ataques similares de los invasores con escalas.

No se habían dado más alarmas, lo que indicaba que únicamente había una brecha en el muro meridional. Si las tropas de Saradush lograban reconquistar las almenas, el ataque se detendría.

Abdel corrió junto a la base del muro en dirección a la puerta abierta a los pies de la torre más próxima, una de las muchas que bordeaban las fortificaciones de la ciudad. Al llegar a la escalera de caracol la subió a toda prisa e irrumpió en la almena.

Melissan y Sarevok ya estaban allí, luchando junto con la media docena de defensores que resistían aún contra el mar de invasores. La espigada mujer blandía la maza con ambas manos de un lado al otro, desarmando primero a un enemigo para enseguida cambiar la trayectoria del arma y estrellarla contra el cráneo de otro rival, atravesando con sus púas el yelmo de hierro. Para cuando el moribundo cayó al suelo rodeado por el charco de sangre que manaba de la sien en la que había recibido el impacto, Melissan ya luchaba con el próximo enemigo.

Fue, entonces cuando Abdel cayó en la cuenta que se había lanzado a la batalla desarmado. Había dejado que los soldados de Gromnir le quitaran el sable cuando lo escoltaban hacia los calabozos. Sin detenerse, el mercenario se arrojó al suelo y aprovechando el impulso que llevaba ejecutó un salto mortal adelante. Mientras rodaba sobre sí mismo recogió la espada de uno de los muchos defensores de Saradush que habían caído, y se levantó justo a tiempo de parar el ataque de una pesada hacha de guerra.

Sin perder velocidad cargó con todas sus fuerzas contra el soldado rival, que era mucho más menudo que él. Aprovechando su superioridad física lo obligó a retroceder. El hombre dejó caer el hacha y dibujó un molinete en el aire con los brazos para conservar el equilibrio mientras retrocedía tambaleante contra el borde de la muralla. Abdel dio un paso atrás, apoyó una bota contra el pecho del soldado y empujó. El soldado se cayó hacia atrás, sobre el parapeto, y fue a estrellarse gritando contra el duro suelo.

Junto a él Abdel vio cómo Sarevok abría un camino de destrucción entre sus enemigos. Al igual que el mercenario, Sarevok se había metido en la batalla sin empuñar una espada, pero a diferencia de su hermanastro Sarevok no se había molestado en conseguirse una.

Con sus manoplas de metal aplastaba cráneos y dejaba los rostros de sus

enemigos convertidos en pulpa. Gracias a las placas de hierro reforzado de la armadura recibía una lluvia de golpes sin sufrir daño alguno, y respondía con los pinchos que sobresalían de los codos o daba tajos con las afiladas hojas forjadas encima de los brazales de su armadura negra, cortando indiscriminadamente metal, carne y hueso. A quienes tenían la fortuna de eludir sus mortales brazos, Sarevok los dejaba lisiados o moribundos en el suelo después de hacer picadillo sus extremidades inferiores con el filo incorporado a las canilleras.

La imagen de Sarevok abriendo un horripilante camino de muerte y sangre en la batalla obtuvo una respuesta instantánea en el alma de Abdel. La furia de Bhaal respondió a la muda invitación de Sarevok y el mercenario empezó a abatir a sus enemigos como quien siega trigo.

Ni siquiera una división de soldados de elite podrían haber resistido el implacable asalto de Abdel. Pero los soldados que se le enfrentaban no eran más que carnaza, hombres prescindibles que formaban la primera oleada de asaltantes. Su equipo era de ínfima calidad, y no contaban con ningún tipo de técnica ni entrenamiento. Abdel frustraba desdeñosamente sus pobres intentos de parar sus estocadas mortales, y esquivaba fácilmente sus torpes y desequilibradas arremetidas con las espadas. A los que cometían la tontería de cruzarse en su camino los destripaba, les sacaba las vísceras del tronco con un veloz movimiento de la espada. Y quienes tenían la sensatez de dar media vuelta y correr recibían el golpe de gracia por la espalda. El mercenario dejaba a su paso una estela de muerte y destrucción.

En medio de aquella carnicería Abdel sentía cómo las hambrientas llamas que ardían en su interior se avivaban, alimentadas por la continua lluvia de sangre que le cubría por completo manos y rostro. Veía el mundo teñido de color escarlata y nublado por la creciente cólera de Bhaal. El fuego se convirtió en un infierno de llamas, de tal modo que Abdel sentía que sus víctimas podían notar el calor que emanaba de su piel al mismo tiempo que probaban la frialdad de su acero.

Pero en aquella ocasión las llamas no lo consumieron. Incluso en medio de aquella carnicería el mercenario no llegó a perder el control; no llegó a perderse a sí mismo. Con enorme fuerza de voluntad fue capaz de dominar al demonio que llevaba dentro, al Aniquilador.

Con su avance despejó el camino hasta la escala más próxima que los invasores habían usado para escalar la muralla. Abdel tuvo la presencia de ánimo suficiente para empujarla, alejándola del muro, y tirarla al suelo. Con tres rápidas estocadas y tres enemigos menos llegó a la segunda de las escalas, que también volcó, arrastrando con ella a varios soldados que subían por ella.

Las otras dos escalas ya habían sido retiradas una por Sarevok y la otra por Melissan. Abdel giró sobre sus talones para enfrentarse a la refriega, pero ya sólo quedaban en pie soldados con los colores de Saradush o de Calimshan. En su alma

ardía aún una abrasadora sed de sangre que lo instaba a descargar su furia contra sus aliados. El mercenario sentía en la piel una sensación de hormigueo y picazón, los primeros síntomas de la horrible transformación que había luchado por evitar a toda costa.

Pero el mercenario sofocó aquel fuego interno al tiempo que dejaba caer la espada al suelo con estrépito, ahogando los oscuros deseos que despertaba en él la contaminada sangre de su padre, tan fácilmente como aplastaría a un insecto bajo la bota. Así pues la transformación terminó antes incluso de haber empezado. Pero Abdel no tuvo tiempo para celebrar su victoria ni siquiera para preguntarse por qué había apagado tan fácilmente las ansias de sangre de Bhaal.

Uno de los supervivientes de las tropas de Saradush recogió un gran cuerno de un camarada caído, mientras otros empezaban a buscar heridos entre los cuerpos. El hombre del cuerno lanzó tres largas y trémulas llamadas para informar a los demás defensores que la muralla sur volvía a ser segura.

En respuesta sonaron en la ciudad sitiada más toques de cuerno.

—Hemos cerrado la brecha —dijo Melissan, situada al lado de Abdel aunque el mercenario no se había percatado de su presencia. La mujer jadeaba ligeramente por el esfuerzo de la lucha mientras explicaba el significado de las señales con el cuerno que se oían—. El resto de la muralla aguanta y los atacantes se han retirado. Por ahora.

Abdel quería preguntarle muchas cosas a aquella mujer, cosas que necesitaba saber. Pero cuando abrió la boca fue para exclamar:

—¡Jaheira!

El mercenario dio media vuelta y corrió hacia los calabozos.

—Sólo trataba de evitar que os hicieran daño —explicó Abdel con la esperanza de que Jaheira lo perdonara por haberlas dejado a ella y a Imoen atrapadas.

No estaba siendo del todo honesto con ellas; aún no era capaz de hablar de lo ocurrido en el claro del bosque con Illasera. No podía admitir que había faltado muy poco para que se transformara en un monstruo incontrolable que hubiese destrozado a su amada y a su hermana con sus cuatro manos provistas de garras. Pero tenía que decirle algo a la semielfa.

El cerrajero que trabajaba para sacar el extremo de la llave de la cerradura de la celda de Jaheira, asintió.

—Fue una lucha muy reñida, señorita —comentó, ofreciendo a Abdel un apoyo que éste no había pedido—. No era lugar para dos señoritas.

La semielfa lanzó a Abdel una airada mirada y resopló con desdén, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su incredulidad.

—Pero no pareció importarte que Melissan participara en la lucha.

Imoen, liberada ya del calabozo merced a una llave de repuesto, se puso del lado de Jaheira.

—Además, sabemos apañárnoslas solas en una lucha, Abdel. Y tú lo sabes.

El aludido suspiró y clavó la vista en el suelo.

—Sí, lo sé —admitió. Aunque lo intentara no se le ocurría ninguna excusa más.

—Ya está, señorita. Puede salir —anunció el cerrajero, que se irguió y abrió la puerta de la celda de Jaheira.

—Voy a decírselo a Melissan —anunció Sarevok desde lo alto de la escalera.

El hermanastro de Abdel no había siquiera intentado descender por los empinados escalones que conducían a los calabozos. Aunque toda la sangre que le cubría la oscura armadura correspondía a sus víctimas, afirmaba haber salido malherido de la reciente refriega. Era evidente que Sarevok no compartía los extraordinarios poderes de regeneración de su hermanastro.

Imoen observó cómo se alejaba lentamente, cojeando, con una extraña expresión en el rostro.

—¡Ya lo tengo! —susurró en cuando el guerrero de la armadura se hubo marchado, renqueando—. Fue por Sarevok, ¿verdad?

Abdel asintió con la cabeza. No estaba seguro de adónde quería llegar Imoen, pero cualquier explicación que no fuese la verdad le serviría.

—¿Sarevok? —preguntó Jaheira, para inmediatamente contestarse ella misma—: Pues claro... aún no confías en él, ¿verdad?

Seguramente Abdel no era la persona más avispada de la Costa de la Espada, a él le gustaban las cosas simples e ir siempre al grano, pero tuvo la suficiente astucia

como para aprovechar la oportunidad que le brindaban en bandeja de plata.

—Eso es —afirmó—. Temía que, aprovechando la confusión de la batalla, Sarevok tratara de haceros daño a alguna de vosotras dos. No podía correr ese riesgo.

Jaheira abrazó la enorme espalda de su amado con sus largos brazos y lo estrechó con inusitada fuerza.

—Oh, Abdel, lo siento tanto. Creí que Melissan...

—En vez de acabar la frase hundió la cara en el pecho de Abdel y lo abrazó si cabe con más fuerza.

Imoen propinó a su hermano un cariñoso puñetazo en un hombro antes de dirigirse hacia la escalera.

—Siempre pensando en nosotras...

El cerrajero salió tras las dos mujeres no sin antes dirigir a Abdel una sonrisa de admiración y un guiño de complicidad.

—Quiero respuestas, Melissan —exigió Abdel—. ¡Y las quiero ahora!

—Naturalmente ¿Qué quieres saber?

Abdel vaciló. Llegado el momento, no sabía qué preguntar. Por suerte Jaheira acudió en su ayuda.

—Todo —afirmó con aire de seguridad, al tiempo que lanzaba a la otra, más alta que ella, una mirada de evidente recelo—. ¿Por qué no nos dices todo lo que sabes?

El panorama que pintó Melissan no era nada halagüeño. La persecución de la prole de Bhaal se había extendido mucho más de lo que ninguno de ellos había imaginado, y ya abarcaba toda la Costa de la Espada así como el sur: los reinos de Amn, Tethyr e incluso Calimshan. Los hijos de Bhaal eran expulsados de sus hogares o encerrados en mazmorras, aunque en muchos otros casos simplemente eran linchados por las multitudes.

Muchas de las infortunadas víctimas ni siquiera eran conscientes de su contaminada herencia. Eran tan ajenos a la sangre inmortal que corría por sus venas como en el pasado lo habían sido Abdel e Imoen. Eran campesinos, mercaderes, tenderos; personas normales que llevaban una vida normal. Hasta que el exterminio comenzó.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Imoen, en busca de una explicación a tal locura—. ¿Por qué después de todos estos años surge de pronto este odio hacia los hijos de Bhaal y son perseguidos?

—Por las profecías de Alaundo —repuso Jaheira—. Predicen que los hijos de Bhaal descargarán una tempestad de muerte sobre Faerun... tal vez incluso propiciarán el regreso del mismo Bhaal.

—La semielfa dice la verdad —admitió Melissan—, pero solamente conoce una parte de la historia, al igual que las masas que, en su ignorancia, están llevando a

cabo su programa de genocidio.

Jaheira acusó el insulto.

—Un grupo muy poderoso encabeza la repentina oleada de odio hacia los hijos de Bhaal. Han sido ellos quienes han propagado esta locura a través de una campaña de miedo y calumnias, consiguiendo que los hijos de Bhaal no estén seguros ya en ningún sitio. Los responsables de las atrocidades cometidas contra ti y los de tu linaje se hacen llamar los Cinco.

—¿Los Cinco? Nunca he oído hablar de ellos —replicó Abdel.

Melissan se rió apenas aunque su voz permaneció seria.

—No me extraña nada, Abdel. Yo me enteré de su existencia hace sólo un par de años y desde entonces dedico mi vida a buscarlos. Ellos comparten tu misma sangre. Durante años te he buscado a ti y a otros como tú, sabiendo en todo momento que no era la única que trataba de localizar a los vástagos del Dios de la Muerte.

Imoen sacudió la cabeza.

—Espera un momento. No lo entiendo. ¿Estás diciendo que los Cinco son también hijos de Bhaal?

Con una seca inclinación de cabeza Melissan confirmó la suposición de la joven.

—Sí, los Cinco son hijos del Dios de la Muerte y sospecho que se cuentan entre los más poderosos aún con vida. Aunque, a decir verdad, apenas sé nada sobre ellos, ni siquiera cuántos son. En las culturas de Calimshan y Tethyr el cinco se considera un número maldito, de mal agüero. Es posible que los Cinco escogieran ese nombre por el miedo que inspiraría a las masas supersticiosas.

»Lo que puedo decir —prosiguió— es que los Cinco ejercen una gran influencia política en Faerun, aunque siempre actúan entre bastidores. Se mantienen ocultos en las sombras y trabajan siguiendo un único propósito. Manipulan a sus semejantes para que los sigan y sean sus servidores valiéndose de mentiras y engaños. Ahora controlan ejércitos enteros, aunque la mayor parte de la tropa y de sus generales no se dan cuenta de a quién sirven.

—¿Y cuál es el propósito de los Cinco? —inquirió Abdel.

—Se trata de una sociedad secreta de fanáticos que consagran su vida a resucitar a su padre muerto matando a sus hermanos.

Abdel vaciló antes de formular la siguiente pregunta.

Todos parecían entender lo que Melissan estaba diciendo, y el fornido mercenario se resistía a dejar al descubierto su propia ignorancia. Pero tenía que entender. Era preciso que comprendiera aquello en todos sus detalles.

—¿De qué modo lograrán resucitar a Bhaal matando a sus demás hijos?

—Cada descendiente de Bhaal posee una esencia divina —explicó Melissan pacientemente—, que es una pequeña parte de la propia esencia de Bhaal. En algunos de sus vástagos no es más que una leve chispa, mientras que en otros es una infame

hoguera.

»Cada vez que un hijo de Bhaal perece, se libera esa pequeña parte del divino espíritu del padre. El propósito de los Cinco es recoger la esencia del alma de su padre, ahora diseminada, reuniéndola pieza a pieza hasta formar una ardiente pira de la que el mismo Bhaal pueda renacer.

Sarevok, que hasta entonces se había mantenido silencioso a un lado, añadió su impasible voz a la conversación.

—Sabes que lo que Melissan dice es posible, Abdel. Tú mismo lo has experimentado, aunque en mucha menor escala. Cuando pusiste fin a mi vida mortal en las cavernas del subsuelo de Puerta de Baldur inconscientemente absorbiste mi esencia, lo que te permitió dar un pequeño paso más allá de la mera existencia mortal. Cuando volvimos a vernos sacrificaste voluntariamente una pequeña parte de ese espíritu divino para devolverme la vida y darme una segunda oportunidad.

Tenía sentido. Abdel no siempre había poseído esos extraordinarios poderes de recuperación. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que no se habían manifestado hasta después de matar a Sarevok. El mercenario no pudo evitar preguntarse si inconscientemente no habría absorbido asimismo parte de la esencia inmortal de Imoen. El mago Jon Irenicus la había transformado en el avatar de Bhaal, en un demonio de horrible aspecto, pero Abdel había luchado contra él y lo había vencido. Era posible que al vencerlo hubiera absorbido gran parte de la contaminada esencia de la muchacha. Eso explicaría por qué él era tan poderoso mientras que Imoen aún parecía... normal.

Mientras Abdel seguía batallando con las implicaciones de todo eso, Jaheira prosiguió con el interrogatorio.

—Parece que sabes mucho del tema. ¿En qué te incumbe a ti, Melissan? —El tono de Jaheira era más que un poco acusador.

—Yo también he oído las profecías —explicó la espigada mujer de negro—. Al igual que los Cinco, conozco las palabras de Alaundo y lo que predicen. He dedicado toda a mi vida a impedir el regreso de Bhaal a este mundo, como haría cualquier persona en su sano juicio.

»Durante muchos años luché contra un enemigo invisible. Sospechaba que un puñado de descendientes de Bhaal unirían fuerzas para propiciar su resurrección, pero no halle ninguna prueba de que ese culto subsistiera. Hace pocos años pude confirmar los rumores y mis sospechas. Y ahora estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para frustrar su loco propósito.

Jaheira no respondió. A Abdel le pareció que estaba meditando las palabras de Melissan, tratando de encontrar algún fallo o alguna mentira en ellas. Al fin la semielfa se dio por vencida y centró su atención en Sarevok.

—No parece muy sorprendido de escuchar todo esto.

Abdel no alcanzaba a entender cómo su amada había podido juzgar nada basándose en las reacciones del impasible Sarevok, aunque la respuesta de su hermanastro confirmó que los instintos de Jaheira no le habían fallado.

—No es la primera vez que lo oigo, druida. Melissan me lo contó hace varios años.

—Es cierto —admitió la aludida, avanzándose a la reacción de Jaheira—. Cuando descubrí que los Cinco eran más que una negra sombra de mi imaginación busqué aliados, personas que tuvieran un interés personal en detener a esos hijos de Bhaal antes de que se hicieran tan poderosos como para orquestar la campaña de asesinatos que ahora vivimos.

—Buscaste a otros hijos de Bhaal para luchar contra los Cinco —comentó Imoen.

—Exacto, muchacha. ¿Quién mejor para ayudarme contra los hijos del Dios de la Muerte que su propia progenie? Por supuesto, en esa época no conocía la existencia de Abdel. Los escribas del alcázar de la Candela hicieron bien en enterrar su historia y borrar su nombre de todos los registros.

»Pero conocía a otro hijo de Bhaal que estaba adquiriendo rápidamente poder y fama, cuyo nombre era susurrado con miedo y respeto incluso por los peores criminales de la Costa de la Espada. Se trataba de un joven llamado Sarevok.

—Melissan vino a verme —Sarevok prosiguió el relato de los hechos con su habitual voz monocorde— para informarme de mi herencia y de todas sus implicaciones. Ella esperaba persuadirme para que colaborásemos aunque solamente fuese porque en ello me iba la vida. Pero la lacra de Bhaal en mi alma ya había empezado a consumirme. Así pues, en vez de unirme a ella en su lucha contra los Cinco juré que yo sería quien trajera a Bhaal de regreso al mundo mortal.

»Para ello tramé una guerra entre Nashkel y Puerta de Baldur, y cuando supe de la existencia de Abdel decidí matarlo y absorber su esencia para acrecentar mi poder.

Sobrevino un largo silencio casi acusador, que Melissan se encargó de romper.

—Ése es el peligro que se corre al asociarse con aliados nacidos del mal, que a menudo te traicionan. Ha sido una lección que me ha costado mucho aprender.

—¡Así pues lo sabías! —exclamó Jaheira en tono airado, apuntando a Sarevok con un dedo—. ¡Podrías habérmelo contado sin necesidad de traernos a esta ciudad sitiada!

—Sí, podría haberos explicado esta historia —replicó Sarevok lentamente—. Pero ¿me habrías creído?

El silencio de Abdel y sus compañeras fue respuesta suficiente.

—Sean cuales sean las razones que te han traído hasta Saradush, me alegro de que estés aquí —declaró Melissan en tono solemne—. Por lo que Sarevok me ha dicho es posible que seas el único capaz de salvarnos del ejército invasor. Lo manda un guerrero llamado Yaga Shura.

—¿Yaga Shura? —Por alguna razón Abdel tuvo la corazonada de que aquel nombre no designaba únicamente al líder de un ejército, sino que tenía poder en sí mismo.

—Yaga Shura es uno de los Cinco —explicó Melissan—. Al igual que tú, también él es hijo de Bhaal. Al igual que tú, en su interior arde la esencia de su padre inmortal.

»Abdel, tú puedes salvarnos de Yaga Shura —susurró la mujer.

Para ser sincero Abdel tenía que admitir que no sabía qué iba a hacer. Se estaba ahogando en la oleada de información que Melissan había vertido en sus oídos. Su mente era incapaz de poner orden en todo lo que Melissan le había dicho.

—Esto es una locura —insistió Jaheira—. ¡Éste no puede ser el modo de liberarte del estigma de Bhaal! La solución no es derramar más sangre.

Docenas de descendientes de Bhaal habían sido asesinados por los ejércitos que secretamente y sin saberlo servían a los Cinco, e incontables otros habían muerto en los tumultos fruto del pánico que los Cinco habían ido provocando en todo Faerun. Aterrorizados, los hijos de Bhaal habían huido en busca de un salvador, de un refugio. Y habían encontrado a Melissan.

—Podemos eludir esta batalla, Abdel —dijo Imoen, apoyando el sentir de Jaheira—. Si pude hallar un modo de colarnos en la ciudad, hermano mayor, también hallaré el modo de escabullirnos.

Muchos de los descendientes de Bhaal que habían seguido a Melissan pertenecían al pueblo llano, eran gente humilde que se había visto arrastrada por una tempestad que hubiera imaginado. Si todos quienes habían buscado refugio en Saradush hubiesen sido como ellos, tal vez Melissan podría haberlos mantenido ocultos. Tal vez podría haberlos mantenido a salvo.

Pero había otros: figuras poderosas e influyentes, líderes políticos y militares, e incluso un general de alto rango del ejército de Calimshan. Cuando Gromnir y una compañía de sus legales habían llamado a las puertas de Saradush en demanda de refugio, los ojos rapaces de los Cinco se vieron atraídos hacia la ciudad.

—Si no les plantas cara y luchas ahora, los Cinco te perseguirán sin tregua, Abdel —le advirtió Melissan con palabras mucho más calmadas y racionales que las apasionadas súplicas de Jaheira e Imoen.

Los dirigentes de la ciudad habían ordenado a Gromnir y a sus tropas que siguieran su camino, pues no podían permitir que un ejército extranjero se estableciera dentro de las murallas de la ciudad. Pero Melissan les convenció y abrieron las puertas para ofrecer también a Gromnir el mismo refugio que a todos sus hermanos menos famosos.

—Tu sangre contaminada les atrae —prosiguió Melissan—. Al final darán

contigo; al final tendrás que luchar. Tú únicamente puedes elegir cuando y dónde. ¿Por qué no aquí y ahora?

Gromnir y sus hombres se habían hecho con el control de la ciudad tras derrocar a sus dirigentes civiles esgrimiendo el pretexto de que eran más capaces de preparar la defensa de Saradush frente al ejército enemigo, que se encontraba a pocos días de marcha. El ejército mandado por Yaga Shura, uno de los Cinco.

La milicia de Saradush podría haberse opuesto al golpe, y sus ciudadanos podrían haberse alzado en armas contra el general calimshita invasor y sus tropas, que no eran tan numerosas. Pero los ciudadanos temían más el ejército de Yaga Shura y sus despiadados esfuerzos por exterminar a los hijos de Bhaal.

El ejército de Yaga Shura era un gigante que avanzaba aplastándolo todo a su paso y dejando detrás de sí una estela de ciudades arrasadas y cadáveres quemados. Así pues, los habitantes de Saradush soportaron la presencia de Gromnir y sus soldados, porque eran su mejor oportunidad para sobrevivir en la inminente batalla y el inevitable asedio de su ciudad.

—Aún no he conocido a un rival capaz de vencerme en combate singular —afirmó Abdel tratando de tranquilizar a su amada—. Ya lo has visto: mis heridas se curan al instante.

—Si decides emprender la tarea, te recomiendo un poco de prudencia —le advirtió Melissan—. Nadie conoce los límites de tus poderes de regeneración, pero hay límites. No eres un dios, Abdel.

—¡Es una batalla que no puedes ganar! —gritó Jaheira, frustrada—. Si Melissan dice la verdad, ese Yaga Shura no es un hijo de Bhaal normal y corriente, sino uno de los Cinco. Si creemos lo que nos ha contado Melissan, ¿cómo puedes tener esperanzas de vencerlos?

Para Abdel el argumento de Jaheira no se aguantaba. Ya no. No después de lo que Melissan les había contado sobre la cazadora que los atacara en el bosque.

—Illasera también era de los Cinco —repuso Abdel con calma—. Y la maté.

—Pero casi te mata —le recordó Imoen ansiosa, ofreciendo su apoyo a Jaheira—. Pones mucha fe en tu capacidad de curación, Abdel... pero te recuerdo que las heridas de las flechas de la cazadora no desaparecieron así como así.

—Ya he matado a uno de los Cinco. Y también puedo matar a Yaga Shura —insistió Abdel.

—¿Y luego qué? —intervino Jaheira al borde del llanto—. ¿Cuántos más de esos Cinco quedan? Y aunque los mates a todos, ¿qué ganarás con eso? ¿No ha habido ya suficientes muertes, suficiente sangre, suficiente...? —Las súplicas de la semielfa dieron paso a unos irrefrenables sollozos.

Melissan llenó con voz suave y tranquilizadora el vacío dejado por la incapacidad de Jaheira para seguir hablando.

—La druida dice la verdad, Abdel. No sé de cuántos miembros se compone el grupo de los Cinco, ni quiénes son, ni dónde pueden estar. Yo solamente conozco a Illasera y a Yaga Shura, porque ellos mismos decidieron darse a conocer cuando les llegó el momento de actuar abiertamente. Pero los demás permanecen ocultos en las sombras, maquinando.

Abdel se sentía seguro de ganar aquella batalla. Desde la lucha en las almenas confiaba en poder controlar el fuego de Bhaal que ardía dentro de sí. Siendo consciente de que llevaba al Aniquilador dentro podía luchar contra él. Era capaz de mantenerlo enjaulado. O al menos eso creía él.

Cuando tomó la palabra, la voz del mercenario sonó segura y tranquila. Sin darse cuenta había adoptado el mismo tono que Melissan.

—En ese caso, cada vez que uno de los Cinco se atreva a salir de la oscuridad, lo mataré.

Abdel le puso una mano sobre el hombro a Jaheira para calmarla, pero la semielfa se la sacudió y continuó llorando con la cara entre las manos.

Imoen lanzó una risa forzada, tratando de despejar tanta tensión.

—De todos modos, todo esto es inútil —dijo en tono de mofa—. Eso que tú llamas plan nunca funcionará. ¿Qué te hace pensar que ese Yaga Shura aceptará el desafío? Tiene todo un ejército a su disposición. ¿Por qué debería enfrentarse a ti en combate singular?

—No es asunto de risa —la reprendió Melissan—. Yaga Shura aceptará, porque querrá probarse a sí mismo, probarse contra Abdel, demostrarse que es digno de ser uno de los Cinco. Yaga Shura es hijo del Dios de la Muerte, el hijo de un dios, y cree que es invencible. Se cree un dios.

Imoen sacudió la cabeza en gesto de negación.

—Imposible. Yaga Shura no puede ser tan estúpido. Yo también soy hija de Bhaal y nunca aceptaría un desafío como ése sólo para probarme a mí misma.

Abdel la miró directamente a los ojos y replicó:

—Pues yo sí.

Las puertas de Saradush se abrieron y Abdel salió afuera, solo, para enfrentarse a su rival. El ejército de Yaga Shura había retrocedido unos centenares de metros de las murallas para que el duelo pudiera celebrarse en una explanada vacía con el suelo muy pisoteado.

Abdel avanzó hasta el centro de la vasta explanada y aguardó. Dentro de la fortaleza, a su espalda, los soldados de Calimshan y la milicia de Saradush esperaban hombro con hombro, armados y listos. Si Abdel lograba matar a Yaga Shura, los defensores pasarían al ataque con la esperanza de sorprender al enemigo. Sin duda, tras presenciar la derrota de su «invencible» líder, cundiría el caos y el desánimo entre las tropas de Yaga Shura. Una carga sostenida los desmoralizaría, y Saradush estaría salvada.

Al menos ése era el plan de Melissan para el caso de que Abdel saliera con vida del duelo. Si caía, los defensores regresarían a sus puestos, y el asedio continuaría hasta que el hambre y las enfermedades debilitaran tanto a la población de Saradush que el ejército invasor lograra abrir brechas en las murallas y arrasar la ciudad.

En la lejanía sonó una trompeta; era la fanfarria que anunciaba la llegada de Yaga Shura. Abdel se preparó para enfrentarse a su rival.

—Yaga Shura no es un hijo de Bhaal normal y corriente —le había advertido Melissan mientras el mercenario seleccionaba el arma que utilizaría en el duelo—. Su madre era una gigante perteneciente a las tribus que habitan los volcanes de las montañas del Movimiento.

—¡Qué asco! —había exclamado Imoen.

—¡No seas ingenua, muchacha! —replicó Jaheira, que descargó en Imoen el enfado que sentía hacia Abdel—. Bhaal no era un mortal, por lo que podía adoptar la forma que deseara. Un gigante es tan parecido a un dios como un humano o un elfo.

Pero Imoen, sacudiendo la cabeza, se mantuvo en sus trece.

—Repito que es un abominación.

—La lacra de Bhaal es una abominación en todas sus formas —intervino Melissan, poniendo así fin a la discusión.

Los soldados se apartaron para dejar paso a su campeón. Al ver a Yaga Shura acercarse, la mente de Abdel se centró en el presente y dejó de lado los recuerdos.

El gigante, que descollaba entre sus hombres, se fue abriendo paso entre la multitud. No llevaba camisa, y sus anchos hombros, su musculoso pecho y sus macizos brazos eran claramente visibles por encima de los yelmos de los soldados e incluso por encima de las puntas de las lanzas que la tropa alzaba a modo de saludo. Su piel era del color de la ceniza y el hollín, y la barba presentaba la misma tonalidad de rojo encendido que la larga cabellera que le colgaba por la espalda recogida en una

única trenza. La cabeza de doble filo de la enorme hacha de guerra que llevaba a la espalda estaba recubierta con una capa de obsidiana que devoraba toda la luz que incidía en ella.

Abdel agarró con más fuerza el sable que había elegido para batirse y fue apoyando rápidamente el peso del cuerpo de un pie al otro, a fin de estar lo más ágil posible en el duelo. No llevaba armadura, pues pensaba utilizar su velocidad y su agilidad como armas contra un rival mucho mayor que él. Abdel había sorprendido con su rapidez sobrehumana a hombres que abultaban la mitad que él, por lo que estaba seguro de poder hacer lo mismo con quien suponía un torpe gigante.

Con sus zancadas largas y pesadas Yaga Shura salió de entre la multitud y cubrió la distancia que lo separaba de Abdel. El gigante se detuvo a apenas seis metros de distancia y lentamente hizo ademán de soltar el hacha de guerra de las correas. Al hacerlo se le marcaron los músculos del torso desnudo. Abdel estaba tan cerca que se dio cuenta de que la cabeza del hacha no era totalmente negra como había creído en un principio, sino que en los bordes tenía grabados símbolos y glifos rojos.

Al mercenario no se le escapaba el significado de aquellas marcas. Instintivamente supo que eran las mismas que había visto en las flechas de Illasera, la arquera, en el claro del bosque. Así pues, las heridas que le causara el hacha de Yaga Shura no desaparecerían.

Abdel separó los pies y agachó el cuerpo ligeramente. No le asustaba saber que su enemigo podía herirlo o incluso matarlo. Simplemente se limitó a adoptar una estrategia de combate más defensiva.

Los dos rivales fueron dibujando círculos lentamente uno frente al otro. Abdel no estaba acostumbrado a tener que alzar la vista para mirar a un rival a los ojos. El mercenario vaciló como si esperara la señal de inicio. De las huestes reunidas brotó un rugido de impaciencia, y Yaga Shura se lanzó contra él.

Tal como Abdel había esperado, el propio tamaño del gigante iba en su contra pues lo hacía más lento. Yaga Shura arremetió contra Abdel como un toro furioso, alzando la enorme hacha por encima de su cabeza. Abdel esperó hasta el último segundo, luego se agachó a un lado y rodó sobre sí mismo para evitar el torpe hachazo de su oponente. Simultáneamente le rajó con su sable los prominentes músculos del estómago desnudo, abriéndole el vientre.

Entonces giró sobre sus talones, dispuesto a descargar el golpe de gracia en la espalda de su rival, al que suponía agonizante. Pero, para su sorpresa, el gigante también había dado media vuelta para enfrentársele. El profundo tajo que Abdel le había infligido ya no era más que una cicatriz de un blanco cegador apenas visible en la piel negra como el carbón de Yaga Shura. Un segundo más tarde ya no quedaba ni rastro de aquella marca ni del ataque de Abdel.

El mercenario se quedó momentáneamente confuso al darse cuenta de que Yaga

Shura era asimismo invulnerable y que quizá sus poderes de recuperación superaban los suyos. Él había esperado encontrarse con un adversario retorciéndose agónicamente en el suelo, al que rematar. No estaba preparado para superar las defensas de un rival en plena forma.

El gigante ya blandía de nuevo el hacha contra él. Rápidamente Abdel desvió la trayectoria del patoso ataque del gigante y le sacó un ojo en una serie de fluidos sablazos que había aprendido después de largos años de práctica y entrenamiento. Yaga Shura gritó de dolor y se tambaleó hacia atrás, al tiempo que se llevaba una manaza a la órbita ocular vacía.

Sus tropas lanzaron al unísono un grito de sorpresa y consternación. Pero cuando Yaga Shura apartó la mano, cubierta por sangre y fluido ocular, a Abdel no le extrañó comprobar que volvía a tener el ojo sano. El mercenario notó una pesada sensación de desánimo en la boca del estómago. Seguramente era lo mismo que tantos de sus enemigos habían sentido al darse cuenta de que sus armas no podían nada contra Abdel.

La divertida carcajada del gigante quedó apagada por los vítores de sus tropas, y nuevamente arremetió contra Abdel.

El duelo se convirtió en una repetición de los dos primeros asaltos: Yaga Shura atacaba sin técnica ni estilo, pues solamente sabía de fuerza bruta. Y Abdel, ducho en el arte de la esgrima, no tenía ninguna dificultad en esquivar los golpes, pararlos y contraatacar con ferocidad. El mercenario desconocía los límites de sus poderes de regeneración, pero estaba decidido a poner a prueba los de Yaga Shura.

Rebanó el pescuezo del gigante, le atravesó con la punta de la espada órganos vitales y le infligió docenas de heridas todas ellas mortales. Una y otra vez mutilaba a su desmañado rival, pero las heridas eran sólo transitorias, el daño sólo temporal y, en último término, inútil.

El encarnizado duelo sólo había durado diez minutos; un tiempo muy breve para los espectadores que animaban a sus respectivos campeones, pero una eternidad para los combatientes. Abdel jadeaba. Su enorme pecho subía y bajaba como un fuelle para tratar de hacer llegar oxígeno a sus agotadas extremidades. Cada vez que se agachaba para esquivar uno de los hachazos de Yaga Shura, notaba un intenso dolor en los músculos de las piernas, y cada vez que saltaba para eludir un golpe de arriba abajo, amenazaban con quedársele crispados. Los hombros le quemaban por la fatiga, y ya no se sentía ni las manos ni los dedos por las incesantes vibraciones que debía soportar al parar un golpe tras otro de la imponente hacha del gigante.

Entonces, cuando ya estaba a punto de sufrir un colapso fruto de la extenuación, se le hizo la luz. Yaga Shura nunca había aprendido ni técnica de combate ni estilo porque nunca lo había necesitado. Abdel podía propinarle todos los sablazos que deseara, pero por mucho que lo sobrepasara en destreza y habilidad, el hecho de ser

físicamente invulnerable le daba una ventaja insuperable.

Y con cada tajo del hacha esa ventaja aumentaba. Cada vez que Abdel giraba sobre sí mismo, se agachaba o eludía el arma notaba que el mortal filo había fallado por una fracción más y más pequeña. El fornido mercenario se estaba cansando; su rapidez y agilidad iban disminuyendo al mismo tiempo que se le agotaban las fuerzas. Pero el gigante seguía acosándolo, implacable e irresistible como una fuerza de la naturaleza.

Como último recurso Abdel apeló a la furia de su padre inmortal: se sumergió en las profundidades de su alma y alimentó las llamas de la cólera de Bhaal para que le diera fuerzas, pero no halló nada. Saber que todo aquel derramamiento de sangre y toda aquella violencia contra su rival eran inútiles había enfriado la ardiente hoguera del Dios de la Muerte.

Abdel Adrian, tan agotado que apenas podía seguir sujetando el sable, supo que iba a morir.

En primer lugar lo traicionaron sus pies, que le pesaban demasiado para seguir retrocediendo a la velocidad necesaria para esquivar el ataque, simple pero brutal, del gigante. El hacha silbó en el aire, y su afilada hoja le abrió una larga herida superficial en el pecho al tiempo que el hombretón caía hacia atrás después de tropezar con sus propios talones.

Abdel llevó las manos hacia atrás para amortiguar la caída, con lo que el sable se le escapó. No obstante, aterrizó con tanta fuerza que vio las estrellas. Cuando la visión se le aclaró tenía a Yaga Shura a horcajadas sobre él, a punto de descargarle el hacha cubierta de runas.

El mercenario sintió el impulso de rendirse. Su agotado cuerpo suplicaba poder tumbarse de espaldas y dar la bienvenida a su sangriento fin, pero sus instintos guerreros pudieron más, y Abdel propinó un puntapié con su pesada bota. El talón de la bota chocó contra el mango del hacha de recia madera de tres metros de longitud, grabado con runas. Con el talón partió el mango por la mitad, y la parte inferior se rompió en varios pedazos de madera astillada.

Yaga Shura cayó hacia adelante, perdido el equilibrio por la fuerza del inesperado puntapié y por el súbito desequilibrio del arma que empuñaba. Los pedazos de la mitad inferior del mango habían caído al suelo, pero su mano derecha asía todavía la mitad superior. Mientras caía encima de Abdel, el gigante retrasó el hacha dispuesto a descargarla en el mercenario. Al mismo tiempo extendió el brazo izquierdo para amortiguar la caída.

Abdel lo agarró por la muñeca de la mano izquierda y tiró, al mismo tiempo que levantaba el otro pie y se apoyaba contra el musculoso pecho de su rival. Posiblemente Abdel era el único humano vivo con la fuerza suficiente para desviar el impulso de caída de un gigante, pero es que Abdel era más que humano. Para

asombro de los espectadores y del mismo Yaga Shura, el gigante se encontró de repente volando por el aire y dando una vuelta de campana para aterrizar con un costalazo. Sin darle tiempo a que llegara al suelo Abdel ya se había puesto de pie y había recogido el pedazo más grande del mango roto. Antes de que su rival se pudiera recuperar de la caída, Abdel se encaramó encima de él.

Además de ejercitarse en el manejo de la espada Abdel se había pasado muchos años entrenándose en la lucha cuerpo a cuerpo, por lo que sabía cómo sacar ventaja de un rival tumbado en el suelo. El mercenario saltó sobre el enorme pecho de Yaga Shura y le inmovilizó los brazos con las rodillas. Abdel se sentía como un chiquillo jugando a pelearse con un adulto, que era lo mismo que seguramente sentía un hombre normal y corriente cuando se enfrentaba contra él. Yaga Shura podría haberse liberado fácilmente rodando a un lado, girando un hombro y usando su enorme tamaño para desequilibrar a Abdel. Pero el mercenario confiaba en que no supiera cómo hacerlo.

El torso de Yaga Shura se elevaba y corcoveaba, tratando de quitarse de encima a Abdel usando solamente su fuerza bruta, pero no era tan sencillo. El mercenario se limitaba a desplazar su peso al ritmo de las sacudidas del gigante, manteniéndose a horcajadas sobre su pecho. Con la mano libre Yaga Shura agarró a Abdel, mientras que la otra agitaba el hacha en un desesperado intento de golpearlo. Pero Abdel había inmovilizado los poderosos brazos del gigante contra el suelo con las rodillas, por lo que todos los esfuerzos de Yaga Shura resultaban inútiles.

Abdel alzó con ambas manos el mango roto del hacha cubierto de runas por encima de la cabeza y hundió el extremo de madera mellado en la desprotegida garganta del gigante.

Con sus agónicas sacudidas finalmente el gigante logró deshacerse de Abdel, al que lanzó al suelo. El fornido mercenario trató de ponerse en pie, pero los músculos no le respondían. Había gastado hasta su última brizna de energía al hundir el mango en la garganta de Yaga Shura.

Consiguió levantar la cabeza a tiempo de presenciar cómo Yaga Shura se ponía dificultosamente en pie, agarrándose el trozo de madera clavado en el cuello. El pecho de gigante se veía cubierto por un borboteante magma, mientras que la vida se le escapaba por la herida del cuello. Intentó arrancarse el pedazo de madera, pero el mango estaba escurridizo por la sangre, y las manos se le resbalaron.

El monstruoso engendro de Bhaal cayó de hinojos y nuevamente agarró el mango. Esta vez logró arrancárselo, pero con ello únicamente liberó un verdadero torrente de sangre. Con cada latido de su corazón, que se debilitaba por momentos, brotaba de su garganta un chorro de sangre humeante semejante a un géiser.

Detrás de él Abdel oyó el son de una trompeta y el estrépito causado por las puertas de Saradush al ser abiertas de par en par, seguido por el ruido de un ejército al

ataque.

Aún demasiado cansando para levantarse, volvió la cabeza y vio a Gromnir, Melissan y Sarevok que lideraban la carga. Los defensores habían pasado a la ofensiva.

Las ahogadas bocanadas de su rival agonizante se perdieron en el ensordecedor estruendo del ataque de los aliados de Abdel, que arremetían contra las tropas de Yaga Shura, entre las que había cundido el pánico. Entonces el mundo empezó a desdibujarse y a fundirse a su alrededor como en el claro en el que matara a Illasera.

Lo último que vio antes de que el mundo se desvaneciera por entero fue una enorme bestia alada que descendía hacia la ciudad de Saradush. El resplandor del fuego que lanzaba por las fauces daba un cegador brillo a sus escamas rojo rubí.

Había regresado al vacío aunque, al mirar a su alrededor, Abdel se dio cuenta de que aquel nombre ya no lo describía con justicia. Ahora había claramente un suelo bajo sus pies, y por encima de él se extendía un cielo gris y vacío. Las brumas se habían disipado dejando al descubierto una yerma llanura sin vida que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista.

El vacío se había convertido en un mundo estéril y muerto en el que nada rompía la monotonía del paisaje excepto las puertas que flotaban en el aire. Ahora solamente eran cuatro.

—Las puertas representan tus posibles destinos, Abdel Adrian —respondió una voz incorpórea a la pregunta que el mercenario se había formulado mentalmente—. A medida que avanzas por tu camino, tus posibles futuros decrecen.

Instantáneamente Abdel reconoció la voz infinita y al mismo tiempo individual del ser que le hablara en su sueño en el claro.

—¡Muéstrate! —exigió.

La figura apareció de repente ante él, físicamente tan magnífica como la vez anterior. De su ser irradiaba la cegadora luz de la perfección. Pero por alguna razón a Abdel le pareció menos impresionante que la otra vez, menos imponente, menos extraordinaria, menos..., bueno simplemente menos.

—No es que yo sea menos, Abdel Adrian, sino que tú ahora eres más. Mucho más. Tu progreso es asombroso incluso para mí.

—¿Por qué me has traído aquí? —inquirió Abdel bruscamente, irritado por la costumbre de aquel ser de responder a sus pensamientos.

—Te repito lo que te dije la vez anterior: yo no soy el responsable de tu presencia aquí, Abdel, sino tú.

El mercenario recordó lo último que viera del mundo material: la espantosa imagen del dragón abatiéndose sobre Saradush.

—¡Tengo que regresar! ¡Tienes que enviarme de vuelta!

—Ya conoces el camino, Abdel. Tú decides cuando te marchas, al igual que decides cuándo llegas.

Las puertas. Abdel dio un paso hacia ellas y vaciló. Lentamente se volvió para encararse con el ser inmortal, sin estar seguro de lo que iba a decir.

—No puedo hacer esto solo, Abdel —le explicó el ser—. Solamente puedo responder las preguntas que tú me formules.

—Hice lo que me dijiste. Busqué a mis hermanos de sangre y lo único que he aprendido es que debo seguir matando. ¡Eso no es nada nuevo!

El ser no respondió, sino que se mantuvo perfectamente inmóvil, esperando que Abdel continuara.

—¡Mi destino no puede ser sólo matar a otros hijos de Bhaal! Pero tú te niegas a ayudarme. ¿Por qué? Tú sabes algo. ¿Por qué no me lo dices?

—Están actuando fuerzas mayores de las que ahora puedes comprender. Y muchas de ellas actúan a través de ti. Pueden salvarte o destruirte. Por tu bien, y por el bien del futuro, debo ser cauto.

»Si aún no estás preparado para hacer la pregunta, Abdel Adrian, es que tampoco estás preparado para entender la respuesta.

Abdel rió, indeciso de si quería que sonara nostálgico o amargado.

—Hablas como Gorion.

—Tu padre adoptivo era un hombre sabio.

El corpulento mercenario echó un vistazo a las puertas para inmediatamente volver a fijar la vista en su extraño interlocutor. Aunque estaba desesperado por regresar al mundo real, no podía tirar por la borda una oportunidad de averiguar algo acerca de lo que estaba ocurriendo. Al abrir la boca para hablar se le agolparon un millón de preguntas. El resultado fue un asfixiante silencio. Abdel inspiró hondo y lo volvió a probar.

—¿Los Cinco... existen realmente, como Melissan afirma? ¿Y realmente quieren resucitar a Bhaal?

—Melissan te ha dicho la verdad —admitió la entidad, pero añadió rápidamente—, pero no te ha dicho todo lo que sabe sobre los Cinco, ni mucho menos.

La respuesta pilló por sorpresa a Abdel. Aquella afirmación vertida precipitadamente parecía de vital importancia, pero al mismo tiempo el ser se mostraba casi avergonzado como si acabara de violar alguna ley que regia en su plano de existencia o algún oscuro código de honor.

—Tú no eres quien manda aquí, ¿verdad? —inquirió Abdel, que lentamente empezaba a comprender.

La figura negó despacio con la cabeza.

—Yo solamente sirvo a la divina voluntad, Abdel. No puedo tomar parte activa en tu destino. Los acontecimientos deben desarrollarse por sí solos.

—Y supongo que tampoco piensas decirme cuál es mi destino.

—Ni siquiera los poderes a los que sirvo lo saben.

Abdel escupió. El agostado suelo absorbió inmediatamente la humedad.

—Eres tan inútil como mis consejeros mortales —dijo el mercenario con desdén.

Entonces se volvió hacia las puertas y pasó por la más próxima sin mirar atrás.

La enorme extensión vacía del Abismo se desvaneció y fue reemplazada por las inconfundibles imágenes y los sonidos de la batalla. Soldados con armadura trataban de hacerse pedazos los unos a los otros. Una auténtica lluvia indiscriminada de flechas y piedras surcaba el aire. Soldados de a pie usaban lanzas o alabardas para desmontar a sus enemigos a caballo y algunos eran pisoteados por los agitados cascos de los corceles del ejército rival. Los caballos se encabritaban y relinchaban, y sus flancos aparecían cubiertos de sudor y sangre.

El suelo se veía sembrado de cadáveres y moribundos, soldados aplastados, muertos por una estocada o destripados. El entrecocar del acero, los aterrorizados chillidos de caballos y hombres así como los gemidos de los soldados heridos y mutilados que se retorcían sobre la hierba se confundían en un único rugido sordo: el son de la batalla.

Abdel se vio rodeado por todos lados por la carnicería. Se había vuelto a materializar exactamente en el mismo lugar en el que había caído cuando Yaga Shura exhaló su último aliento. El cadáver del gigante se encontraba a pocos metros de distancia, ahora convertido en un montón de pastosa carne pisoteada por las botas y los cascos de los ejércitos en liza. El corpulento mercenario no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado ausente pero, a juzgar por el estado del cuerpo de Yaga Shura, era el suficiente para que la marea de la batalla hubiera pasado por allí varias veces.

Desde su posición estratégica en medio del caos a Abdel le era imposible evaluar el curso de la guerra. No tenía ni idea de quién estaba ganando, ni le incumbía. De todos modos, eso poco importaba. El dragón que había vislumbrado justo antes de desvanecerse en el Abismo iba a destruir Saradush, a ambos ejércitos y también a Jaheira e Imoen, si él no las salvaba.

Tenía que dar con ellas.

Después de echar un vistazo a lo que quedaba del hacha de Yaga Shura, buscó otra arma. No necesitaba un arma encantada para abrirse paso entre el muro de soldados mortales que se interponían entre él y las dos mujeres a las que amaba. Además, Abdel era un espadachín y no un leñador. Por suerte, a aquellas alturas de la batalla no faltaban espadas tiradas por el suelo.

El mercenario arrebató un pesado sable de la mano de uno de los caídos, sin hacer caso de las débiles protestas de aquel estúpido, que aún no se había dado cuenta de que estaba muerto.

Luego fue dando sablazos sin pensar, abatiendo salvajemente a cualquiera que se le pusiera a tiro en un loco intento por hacer menos densa la multitud que lo rodeaba. Los contraataques dirigidos contra su cuerpo desprotegido no lo inquietaban; su mente bloqueaba el dolor al tiempo que su espíritu inmortal absorbía los

innumerables golpes y sanaba sus heridas. Una pequeñísima parte de su mente que no estaba obsesionada con quitar de en medio por las malas a los desventurados soldados que le impedían llegar junto a sus compañeras reparó en que sus poderes de regeneración eran más fuertes que antes. De hecho, muchas de las heridas se le cerraban tan rápidamente que ni siquiera llegaban a sangrar.

No obstante, al poco tiempo ya estaba cubierto de los pies a la cabeza con un pegajoso fluido carmesí. La cálida sangre de sus enemigos le empapó el pelo y las ropas. Notaba su empalagoso olor en la nariz, y en la lengua sentía un sabor dulzón. De vez en cuando se pasaba el dorso de la mano, también cubierto de sangre, por los ojos para aclarar aquel velo carmesí que le empañaba la vista, pero era inútil.

Pese a que se batía con ferocidad, la esencia de Bhaal que llevaba dentro de sí se mantuvo calmada. El mercenario no gozaba con aquella masacre de amigos o enemigos por igual; no hallaba placer en aquellas muertes. Era una matanza ejecutada fríamente que servía a un único propósito: encontrar a Jaheira e Imoen antes de que el dragón se decidiera a atacar.

Nunca le pasó por la cabeza que fuese misión imposible. Hizo caso omiso de los hechos —miles de combatientes luchando en una enorme extensión de terreno— y se convenció de que se toparía por casualidad con su amada y su hermana.

En medio de la confusión de cuerpos de vez en cuando vislumbraba lejanas visiones de la muerte y la destrucción que llovían sobre Saradush. De un simple coletazo el dragón derribaba los capiteles de una mansión noble, y bastaba con una mortal ráfaga de fuego lanzada desde el cielo para incinerar manzanas enteras. El gigantesco reptil descendió batiendo sus correosas alas para devorar a una docena de desafortunadas víctimas que huían por las calles. Las fugaces visiones del gran wyrm devastando Saradush solamente espoleaban a Abdel en su desesperada busca.

Entonces oyó a alguien que gritaba su nombre con una furia primaria, animal, que resonó por encima incluso del estrépito de la batalla.

—¡Abdel!

El mercenario se volvió hacia la fuente de aquel grito desesperado, demente, y vio una solitaria figura desmelenada montada en un caballo que se le echaba encima. Era un hombre con más apariencia animal que humana, encorvado sobre la silla de su montura de ojos desorbitados, y melena enmarañada y grasienta que ondeaba a su espalda mientras cabalgaba. Con un velludo brazo blandía una pesada lanza por encima de la cabeza.

A pesar de todos sus esfuerzos Abdel no había sido capaz de dar con Jaheira ni con Imoen pero, de algún modo, Gromnir, el general loco que lideraba las fuerzas de Calimshan, había logrado encontrarlo.

—¡Abdel! —vociferó Gromnir—. ¡Volvemos a encontrarnos! ¡Qué divertido! Ja, ja.

Aunque tenía ya casi el caballo encima, Abdel se mantuvo inmóvil y esperó hasta el último segundo para avanzar, agacharse para eludir la lanza que Gromnir pretendía clavarle y pasar un musculoso brazo alrededor del recio cuello del corcel. Aunque puso toda su fortaleza en juego no pudo evitar que el impacto de la bestia a la carga lo lanzara por el aire. El ruido que hizo un hombro al dislocarse se ahogó en el atronador crujido de docenas de huesos del cuello del animal al romperse como leña seca.

Cuando Abdel se puso de nuevo en pie, el hombro se le había puesto de nuevo en su sitio sin dejarle secuelas. Gromnir no fue tan afortunado. Por muy hijo de Bhaal que fuera, al igual que Imoen y tantos otros no poseía los mismos poderes sobrehumanos de regeneración que Abdel o Yaga Shura.

El general salió a duras penas de debajo del convulso cuerpo de su caballo arrastrándose con las manos. Abdel vio que se había roto la pelvis en la caída. Una oscura mancha ya empezaba a empapar el cinturón y a extenderse por los pantalones de cota de malla que cubrían el cuerpo del general de cintura para abajo.

—Abdel —graznó un Gromnir lisiado y contrahecho—. Abdel ha traicionado a Gromnir. ¡Ja, ja! Gromnir cayó en la trampa de Abdel.

Abdel podría haber dado la espalda al imposibilitado general y continuar con su búsqueda, pero algo dentro de sí no podía dejar pasar las alegaciones sin fundamento que le había lanzado el general calimshita.

—No soy ningún traidor, Gromnir —declaró el mercenario con voz serena.

—¡Ja! Qué divertido, Abdel. ¡Gromnir se muere y tú bromeas! ¡Ja, ja!

—Estás loco —sentenció Abdel, sacudiendo la cabeza.

—¿Loco? ¡Gromnir y sus hombres se metieron de cabeza en una emboscada! ¡Ja! Miles de hombres a caballo esperaban escondidos tras las colinas; eran refuerzos preparados para aplastar al ejército de Gromnir —mientras el agonizante general escupía estas palabras, se le fue formando en los labios una espuma sanguinolenta. La sangre procedía de las heridas interiores.

»Sabían que Gromnir saldría de la ciudad. ¡Ja, ja! Y el dragón... también lo sabía. Observaba y esperaba a que Gromnir mordiera el anzuelo. El plan de Abdel ha funcionado. ¡Saradush está indefensa!

—Yo no planeé nada —protestó Abdel. Pero Gromnir no lo oyó, pues su cuerpo destrozado se vio sacudido por un espasmo de tos incontrolable.

—La druida y la chica lo sabían —prosiguió Gromnir. Su voz se iba haciendo más y más débil a cada palabra—. Buscaron refugio en la ciudad y no cayeron en la trampa. ¡Ja!

Otro acceso de tos sacudió a Gromnir y luego se quedó quieto. Abdel no se quedó allí para presenciar su muerte, sino que arremetió contra la masa de combatientes y se fue abriendo paso a sablazos hacia la ciudad, o hacia lo poco que había dejado en pie

la cólera del dragón.

Mientras cruzaba el campo de batalla Abdel se maldecía por su estupidez. ¡Pues claro que Jaheira e Imoen estaban en la ciudad! Gromnir habría creído que huían de la batalla, pero la mente del general no podía pensar claramente, invadida como estaba por sus instintos de supervivencia. Abdel sabía por qué habían hecho eso.

Se imaginaba con toda claridad la escena. Podía ver a las mujeres a las que amaba poniendo a salvo a los civiles, tratando de hallar para ellos algún refugio frente al terrible monstruo que asolaba su ciudad. Como de costumbre Jaheira e Imoen habrían puesto sus vidas en peligro para salvar a los inocentes e indefensos.

Con un objetivo en la mente el mercenario fue avanzando a paso raudo. Llegó a las puertas de Saradush, que seguían abiertas, y corrió por las calles llenas de escombros sin prestar atención a los edificios envueltos en llamas a ambos lados. Un denso manto de humo asfixiaba la ciudad y forzaba a Abdel a caminar encorvado para no topar con sus más de dos metros de estatura con las nubes de acre humo.

Sabía que tenía que buscar a Jaheira e Imoen en las zonas de mayor destrucción. Si encontraba al dragón, hallaría a sus amigas.

Dar con el dragón fue fácil; simplemente corrió hacia donde oía gritos. A varias manzanas de distancia vio al mastodonte que arrasaba la calle, reduciendo edificios a cenizas y matando a todo ser vivo que se pusiera al alcance de sus garras, sus fauces o su cola. Como sucedía con todos los de su especie, el dragón infundía al mismo tiempo un reverente respeto y un profundo terror. A medida que se acercaba Abdel se fue dando cuenta de que se trataba de un ejemplar aún joven, apenas llegado a la edad adulta. Tenía las escamas lisas y sin cicatrices de batallas. Su piel era de un rojo brillante y reluciente. A medida que cambiara iría adquiriendo una coloración más oscura y profunda. Si el joven dragón era tan inexperto en tácticas y en combate como su inmadurez sugería, Abdel tenía una esperanza de vencerlo.

En el extremo más alejado del bloque el mercenario vislumbró media docena de figuras apiñadas en la planta baja de un edificio en llamas del que sólo quedaba en pie la estructura, y cuya parte superior ya había destruido el fuego de dragón. Pese a la distancia Abdel reconoció la silueta de Jaheira entre el humo y la forma más baja de Imoen junto a ella. La muchacha movía los brazos formando complicados dibujos, como el mercenario había visto hacer a magos y hechiceros al lanzar un encantamiento. A través de la oscuridad Abdel vio claramente a los pies de Imoen un pergamino con refulgentes símbolos. Un instante después todo el grupo se desvaneció.

Abdel se quedó momentáneamente perplejo, y le costó un segundo darse cuenta de que seguían allí, aunque envueltos en un manto de invisibilidad. No obstante, no tuvo tiempo para asombrarse del talento mágico de Imoen, que ni siquiera sospechaba que poseyera, pues el dragón fijó de nuevo su atención en la pequeña estructura en la

que el grupo había buscado refugio.

Despacio, como si saboreara la carnicería que estaba a punto de perpetrar, el dragón empezó a avanzar por la calle hacia la invisible Imoen y el grupo al que la muchacha pretendía proteger. Una profunda risa burlona brotó de la garganta del monstruo, se impuso al ensordecedor crepitar de las llamas y a los gritos de los ciudadanos que huían aterrorizados al verlo.

Abdel arremetió sin dudarle, sin ni siquiera aflojar el paso aunque algo dentro de sí le gritaba que diera media vuelta y echara a correr. Aquella bestia podía hacerlo pedazos con una de sus enormes zarpas o reducirlo a una pila de cenizas y carbón con una lengua de fuego tan caliente, que fundiría incluso los bloques de piedra de las murallas de la ciudad.

Ni siquiera sus poderes de regeneración podrían salvarlo de las atroces heridas que podía causarle el leviatán. Por mucho que los soldados que habían tratado por todos los medios de acabar con él en el campo de batalla pudieran pensar que era invulnerable, Abdel era consciente de su mortalidad.

Su mente no sólo se encogió por el terror debido a la conciencia de su mortalidad. Pese a su evidente juventud, el gran Wyrn rojo destacaba entre los humanos y los halflings que huían despavoridos. Con sus enormes alas extendidas abarcaba toda la anchura de la calle, golpeaba con indiferencia las diminutas figuras que se acercaban demasiado a sus correosos apéndices, matando o dejando inconscientes a sus víctimas.

Aunque era lo suficientemente grande para agarrar un par de osos lechuza en cada garra, el pavor que inspiraba el dragón no se debía únicamente a su tamaño. Sus juveniles escamas relucían con una especie de brillo interior y cada una de ellas era tan hermosa y refulgente como un rubí de valor incalculable. Las escamas estaban entrelazadas de modo que formaban una coraza casi impenetrable que protegía a la bestia. Desde sus afilados colmillos hasta la punta de su serpentina cola, el dragón de unos treinta metros de longitud exudaba un glorioso poder. Los dragones, incluyendo los más jóvenes, hacían gala de una majestuosidad que trascendía incluso su propia presencia; estaban rodeados por un aura física de grandeza y pura maldad, ante la cual Abdel sentía deseos de arrojar al suelo y echarse a temblar. Los sabios lo llamaban miedo de dragón.

Haciendo caso omiso a una parte de su conciencia que le suplicaba que arrojara su ridícula espada al suelo y huyera, Abdel se acercó peligrosamente al dragón. Por suerte, o quizá gracias a su propia insignificancia, el mercenario pudo lanzarse contra él sin ser visto y darle un tajo en una pata trasera, justo por encima del talón. La mayor parte de las armas no hubieran logrado atravesar las escamas, pero Abdel impulsaba el acero con una fuerza sobrenatural.

De la herida brotó un impetuoso chorro de humeante sangre, aunque la espada de

Abdel se hizo pedazos por efecto del impacto. El dragón aulló de dolor, dio un puntapié con la pata herida y torció su largo y sinuoso cuello para cerrar sus fauces en torno a su invisible enemigo.

Saltando hacia atrás Abdel evitó tanto la cox como los mortales colmillos, al tiempo que se agachaba para eludir asimismo un golpe de ala, que pasó sobre su cabeza. No obstante, no pudo evitar el latigazo de la pesada cola con el que el dragón lo golpeó por la espalda. Abdel fue lanzado por el aire contra uno de los pocos muros de piedra que seguían en pie en la calle. El muro se desintegró cuando el mercenario chocó contra él de cara, rompiéndose las costillas, las vértebras del cuello, todos los huesos del rostro y varios órganos internos.

A Abdel le costó casi diez segundos recuperarse lo suficiente de las terribles heridas para poderse levantar de nuevo. Por suerte para él, el inexperto dragón no se había molestado en rematarlo. Convencido de haber pulverizado de un coletazo al humano, centró de nuevo su atención en el edificio en el que Imoen, Jaheira y los demás se habían refugiado antes de ocultarse bajo el manto de invisibilidad.

La bestia se apoyó sobre las patas traseras y lanzó un rugido que hizo temblar el suelo. El retumbante eco de su grito de guerra ahogó cualquier otro sonido. Abdel ni siquiera pudo oír su propio chillido cuando la bestia descargó todo su peso sobre el tejado del edificio y éste se desplomó en una densa nube de polvo que rápidamente se mezcló con el espeso humo que flotaba en el aire como una cortina.

Nada mayor que una cucaracha podía haber sobrevivido dentro del edificio aplastado.

Abdel lanzó un aullido de dolor hacia el cielo ennegrecido, convencido de que su amada Jaheira había muerto.

—¡Jaheira!

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras se pasaba una mano por la mezcla de sangre y tierra que le cubría la cara. Inspiró hondo para dar voz a su rabia y su dolor una vez más, pero se detuvo súbitamente. Había visto de pronto huellas de pasos en la tierra y el hollín que alfombraban las calles de la ciudad. Eran pasos que se alejaban del edificio, levantando diminutas nubes de polvo al correr. Por el número de huellas y la cantidad de polvo levantado a su paso, Abdel calculó que debía de tratarse de al menos una docena de personas a la carrera. No podía verlas. Fuese cual fuese el hechizo que había vuelto invisibles a Imoen, a Jaheira y a los demás cuando Abdel los viera acurrucados en el umbral del edificio destruido, los seguía manteniendo ocultos. Imoen y Jaheira no habían muerto. Abdel soltó aire y sus gritos de angustia se tornaron risas de alivio.

Las risas murieron cuando el dragón se volvió de nuevo hacia él. El wyrm inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás e inspiró hondo. Al inhalar el enorme pecho de la bestia se expandió aún más. Abdel se dio cuenta de que se estaba preparando para

lanzar una llamarada que iba a reducirlo a cenizas.

El membrudo guerrero giró sobre sus talones y echó a correr. Tras él oyó un profundo retumbo y un chisporroteante silbido. Se metió por una puerta abierta en busca de protección. Volaba aún por el aire cuando la enorme lengua de fuego arrasó la calle, devorándolo todo a su paso.

De haber recibido de lleno el ataque del dragón, Abdel hubiese muerto al instante, su sangre se hubiera evaporado, la piel fundido y sus huesos se hubiesen convertido en cenizas carbonizadas. Pero la impaciencia de su rival salvó a Abdel. El joven wyrm había enseñado su juego demasiado pronto, permitiendo así que su enemigo emprendiera una precipitada retirada que lo alejó lo más posible de su abrasador aliento. Abdel ejecutó un desesperado salto buscando refugio y, en vez de una muerte instantánea e indolora, sufrió la insoportable quemazón de las quemaduras reservada únicamente a los vivos.

Sus ropas y su pelo prendieron, y la piel de la espalda, el cuello y los hombros se llenó al punto de ampollas por efecto del ardiente calor. Abdel cerró los ojos para protegerse de la crepitante envoltura que lo rodeó. Al respirar el sulfuroso aire y el penetrante humo sintió que la nariz, la garganta y los pulmones le quemaban.

El agónico dolor de ser quemado vivo le provocó una conmoción que le hizo perder el sentido. Las llamas pasaron rozando encima de su cuerpo inconsciente. Al volver en sí se encontró en el umbral, ahora ennegrecido, y vio las últimas chispas del aliento del dragón que seguían quemando a su alrededor. Trató de levantarse de un salto pero las piernas no le respondían. Se quedó quieto unos segundos, esperando que sus sobrenaturales poderes de regeneración empezaran a actuar, pero al intentar nuevamente levantarse comprobó que sus heridas no habían sanado.

Fuego. Abdel había sentido muchas veces en su interior el fuego alimentado por la ira y la sed de sangre de Bhaal, pero eran las llamas del espíritu y el alma. En el mundo real nunca había sufrido quemaduras de importancia, ni antes de convertirse en el avatar de un dios muerto ni tampoco después.

Había supuesto que se recuperaría incluso de las más horrible quemaduras tan fácilmente como se recuperaba de los cortes, las estocadas y otros daños físicos. Pero allí, tumbado bajo el pegajoso manto de sus propias ropas fundidas y las rezumantes heridas de su espalda resquebrajada y cubierta de ampollas, comprendió que no sería así.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas el malherido guerrero se arrastró hasta asomarse por el umbral que le había salvado la vida. Quería averiguar por qué el dragón todavía no lo había rematado. Tenía que comprobar si Jaheira e Imoen habían escapado. Con un enorme esfuerzo alzó la cabeza, y halló las respuestas a ambas preguntas.

El dragón estaba siendo atacado. Dos gigantescos tigres se lanzaron contra el

lomo del Wyrn y le desgarraron la piel cubierta por escamas. El dragón se defendía agitando las alas y la cola, pero los dos felinos se alejaron de un salto, rugieron y volvieron a atacar tan pronto como se les ofreció otra oportunidad. Por el nimbo azulado que los rodeaba, Abdel supo que los tigres habían acudido a la llamada de Jaheira. La druida debía de haber suplicado ayuda a Mielikki, y en respuesta la diosa de los bosques había enviado a los felinos para proteger a su servidora. Atacando de manera coordinada los tigres confundían al joven dragón, al que acosaban sin tregua impidiéndole que concentrara su respuesta en uno solo de sus enemigos.

Jaheira observaba al borde de la liza. El hechizo que había utilizado para llamar a los tigres había destruido el manto de invisibilidad que la cubría. Estaba atendiendo a un tercer tigre que yacía en medio de la calle con el cuerpo roto y sangrando. Aunque el dolor le nublabla la vista Abdel vio que la semielfa lloraba por el sufrimiento del moribundo tigre.

El dragón se sacudía furiosamente, defendiéndose con zarpas y colmillos, en un desesperado intento por quitarse de encima los dos tigres que le habían saltado sobre el lomo. Pero los felinos eran rápidos y astutos, y continuaban atacando salvajemente el pellejo del monstruo. Pese a lo afilado de sus zarpas no lograban traspasar las escamas del dragón.

Abdel trató nuevamente de ponerse en pie, pero no lo consiguió. Entonces trató de arrastrar su pobre cuerpo quemado para acudir en ayuda de Jaheira. Sin embargo tenía los pulmones tan dañados que el esfuerzo lo hizo respirar a bocanadas breves y entrecortadas. El acre humo que todavía flotaba en el aire descendía por su garganta, y su cuerpo quemado sufrió un acceso de tos del que creyó que no iba a recuperarse. Al fin los músculos le fallaron. El avatar de Bhaal estaba tan débil e indefenso como un recién nacido. Apenas era capaz de levantar la cabeza, y necesitaba de toda su fuerza para contemplar la batalla y rezar para que Jaheira sobreviviera.

Muy lejos, en las almenas de la muralla de Saradush, resonó un feroz grito de guerra. Melissan acudía en su ayuda. El dragón también lo oyó y se volvió para lanzar su abrasador aliento contra aquel nuevo enemigo. Ajena al terrible destino que la aguardaba, Melissan siguió corriendo por la ciudad arrasada para desafiar al Wyrn, blandiendo la maza en el aire en letales círculos.

Las llamas se la tragaron, y Abdel sintió que su cuerpo reaccionaba como si volviera a quemarse. Cuando el muro de fuego se disipó Melissan apareció ilesa, aunque la fuerza del aliento del dragón había frenado su carga.

Sin poder entender que su enemiga no hubiese muerto, el joven wyrn se distrajo el tiempo suficiente para que Jaheira se lanzara al ataque. La vara que solía llevar había sido reemplazada por una cimitarra mágica que emanaba un frío brillo azulado. La druida descargó la cimitarra mágica sobre la cola del desprevenido dragón. De la profunda herida manó vapor frío, y el dragón bramó por efecto del dolor y el shock.

Sin hacer caso de los tigres que trataban en vano de desgarrarle la piel del lomo, el leviatán se volvió hacia Jaheira. En las prisas por agacharse y eludir las fauces de la bestia, uno de sus pies se trabó con unos escombros de los muchos edificios derrumbados de aquella calle y cayó al suelo. Trató de girar sobre sí misma para alejarse, pero el dragón fue demasiado rápido y la inmovilizó contra el suelo con un garrudo pie.

En respuesta a los atormentados gritos de la semielfa, Abdel trató de levantarse una vez más. Usando toda su fuerza de voluntad logró ponerse en pie, pero al dar un paso hacia su amada se derrumbó de nuevo, demasiado débil siquiera para gritar de pena o frustración.

De algún modo logró levantar otra vez la cabeza. Su visión se había convertido en un túnel de luz que la oscuridad iba estrechando progresivamente. El guerrero sabía que poco le faltaba para perder de nuevo el sentido. El mundo se desvanecía a su alrededor. Aún veía a Jaheira que se retorció bajo la zarpa del dragón, pero ya no podía oír sus gritos.

Melissan entró en su campo de visión, que menguaba rápidamente, con la maza colgándole del cinto. Tenía las manos vacías envueltas en una bola blanca de energía que arrojó al dragón. El hechizo estalló entre los alados hombros del monstruo, que gritó. Pocos seres habían oído el grito de un dragón, pero todos quienes sobrevivieron al sitio de Saradush recordarían en sus pesadillas aquel horrible sonido el resto de sus días.

Los pocos edificios de aquella calle que seguían en pie se derrumbaron por las ondas provocadas por el penetrante grito del wyrm. Los tigres encaramados al lomo de la bestia cayeron al suelo, aturdidos por la onda de sonido. Paralizado por sus heridas, Abdel no pudo taparse las orejas para protegerse del terrible sonido. Los tímpanos le explotaron en un manantial de sangre que le goteaba de las orejas y le corría por los lados de las mejillas.

Pero a Melissan no pareció afectarle. Ya había conjurado otra bola de reluciente energía y la lanzaba contra el dragón. La bestia gritó de nuevo. Abdel ya no lo oyó, pues el primero lo había dejado sordo. No obstante, sí que sintió las vibraciones que sacudían el suelo.

Abdel se resistió al manto de oscuridad que amenazaba con cubrirlo, no quería rendirse a la oscuridad mientras aún se luchaba a pocos metros de distancia. Tratando de evitar otro ataque de Melissan el dragón batió las alas y alzó el vuelo sobre las soladas calles de Saradush, sin dejar ir el cuerpo de Jaheira, que se agitaba débilmente. Lo último que Abdel vio antes de sumirse en la inconsciencia fue a su amada que desaparecía en las garras del dragón.

Abdel tomó aire lentamente, estremeciéndose, mientras recuperaba la conciencia. Pese a estar demasiado débil para abrir los ojos, sintió que no se hallaba al aire libre. Alguien lo había llevado allí desde el lugar en el que se desplomara, en la calle. Por el débil olor a humo y ceniza que aún sentía en la boca, supuso que seguía entre las llamas de la ciudad de Saradush.

Volvió a inspirar hondo. Una neblina fresca y húmeda se extendió por su pecho, aliviándole la garganta chamuscada así como los pulmones. Había recuperado el sentido del oído, que perdió cuando el dragón lanzó su grito de batalla, lo que le permitió detectar la monótona salmodia de un canto religioso que resonaba desde muy arriba.

Luchando contra el cansancio que sentía, abrió los ojos y se encontró tumbado, desnudo, sobre la fría piedra mirando hacia un alto techo en forma de arco. Las paredes y el techo estaban decorados con complicadas imágenes pintadas de hombres y mujeres que sufrían enfermedades, heridas y torturas, aunque sus rostros no expresaban padecimiento sino alivio. En cada escena aparecía un hombre vestido con hábito y capucha, y rostro lloroso. Abdel reconoció en él a Ilmater, el Dios de las Lágrimas.

Entonces se dio cuenta de que no sentía dolor, aunque estuviera tumbado sobre la espalda, que había sufrido horribles quemaduras. Ignorante sobre si sus poderes de curación finalmente habían funcionado o si había otra explicación, se obligó a incorporarse. El esfuerzo le nubló la visión, dejándolo momentáneamente ciego.

—¡Gracias a Ilmater que estás vivo! —exclamó la voz de Melissan a través del rutilante tapiz.

Abdel oyó un correteo de pies y un segundo más tarde sintió el familiar abrazo de Imoen, que rodeó con sus delgados brazos el recio cuello del mercenario.

—Abdel —lloró, apretándose contra su espalda que obviamente había sanado por completo—. Abdel, creí que te había perdido.

Mientras estrechaba con sus hercúleos brazos a su hermanastra, la visión se le fue aclarando. Abdel se vio rodeado no solamente por Imoen y Melissan sino también por varias figuras ataviadas con hábito que estudiaban anhelantes todos sus movimientos. Sin duda habían sido aquellos sacerdotes de Ilmater quienes le habían salvado. Pero no había tiempo que perder en agradecimientos.

—¿Y Jaheira? —preguntó con voz vacilante, mirando directamente a Melissan. La espigada mujer se dio media vuelta.

Imoen lo soltó y se alejó de Abdel. Su rostro mostraba una expresión de profundo pesar.

—El dragón se la ha llevado —dijo suavemente.

También suavemente Abdel apartó de sí a Imoen y lentamente se puso en pie. Lo que los sacerdotes vieron en los ojos del mercenario los impulsó a retroceder varios pasos. Abdel les sacaba varias cabezas e iba solamente vestido con los restos chamuscados de su ropa. Melissan no se movió.

—Lo siento de veras, Abdel —dijo.

Abdel se lanzó sobre ella y logró atenazarle la garganta antes de que nadie pudiese reaccionar. Apretando cada vez más fuerte con ambas manos, la fue levantando. Melissan daba débiles puntapiés en el aire. Los sacerdotes de Ilmater lanzaron ahogadas exclamaciones de horror, pero no hicieron ademán de acudir en ayuda de la mujer.

—¡Abdel! —chilló Imoen, al tiempo que le saltaba sobre la espalda y trataba inútilmente de soltarle las manos de la garganta de Melissan—. ¡Abdel, no ha sido culpa suya! No pudimos hacer nada.

Melissan asió débilmente los poderosos brazos de Abdel. Los ojos se le salían de las órbitas, pues se estaba asfixiando.

—¡Es una traidora! —bramó Abdel—. ¡Nos mintió acerca de los Cinco! ¡Quiere matarnos a todos!

—¡No! —replicó Imoen, golpeando la espalda de su invencible hermanastro con sus pequeños puños—. ¡Melissan ahuyentó al dragón! Ella fue quien te encontró y te trajo a este templo. Si quisiera matarnos, ¿por qué salvarte?

Abdel aflojó la presión, no tan convencido ya de la traición de Melissan. Entonces fue bajando a la mujer hasta que sus pies tocaron el suelo y la soltó dándole un desdeñoso empujón que la lanzó hacia los sacerdotes de Ilmater, los cuales la cogieron antes de que cayera.

Imoen se dejó caer de la espalda de Abdel y corrió a comprobar si Melissan estaba bien. Una vez segura de que su nueva amiga sobreviviría, la muchacha miró a Abdel con gesto de severa desaprobación.

—¿En qué estabas pensando, Abdel? ¿Es que te has vuelto loco?

En vez de responder, el mercenario lanzó una maldición y escupió sobre el suelo sagrado del templo. Entonces les dio la espalda para marcharse.

Con ayuda de Imoen Melissan se puso en pie. Con sus largos y delicados dedos se masajeó el cuello, justo debajo del cuello alto y oscuro que le llegaba hasta el mentón. El salvaje e injustificado ataque de Abdel le había magullado la garganta, pero cuando habló no demostró la misma ira que había mostrado Imoen.

—Tu hermano ha perdido a alguien querido —dijo en voz baja y ronca—. Tiene derecho a estar algo trastornado.

—Pero no tanto —protestó Imoen, pasando un brazo alrededor de los hombros de la mujer con gesto protector, mientras lanzaba miradas que se clavaban como dagas en la espalda de Abdel—. Después de todo lo que has hecho por nosotros no tiene

ningún derecho a tratarte de esa forma.

El hombretón giró sobre sus talones para mirar a la cara a ambas mujeres. Silenciosamente el círculo de sacerdotes tocados con capuchas se retiró para dejar que el trío de intrusos solucionaran su disputa.

—Nos engañó, Imoen —afirmó el mercenario—. Nos llevó de cabeza a una trampa.

Imoen empezó a protestar, pero Melissan levantó una mano para imponerle silencio.

—No voy a negar que el ejército de Gromnir cayó en una emboscada —dijo suavemente la espigada mujer. Su voz había recuperado ya su tono normal—. Pero te aseguro que yo no tuve nada que ver con ninguna traición.

—¿Quién, entonces? —quiso saber Abdel.

Melissan negó con la cabeza.

—Por desgracia, no lo sé. Había muchos hijos de Bhaal reunidos en Saradush en busca de protección frente al ejército de Yaga Shura. Tal vez uno de ellos hizo un trato para salvar su vida entregando a cambio a todos los de su misma estirpe.

Pese a todos sus esfuerzos Abdel sintió que su cólera se disipaba. Había acusado a Melissan basándose en suposiciones propias, que a su vez se basaban en las del demente general Gromnir cuando agonizaba. Pero los hechos no confirmaban que Melissan fuese la responsable de la emboscada. De hecho, Melissan le había salvado la vida, al menos eso decía Imoen.

Al mirar a los ojos de su medio hermana se dio cuenta de que Imoen adoraba a aquella poderosa y hermosa mujer. Era la suya una mirada que Abdel había visto en ella antes, pero en el pasado siempre había estado dirigida hacia él mismo.

Melissan había salvado a Imoen y, al parecer, había suplantado a Abdel en el papel de héroe de la muchacha.

Por su parte, Abdel no estaba tan impresionado.

—No has sido del todo sincera conmigo —dijo, recordando las palabras de despedida del misterioso ser en el plano abisal—. Sabes más de los Cinco de lo que me has dicho.

Antes de que Imoen pudiera intervenir en defensa de su ídolo, Melissan admitió:

—Es cierto, Abdel. No he sido del todo sincera contigo. Pero debes comprender que no podía confiar en ti hasta que hubieses demostrado ser digno de ello derrotando a Yaga Shura.

—No obstante, tú me pediste que confiara en ti.

Melissan suspiró.

—Abdel, mi trabajo es muy complicado. Pretendo salvar a los vástagos de un dios malvado y traicionero de sus hermanos que intentan matarlos. Debo estar siempre en guardia ante una posible traición de mis aliados. Ya sabes que muchos de los de tu

sangre no son de fiar.

Abdel asintió de mala gana. No podía negar la veracidad de aquellas palabras, del mismo modo que tampoco podía negar su contaminado legado.

—Hace años abordé a Sarevok y se lo dije todo. Le hablé de los Cinco y de su objetivo. Pero Sarevok usó esa información en su propio beneficio y, en sus aberrantes esfuerzos por ser él quien resucitara a tu oscuro padre, estuvo a punto de iniciar una guerra. De ese y otros errores he aprendido a guardar con celo mis secretos, Abdel Adrian.

—Y mira qué pasó con Gromnir —intervino Imoen—. Los habitantes de Saradush le ofrecieron refugio y él se apoderó de la ciudad. No es de extrañar que Melissan no nos lo contara todo. No puedes culparla.

—¿Dónde está Sarevok? —preguntó Abdel, que de pronto había reparado en la ausencia de su hermanastro.

—Cuando atacamos cabalgaba a mi lado —respondió Melissan, encogiéndose de hombros—, pero lo perdí de vista en la confusión de la batalla. No ha regresado. Tal vez es uno de los miles de muertos que han quedado tendidos en el campo de batalla. Tal vez murió a manos del ejército que asoló Saradush y que huyó cuando el dragón se alejó volando.

—Dudo que esos soldados fuesen capaces de acabar con mi medio hermano —masculló Abdel.

—Tal vez él fue el traidor —sugirió Imoen—. No sería la primera vez que trata de destruir una ciudad.

—Es posible —admitió Melissan, aunque no parecía muy convencida—. Sarevok conocía nuestro plan de batalla y es posible que se las arreglara para preparar la emboscada. Cuando yo lo conocí era muy capaz de cometer tal acto de traición.

»Pero cuando volví a verlo me dio una impresión muy distinta. Sarevok ha cambiado. ¿Aún lo crees tan malvado como antes?

—Yo... no lo sé —admitió Imoen—. Supongo que no. Pero yo no lo conocía de antes. ¿Qué crees tú, Abdel? —preguntó a su hermano—. ¿Piensas que Sarevok nos ha traicionado?

Abdel pensó largo rato la respuesta. Sarevok había asesinado a Gorion y a Khalid, había estado en un tris de matar a Jaheira, y todo ello lo había hecho sin ningún remordimiento. Pero eso había ocurrido mucho tiempo atrás. Al igual que Melissan, también él sentía que el Sarevok que los había acompañado a Saradush era una persona totalmente distinta.

—Ahora eso no importa —respondió al fin con voz cansada—. Si Sarevok es el traidor, supongo que se retiró con el resto del ejército. Dudo que nos lo volvamos a encontrar. Tenemos que concentrarnos en nuestra misión. Melissan, cuéntame todo lo que sabes sobre los Cinco.

En vista de que la mujer vacilaba, Abdel insistió:

—Arriesgué mi vida luchando contra Yaga Shura. Supongo que te das perfecta cuenta de que no abrigo ningún deseo de devolver la vida a Bhaal. Si quieres que te ayude, debes contármelo todo.

Melissan ladeó la cabeza mientras reflexionaba acerca de las palabras de Abdel; sopesaba los riesgos de revelar demasiado y la recompensa de contar con la ayuda de Abdel.

—Por favor, Melissan —suplicó Imoen—. Conozco a Abdel desde que éramos niños. Es un buen hombre. Puedes confiar en que hará lo correcto.

Melissan dirigió a la muchacha una cálida sonrisa.

—Muy bien, muchacha. Os diré lo que sé sobre los Cinco y sabréis por qué no me sorprendí de ver cómo el dragón se unía a la batalla contra nosotros.

—Por favor, Abdel, ven con nosotras —imploró Imoen—. Melissan nos conducirá al monasterio de Amkethran. Ha prometido que Balthazar, el prior, nos esconderá. Los monjes nos protegerán de los Cinco mientras descansamos y nos reagrupamos.

Pero su hermano negó con la cabeza.

—Ve tú. Yo me reuniré con vosotras cuando haya encontrado a Jaheira.

Imoen fue incapaz de decirle la terrible verdad que ambos conocían. Pero a Melissan no le asustaba hablar.

—Jaheira está muerta, Abdel Adrian. No puedes salvarla.

Abdel se colgó a la espalda la pesada espada que había tomado del arsenal de Saradush.

—Si no puedo salvarla, al menos vengaré su muerte.

—¿Pretendes matar tú solo a un dragón? ¿O tal vez a varios? —preguntó Melissan.

—Si es necesario, sí.

—¿Y qué me dices de Abazigal? —inquirió Imoen. La muchacha se refería al maestro de Illasera y Yaga Shura, también hijo de Bhaal, del que Melissan les había hablado—. ¿Y si te está esperando y usa a Jaheira como cebo para atraerte a su cubil?

—Ya he matado a dos de los Cinco. No veo por qué ese tercero tiene que ser distinto. De hecho, debería ser más sencillo. Si Melissan está en lo cierto, ese hechicero no es inmune a las armas convencionales como lo era Yaga Shura.

—Por lo que he podido averiguar, parece que tú y Yaga Shura sois los únicos hijos de Bhaal con extraordinarios poderes de regeneración. Pero el hecho de que físicamente sea posible atravesar a Abazigal con una espada normal y corriente no significa que vaya a darte la oportunidad de hacerlo.

»Tu confianza es admirable, pero también estúpida —le advirtió Melissan—. ¿Es

que no has oído lo que os he contado? Abazigal es tanto un maestro de dragones como de brujería. A diferencia de Yaga Shura y de Illasera no es un mero guerrero al que puedas hacer pedazos con la espada.

—Admito que matar hechiceros no es tarea sencilla —replicó Abdel, mientras se calzaba un par de resistentes botas que al menos le iban dos números pequeñas. El dragón le había quemado toda su ropa, pero Melissan había logrado encontrar una camisa y unos pantalones con los que cubrir, aunque apenas, su enorme corpachón—. Pero Abazigal no será el primer mago cuyos planes hago fracasar.

Entonces se puso en pie y abrazó a Imoen. Por encima del hombro de la muchacha podía ver las calles de Saradush. Los supervivientes ya habían empezado las tareas de reconstrucción de su ciudad, retirando los escombros y los cuerpos que atestaban las calles.

—Imoen, tú quédate con Melissan. No hagas nada estúpido como tratar de seguirme, pues solamente serías un estorbo. Me reuniré contigo más adelante. Te lo prometo.

—Abazigal es mucho más poderoso que el hechicero al que derrotaste en el Árbol de la Vida —le advirtió Melissan. Pero el mercenario se dirigía ya hacia la puerta—. Irenicus ambicionaba la inmortalidad, pero por sus venas no corría la sangre de un dios. No olvides que Abazigal es uno de los Cinco y el hijo de un dios.

Abdel se echó sobre el hombro derecho un bulto con provisiones.

—Y yo también —fue su respuesta.

Empujado por las prisas y sostenido por su sangre inmortal, el primer día Abdel ni siquiera se detuvo para descansar. No obstante, no podía viajar a la misma velocidad que un dragón. No podía dejar de pensar en todo el tiempo que había perdido, pero tampoco podía avanzar más deprisa. De hecho, el cansancio no tardó en aparecer y tuvo que aflojar el ritmo. Aunque las paradas fuesen pocas y muy espaciadas, incluso el hijo de un dios necesitaba descansar.

No era nada complicado seguir a un dragón. Por allí donde pasara el leviatán dejaba una indeleble impronta tanto en el paisaje como en las mentes de las personas que habían tenido la fortuna de contemplar el espectáculo y sobrevivir. El dragón volaba hacia el sur casi en línea recta.

En un principio Abdel sospechó que se dirigía hacia el denso bosque de Mir, que, según se decía, era tan frondoso que la luz del sol nunca lograba atravesar las copas de los árboles. Y en muchos lugares los troncos estaban tan próximos, que ningún hombre ni animal podía pasar, o al menos eso es lo que Abdel había oído contar. De hecho, todo lo que sabía del bosque de Mir eran rumores y leyendas. Pocos lo habían visto, pues casi nadie que entraba en aquel oscuro bosque volvía a salir.

Abdel rezaba para que el dragón no decidiera ocultarse en algún recóndito paraje

de ese bosque maldito. No es que el mercenario temiera a los monstruos que podían acechar desde los árboles, pero le preocupaba que los cuentos acerca de vastas extensiones de densas espesuras casi impenetrables fuesen ciertos. Si tenía que abrirse paso a golpes de espada entre ramas, raíces y matorrales en pos del dragón, perdería incluso la débil esperanza que le quedaba de llegar a tiempo de salvar a Jaheira.

A mediados del tercer día Abdel se dio cuenta de que el leviatán no se dirigía al bosque de Mir. La linde del bosque se hallaba a medio día de marcha en dirección oeste, pero el dragón seguía rumbo sur. Abdel recuperó de la memoria lo poco que recordaba de los mapas que había tenido que estudiar en sus lecciones en el alcázar de la Candela para adivinar adónde podría dirigirse la bestia. Probablemente volaba hacia las montañas Alimir, una pequeña cadena que se alzaba en la costa del mar Brillante, a diez días de viaje de Saradush hacia el sur.

Allí debía de hallarse el cubil de la bestia. Allí era donde tendría que enfrentarse al hechicero Abazigal y donde, esperaba, encontraría a Jaheira.

Una parte de sí sabía que su amada había muerto, pero se negaba a aceptarlo. Contra toda lógica y razón seguía albergando una brizna de esperanza de que de algún modo lograría encontrarla con vida. Y, si no, esa parte de sí que se negaba a escuchar juró que su venganza sería terrible.

Mientras seguía su implacable marcha, su mente era una revuelta vorágine de improbable esperanza, desesperación y violentas imágenes de represalias. Lo único que existía era su meta, por lo que no se dio cuenta de que alguien lo seguía.

A medio día de marcha por detrás del decidido mercenario una inmensa figura cubierta por una oscura armadura lo seguía. Sarevok había dado con el rastro de Abdel en la llanura, fuera de las ruinas de Saradush, y desde entonces lo seguía.

Su hermanastro avanzaba a tal velocidad, que le había sido imposible alcanzarlo, pero poseía la suficiente sangre divina y capacidad física para no perderlo. Sarevok sabía que Abdel pretendía vengar la muerte de la druida, y también sabía que se dirigía a un nuevo enfrentamiento con uno de los Cinco muy capaz de poner fin a su existencia. Y Sarevok estaba decidido a estar allí cuando ese enfrentamiento se produjera.

Incluso mucho después de que el ritual acabara, las llamas del pozo situado en el centro del templo abandonado ardían con intensidad, alimentadas por la esencia de los innumerables hijos de Bhaal que habían sido asesinados en el saqueo de Saradush. La luz anaranjada del fuego se reflejaba con fuerza en los muros, dotando de un espantoso resplandor la sonriente calavera, símbolo de Bhaal, pintada en la pared, y bañando todo el recinto con una fantasmagórica luz.

Las tres figuras embozadas se apiñaban en la esquina más alejada del templo. En un acto reflejo fruto de años de actuar en la sombra y el secreto, aborrecían la idea de que les tocara la luz del fuego ceremonial de Bhaal.

—Las llamas nunca habían ardido con tanta fuerza —susurró la menor de las tres figuras, mientras se apartaba de su tez azabache un mechón de pelo blanco plateado. De los tres, a la drow era a quien más molestaba la luz. Con sus treinta años era poco más que una niña según los criterios elfos y había pasado la mayor parte de su vida en la profunda oscuridad de la Antípoda Oscura, donde la única luz era el mórbido resplandor que despedían los pálidos líquenes. Aunque había sido reclutada por el Ungido varios años atrás, la luz brillante todavía le molestaba dolorosamente.

—Las llamas son intensas porque nuestro triunfo está próximo —replicó la segunda figura. Los tatuajes que le cubrían el rostro y las manos parecían palpitar y brillar en respuesta al macabro resplandor de la ardiente esencia de Bhaal.

La tercera figura, la mayor de todas las que había allí, agitó su larga lengua bífida para notar el sabor de la fragancia de la gloria de Bhaal que despedía el sacrificio y que flotaba en el aire como si fuera humo. A la violenta luz sus pupilas eran meras rendijas negras en el amarillo de sus ojos de reptil.

—Pero el hijo adoptivo de Gorion ssse noss ha essscapado.

La drow se mofó del temor que se reflejaba en la voz de su compañero.

—Vamos, vamos, Abazigal. No me dirás que tienes miedo de ese estúpido bruto.

—¿Cómo osssassy revelar mi identidad? —replicó el semidragón enfurecido.

El hombre tatuado puso fin a la inminente discusión con un simple ademán.

—No seas ingenuo, Abazigal. El enemigo ya conoce tu identidad. El Ungido me ha informado de que en estos mismos instantes el hijo adoptivo de Gorion está siguiendo a tu mascota hacia tu base en las montañas.

—Tal vez debería acompañarte a tu casa, Abazigal —sugirió la elfa oscura en un siniestro susurro—. Si tanto miedo tienes, yo me ocuparé de ese Abdel.

—¡No! —protestó Abazigal al instante—. Me ocuparé de él yo sssolo. No permitiré que contaminesss mi sssagrada caverna con tu impía presssencia.

La drow acogió con una carcajada aquella muestra de justificada indignación de Abazigal.

—¿Acaso nos ocultas algo, Abazigal? ¿Crees que ignoramos la existencia del ejército de dragones que se está reuniendo no lejos de los pies de la montaña en la que tienes tu cubil?

La elfa meneó la cabeza en gesto de simpatía fingida.

—Pobrecito mestizo —suspiró—. Te estás engañando si crees que auténticos dragones van a volar bajo tu estandarte. ¡Jamás se rebajarán hasta el punto de seguir a un wyrm bastardo como tú!

Abazigal trazó un arco con una garra con la intención de seccionarle la tráquea, pero solamente halló aire. La elfa oscura se agachó para esquivar el ataque, se deslizó alrededor de su corpulento rival y lo amenazó poniéndole un cuchillo al cuello.

—Tal vez Yaga Shura no será el único miembro de los Cinco que muera esta noche —susurró a su oído.

—Ya basta —ordenó el hombre tatuado con voz firme.

La drow envainó el cuchillo y se apartó de Abazigal, a quien acababa de dar una buena lección. El semidragón dio la espalda a sus dos compañeros y se encaminó lentamente hacia la salida.

—Debo irme. Tengo asuntos más importantes que atender. —Incómodo tras la exhibición de la elfa, la voz de Abazigal sonó huraña, malhumorada.

—Sí, date prisa, mestizo —se mofó la elfa—. ¡No hagas esperar a los auténticos dragones!

Bajo la capa el cuerpo de Abazigal se puso tenso.

—Abdel es cosa tuya —le prometió el hombre tatuado, ante lo cual Abazigal se relajó—. Pero no se te ocurra subestimarlos; Illasera y Yaga Shura pagaron con la vida su arrogancia.

—Ellos eran débiles y estúpidos. Yo no lo soy —replicó el semidragón sin darse la vuelta.

Sin decir ni media palabra más, el humillado Abazigal atravesó la puerta más próxima y salió. La noche era fría. Abazigal se puso en cuclillas para luego lanzarse hacia arriba de un salto. Al hacerlo empezó a metamorfosearse, mudando su forma bípeda por una enorme mole de carne cubierta de escamas. De la espalda le brotaron dos grandes alas, los brazos se convirtieron en dos pequeñas zarpas, apenas vestigios de lo que habían sido, y sus piernas se transformaron en dos enormes ancas garrudas. Acompañado por el sonido de huesos al romperse su rostro se convirtió en la dentada faz de un dragón sostenida por un largo cuello.

Toda esta transformación se produjo en menos de un segundo. Abazigal batió sus enormes alas, agitó la cola que le había nacido en los cuartos traseros y se elevó hacia el negro cielo.

Los otros dos miembros de los Cinco contemplaron sin asombrarse la silueta de su enorme y nuevo cuerpo, que se iba haciendo cada vez más pequeña contra la luna

llena. Esperaron a que se hubiera convertido en una pequeña mota en el firmamento para retomar la palabra.

—Abazigal está más interesado en ganarse el favor del consejo de dragones que cumplir con los deberes que comporta ser uno de los Cinco —declaró la drow—. Cree que cuando esté al mando de un ejército de wyrms ya no nos necesitará para nada.

—Los dragones no lo seguirán —le aseguró su compañero—. Además, Abazigal no tiene la fuerza ni el coraje suficientes para desobedecer al Ungido.

»No obstante, no está centrado en lo que debería. No se da cuenta de la amenaza que representa el hijo adoptivo de Gorion.

—Si Abazigal fallara, tú y yo recogeríamos todos los beneficios cuando nuestro padre regresara —susurró la elfa oscura.

En vista de que su compañero guardaba silencio, continuó diciendo:

—Y si el Ungido pereciera asimismo bajo la espada de Abdel, sólo seríamos dos para repartirnos los favores de Bhaal.

—Tal vez ya estás tramando el modo de deshacerte también de mí —replicó el hombre tatuado sin ninguna emoción—. Pero te sugiero que nos concentremos en destruir a Abdel Adrian antes de volvernos el uno contra el otro.

La drow sonrió.

—Por supuesto, hermano. Hablas sabiamente, como de costumbre. ¿Estás del todo seguro que por tus venas no corre también la sangre de los de mi raza junto con la de nuestro inmortal padre?

—Mientras Abazigal está ocupado con el hijo adoptivo de Gorion —dijo el hombre tatuado, haciendo caso omiso del cumplido—, tú y yo deberíamos hacer lo propio con otra hija de Bhaal.

—¿Imoen? No merece la pena el esfuerzo —resopló desdeñosamente la drow.

—Es amiga de Abdel y todavía conserva una parte de la esencia de Bhaal, por insignificante que sea. Si Abazigal fracasa, la muerte de la muchacha sumirá a Abdel en el dolor, y nos resultará más sencillo matarlo.

Inconscientemente la fina mano de la drow acarició la empuñadura de su daga grabada con runas.

—En ese caso debemos asegurarnos de que muera.

El hombre de los tatuajes rebulló inquieto.

—Melissan la está conduciendo a Amkethran.

La drow dejó escapar una malévola carcajada.

—¿Melissan, el paladín de los descendientes de Bhaal, cree que Balthazar y sus monjes podrán proteger a la muchacha? ¡Qué ironía tan deliciosa!

—Yo preferiría no descubrirme actuando contra ella —replicó su compañero—. Aún no me ha llegado el momento de salir de las sombras.

—¡Deja que sea yo quien la mate! —insistió la drow, encantada con la idea—. Ya sabes que para mí los muros de un monasterio no son ningún obstáculo; seré invisible como una sombra. Ni siquiera Melissan sabrá que estoy allí hasta que se encuentre con el cadáver de esa hija de Bhaal.

El hombre vaciló un instante antes de consentir con una inclinación de cabeza. La drow rió otra vez, salió sigilosamente del templo y, pese a contar con el manto protector de la noche, se mantuvo embozada hasta haberse alejado del resplandor que emitía el fuego del sacrificio. Tanto su piel como su ropa oscura se confundieron con la penumbra.

Pese a toda una vida aprendiendo a controlar sus emociones, el hombre tatuado no pudo evitar sentir una débil llama de esperanza mientras observaba a la asesina drow desaparecer en la noche. No tenía duda de que Sendai tendría éxito en su misión. Aunque los monjes del monasterio de Amkethran eran poderosos, no podrían impedir que un elfo oscuro asesinara a la muchacha del alcázar de la Candela. Tal vez, con un poco de suerte, Sendai podría acabar asimismo con Melissan.

Solo en la casa de su padre el hombre tatuado observó las llamas que ardían en el centro del templo. Bajo el crepitar de la llameante furia de Bhaal percibía los angustiados gritos de todos los descendientes de Bhaal inmolados. Su tormento atraía su contaminada alma, despertando la sacrílega ansia de su padre. Tuvo que resistirse para no dejarse llevar por aquel glorioso sufrimiento.

La noche no había acabado como había previsto. Había esperado poder alimentar el fuego expiatorio con las almas de la drow y el semidragón. Pero mientras Abdel Adrian siguiera con vida no podía traicionar a sus aliados, aún no. Tal como acababa de explicarle a la elfa oscura, mientras su enemigo común continuara vivo, los miembros de los Cinco debían resistir su impulso natural de lanzarse unos contra otros.

Si algo había aprendido con tantos años de estudio y entrenamiento era a tener paciencia. Esperaría que llegara el momento adecuado y, al fin, todos morirían: Abdel, Imoen, Abazigal, Sendai, Melissan... Todos los hijos de Bhaal, todos los Cinco e incluso el propio Ungido. Y si se mataban entre sí mucho mejor, pues al fin solamente quedaría él.

Abazigal voló toda la noche espoleado por la vergüenza, su odio hacia Sendai y el hecho de saber que la llegada de Abdel podría frustrar los planes que tan cuidadosamente había tramado. Cuando todavía le faltaban muchos kilómetros para llegar a su destino, su aguda vista de reptil distinguió la asamblea de dragones reunidos en la altiplanicie donde Abazigal había construido su fortaleza. Dragones azules y verdes procedentes de lo más recóndito del bosque de Mir, Wyrms marrones llegados de las arenas del desierto de Calimir, negros del pantano de la araña; un reluciente caleidoscopio que abarcaba todas las gamas de color y matices esperaba con impaciencia al semidragón.

Abazigal había enviado una invitación a todas las cimas, a todas las grutas por escondidas que se encontraran y a todas las cavernas subterráneas en más de un millar de kilómetros a la redonda. Más de una docena de las magníficas criaturas habían respondido, atraídas por las promesas que les hiciera Abazigal de riquezas, gloria y del retorno al tiempo en el que los dragones eran los señores de Faerun. Aunque decepcionado por la ausencia de los ancianos rojos Balagos y Charvekannathor, Abazigal se alegró al distinguir las características escamas azules y relucientes del poderoso Iryklagathra, al que los mortales solían llamar Colmillos Afilados.

El semidragón llegó justo cuando los primeros rayos del sol atravesaban las nubes matutinas para prender fuego a las cimas cubiertas de nieve. Abazigal aterrizó en el centro del círculo formado por los grandes wyrms. En cuanto sus pies tocaron la dura roca recuperó su forma humana. No podría engañarlos con su aspecto, pues incluso en su forma de dragón olerían en él su sangre mestiza. Por orgulloso que fuera, Abazigal tenía la suficiente sensatez como para humillarse delante de los de sangre pura. Le había costado una pequeña fortuna en oro y gemas lograr que fueran, y no pensaba ofenderlos hablándoles como si fuera un verdadero dragón.

—Casi llegas tarde —dijo a modo de saludo Saladrex, un anciano dragón verde. Su poderosa voz resonó por las vecinas montañas. Saladrex era más pequeño y menos poderoso que sus hermanos rojos y azules que se disputaban el control de la región, pero también era astuto y ambicioso. Dándose cuenta de la oportunidad que se le presentaba de ganarse un poderoso aliado, se había mostrado receptivo a los avances de Abazigal. Saladrex había sido el primer wyrm que había accedido a acudir a la cita y escuchar al semidragón, aunque no gratis, por supuesto.

Y ahora, al parecer, se había erigido en el portavoz de los dragones reunidos, Abazigal sospechaba que el verde había sido elegido porque muchos de los demás, por ejemplo el magnífico Colmillos Afilados, no se dignaban tratar con alguien tan insignificante como Abazigal.

—Mis más sinceras disculpas, Saladrex —replicó Abazigal, procurando reprimir por todos los medios su voz sibilante por temor a insultar a sus invitados de algún modo que ni siquiera podía imaginar. Las mandíbulas le dolían por el esfuerzo, pero era un precio muy bajo si con ello podía ganarse el apoyo de Saladrex y los demás—. He volado toda la noche sin descanso para llegar a tiempo. Nunca se me ocurriría menospreciar a esta honorable asamblea obligándoos a esperar a alguien tan insignificante como yo.

Su adulación pareció calmar la irritación que había causado entre los dragones el hecho de llegar en el último segundo.

—Habla. Te escuchamos —declaró impulsivo Sablaxaahl, un enorme pero relativamente joven dragón negro, que hacía gala de la impetuosidad propia de su edad—. Aunque no podemos imaginar qué puede ofrecernos un engendro humano como tú que pueda interesarnos.

Los demás wyrms aceptaron sin rechistar la mala educación del joven negro. Otro signo de que no consideraban a Abazigal digno de respeto.

—Ah, justamente ése es mi potencial —replicó el semidragón—. No soy el hijo de un simple mortal, sino carne de la carne del dios Bhaal.

La asamblea rió con ruido sordo.

—¿Presumes del linaje de un dios humano que además está muerto? —inquirió Saladrex, divertido—. ¿Acaso intentas impresionarnos, mestizo?

Abazigal tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba.

—Aún no habéis oído mi oferta, poderoso Saladrex —dijo tras aplacar su ira—. Ciertamente Bhaal era un dios de los humanos, pero también era el dios del asesinato y la destrucción, el Dios de la Muerte. Cuando renazca, buscará venganza.

—Hablas como si el retorno de Bhaal fuese inevitable, aunque sabemos que no está aún decidido. Se nos está acabando la paciencia y todavía no hemos oído en qué podría beneficiarnos a nosotros.

—¿Acaso los dragones no son las criaturas más majestuosas de todas las que pueblan Faerun? —preguntó Abazigal retóricamente—. ¿Acaso los dragones no son las criaturas más poderosas y las más inteligentes?

Los wyrms no pudieron dejar de asentir. Ciertamente los dragones eran muy inteligentes, pero ni los más sabios de entre ellos eran inmunes a la adulación.

—No obstante, no son los dragones quienes mandan —prosiguió Abazigal, seguro de haber captado la atención de los reunidos—. ¡Las criaturas inferiores (humanos, halflings, orcos, goblins) se reproducen como insectos! Se extienden como una plaga a lo largo y ancho de Faerun, quemando bosques y convierten en pastos y en ciudades vuestros cotos de caza. Sus estúpidos héroes hacen causa común para robaros vuestros tesoros y os siguen hasta vuestros cubiles con la intención de mataros para quedarse con las riquezas que tan duramente habéis amasado. Y encima

luego se pavonean entre los suyos de haber dado muerte a un dragón.

Se oyeron murmullos de asentimiento entre los wyrms.

—Sólo gracias a su elevado número esas alimañas os han obligado a ir retrocediendo hacia las zonas más agrestes para ampliar sus territorios. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se decidan a exterminaros por completo?

—¡Imposible! —exclamó un fogoso joven marrón—. ¡Nuestra raza jamás será destruida por esos patéticos e insignificantes bípedos!

—¿Afirmas que tú puedes evitarlo, Abazigal? —lo retó Saladrex.

—Así es. Cuando Bhaal renazca ejecutará su sangrienta venganza. Iniciará una guerra para que todo Faerun sufra por su muerte. Llevará a cabo un genocidio de humanos y sus primos de dos patas que ni siquiera los más crueles tiranos de la historia habrían imaginado.

»¡Ése será nuestro momento! ¡Diezmadas por la guerra las criaturas inferiores no contarán con el número de individuos necesario ni tampoco con los ánimos precisos para enfrentarse a los dragones unidos! ¡Será el momento de saquear el oro de sus ciudades! ¡Los humanos y otros de su calaña se inclinarán ante vosotros! Y quienes no se sometan serán hechos esclavos, u obligados a retroceder hasta los mares y los océanos ante el imparable avance del ejército de wyrms. ¡Los dragones volverán a dominar Faerun!

Los dragones consideraron en silencio la gloriosa visión que les había pintado Abazigal. Fue Saladrex quien formuló la pregunta que Abazigal más temía.

—¿Y para qué te necesitamos a ti, mestizo?

—Yo seré el enlace entre el ejército de dragones y las fuerzas de Bhaal. Yo guiaré la máquina de guerra de mi padre hacia los objetivos que el Consejo de Dragones estime oportunos.

—¿Por qué crees que Bhaal nos ayudará? —insistió Saladrex—. Él es un dios humano.

—El Dios de la Muerte comprende la gloria de los dragones —les aseguró Abazigal—. Asumió la forma de un gran wyrm para engendrarme, a mí, el heredero de su inmortal legado. Creo que es prueba suficiente de que comprende que los dragones son la joya de la creación mientras que los humanos han nacido para ser esclavos.

»¿Qué más te da a ti, Saladrex, que tus esclavos humanos deban adorar a Bhaal? Nada de nada. Y a Bhaal no le importará que sus seguidores tengan que servir a los dragones, siempre y cuando lo reverencien a él.

Por la mueca de desdén que esbozaron los grandes labios verdes de Saladrex, Abazigal supo que aún no estaba convencido.

—Te lo aseguro, poderoso Saladrex, esta alianza será beneficiosa tanto para Bhaal como para los dragones. Como descendiente de ambas partes, yo me ocuparé de

defender justamente los intereses de ambos.

—Es posible que digas la verdad —resopló Saladrex—, pero los pocos reunidos aquí no son suficientes. Tenemos que reclutar a más dragones para la causa. Si los ancianos rojos no se unen a nosotros, los demás tampoco lo harán, y ellos aceptarán seguirte. ¡Ninguno de los de mi sangre se fiaría de un sucio mestizo!

Abazigal inclinó respetuosamente la cabeza, aceptando el insulto, pues sabía que era la verdad.

—No siempre seré un mestizo —dijo con suavidad—. Cuando mi padre renazca me concederá cualquier deseo que le pida. Y le pediré que me convierta en un dragón de sangre pura.

Los dragones reunidos se rieron. Abazigal mantuvo la cabeza gacha, incapaz de enfrentarse con la humillación de la burla. Pero Saladrex no se reía.

—Si realmente Bhaal comprende la superioridad de los dragones, te concederá ese deseo —susurró sólo para Abazigal, mientras los demás se reían a mandíbula batiente—. Búscame cuando por tus venas corra la sangre pura de un dragón y me uniré a tu causa. Luego, tú y yo juntos, reuniremos a los demás.

Con el corazón henchido de gratitud y alivio Abazigal levantó la cabeza, pero Saladrex ya había alzado el vuelo y batiendo sus poderosas alas se alejaba por el cielo matutino. Los demás dragones, riéndose aún del mestizo que aspiraba a convertirse en uno de ellos, también alzaron el vuelo.

Su fuerte aleteo levantó grandes nubes de polvo y tierra, y creó impetuosos remolinos y torbellinos que golpearon a Abazigal. Pero el semidragón se mantuvo firme; no quería mostrar debilidad ante aquellos que pronto serían sus iguales. Se quedó en el mismo lugar hasta mucho después de que los dragones se desvanecieran, repitiéndose jubilosamente la promesa de Saladrex.

Abdel llegó por fin a las estribaciones septentrionales de las montañas Alimir al atardecer del cuarto día. Allí se perdía el rastro del joven dragón que había raptado a Jaheira. En aquella inhóspita región no había testigos del paso del dragón, ni árboles ni pastos aplastados por los fuertes vientos que generaba a su paso el wyrm. Nada indicaba el rumbo que podía haber tomado la bestia.

Allí, en las estribaciones, todo era roca dura cocida al sol y esculpida por los vientos durante cientos de años. Las montañas Alimir se extendían hacia el sur, mucho más allá de donde a Abdel le llegaba la vista. Si el leviatán tenía su escondrijo en las profundidades de la cordillera, Abdel jamás podría hallarlo ni a él ni a su amada.

Melissan le había dicho que el dragón trabajaba para Abazigal, y Abazigal era uno de los Cinco, lo que le obligaba a mantener frecuentes contactos con los demás miembros del grupo clandestino para trazar planes destinados a exterminar a todos

los hijos de Bhaal. Por tanto, el hechicero tenía que estar al corriente de los sucesos acaecidos más allá de su reino de la montaña, lo cual le resultaría mucho más sencillo si situaba su enclave en la parte más septentrional de la cordillera. Era lógico suponer que la mascota de Abazigal, que es lo que Abdel suponía que sería el joven dragón rojo que había raptado a Jaheira, asimismo habría construido su cubil en los ramales septentrionales de la cordillera.

No obstante, el mercenario era consciente de que tardaría semanas o meses escalar las docenas de picos y cimas que se hallaban a un sólo día de marcha de donde se encontraba. Era una empresa inútil. Por suerte tenía un plan. Estaba seguro de que Abazigal encomendaba a su joven lagarto volador tareas muy diversas: la de mensajero, bestia de carga, explorador y refuerzo militar. Todo lo que Abdel tenía que hacer era esperar a que la bestia apareciera de nuevo en el cumplimiento de una misión y espiarla cuando regresara a su cubil. Una vez que descubriera en qué pico se escondía, Abdel lo escalaría para vengarse.

Reconoció el terreno hasta dar con una pequeña cueva donde poder dormir y ocultarse, aunque manteniéndose listo para salir rápidamente cuando oyera el inconfundible aleteo de unas alas de dragón. Debería ser asimismo un lugar desde el que se vieran con claridad los numerosos picos que salpicaban el horizonte para así seguir el vuelo de su presa. Tras haber hallado el lugar que reunía todas aquellas condiciones, Abdel se metió dentro y esperó.

Anocheció, pero Abdel no dormía. Durante el viaje a pie incluso él tenía que detenerse cada día para descansar más o menos una hora, pero ahora, cuando únicamente debía vigilar, la forma física avatar de Bhaal no necesitaba dormir ni descansar. Abdel observaba y esperaba en actitud alerta e impaciente, pues sabía que a cada segundo que pasaba las ya escasas esperanzas de encontrar a Jaheira con vida disminuían.

Cerca de la medianoche oyó un sonido; alguien registraba la zona adyacente a la cueva. No se trataba de un dragón sino de un intruso mucho menor. Abdel se arrastró hasta la entrada de su improvisado refugio procurando no hacer ningún ruido. El fornido mercenario no quería de ningún modo delatar su presencia, pues no quería arriesgarse a un encuentro casual que pudiera alertar a Abazigal o al wyrm; solamente quería ver quién se estaba arrastrando por las rocas cercanas a su cueva.

A la luz de la luna llena distinguió una silueta oscura: la de un hombre gigantesco ataviado con una pesada armadura provista de feroces pinchos y de hojas letales forjadas sobre las piezas de metal. Al ver a su hermanastro, que lo había traicionado en Saradush, toda idea de mantenerse oculto abandonó su mente, siendo reemplazada por un odio tan primario que solamente fue capaz de gritar un nombre para expresar su furia.

—¡Sarevok!

El hombre de la armadura se volvió, listo para recibir el implacable asalto del mercenario. Tuvo que desviar la espada que trataba de hundirse en un punto vulnerable entre las impenetrables piezas de hierro. Abdel chocó contra Sarevok y ambos cayeron.

Rodaron por el suelo. Sarevok estrechó fuertemente entre sus brazos a Abdel, inmovilizándole las extremidades superiores para impedirle que atravesara con la espada la coraza de hierro que lo protegía.

Abdel se retorció para tratar de deshacerse del abrazo de Sarevok y usar su arma. Mientras forcejeaban notaba las hojas de su rival en las espinillas y los antebrazos, que se le clavaban una y otra vez en la carne. Las heridas se cerraban al instante, pero el continuo dolor lo enfureció aún más.

Sarevok aún poseía una fuerza sobrehumana, pero Abdel sabía que al derrotar a Yaga Shura había adquirido un poder que lo hacía físicamente superior a cualquier rival, incluido su hermanastro, que compartía la sangre de Bhaal. No obstante, no podía romper el abrazo de Sarevok. Éste se hallaba en una posición más estable y le asía la muñeca derecha con su mano izquierda con garra de hierro, haciéndole así casi imposible separar las manos.

Sin embargo, no se daba por vencido. Daba sacudidas y se revolvía, lanzando todo su peso ora a un lado ora al otro. A un hombre de menor tamaño lo habría zarandeado como a una muñeca de trapo, pero gracias a sus gigantescas dimensiones Sarevok resistía. Abdel sabía que al final su enemigo acabaría por cansarse, o lo agarraría con algo menos de fuerza, y entonces él se liberaría y podría hacer pedazos a su medio hermano.

También Sarevok lo sabía, por lo que lo mantenía sujeto con firmeza al tiempo que trataba de hacerlo entrar en razón. Pero Abdel había cerrado los oídos a las mentiras de su hermanastro. Sin pensar en el dolor ni en las heridas que él mismo iba a infligirse, estrelló su frente contra el visor de Sarevok. Fue un movimiento desesperado, una estratagema que le había dado muy buen resultado en muchas peleas de taberna cuando no podía usar las manos. Pero golpear con la cabeza un visor de hierro macizo no daba los mismos resultados.

Una y otra vez Abdel estrelló la cabeza contra el yelmo de hierro. La nariz se le rompió lanzando un chorro de sangre, se curó al instante e instantáneamente volvía a romperse de nuevo cuando Abdel volvió a golpear la armadura de Sarevok.

El sabor de su propia sangre no lograba aplacar su ira, pero Sarevok no cedía. Durante casi una hora los dos combatientes lucharon unidos en un férreo abrazo. Ambos guerreros llevaron sus cuerpos hasta los límites de su capacidad, ambos puestos a prueba por el único otro ser sobre la faz de Faerun que era digno rival. Finalmente entraron en juego los extraordinarios poderes regenerativos que tenía Abdel.

Los dedos de Sarevok que se aferraban a la muñeca de su rival perdieron fuerza y tampoco pudo seguir manteniendo su férreo abrazo. Abdel levantó los brazos, empujó a Sarevok y se puso de pie de un salto. Su rival, agotado y con los músculos entumecidos tras la prolongada lucha, se quedó tumbado inmóvil sobre el rocoso suelo. Si en vez de ser un espectro con forma física Sarevok hubiese sido humano, estaría jadeando, tratando de respirar. Pero tal vez el guerrero no era más que una armadura de hierro sin vida tirada en el suelo.

Lentamente Abdel alzó la espada con la intención de acabar con la existencia que él mismo había dado a su aborrecible hermanastro. Durante la larga y extenuante pelea para liberarse de las garras de Sarevok, la furia asesina había desaparecido. Ahora Abdel se movía con la circunspección de alguien que está a punto de acabar un trabajo largo y duro.

—No puedo vencerte, Abdel —admitió Sarevok con voz fría y monótona—. Ambos hemos visto cómo las heridas que mi armadura te causaba accidentalmente durante nuestra lucha no te afectaban. Estoy a tu merced, hermano.

Casi contra su voluntad Abdel había paralizado la mano al oír la voz de Sarevok. Al darse cuenta de que vacilaba, tensó los músculos, listo para descargar el golpe de gracia.

—Al menos dame la satisfacción de saber por qué me matas —pidió Sarevok con voz totalmente inexpresiva.

A su pesar, Abdel respondió.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso después de traicionarnos en Saradush?

El yelmo de hierro, abollado y manchado con la sangre procedente de la nariz tantas veces rota de Abdel, se meneó imperceptiblemente de un lado al otro.

—No soy ningún traidor, Abdel. Si no me crees, mátame y pon así fin a mi regreso al mundo mortal. Pero si deseas averiguar la verdad, aparta la espada.

Abdel alzó la espada por encima de la cabeza pero no golpeó. Los pensamientos se agolpaban en su mente y daban vueltas. El mercenario estaba demasiado cansado para enfrentarse a un nuevo dilema sobre en quién confiar. Incapaz de decidir si sus sospechas acerca de Sarevok estaban justificadas, no podía matarlo. Asqueado consigo mismo dejó que el arma se le deslizara de la mano y cayera ruidosamente al rocoso suelo.

Lentamente Sarevok se incorporó.

—¿Así pues me crees inocente de traición? —preguntó.

—Ya no sé en qué creer —replicó Abdel, poniéndose dificultosamente en pie. Entonces recogió la espada, dio la espalda a Sarevok y regresó al interior de la cueva. Un momento más tarde oyó el chirrido de metal contra metal que hizo Sarevok al levantarse y seguirlo.

—He venido para ayudarte —declaró el guerrero de la armadura, al tiempo que se

sentaba junto a su hermanastro dentro de la pequeña cueva—. Cuando me devolviste la vida juré permanecer a tu lado, hermano, y no romperé mi juramento. Por eso te he seguido desde el campo de batalla de Saradush.

—¿De veras ha sido por eso? —inquirió Abdel con sarcasmo—. ¿O has venido a acabar el trabajo que el dragón de Abazigal dejó a medias?

Sarevok negó con la cabeza.

—¿Abazigal? No me suena el nombre.

Abdel suspiro, aún incapaz de decidir si Sarevok le decía la verdad.

—Es uno de los Cinco —explicó—. Si la información de Melissan es fidedigna, se trata de un semidragón. Su mascota asoló Saradush justo después de la emboscada que diezmó el ejército de Gromnir.

Sarevok ladeó el yelmo.

—Y naturalmente tú me culpas a mí de esa emboscada.

—¿A quién si no? —replicó Abdel, encogiéndose de hombros—. Tú conocías el plan de batalla y tuviste oportunidad de enviar un mensajero al ejército apostado al otro lado de la muralla. Además, desapareciste en la batalla. ¿Te extraña que creyera que tú eras el traidor?

—Esas pruebas podrían apuntar a otros. Gromnir también conocía nuestras tácticas. De hecho, fue ese general loco quien ideó la estrategia. Y también él desapareció en la batalla.

—No, Gromnir no preparó la trampa. Lo vi morir en el fragor del combate.

—¿De veras? ¿Lo viste de verdad o pensaste que lo habías visto morir?

—Yo estaba allí cuando murió —insistió Abdel—. Yo lo maté... quiero decir que vi cómo se mataba solo. Aplastado por su propio caballo.

—Tal vez solamente viste lo que Gromnir quería que vieras —le advirtió Sarevok—. Ese general calimshita era un hijo de Bhaal, Abdel. ¿Crees de verdad que bastaba con una caída del caballo para matarlo?

Abdel se quedó sin palabras. Lo que sugería Sarevok era improbable pero no imposible. Desde que descubriera su propia increíble ascendencia, Abdel había aprendido a aceptar lo improbable casi con normalidad, pero no estaba preparado aún para aceptar la teoría de Sarevok sin cuestionársela.

—Si Gromnir era un traidor al servicio de los Cinco, ¿por qué se ocultaba en Saradush con Melissan y todos los demás hijos de Bhaal?

—Imagina que eres un servidor de los Cinco, incluso su líder, del que sólo sabemos que se da en llamar el Ungido. Entonces te enteras de que los hijos de Bhaal que quieres exterminar han buscado refugio en Saradush. ¿Por qué no acudir a la ciudad con tu ejército?

Cuando Abdel asintió, Sarevok prosiguió.

—¿No crees que pensarías en una astuta treta para que te abrieran las puertas?

¿No buscarías el modo de infiltrarte entre sus filas?

Nuevamente Abdel asintió.

—Tal vez Gromnir se presentó en Saradush con la intención de destruirla. Tal vez sus soldados calimshitas no eran más que la vanguardia del grueso del ejército de Yaga Shura. Gromnir convenció a los habitantes de la ciudad para que le franquearan la entrada a la ciudad y luego se hizo con el poder. De ese modo, cuando las tropas de Yaga Shura llegaran, Gromnir controlaría ambos lados del sitio.

—Pero ¿qué sentido tenía pasar por todo el asedio? —protestó Abdel—. ¿Por qué no se dedicó a matar a los hijos de Bhaal al llegar al poder?

Sarevok se encogió de hombros, produciendo el ya familiar chirrido metálico.

—Quizá no esperaba que Melissan estuviera allí. Es una mujer muy poderosa, Abdel. Tal vez Gromnir se vio obligado a mantener la farsa por miedo a Melissan.

»O tal vez —prosiguió, tratando de imitar lo mejor que pudo un susurro con su monótona voz—, tal vez Gromnir sabía que irías. Tal vez el objetivo de toda esa farsa era atraerte a Saradush y manipularte para que te batieras con Yaga Shura. Por desgracia tú sobreviviste y Gromnir tuvo que escenificar su propia muerte para ocultar su traición.

—No, es demasiado rebuscado —declaró Abdel tras un momento de reflexión—. Es un complot demasiado enrevesado, demasiado intrincado.

—Así es como piensan la mayor parte de los hijos de Bhaal —le recordó Sarevok—. Llevamos la traición en nuestra sangre y haríamos cualquier cosa para alcanzar nuestros inconfesables objetivos.

—¿Incluso inventar una historia fantástica de engaños y mentiras para encubrir tu traición?

Sarevok no replicó a las veladas acusaciones de Abdel. Tras varios minutos de incómodo silencio, tomó de nuevo la palabra.

—¿Quieres que me marche, hermano?

—Sí. No puedo confiar en ti, Sarevok. No puedo confiar en nadie excepto en mí mismo. Si eres inocente de esos crímenes, no deseo derramar tu sangre. Por tanto te concederé el beneficio de la duda. Pero entiende bien una cosa, hermano, si volvemos a encontrarnos sabré que eres responsable de esa carnicería. Y te mataré.

Sarevok se puso en pie con una serie de ásperos chirridos de metal.

—Lo entiendo.

El guerrero de la armadura dio media vuelta y se marchó. Abdel fue oyendo el tintineo de la armadura de su hermanastro cada vez más débil, hasta que el último sonido fue el suave susurro del viento.

Entonces murmuró una breve plegaria aunque sabía que ningún dios vivo oiría sus súplicas. Rezó para haber tomado la decisión correcta al salvar la vida a Sarevok, y rezó para que Jaheira siguiera con vida, estuviera donde estuviera.

Imoen llevaba casi siete días viajando junto con Melissan y el pequeño grupo de soldados y refugiados de Saradush. Por lo que ella sabía, era la única descendiente de Bhaal entre ellos. Costaba imaginarse que de las docenas y docenas de hombres y mujeres que compartían la contaminada sangre de Bhaal, solamente ella y Abdel habían sobrevivido a la masacre de Saradush.

La joven cambió de posición en la silla. Melissan había conseguido caballos para todos, con lo que al menos el viaje era soportable. Pero incluso a caballo no era nada agradable. Cada mañana se ponían en camino antes del amanecer y cabalgaban hasta mucho después de que anoheciera. Por fin, tras una semana, su arduo periplo se aproximaba a su fin.

Habían partido hacia Amkethran la misma mañana que Abdel emprendió la persecución del dragón que se había llevado a Jaheira. No obstante, mientras que Abdel había tomado dirección sur, Melissan y su grupo se habían aventurado hacia el oeste por una ruta comercial muy bien conservada llamada camino de Ithal.

Gracias a las muchas horas que se había pasado enfrascada en los mapas que se guardaban en la biblioteca del alcázar de la Candela, soñando con una vida al otro lado de los muros del aburrido monasterio, Imoen podía orientarse incluso en aquella región que le era desconocida. Sabía que la aldea de Amkethran se encontraba a varios centenares de kilómetros al sudoeste de Saradush. No obstante, no tenía nada de extraño que Melissan los condujera por un camino mucho más largo al seguir ese camino de Ithal, que discurría en dirección oeste.

El modo más directo de ir de Saradush a Amkethran era atravesar el corazón del bosque de Mir o, como muchos lugareños lo llamaban, Khalamjiri, el bosque de los colmillos mortales. Y aunque hubiesen sobrevivido al viaje por la letal floresta, habrían salido a los pies de las infranqueables montañas del Movimiento. Así pues, Melissan había elegido el único camino posible.

Durante los primeros cuatro días habían avanzado por el camino de Ithal. No doblaron hacia el sur hasta que se hallaron a un día de marcha a caballo de la ciudad mercante de Ithmong, habiendo dejado ya atrás el extremo occidental del bosque de Mir. Dos días más a caballo los habían conducido al límite del desierto de Calim, donde a la tensión y el cansancio de la larga y penosa huida se había unido todo un día a caballo bajo el abrasador calor de aquel interminable mar de arena.

Imoen sentía las piernas entumecidas así como doloridas, pues sus músculos no estaban acostumbrados a mantenerse a lomos de un caballo durante tantos días sin apenas descanso. También el trasero le dolía y además lo tenía lleno de ampollas debido al continuo roce con la silla. Su piel, antes tan blanca, se veía roja y cuarteada por efecto del viento y del sol, que justo empezaba a desaparecer en el horizonte. Y

las escasas raciones de agua que se repartían desde que entraron en el desierto no conseguían aplacar la sed.

Por suerte, aquel suplicio acabaría pronto. Desde primera hora de la tarde podía distinguir en la distancia un edificio de mármol reluciente, que ella se imaginó que sería el monasterio de Amkethran. Melissan le había contado que el prior era un hombre llamado Balthazar, el cual le ofrecería refugio, y también a Abdel cuando se reuniera con ellas.

Por fin llegaron a su destino cuando la última luz del día se apagaba y el fresco de la noche llegaba para calmar sus abrasados cuerpos. Lo que Imoen vio no pasaba de ser una aldea formada por tiendas y cabañas de barro cocido agrupadas alrededor del monasterio. En un extremo del pueblo se alzaba un ordinario edificio de dos plantas que podía ser un templo.

Mientras cabalgaban por las polvorientas calles de Amkethran, Imoen no pudo dejar de fijarse en los rostros bronceados y curtidos de quienes se afanaban escarbando la dura tierra del desierto. En comparación con los imponentes muros de mármol blanco que se alzaban en el límite oriental, la aldea se veía aún más paupérrima e insignificante. El perímetro de las defensas de la residencia fortificada de Balthazar, de casi diez metros de alto, empequeñecía todas las demás estructuras.

Aunque se arriesgaba a que le diera un calambre en las piernas, Imoen espoléó a su caballo para ponerse a la altura de Melissan, que cabalgaba a la cabeza del grupo.

—Parece que a ese Balthazar le gusta restregar su fortuna ante las narices de los lugareños —susurró, indignada ante lo que ella consideraba una ostentosa exhibición de poder y riqueza ante la extrema pobreza de Amkethran.

—No digas tonterías —la reprendió Melissan—. Detrás de esos muros Balthazar y sus monjes llevan una vida de pobreza y privaciones. Esos muros se alzaron para proteger el monasterio, no para hacer ostentación.

Imoen se ruborizó y clavó la vista en el suelo. Admiraba profundamente a Melissan. Era hermosa, fuerte y también sabia. Tanto hombres como mujeres la miraban con respeto. Imoen se sentía atraída hacia aquella misteriosa mujer que se había convertido en su protectora, y no conseguía apartar los ojos de la atlética e imponente figura vestida de negro. A Imoen le encantaba el modo de vestirse de Melissan. No era sólo que aquellas ropas negras aumentaran aún más el misterio que la envolvía, sino también que no dejaban entrever nada de su cuerpo, cosa que muchas mujeres hacían para atraer las miradas masculinas.

Imoen había hecho aquellos comentarios sobre Amkethran con la única intención de impresionar a Melissan. Pero, en vez de eso, se había puesto en ridículo. Por suerte Melissan no había reparado en lo avergonzada que se sentía, o había tenido la decencia de fingir que no reparaba en ello.

La muchacha trató de salvar la situación explicándole por qué había hecho ese

comentario.

—Bueno, quería decir que no comprendo por qué tuvieron que construir el monasterio justo en el extremo oriental de la aldea. De ese modo proyecta su sombra sobre todo Amkethran. Deben de pasar horas hasta que los lugareños ven los primeros rayos del sol.

Melissan echó el cabeza hacia atrás y soltó la carcajada, con lo que sus cabellos negro azabache le cayeron en cascada sobre la espalda.

—Me parece que has entendido al revés la historia de Amkethran, mi querida muchacha. El monasterio fue construido hace muchas generaciones. Es la aldea la que es nueva. Y no es casualidad que los pocos que deciden vivir aquí alcen sus hogares a la sombra del monasterio.

»Tú solamente has pasado un día bajo el abrasador sol de los Imperios de la Arena. Pero incluso así seguro que te das cuenta del alivio que supone contar con algunas horas extra de sombra al día. Vigila lo que dices en las calles de Amkethran. Balthazar y sus monjes son muy apreciados.

Tras la reprimenda, Imoen tan sólo pudo balbucear una disculpa.

—Yo... lo siento, Melissan. No quería faltar al respecto a nadie.

La espigada mujer alargó un brazo y posó su elegante mano sobre el hombro de Imoen en gesto tranquilizador. La muchacha se estremeció al contacto.

—Tu preocupación por los menos afortunados resulta conmovedora, Imoen. En este caso no es necesaria, pero nunca debes pedir perdón por esos impulsos de ayudar a tus semejantes. Cuando yo era joven era tan vehemente como tú.

Imoen alzó la vista hacia los ojos de Melissan y leyó en ellos compasión genuina y sincera. Quiso decir algo más, pero temía echar a perder el momento, y el momento pasó.

Melissan apartó la mano de su hombro, con lo que la eléctrica sensación desapareció, y espoleó su montura.

—Voy a avisar a los monjes de nuestra llegada —gritó por encima del hombro—. Ya hablaremos cuando estemos a salvo en el monasterio.

Imoen contempló cómo Melissan se alejaba al galope sin poder apartar la vista de la magnífica melena negra azabache que ondeaba tras ella.

Cómodamente instalado en su guarida de dragón, rodeado por sus fieles mascotas, Abazigal fantaseaba sobre cómo sería su futuro siendo un wyrm de sangre pura. Cuando Bhaal resucitara lograría el respeto que merecían los verdaderos dragones, disfrutaría de su gloriosa existencia. Él, al que rechazaban por ser un mestizo, sería aclamado como héroe por todos los dragones tras convertirlos de nuevo en los señores de Faerun.

Había llegado muy lejos desde sus humildes comienzos. Abazigal no recordaba

nada acerca de su madre dragón. ¿Lo había rechazado como la abominación que era o bien lo protegió y lo alimentó? Eso ya no importaba. Su madre no era más que un concepto idealizado, su nexo con la gloria de los dragones, y también un modo de negar la historia de su juventud.

Los primeros recuerdos de Abazigal eran de su cruel maestro, un infame hechicero empeñado en descubrir los secretos de los dragones a través de la tortura y sus sádicos experimentos. Abazigal fue su esclavo. Le limpiaba el laboratorio, cuidaba de los huevos de dragón que el mago robaba, alimentaba a las crías cuando nacían y se deshacía de sus pobres cuerpos destrozados y rotos cuando los experimentos del hechicero fracasaban.

También su maestro experimentaba a menudo con él, aunque siempre tuvo mucho cuidado de no provocarle la muerte. Podía conseguir huevos de dragón por docenas, pero un mestizo de dragón y humano era realmente una bestia insólita.

Y como bestias trataba el mago a Abazigal y a los dragones que mantenía prisioneros en su laboratorio. Con sus experimentos destruía sus mentes, y los afortunados que sobrevivían a la siniestra investigación quedaban convertidos en meros brutos, incapaces de hablar ni de hacer magia. Un despreciable brujo humano que osaba usar a los wyrms para sus retorcidos propósitos les arrebatava su magnífica inteligencia.

Abazigal no era ningún bruto descerebrado, aunque en presencia de su amo se fingía imbecil. Se ganó muchas palizas por fingirse incapaz de seguir incluso las instrucciones más simples, pero eran un precio muy bajo a cambio de mantener el engaño. Como le creía estúpido e inofensivo, el mago le permitía andar a sus anchas por el laboratorio. Mientras el maestro estudiaba los secretos de Abazigal y de los dragones, Abazigal estudiaba los secretos del mago.

Gracias a la inteligencia innata heredada de su madre aprendió de manera autodidacta las intrincadas artes mágicas. A cambio tuvo que pasar muchos años sometido al yugo del cruel mago. Cuando ya sabía todo lo que el maestro podía enseñarle, se volvió contra él.

El mago tuvo una muerte lenta y muy dolorosa. Abazigal se vengó no sólo por su propio padecimiento sino por el sufrimiento de los dragones de sangre pura a los que había visto torturar durante tantos años. El humano pagó con una larga agonía cada huevo aplastado, cada cría muerta, cada wyrm convertido en una estúpida bestia que ya no merecía el nombre de dragón.

Con su recién ganada libertad no olvidó su responsabilidad hacia los jóvenes dragones que el hechicero mantenía encerrados. Eran una docena que podrían valerse por sí solos pues el daño mental era excesivo. Abazigal los adoptó. Trató de restaurar su mente, de elevarlos a la posición que les correspondía, pero el daño infligido por el maestro era irreparable.

Tal vez lo mejor hubiese sido matarlos, poner fin a su patética existencia. Pero, pese a todas sus taras, Abazigal fue incapaz de destruirlos. Así pues se convirtieron en sus mascotas, en su ejército de casi dragones, todos ellos fieles hasta la muerte y que le obedecían sin rechistar tan bien como les permitían sus limitadas capacidades.

Abazigal procuró mantener en secreto la existencia de sus mascotas. Si los verdaderos Wyrms llegaban a enterarse posiblemente los matarían, pues los considerarían un insulto a su especie. No obstante, había permitido que la mayor de sus mascotas, un rojo aún joven pero que pronto sería adulto, participara en el asedio de Saradush.

Su mascota se había comportado muy bien y había matado a docenas de hijos de Bhaal en la batalla. Una parte de Abazigal esperaba que el dragón decidiera tratar de sobrevivir solo en el mundo y no regresara al cubil, pero sí había vuelto, y con un regalo: una semielfa.

Abazigal sabía quién era, la amada de Abdel Adrian, y el mercenario se acercaba en busca de venganza. Sin duda en aquellos momentos avanzaba por las llanuras bajo el sol del amanecer, siguiendo el rastro de su mascota que conducía a las montañas Alimir. Aunque su enemigo cabalgara, Abazigal sabía que aún tardaría varios días en llegar.

Lo más sensato era armarse de paciencia y esperar hasta que Abdel llegara para entonces lanzar contra él a sus mascotas. Ningún hombre, ni siquiera un hijo de Bhaal, podría resistir el ataque combinado de una docena de dragones. Desde la reunión con el consejo de dragones la mañana anterior se sentía impaciente. Había sufrido durante años la tiranía del maestro, esperando en vano aprender algo que le permitiera dejar de ser un mestizo. Luego había tramado y conspirado con aquella infecta drow llamada Sendai y el resto de los Cinco para resucitar a su padre.

Ahora sentía que tenía al alcance el cumplimiento de su gran deseo. Cuando antes Abdel Adrian muriera, antes regresaría Bhaal y antes le concedería el deseo de convertirse en auténtico dragón. Entonces Saladrex apoyaría su plan para restituir el poder a los dragones.

Abazigal llamó la atención de sus mascotas con un penetrante silbido.

—Buscad a Abdel—dijo muy lentamente, para que sus débiles mentes pudieran procesar la información—. Buscadlo en las llanuras hacia el norte. Cuando lo encontréis, matadlo.

Uno a uno la docena de jóvenes dragones que servían a Abazigal saltaron de la boca de la gran caverna con el mismo entusiasmo de siempre por cumplir sus órdenes. Corrieron con estrépito por la altiplanicie en la que Abazigal había construido su cubil, ganando velocidad y dirigiéndose hacia los precipicios que limitaban por los cuatro lados la cima de la montaña. Lanzando sus gritos de guerra se lanzaron hacia el vacío y cayeron en picado hacia el suelo. En el último segundo

impulsaron sus impresionantes moles de dragón y se alzaron hacia el cielo de la mañana. Sus gritos resonaron largo rato en las montañas.

Abazigal contempló su partida. Su vuelo era tan magnífico como el de cualquier dragón verdadero. Y pronto él sería uno de ellos.

Abdel pasó toda la noche en blanco. Cuando los primeros rayos del alba asomaron tras las cimas de las montañas e iluminaron la entrada de la cueva, se sentía fresco y lleno de energía, y no cansado y magullado como después de la lucha con Sarevok. Entonces los oyó: los inconfundibles gritos de dragones en vuelo.

Salió corriendo de la cueva y escudriñó el cielo, buscándolos. Para su asombro no vio a uno solo, sino casi a una docena. Sus enormes cuerpos se lanzaban al vacío desde lo alto de una cumbre próxima, remontaban el vuelo y se alejaban. Fascinado por el espectáculo, se quedó quieto, contemplándolo.

Los dragones volaron hacia el norte, ajenos a la presencia del humano que muy cerca, en dirección sur, observaba su progreso. Cuando el último de los wyrms desapareció en el horizonte, Abdel emprendió camino hacia la cumbre desde la cual se habían lanzado, seguro de que allí encontraría a Abazigal y, con suerte, también a Jaheira. Si tenía alguna esperanza de salvar a su amada, tendría que dar con ella y escapar antes de que el ejército de dragones regresara.

En menos de una hora se plantó en la base de la montaña de Abazigal, pero le quedaba por delante lo más difícil: escalar una pared de roca lisa de trescientos metros. Al estudiar el obstáculo que tenía delante el mercenario distinguió algunos salientes de pequeño tamaño y cornisas lo suficientemente grandes para que un hombre se pusiera en pie sobre ellas. No obstante, eran pocas y muy espaciadas. Llegar a lo alto suponía una escalada libre sin posibilidad de detenerse y descansar. Pese a su naturaleza semidivina, incluso la resistencia de Abdel tenía un límite, y ése era el momento de descubrir hasta dónde llegaba.

Con la esperanza de que sus poderes de regeneración impedirían que se matara en caso de caída, inició el ascenso. Cualquier hombre normal que osara siquiera escalar esa montaña se habría despeñado mucho antes de llegar al primer saliente. Pero Abdel tenía la fuerza necesaria para subir su cuerpo a peso por la ladera de la inexpugnable montaña.

Sus poderosas manos hallaban asideros en el sinnúmero de pequeñas grietas y fisuras que cubrían el precipicio. Con las botas arañaba la dura superficie buscando dónde apoyarse. Muchas veces tenía que aguantar todo el peso con solo un brazo y alzar a pulso su corpachón hasta que con los dedos resbaladizos de sudor de la otra mano hallaban un diminuto saliente un poco más arriba. Incansablemente sus miembros luchaban contra la fatiga mientras él se quedaba colgado del vacío, sabiendo que si caía se estrellaría contra las rocas del fondo. Pero cada vez la

inmortal esencia de su padre le proporcionaba la fortaleza para alzar el cuerpo y apoyarse en la siguiente cornisa, donde poder detenerse y descansar unos minutos.

Cuanto más arriba subía, más dificultosa le resultaba la escalada. La atmósfera se enrarecía por momentos, con lo que le costaba respirar. El frío aire de las altitudes le congelaba los miembros, que se le ponían rígidos y le pesaban. Una fina capa de hielo lo cubría todo y se introducía en las grietas que él usaba para seguir ascendiendo, por lo que no podía evitar resbalar.

Cuando al fin pudo subir una pierna sobre la altiplanicie de la cumbre, el sol había llegado a su punto máximo.

Había tardado más de tres horas en escalar la montaña, justo cuando el tiempo era de vital importancia. Aunque estuviera decidido a salvar a Jaheira, no dudaba de lo que ocurriría si los dragones regresaban y lo encontraban allí, en la cima. Apenas había logrado sobrevivir a su encontronazo con uno solo de los monstruos alados; una docena lo harían pedazos.

En el centro de la meseta se abría un enorme agujero; una entrada a los kilómetros de corredores, cuevas y cavernas que se internaban hasta el mismo corazón de la montaña. En algún lugar de aquel laberinto de roca encontraría a Jaheira, o eso esperaba.

Desenvainó el pesado sable que le colgaba a la espalda y se dirigió con decisión a la entrada de la caverna. Pero antes de llegar allí una figura emergió del pozo y se plantó frente a él.

Tenía la forma de un hombre, pero la piel estaba recubierta de escamas multicolores. La cabeza era lisa y sin pelos, y los ojos como los de un reptil.

—No te esperaba tan pronto —siseó. Cuando hablaba le asomaba por la boca una lengua bífida que se agitaba en el aire—. Misss mascotass te busscan en lasss llanurass del norte.

—He venido a buscar a Jaheira —anunció Abdel, blandiendo la espada con determinación—. Devuélvemela y me marcharé.

—Tu amante ya no exisste —le replicó el monstruoso ser—. Yo misssmo acabé con ella.

Aquella especie de lagarto se echó a reír. Abdel ya no podía seguir negando la terrible verdad: Jaheira estaba muerta. Abrumado por el dolor lo único que conseguía hacer era sacudir la cabeza en gesto de impotente negación. Por la mente le pasaron imágenes de su espeluznante fin alimentadas por el último recuerdo que tenía de ella, el de Jaheira debatiéndose en las garras del dragón.

Se imaginó su hermoso rostro contraído en una interminable agonía mientras el dragón la estrujaba sin piedad, rompiéndole todos los huesos como ramas secas. Se imaginó cómo echaba la cabeza atrás para lanzar un silencioso chillido cuando la bestia le atravesaba la armadura y el pecho con una de sus crueles garras, al tiempo

que los helados vientos que levantaba el dragón en su vuelo la congelaban.

—¡No! —gritó Abdel. Su mente buscaba desesperadamente una última brizna de esperanza—. ¡No! ¡No pienso aceptarlo! —Recordaba ese mismo dolor. En el pasado ya pensó una vez que la había perdido, pero los sacerdotes de Gond habían logrado resucitarla.

—¡Devuélvemela! ¡Aún estoy a tiempo de salvarla!

Abazigal resopló y sus labios de reptil se curvaron en una desdeñosa sonrisa.

—¿Por qué tendría que essscuchar tusss súplicasss?

Abdel sabía que su petición sonaba absurda. Era una locura suplicar a su enemigo mortal por la vida de su amada, pero ya no le importaba. Todo lo que quería era recuperar a Jaheira.

—Te daré lo que quieras —prometió Abdel, frenético—. Mi esencia, mi espíritu, mi alma... ¡Lo que sea!

La única respuesta fue un despectivo resoplido.

—¡Esstá muerta, idiota! ¡Murió a misss piesss, cuando una de misss mascotass me ofreció su cuerpo ensangrentado y roto como regalo!

»Sssufrió mucho —susurró con voz emponzoñada—. Murió chillando de dolor. Y luego ssse la di a misss mascotasss, que rompieron sssu pobre cadáver en pedazoss y se lo comieron.

—¡No! —El grito de Abdel hendió el cielo, y la misma montaña tembló bajo su cólera. De haber tenido las palabras, habría jurado un millón de muertes atroces para Abazigal en venganza por la muerte de su amada. Pero su fuerte nunca habían sido las palabras; él era un hombre de acción.

—Tu sssemielfa esstá muerta, Abdel Adrian —se mofó Abazigal—. Y tú también.

El semidragón empezó a tejer con sus garrudas manos arcanos símbolos de brujería en el aire al tiempo que recitaba las palabras de un hechizo. Abdel se lanzó contra el brujo dragón, decidido a partirlo en dos antes de que pudiera completar el encantamiento.

En sólo tres zancadas llegó hasta donde estaba él. Entonces giró sobre sí mismo para imprimir más fuerza al golpe y descargó el sable contra el cuello de Abazigal. Vengaría a Jaheira decapitándolo de un solo tajo. Sin embargo, el acero se desvió a pocos centímetros del cuello del semidragón, y luego rebotó contra un escudo invisible e impenetrable.

De los dedos acabados en garras del ser brotaron rayos que impactaron de lleno en el pecho del mercenario, lanzándolo hacia atrás, de modo que a punto estuvo de despeñarse por el precipicio. Abdel aterrizó a menos de un metro del borde de la meseta, se puso de pie de un salto y logró eludir una segunda ráfaga de rayos que lo hubieran precipitado al vacío.

Esquivando las andanadas de proyectiles eléctricos se fue acercando lentamente al enemigo. Pero al brujo no parecía importarle en lo más mínimo que Abdel estuviera recortando la distancia que los separaba. Justo antes de que se acercara lo suficiente para probar con otra estocada, Abazigal se desvaneció.

Abdel giró sobre sus talones, seguro de que su rival iba a materializarse de nuevo a su espalda, pero el mago dragón se hallaba en el extremo más alejado de la meseta e invocaba un nuevo encantamiento. Abdel oyó un terrible rugido sobre su cabeza y apenas logró zafarse de la columna de llamas que le caía del cielo. Aulló de dolor cuando el terrible calor le quemó la piel y le levantó ampollas. Al igual que con las heridas causadas por el aliento de dragón, las quemaduras no sanaron.

Malherido, Abdel se puso lenta y dificultosamente en pie, pero al instante otro rayo lo tumbó.

—Estásss perdido, Abdel Adrian —siseó su enemigo—. Tusss burdass artesss guerrerass nada pueden contra mi magia.

Tirado en el suelo, con el cuerpo chamuscado y sin poder ni levantarse, Abdel supo que era verdad.

Imoen rebulló inquieta sobre el delgado colchón de paja que le servía de cama. Melissan no exageraba al afirmar que los monjes de Amkethran llevaban una vida espartana. Aparte de aquel incómodo jergón no había nada más en el dormitorio de Imoen. Las paredes eran de piedra blanca lisa, sin adornos, como todas las que había visto desde que entrara en el santuario.

La muchacha había comprobado con asombro que el interior del monasterio no era más que una colección de cabañas bajas de piedra que flanqueaban un gran patio. En el centro se alzaba una torre de piedra sólo un poco más baja que los muros de diez metros que rodeaban el sencillo alcázar de Balthazar.

Melissan la había presentado a los dos miembros de la orden, los hermanos Regund y Lysus. La muchacha contempló fascinada los intrincados tatuajes que cubrían las cabezas afeitadas y los rostros de los dos monjes. Se moría por preguntar el significado de aquellos dibujos, pues no le cabía duda de que eran símbolos religiosos de un gran significado. Pero al recordar cómo se había puesto en ridículo ante Melissan con sus observaciones y comentarios equivocados sobre Balthazar y el monasterio prefirió dejar su curiosidad insatisfecha.

Tras la breve presentación los monjes informaron de que de momento Balthazar no podría recibirlas, pero aseguraron a Melissan que proporcionarían a Imoen un alojamiento cómodo y seguro.

A Imoen le pareció que la ausencia de Balthazar perturbaba a Melissan, pero la espigada mujer se limitó a asentir con la cabeza.

—Ve con ellos —dijo a Imoen—. Te llevarán a lugar seguro. Yo debo ocuparme de algunos asuntos, pero cuando acabe te haré una visita para asegurarme de que estás cómoda.

De mala gana Imoen se separó de Melissan y sin protesta siguió a los dos hermanos hacia la solitaria torre que brotaba del centro del patio. Después de entrar por la única puerta de la que disponía y subir por una larga escalera, llegaron al primer piso. En él no había más que un largo y oscuro pasillo sin ventanas y con varias puertas abiertas que conducían a media docena de habitaciones, todas vacías excepto por una solitaria antorcha y un jergón. Justo sobre uno de ellos Imoen trataba de ponerse cómoda.

—Aquí, en las celdas de meditación podrás descansar sin temor —le aseguró el hermano Regund.

—Los miembros de nuestra orden vigilarán la entrada a la torre para que estés segura —añadió el hermano Lysus—. Nos aseguraremos de que nadie te moleste hasta que Balthazar regrese. Nuestro superior querrá hablar contigo enseguida.

Y con ese último comentario, un tanto inquietante, la dejaron sola.

A Imoen el tiempo se le hacía eterno cuando estaba sola. Se suponía que aquel austero entorno debía inspirar paz y contemplación, pero a ella no le daba resultado. De hecho, tenía justo el efecto contrario. Se sentía nerviosa y desazonada, y su mente rápida y curiosa buscaba ansiosamente algo con lo que distraerse.

Al no gozar de una ventana desde la que contemplar la luna ni siquiera podía calcular cuánto tiempo llevaba encerrada. ¿Una hora? ¿Cuatro? Una vez más deseó que Melissan fuera a visitarla. La mujer le había prometido que iría a verla cuando estuviera segura en la torre, pero aún no se había presentado.

Quizás estaba ocupada atendiendo asuntos más importantes. De pronto se le ocurrió que tal vez los monjes le impedían el acceso a la torre hasta el regreso de Balthazar.

A primera vista era una idea absurda, pero cuantas más vueltas le daba más verosímil le parecía. Imoen había supuesto que Melissan y ella eran invitadas, pero cuanto más pensaba en las palabras y las acciones de los monjes que las habían recibido, más crecían sus sospechas de ser una prisionera.

Había algo en aquellos hombres que la ponía nerviosa. Sus extraños tatuajes la turbaban, pero era más que eso. Hablaban sin emoción ni sentimiento. Sus rostros reflejaban una intensa concentración, aunque a ella se le escapaba por completo cuál podría ser el objeto de su atención.

No se la comían con la mirada como los demás hombres, y ni siquiera echaban miradas furtivas a su cuerpo cuando creían que no se daba cuenta. Cuando la miraban, clavaban la vista en sus ojos, como si se asomaran a su alma.

En muchos aspectos los monjes le recordaban a Sarevok: decidido, inescrutable y frío, pasando por la vida sin estar del todo vivo. Era como si las pasiones y los fuegos del mundo no los afectaran.

Imoen se estremeció. Aquellos monjes eran fanáticos religiosos, se dijo. Y eso la perturbaba. Servían a un propósito más elevado, a un desconocido código de creencias que ella jamás podría entender, y ahora estaba en su poder, atrapada dentro de aquella torre hasta que el misterioso Balthazar llegara para...

No. Imoen sacudió la cabeza y luego se rió. Era ridículo. Al no tener nada con que distraerse, su cerebro trabajaba a toda máquina e imaginaba extrañas conspiraciones que no tenían ninguna base. Melissan no la habría llevado a Amkethran si creyera que había algún peligro. No. No era una prisionera. No obstante, los monjes resultaban un poco raros.

La fanática obediencia que guardaban a alguna desconocida autoridad superior, justo lo que momentos antes tanto la inquietaba, ahora la tranquilizó. No había ninguna posibilidad de que alguno de ellos se introdujera sigilosamente en la torre mientras ella dormía para manosearla con sus sucias manos. Y, sobre todo, ninguno de ellos la traicionaría por oro ni por una loca ansia de poder. En la situación en la

que se encontraba —perseguida, odiada, sola excepto por Melissan— el fervor religioso de Regund, Lysus y de los demás monjes era la mejor protección que podía esperar.

Una vez más rebulló sobre el jergón. El cuerpo le dolía debido a la larga marcha a caballo por el desierto. Notaba fatiga en los músculos y las articulaciones, incluso los huesos le dolían. Su mente, agotada de tanto tejer sospechas y luego destejerlas, finalmente halló reposo. Imoen se quedó quieta y sintió cómo el silencio de la torre invadía su cuerpo y su espíritu. La muchacha dio la bienvenida a la paz que le ofrecía. Pocos segundos después ya roncaba suavemente.

Tras sujetarse a las manos las garras para escalar, Sendai trepó por los muros lisos de mármol del monasterio tan fácilmente como quien asciende por un tramo de escaleras ligeramente inclinado. Al llegar arriba, se agachó y corrió por el borde del muro, sin pensar en los diez metros de caída que la esperaban si resbalaba.

Se movía tan silenciosamente como una sombra. Aunque el patio inferior estaba sumido en la oscuridad, con sus ojos de drow pudo estudiar la disposición de los edificios y la posición de la guardia.

Varios monjes de Balthazar vigilaban celosamente cerca de la base de una alta torre situada en el centro del patio. Si su objetivo hubiese sido una madre matrona drow, Sendai habría descartado la torre por ser una opción demasiado obvia. Así trabajaba la mente de los elfos oscuros. Aquellos hombres no serían más que un cebo para atraerla hacia la torre, que cuando entrara se derrumbaría, sepultándolos a todos. Pero los habitantes de la superficie eran seres simples, a los que les faltaba la astucia suficiente para tender tal trampa. O tal vez les faltaba la voluntad de sacrificar a docenas de sus seguidores para atrapar a un asesino.

Fuese cual fuese la explicación, Sendai sentía que estaba desperdiciando su talento al enfrentarse con aquellos aficionados de piel descolorida incapaces de apreciar su arte. En Ched Nassad, su ciudad natal de la Antípoda Oscura, la asesina era respetada y temida por su talento, en vez de ser vilipendiada y desdeñada.

Mientras estudiaba los movimientos y las posiciones de los vigilantes, tramando cómo deslizarse entre ellos para llegar a la torre, la drow no podía aplacar la ira encendida por la evocación de su patria y de todo lo que había perdido.

Sendai Kenafin, nacida en el seno de una casa noble de poca importancia, era la típica hembra drow: ambiciosa, despiadada y cruel. Gracias a su inteligencia comprendió que sus posibilidades de ascenso político eran muy escasas, pues no sentía hacia Lloth la devoción que ésta exigía a sus sacerdotisas. Así pues, eligió otro camino en el que labrarse un futuro, un camino que en la civilización drow era perfectamente aceptable.

El extraordinario talento de Sendai para eliminar con discreción a sus rivales y

enemigos no tardó en llamar la atención de las poderosas madres matronas de Ched Nassad. Con apenas veinte años de edad, la elfa se convirtió en el ojito derecho de las dirigentes de la ciudad. Cada una de ellas quería usarla para sus propósitos y trataba de ganar su lealtad ofreciéndole poder, esclavos y riquezas. Haciendo honor a su raza, Sendai jugó el peligroso juego de servir a todas las casas y a ninguna, con lo que amplió al máximo sus posibilidades y también el número de sus enemigos.

Pese a que para ser drow aún era muy joven, dominaba ya el juego de la política. Eludía los escollos, formaba alianzas cuando las necesitaba y las rompía cuando servía a sus intereses. En Ched Nassad se susurraba su nombre como el de un valor en alza, alguien que inspiraba al igual respeto y temor.

Pero las sacerdotisas lo echaron todo a perder. La Reina Araña era una diosa celosa que no toleraba que nadie rivalizara con ella en el control de la sociedad drow. Sabiéndolo, Sendai había mantenido en secreto la identidad de su padre. Para ello silenció con el filo envenenado de su daga a toda su familia más cercana, incluyendo a su madre, para evitar delaciones.

Pero en la Antípoda Oscura se guardaban muchos secretos, y tarde o temprano todos acababan por salir a la luz. De algún modo el templo averiguó que llevaba el estigma de Bhaal, y las sacerdotisas la llevaron a las salas de interrogatorios para poner a prueba su lealtad. Sendai ya había conocido la tortura, que era práctica común en la sociedad drow, pero no tenía ninguna intención de someterse a los inimaginables tormentos que pensaban infligirle las madres matronas. Además sabía que tras los interrogatorios decidirían que era demasiado peligroso permitir que la hija de Bhaal viviera entre ellos.

Así pues huyó. Durante un año fue una fugitiva que huyó de Ched Nasad a Menzoberranzan y luego a Ust Natha, buscando algún rincón en la Antípoda Oscura donde refugiarse de la persecución de las sacerdotisas. Pero la tela que tejía la Reina Araña fue incluyendo todas las ciudades y todas las casas nobles de la sociedad drow, hasta que al fin Sendai se vio obligada a huir de la Antípoda Oscura y a cambiar el glorioso mundo de cavernas y túneles por un mundo de cielos abiertos y luz tan brillante que al principio le quemaba los ojos.

Allí fue donde el Ungido de Bhaal la encontró y le ofreció la oportunidad de unirse a los Cinco. La tarea de matar a la descendencia de Bhaal, a los hijos de un dios parecía digna del talento de la asesina, pero resultó mucho más prosaica de lo que prometía. La mayoría de sus objetivos ni siquiera conocían su inmortal legado y llevaban una existencia mezquina, sin sentido. Casi les hacía un favor al matarlos. Incluso si eran nobles o acaudalados mercaderes solían ser presa fácil para la asesina drow, que ansiaba enfrentarse a un verdadero reto.

Sendai libraba una interminable batalla contra la autocomplacencia, pues temía que sus capacidades acabaran por atrofiarse o que su técnica perdiera precisión. Tenía

que mantenerse en la mejor forma posible, pues una vez que los Cinco hubiesen eliminado al último de los hijos de Bhaal, tenía la intención de volver su daga envenenada contra sus compañeros de conspiración. Hasta entonces, todos los asesinatos que cometía no eran más que una pálida imitación de la maestría de la que se sabía capaz.

Sendai sacudió la cabeza, irritada. En el pasado jamás se habría permitido divagar justo en medio de un trabajo.

Era una prueba más de que estaba perdiendo el toque.

Con aquella piel oscura y las ropas negras resultaba casi invisible en lo alto del muro del monasterio. Sendai volvió a concentrarse en su misión y saltó del muro.

Aterrizó suavemente en el suelo, formó con el cuerpo una bola y dio una voltereta para amortiguar el impacto de los diez metros de caída. Inmediatamente se puso de pie de un salto y comprobó si alguno de los vigilantes había oído el débil sonido de su poco ortodoxa entrada. Se quedó quieta varios segundos, aguzando su fino oído para captar el sonido de una alarma o de pasos que se aproximaran a la carrera para investigar.

En vista de que nada oía, se aproximó a la torre. Atravesó el patio bajo las mismísimas narices de los monjes que montaban guardia, manteniéndose en las sombras y en los rincones oscuros, invisible como un fantasma. Sendai se rió interiormente por la concienzuda y al mismo tiempo inútil vigilancia de los hombres de Balthazar.

Los dos monjes que guardaban la única puerta de la torre eran más problemáticas. Tenía que matarlos rápida y silenciosamente antes de que alertaran a los demás. Lo que complicaba la empresa eran los faroles que sostenían en una mano. Los dos haces de luz que emitían atravesaban el patio, de modo que eran claramente visibles por todos los demás que vigilaban. Si ocurría algo a esos haces de luz, si uno de los faroles caía al suelo aunque solamente fuese por un instante, alguien se daría cuenta e iría a investigar.

Manteniéndose inmóvil en una sombra oscura a apenas tres metros de distancia de la entrada de la torre, Sendai buscaba el modo de eliminar a aquellos dos monjes sin alertar a toda la orden.

Moviéndose lentamente para no revelar su presencia, se sacó del cinturón dos diminutas agujas emplumadas. Luego cogió de una bolsa oculta un pequeño frasco de cristal. Tras quitar la tapa sumergió la punta de ambas agujas en el líquido transparente que contenía el frasco. Luego, con mucho cuidado de no pincharse accidentalmente con uno de los dardos emponzoñados, colocó el primero en su palma extendida. Se acercó la mano a los labios y sopló, lanzando silenciosamente el dardo hacia el monje más cercano.

Con otro suave soplido envió el segundo dardo hacia su segundo objetivo. Sendai

esperó unos segundos para dar tiempo al veneno a que actuara, tras lo cual abandonó el amparo de las sombras y corrió hacia la puerta de la torre.

Cuando volvió a estar a cubierto de las miradas hizo una pausa y escuchó. No se oyó ningún grito de sorpresa, ni voces que gritaran «intruso», ni nada que indicara que alguien había visto la delgada figura que se había infiltrado en el monasterio. Segura ya de no haber sido vista, Sendai se fijó entonces en los dos hombres que estaban de pie, inmóviles, junto a ella. A tan corta distancia pudo comprobar que ambos dardos habían dado en el blanco. En un hábil movimiento arrancó las agujas de los cuellos de los guardias paralizados y se las guardó de nuevo en el cinturón.

Los monjes seguían con la vista sus movimientos, pero eran incapaces de mover ni un solo músculo del cuerpo. Aún tenían los brazos parcialmente extendidos, y sus insensibles dedos seguían sujetando con fuerza los mangos de los faroles. El veneno —una versión del somnífero que Sendai había ideado—, no tardaría en llegar a los pulmones y al corazón. Los músculos que bombeaban sangre y oxígeno al cuerpo se agarrotarían y se tornarían tan rígidos como el resto de músculos de sus inmóviles cuerpos. Lentamente los monjes se asfixiarían, incapaces de pedir ayuda, e incapaces incluso de desplomarse al morir. Por experiencias anteriores Sendai sabía que tendrían que romperles los dedos paralizados para que soltaran los faroles. Eso, o enterrarlos con ellos.

La macabra idea dibujó una leve sonrisa en los labios de la drow mientras subía silenciosamente por la escalera para completar su misión. Como había sospechado, no halló vigilantes dentro de la torre. La planta baja estaba desierta.

Silenciosa cual una sombra y daga en mano, la drow subió al primer piso. Todas las puertas estaban cerradas, y la oscuridad reinaba en el pasillo. Pero por debajo de una de las puertas se filtraba la débil luz de una antorcha encendida.

Sendai se acercó a la puerta y escuchó. Su afinado sentido del oído percibió claramente la suave respiración de una mujer joven. Con una delicadeza casi inimaginable, la drow abrió la puerta.

Sendai desvió los ojos del resplandor naranja de la titilante antorcha, pero ya había visto a la muchacha tendida sobre un colchón en el centro de la habitación. Protegiéndose los ojos de la luz, cruzó la pieza y apagó la antorcha. La oscuridad se hizo absoluta.

Imoen despertó sobresaltada, ahogando un grito. La rodeaba la oscuridad y bajo ella sentía únicamente una superficie fría y dura. Antes de recordar dónde se encontraba —a salvo en una de las celdas de meditación del monasterio de Amkethran— trató de ponerse en pie. Seguramente la antorcha debía de haberse extinguido mientras ella dormía.

La muchacha trató de reírse de su momentáneo acceso de pánico, pero únicamente le salió una débil risita tonta. Recordaba perfectamente que había tenido

una pesadilla, pero no tenía ni idea de sobre qué versaba el sueño.

—Fuego —musitó para sí. La mayoría de sus pesadillas tenían que ver con el fuego, con las devoradoras llamas de su impío padre inmortal. Se preguntó si también Abdel soñaba a veces con eso.

Sacudió la cabeza para apartar de su mente tan negras cavilaciones y trató de orientarse en la total negrura. Calculó en qué dirección debía de hallarse la antorcha y dio un único paso vacilante hacia allí. Entonces se quedó helada.

Había alguien más en la habitación. No había oído nada, pues nada había que oír. Pero notaba que alguien la observaba con gran interés; sentía el calor de su mirada y el ansia de sus ojos. Por un breve instante su mente conjuró una imagen de los hermanos Regund y Lysus inmóviles en la oscuridad, mirándola con deseo mientras ella avanzaba a tientas.

—¿Quién anda ahí? —susurró como si pudiera hacer desaparecer al intruso con sus suaves palabras.

—No temas —contestó una voz femenina—. No sentirás ningún dolor.

—¿Melissan? —preguntó Imoen, aún sabiendo perfectamente que no era ella.

La invisible intrusa se rió por lo bajo.

—No, mi preciosa hija de Bhaal. Melissan está convenientemente ausente.

—Eres una de los Cinco —dijo Imoen en una súbita inspiración. Su voz no expresaba temor ni furia, sino solamente resignación. No había esperado acabar de aquel modo, pero si ése era su destino, lo aceptaría.

—Soy Sendai —ronroneó la voz, acercándose.

Tras un breve instante de vacilación los dedos de la muchacha asieron sigilosamente el pomo de la daga que llevaba al cinto. Podría gritar, pero ¿de qué serviría? Incluso si su voz lograba atravesar los recios muros de piedra, ¿llegarían a tiempo de salvarla? No, se dijo, mientras lentamente desenvainaba la daga. Estaba sola. Melissan no irrumpiría de pronto en la habitación para salvarla, y tampoco Abdel llegaría inopinadamente al monasterio para lanzarse en su rescate. Tenía que salvarse sola o morir en el intento. Sin previo aviso lanzó una rápida estocada hacia la oscuridad.

—Qué pena, pequeña —se rió entre dientes esa voz gutural—. No has acertado.

—No ganarás nada con mi muerte —declaró Imoen, dando media vuelta para descargar un cuchillazo a la oscuridad tras ella—. Perdí hace tiempo la parte de mí que pertenecía a Bhaal. —Nuevamente saltó hacia adelante y acuchilló frenéticamente donde creía que podría estar la asesina.

—No te resistas, pequeña. Aún será peor.

—Abdel me libró de la lacra de Bhaal —trató de explicar Imoen, sin darse por vencida. Cada una de sus palabras iba acompañada del silbido que hacía su daga al cortar solamente aire.

—Tranquila, ya tenemos planes para él.

La voz de la asesina sonó como si le hablara al oído. Imoen hubiese jurado que sentía el cálido aliento de su asesina en la piel. Pero cuando dio un codazo hacia atrás no topó con nada.

—Mátame si quieres, pero Abdel me vengará. Os matará a todos. No tenéis ni idea de lo fuerte que es.

—Te equivocas, pequeña, lo sabemos perfectamente. Pero la noticia de tu muerte quebrará su espíritu guerrero.

Imoen sintió cómo la hoja se hundía en su espalda y le atravesaba órganos vitales. La asesina actuó con una asombrosa y mortal precisión. Los gritos de agonía de la muchacha no fueron más que una exclamación ahogada y luego un débil chorro de sangre cuando, piadosamente, Sendai le rebanó la garganta.

Toda la existencia de Abdel se había reducido a dolor. Del cielo le caía una lluvia de fuego, que también brotaba del suelo para consumirlo. Las llamas brotaban de los dedos de su torturador para quemar su piel y fundirla.

Por encima del fragor de las llamas distinguía la risa de Abazigal. El mago dragón alimentaba el fuego, que amenazaba con devorar su cuerpo y su espíritu.

De pronto las llamas desaparecieron sin dejar rastro. Abdel, que mantenía los ojos fuertemente cerrados para protegerse del calor, osó echar un vistazo por debajo de sus párpados cubiertos de ampollas. El cuerpo de Abazigal yacía junto a él sobre la dura roca de la meseta. La cabeza había rodado unos metros más allá. Sarevok también estaba allí. De las hojas que le sobresalían de los antebrazos goteaba la verde sangre del mago.

Abdel trató de hablar, aunque no sabía qué decir. De su garganta quemada solamente brotó una tos rota.

Sarevok se agachó torpemente junto a su hermanastro; los movimientos limitados por la pesada armadura.

—Los dragones regresan —declaró—. Ya se distinguen en el horizonte. Si no nos vamos nos harán pedazos.

Incapaz de replicar, Abdel únicamente pudo sacudir la cabeza. Ya oía los agudos chillidos de los encolerizados dragones, que reverberaban en la cima de la montaña, y que iban creciendo en intensidad a medida que las bestias se acercaban. Pero estaba tan malherido que ni siquiera podía levantarse, y mucho menos intentar el traicionero descenso. Sarevok comprendió.

—Puedes escapar al reino de Bhaal. Ya lo has hecho otras veces, después de matar a Illasera y a Yaga Shura. Ahora estás más débil y te costará más. Debes dejarte llevar por la esencia de Bhaal que se escapa del cuerpo sin vida de Abazigal. Ella te conducirá al plano de nuestro padre. Allí tu cuerpo se recuperará y los dragones no podrán seguirte.

Demasiado débil como para discutir, Abdel cerró los ojos y siguió las instrucciones de Sarevok. Lo sentía; algo tiraba débilmente de lo más profundo de su ser, algo semejante a un céfiro en un día estival en calma. Abdel se concentró en aquella sensación, el céfiro se tornó brisa, la brisa vendaval y el vendaval huracán. El mercenario sintió que el rugiente espíritu del viento se apoderaba de su alma, y abrió mucho los ojos por la sorpresa.

Por un breve instante siguió tirado en el suelo junto al cuerpo decapitado de Abazigal. A varios metros de distancia vio a Sarevok, preparado para enfrentarse a la arremetida de los dragones que aterrizaban a su alrededor. Un par de pies armados con zarpas golpeó el suelo a pocos centímetros de la cabeza de Abdel. El mercenario

olió el terrible aroma de la furia del wyrm, que estudiaba el cadáver de su amo.

Todos a una los dragones gritaron, pero Abdel ya no lo oyó. El mundo material había empezado a disolverse.

Se encontró postrado sobre un frío suelo marrón. Tenía el cuerpo cubierto de quemaduras, pero notaba que empezaba a recuperarse. Pocos segundos más tarde ya pudo ponerse de pie.

Había regresado al reino de Bhaal, en el Abismo. Ante él se extendían las amplias llanuras vacías, pero ya no se veían tan yermas. La tierra mostraba una oscura y fértil tonalidad parda, y en el cielo se adivinaban jirones de lo que podían ser nubes de lluvia que empezaban a formarse. Asimismo distinguió las ya familiares puertas flotantes, aunque sólo quedaban tres.

Nada más lejos del ánimo de Abdel que los asuntos mágicos, pero incluso para él fue evidente lo que estaba sucediendo en aquel mundo: con la muerte de los descendientes de Bhaal, la esencia del Dios de la Muerte estaba regresando al plano abisal del que había surgido. Aquel mundo, antes muerto, resucitaba lentamente, aunque quién sabía qué tipo de vida podría nacer en aquel reino maldito.

Oyó los pasos de alguien que se le acercaba por la espalda y se volvió para ver quién era, sin saber a quién o qué esperar.

¿Acaso Sarevok lo había seguido? ¿O tal vez era el espíritu de que lo había guiado hasta allí? ¿O quizá se trataba de aquel ser sobrenatural que se le aparecía para hostigarlo con más profecías o para ofrecerle más consejos velados tan ininteligibles como inútiles? Abdel estaba preparado para cualquier cosa menos para encontrarse con quien se encontró.

—¡Jaheira!

La semielfa le sonrió.

—Rogué a Mielikki para que vinieras antes de que fuera demasiado tarde —susurró.

Abdel la estrechó con fuerza contra su pecho, incapaz de dejarla ir, como si esperara fundirse con ella para no volver a perderla nunca.

—Creí que habías muerto —declaró entre lágrimas de alivio.

La druida se aferraba a él con la misma desesperación que Abdel, pero al hablar su voz estaba preñada de dolor.

—He muerto, Abdel. Por eso estoy aquí.

De mala gana Abdel la soltó para mirar a los ojos de su amada y convencerse de que bromeaba. Pero lo que vio fue un anhelo tan intenso, que sintió que el corazón se le partía en dos.

—¿Eres un... un fantasma?

Jaheira le acarició con dedos largos y delicados la frente para alisarle las arrugas

que se marcaban en ella fruto de la confusión. Tenía los dedos cálidos y suaves.

—Lo que ves no es más que mi espíritu, amor mío. Mi cuerpo ya no existe, aunque en este plano mi espíritu es tan real como lo era mi yo físico en el plano mortal.

—¡No! —gritó Abdel furioso, atrayendo de nuevo hacia sí el terso y musculoso cuerpo de la semielfa—. ¡No, no puede ser cierto!

Jaheira apoyó la cabeza en el poderoso pecho del mercenario. Abdel aspiró la sutil fragancia del cabello de su amada.

—Es cierto, amor mío —susurró ella—. Tenemos que aceptarlo y aprovechar el tiempo que puedo estar aquí. Supliqué a mi Mielikki que me permitiera estar en este plano, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Mi vínculo contigo me mantiene aquí, pero mi alma debe fundirse pronto con la naturaleza.

Abdel la apartó de sí, negándose a darse por vencido.

—¡No, no tiene por qué ser así! Resucité a Sarevok y puedo hacer lo mismo contigo.

Jaheira negó suavemente con la cabeza.

—No, Abdel, es imposible. Yo no soy hija de Bhaal, por lo que no poseo la esencia que compartís tú y Sarevok. No puedes entregarme un pedazo de tu alma para darme de nuevo vida.

—¿Por qué no? Podría funcionar. Merece la pena intentarlo. —El mercenario dio media vuelta y se encaminó a la puerta más próxima, decidido a regresar al plano material y repetir el ritual gracias al cual Sarevok se había reencarnado.

—Te lo suplico, Abdel, detén esta locura. —La dulce súplica de Jaheira tuvo la virtud de dejar como paralizado al mercenario. Una parte de él ya sabía qué iba a decir ella después.

»Aunque logres ejecutar el ritual para resucitarme, ¿qué ganarás con eso? Ya has visto a Sarevok; no está vivo de verdad. No es más que un objeto frío y sin emociones. ¿Es eso lo que deseas para mí?

Abdel inclinó la cabeza y se volvió para mirar a su amada. Lágrimas de desesperación le quemaban los ojos.

—Tal vez Sarevok ya era así cuando estaba vivo. Tal vez tú volverás a ser la que eras.

Jaheira se acercó lentamente a él con una leve sonrisa en los labios.

—No, amor mío. No es así cómo funciona la naturaleza. Mi tiempo en el mundo de los vivos ha pasado, y mi tiempo en este mundo se acerca a su fin. Comparte conmigo lo poco que nos queda. No lo malgastemos con absurdos planes y deseos imposibles. Disfrutemos del tiempo que nos queda juntos.

La semielfa lo tocó y Abdel sintió un hormigueo en la piel. Su sangre ardía de deseo. Con manos temblorosas despojó a Jaheira de la sencilla túnica que la cubría,

dejando al descubierto sus senos antes de estrecharla contra sí. Los dedos de Jaheira se deslizaron bajo lo poco que quedaba de su chamuscada camisa y trazó un sensual sendero por la poderosa espalda del mercenario, acariciándole los músculos antes de romperle los pantalones hechos jirones.

Abdel la tomó allí mismo sobre la blanda tierra parda del reino de Bhaal. Hicieron el amor con pasión, de un modo primario, alimentados por un urgente deseo y por la profunda nostalgia de saber que tendrían que separarse muy pronto. Sobre sus cabezas los cielos estallaron en una tormenta de rayos y truenos, empapando a los dos amantes con fríos goterones que no lograban aplacar su ardor.

Al acabar se quedaron tendidos uno junto al otro en el frío barro, dejando que la lluvia los limpiara.

Jaheira se acurrucó contra Abdel, se acomodó entre sus brazos y trató de calmar los escalofríos que recorrían su desnudo cuerpo con el calor de su amado. Agotado después de la furiosa cópula, Abdel abrazaba a Jaheira y se engañaba diciéndose que siempre estarían juntos.

Los chubascos cesaron y sus empapados cuerpos se fueron secando lentamente bajo el vacío cielo nocturno de aquel plano abisal. Abdel nunca supo cuántas horas pasaron juntos, consolándose mutuamente con la presencia del otro. Una eternidad no le hubiera parecido más que un instante. Ningún período de tiempo, por largo que fuera, podría compensarlo por la injusticia de tener que renunciar a la mujer a la que amaba.

Finalmente fue Jaheira quien rompió el abrazo.

—Tengo que irme —se disculpó, tratando de ponerse en pie.

Abdel la agarró suavemente pero con firmeza de la muñeca, impidiéndole que se levantara.

—¿Cómo puede ser esto posible? —le preguntó, clavando la vista en los ojos violeta de la semielfa, en cuclillas sobre él—. ¿Cómo voy a seguir adelante sin ti?

Jaheira se inclinó para besarlo en los labios, y luego se apartó dulcemente.

—Encontrarás la manera, Abdel. Debes hacerlo. No dejes que mi muerte te amargue la vida. Si permites que el odio y el pesar consuman tu mente, la lacra de Bhaal se apoderará de toda tu alma.

—No quiero estar solo —susurró él.

—No estarás siempre solo. Habrá otros. Otros amigos. Otras amantes.

El corpulento mercenario negó con la cabeza.

—No. No como tú. Nunca habrá otra como tú.

Nuevamente la semielfa sonrió, aunque sus ojos expresaban tristeza.

—Te he amado como había amado a ningún otro hombre, Abdel. Pero también amé a mi marido, a Khalid, como a ningún otro hombre. Algún día, espero que encuentres a alguien con quien compartir el amor, como yo lo encontré, y no por eso

será menos precioso lo que nosotros dos tuvimos.

Lanzando un descorazonado suspiro Abdel se levantó.

—Tú eres mi fuerza y mi sabiduría, Jaheira. Sin ti estoy perdido. No puedo enfrentarme al mundo solo. Sin ti no soy nada.

—Eres Abdel Adrian, el héroe de Puerta de Baldur, el salvador del Árbol de la Vida, hijo natural de Bhaal que fue educado por Gorion, amado de Jaheira. Tú eres quien eres, Abdel, y nada cambiará eso. Te espera un camino difícil. Tu futuro es un túnel largo y oscuro. Pero si recuerdas quién eres, estoy segura de que saldrás a la luz del otro lado.

—¿Volveré a verte? —preguntó Abdel, temeroso de la respuesta.

Jaheira posó un beso en el pecho del hombre. Tenía los labios fríos. A Abdel se le puso la piel de gallina.

—Ni siquiera los dioses pueden saberlo, amor mío.

Su voz sonaba distante, como si le hablara desde el otro lado de una gran sima.

—¡No! —gritó Abdel, extendiendo una mano para tratar de retener a su amada—. ¡No, aún no! ¡No te vayas todavía!

Pero sus manos atravesaron a Jaheira como si ésta no fuera más que bruma.

—¡No! —gritó de nuevo, mientras la semielfa empezaba a desvanecerse ante sus ojos, como una columna de humo que la brisa disipa. Su cuerpo se disolvía, arrebatado por una fuerza mayor que Abdel no podía detener ni comprender.

Justo antes de que sus rasgos acabaran de desdibujarse, Jaheira pronunció las últimas palabras que Abdel volvería a oír de sus labios.

—Te quiero, Abdel Adrian. Siempre te querré.

Abdel trató una vez más de asir aquella vaporosa brizna de viento y luego cayó de rodillas. Jaheira se había marchado y él se había quedado solo en el plano de su padre, llorando como un niño y arañando la oscura y húmeda tierra lleno de dolor e ira.

El sol aún no asomaba por encima de los muros de mármol del monasterio cuando Melissan se levantó. Balthazar todavía no había hecho acto de presencia, pese a que sus seguidores no dejaban de asegurarle que lo esperaban de un momento a otro. Lo había buscado por todos los rincones del monasterio sin dar con él. La mujer guerrera empezaba a recelar.

Mucho tiempo atrás aprendió a no confiar en nadie. En el pasado, muchos de los descendientes de Bhaal a los que había querido salvar la habían traicionado. Conocía a Balthazar desde hacía mucho tiempo, desde que los Cinco nacieron. El monje había sido su aliado más poderoso durante todo ese tiempo. Por ello había consentido que la separaran de Imoen al llegar al monasterio. Pero ahora, con Balthazar ausente, albergaba dudas.

El descubrimiento de los monjes muertos a los pies de la torre, aún de pie y rígidos, confirmó sus sospechas. La espigada mujer subió los escalones de dos en dos, sabiendo perfectamente lo que encontraría cuando llegara arriba.

A Imoen le habían seccionado la garganta y cortado la cabeza. Su asesina, Sendai, le había dejado en la frente su marca. Observando el truculento cadáver Melissan se dio cuenta de que ni los más poderosos sacerdotes de Tethyr podrían resucitarla. Sendai había profanado el cuerpo sin vida de la joven, había contaminado sus restos con viles ponzoñas y había absorbido la ínfima parte de esencia de Bhaal que le quedaba en el alma.

Y todo eso lo había hecho delante de sus mismísimas narices. Melissan sabía que Sendai ya estaría lejos. La drow nunca permitiría que la pillaran en la superficie a la luz del día. Sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Ni siquiera se había dado cuenta de que Sendai las acechaba. Nada había augurado aquel final, lo cual solamente podía significar una cosa.

Balthazar y Sendai se habían confabulado contra ella.

La mujer masculló una maldición por no haberlo previsto. Se había confiado, había creído que de todos sus aliados Balthazar sería el último que la traicionaría. Tontamente había creído que los monjes podrían proteger a Imoen hasta que Abdel regresara tras vencer a Abazigal. Imoen había pagado las consecuencias de su ingenuidad.

Con Imoen muerta el siguiente objetivo de Sendai sería Abdel. Tras acabar con él, la misión de los Cinco habría concluido o casi, pues el último paso que darían antes de intentar resucitar a Bhaal sería matarla a ella.

Oyó alboroto en el patio. Algún monje había descubierto los cuerpos sin vida de sus compañeros. De pronto Melissan comprendió que corría un peligro inminente. No era muy probable que Balthazar hubiese corrompido a toda la orden. Los monjes

nunca lo ayudarían voluntariamente de saber que estaba aliado con una asesina drow.

Pero sin una prueba incontestable de la traición de Balthazar los monjes cuestionarían el liderazgo de su iluminado prior. Creerían sin dudar cualquier mentira de Balthazar. Si el prior les decía que Melissan trabajaba con los Cinco, los monjes lo aceptarían como un hecho probado sin plantearse siquiera la implicación de Balthazar en la muerte de Imoen. Si los monjes la encontraban allí, junto al cadáver mutilado de la muchacha a la que habían jurado proteger...

Melissan oyó el sonido de muchos pies que subían cautelosamente por la escalera. Ya no era la única que había reparado en los rígidos cadáveres de los hermanos Regund y Lysus.

Los monjes se movían con recelo, como si esperaran encontrar dentro de la torre al asesino de sus dos hermanos.

La mujer oía su lento y pesado avance. Se movían sin prisas, conscientes de que en el primer piso no había ninguna ventana y que el único modo de salir era por la escalera protegida por una docena de monjes guerreros.

Maldiciéndose por no haber previsto la traición de Balthazar, Melissan murmuró un rápido hechizo. Su cuerpo tembló y desapareció, haciéndose etéreo al igual que sus ropas y todo lo que llevaba encima. El incorpóreo espíritu de la mujer, libre ya de las ataduras del mundo mortal, atravesó el suelo de la torre hasta llegar abajo. Luego cruzó sin ser vista el patio, dejó atrás los muros de mármol y recorrió las casi desiertas calles de Amkethran. No disipó el hechizo hasta haber dado con una montura con la que cruzar velozmente el desierto.

No tenía poder suficiente para enfrentarse al mismo tiempo a Balthazar y Sendai, pero Abdel sí, si es que seguía con vida.

La mujer estaba resuelta a preservar la vida del mercenario casi a cualquier precio. Tenía que advertirle que Sendai trataría de asesinarlo. Seguramente la elfa oscura estaría preparándole ya una emboscada en algún lugar entre Amkethran y las montañas Alimir, donde Abazigal tenía su guarida. Si Abdel seguía con vida se estaría dirigiendo hacia Amkethran, es decir, iría de cabeza hacia la trampa de Sendai.

La drow le llevaba media noche de ventaja, por lo que Melissan espoleó a su caballo y se alejó a galope tendido de las chozas de Amkethran y de los impresionantes muros de mármol del monasterio.

Abdel se sentía vacío y entumecido. Lleno de dolor, se deslizó al suelo y empezó a golpearlo. La pena brotó de él en forma de lágrimas y gemidos de angustia, hasta que ya nada le quedó dentro. Su espíritu estaba vacío, y su cuerpo desnudo no era más que un recipiente sin nada dentro.

Abdel lo llenó con lo único que le quedaba: pensamientos de venganza. Ya no le importaba el destino de sus hermanos de sangre. Por lo que a él respectaba, Bhaal

podía resucitar y asolar el planeta, o permanecer muerto para siempre más. La muerte de Jaheira lo había liberado de la confusión y del embrollo moral que conllevaba estar en el centro de tan épicos sucesos. Su vida se había vuelto muy simple. Mataría a los Cinco para vengar a Jaheira. Más allá de eso nada importaba.

Pero no podría vengarla allí, revolcándose en el lodo del reino de Bhaal. Abdel Adrian se levantó y atravesó la más próxima de las tres puertas restantes.

Al salir se encontró en la cima de la montaña, justo delante de la entrada del cubil de Abazigal. Por la posición del sol supuso que debía de haber estado ausente varias horas, aunque en el Abismo había transcurrido toda una noche. A su alrededor vio claros signos de una encarnizada batalla, la que Sarevok había librado contra la horda de dragones de Abazigal.

Junto al cuerpo sin cabeza de Abazigal vio desperdigadas por el suelo cubierto de sangre media docena de cuerpos de grandes dragones. Estaban llenos de cicatrices y profundos tajos que los desfiguraban causados por las hojas forjadas en las piernas y los brazos de Sarevok, u horriblemente mutilados y corneados por los terribles pinchos que sobresalían de las rodillas y los codos del oscuro guerrero.

En cuanto a Sarevok, había desaparecido. Entre los restos de dragón se veían diseminados trozos de su armadura, partidos en dos por poderosas garras, o chamuscados y ennegrecidos por el fuego y el ácido que lanzaban por la boca sus alados enemigos. A los pies de mercenario yacía el yelmo con visor del guerrero casi partido en dos. Del cuerpo de Sarevok, ni rastro.

No lo sorprendió. Seguramente los dragones victoriosos habrían devorado la carne del enemigo vencido, si es que había algo que devorar. Tras su encuentro con el espíritu de Jaheira no podía evitar preguntarse si Sarevok había sido algo más que una armadura animada por un espíritu incorpóreo. Fuera lo que fuese Sarevok, hombre o fantasma, las pruebas de su horrible final eran muy evidentes.

Los varios cuerpos sin vida de la horda de reptiles hablaban de una legendaria batalla. Sarevok se había batido como un héroe antes de sucumbir ante un enemigo que le sobrepasaba ampliamente en número. Si la muerte de Jaheira no lo hubiera dejado sin capacidad de sentir emociones, Abdel habría derramado una lágrima por el noble sacrificio de su hermanastro. Sarevok le había salvado la vida al batirse solo con los dragones, mientras Abdel se refugiaba en el mundo abismal del Dios de la Muerte.

No obstante, los actos heroicos ya no lo conmovían. Lo único que veía al contemplar el sangriento campo de batalla era que Sarevok había muerto y que los dragones, privados de su amo, se habían marchado.

Pero él seguía vivo. Tembló cuando una ráfaga de viento frío azotó la cumbre, y se dio cuenta de que estaba desnudo, pues la abrasadora magia de Abazigal le había reducido la ropa a cenizas. Registró el campo de batalla buscando algo con que cubrir

su desnudez. Al final se vio obligado a arrancar del cuerpo decapitado de Abazigal su túnica manchada de sangre.

La holgada prenda apenas le llegaba a las rodillas, y las mangas le quedaban muy cortas. Pero era mejor llevar aquella túnica con capucha que ir totalmente desnudo. Armado únicamente con el pesado sable que rescató de la carnicería final de Sarevok, emprendió el largo descenso de la montaña.

Al llegar abajo descansó muy brevemente antes de ponerse en marcha hacia Amkethran. Solamente tenía una meta: encontrar a Melissan y pedirle que lo condujera hasta el resto de miembros de los Cinco para hacerles pagar cara la muerte de Jaheira.

Guiándose por las indicaciones de Melissan, Abdel calculó que Amkethran debía de encontrarse a unos diez días de marcha o más en dirección oeste. Allí, en un monasterio dirigido por un hombre llamado Balthazar, lo esperaban Melissan e Imoen. Para llegar hasta ellas tendría que atravesar el brazo meridional del bosque de Mir. Eso o dar un largo rodeo hacía el norte o hacia el sur para sortear el vasto bosque. Antes de despedirse en Saradush Melissan le había aconsejado que tomara una de las rutas más largas pero también más seguras y que evitara la peligrosa floresta.

En menos de un día se plantó en la linde oriental del bosque de Mir. Más allá de su límite occidental se encontraba Amkethran. Impulsado por la urgencia de derramar la sangre de los Cinco ni siquiera pensó en la posibilidad de ir por el camino más largo, sino que se internó en la densa vegetación sin dudar.

Antes de que acabara el tercer día ya se arrepentía de aquella decisión. El viaje hasta el bosque de Mir había sido coser y cantar, pero una vez dentro del oscuro bosque avanzaba a paso de tortuga. La mayor parte del tiempo se la pasaba rompiendo y partiendo ramas, o abriéndose paso a través de espesos matorrales llenos de pinchos. Tenía suerte si avanzaba quince kilómetros en un día. Empezaba ya a preguntarse si no habría ido más rápido si se hubiera decidido a rodear aquel bosque casi impenetrable.

Al menos los letales moradores que según las leyendas poblaban el bosque de Mir no lo molestaron. Abdel sospechaba que los rumores sobre su existencia no eran más que exageraciones. O tal vez su poder era ahora tan grande que incluso las espeluznantes criaturas que se ocultaban en las sombras instintivamente sabían que era más prudente evitar un enfrentamiento con aquel intruso.

Maldiciendo su lento avance y su estupidez al no seguir el consejo de Melissan, Abdel siguió abriéndose camino por la maleza.

Abazigal fracasaría. Sendai lo sabía, del mismo modo que sabía que la arrogancia del semidragón no era más que una máscara que escondía su yo verdadero: un

estúpido mestizo tan asqueado de su existencia que pretendía salvarse tratando de convertirse en lo que no era. La drow estaba al tanto del absurdo plan del mago para unir a todos los dragones de Faerun. También conocía su ridículo sueño de convertirse en un wyrm puro y sabía que alguien tan patético sería incapaz de acabar con el avatar de Bhaal.

Abdel Adrian mataría a Abazigal y luego iría a reunirse con su patética hermanastra en Amkethran, ajeno al hecho de que Sendai ya había devorado el corazón de la joven cuando todavía latía, del mismo modo que devoraría el corazón de Abdel.

La drow había cabalgado velozmente y sin tregua desde que asesinara a Imoen, viajando al amparo de la noche y refugiándose del maldito sol durante el día. Estaba ansiosa por guarecerse en el bosque de Mir antes de que Abdel lograra atravesarlo. Allí, en la reconfortante oscuridad de los árboles pensaba tender la trampa al último de los hijos de Bhaal. No obstante, le costó casi cuatro noches llegar a la linde oriental y encontrar la estrecha trocha llena de maleza que buscaba.

El camino entre el enclave de Abazigal y Amkethran no era muy transitado, pero Sendai sospechaba que Abdel daría con él. Aunque fuese una senda traicionera y estuviera en mal estado era la única ruta posible para atravesar el brazo meridional del bosque de Mir. Si Abdel se encaminaba directamente a Amkethran, en algún momento se toparía con aquella senda.

Ajeno a lo sucedido en el monasterio el mercenario se creería a salvo en su viaje a Amkethran. Si todo salía conforme a los planes de la drow, caería de bruces en su trampa. Tras eliminar al hijo adoptivo de Gorion, ella y Balthazar se desharían de Melissan.

La drow trabajó de prisa, sembró el suelo con lazos y cables trampa y empleó generosamente su arsenal de venenos. Había elegido un lugar situado en los oscuros confines del bosque de Mir donde las densas sombras que proyectaban los árboles, que crecían tan juntos que tapaban el sol, le facilitaban el trabajo. Allí esconder sus trampas era tan sencillo como arrojar un puñado de tierra encima del disparador o enterrar una trampa bajo la hojarasca.

Se pasó casi todo un día preparando la emboscada, tras lo cual se refugió en las ramas que cubrían la trocha y se dispuso a esperar a su víctima.

A través del denso follaje de los árboles que amenazaba con ahogarlo, Abdel no distinguía el sol de mediodía. El bosque de Mir era tan denso, tan oscuro y tan inquietante como las leyendas proclamaban. El día anterior había tenido la buena fortuna de toparse con una trocha que conducía en dirección de Arnkethran.

Tras tres días de lento avance abriéndose paso a duras penas por la maleza, Abdel estaba decidido a recuperar el tiempo perdido. Pero la penetrante penumbra, incluso

en aquella senda que alguien había abierto por el bosque, le entorpecía la marcha. Mientras corría por la estrecha vereda tropezaba constantemente con raíces ocultas en la opresiva oscuridad.

Concentrado en tratar de atravesar la negrura con los ojos, no reparó en el cable tendido de un lado al otro del camino.

Notó un leve tirón cuando lo rompió con una pierna, oyó el chasquido de un muelle que se soltaba y acusó el impacto de una docena de diminutos dardos, que atravesaron la gruesa tela de su túnica y se le clavaron en el muslo derecho.

Instantáneamente la pierna se le quedó insensible y cayó de bruces sobre los pequeños pinchos escondidos debajo de un montón de hojas. Una docena de diminutas puntas atravesaron la túnica hasta la carne del tronco, y Abdel sintió cómo el corrosivo veneno que cubría los pinchos empezaba a disolverle la piel.

Rodó a un lado y acabó tendido de espaldas, agitando frenéticamente las manos contra los círculos de ardiente dolor que lentamente se extendían desde las pequeñas heridas en el pecho y el abdomen. Entonces oyó el crujir de madera seca y el suelo desapareció bajo él.

Con una mano logró asirse al borde del agujero. Durante un segundo se quedó colgando por encima del fondo, que no se veía, imaginándose qué atrocidades le esperaban abajo. Oyó débilmente el ruido que hacían las ramas secas que disimulaban el agujero al llegar al fondo.

El mercenario salió a pulso de la trampa. Inmediatamente trató de ponerse en pie, pero tenía una pierna paralizada y se tambaleó hacia adelante. El lazo se estrechó en torno a su tobillo izquierdo y algo tiró hacía arriba de la pierna buena. Abdel se encontró colgado cabeza abajo. La túnica se le bajó hasta la cabeza y el rostro, dejando al descubierto el resto de su cuerpo.

Mientras pugnaba por destrozarla y poder ver, pequeñas sacudidas de dolor le acribillaron el cuerpo. Docenas de dardos disparados por su invisible atacante se le hundieron en la carne. Abdel notó que perdía fuerza por momentos, mientras que brazos y hombros se le quedaban tan entumecidos como la pierna. Pocos segundos después ya era incapaz de moverse. La túnica se le deslizó por la cabeza y cayó sobre el suelo del bosque.

Una delgada figura vestida de negro saltó desde las ramas de arriba y aterrizó suavemente en el suelo a pocos metros de distancia. Aunque la veía del revés, Abdel distinguió claramente los angulosos y puntiagudos rasgos de una elfa. Tenía la piel del color de la ceniza. El mercenario trató de articular la palabra «drow», pero el veneno paralizante que le habían inyectado los dardos lo había dejado completamente inmovilizado.

La drow se acercó a él y se sacó del cinto una daga cubierta de runas. Abdel reconoció aquellos símbolos, pues ya los había visto en el hacha de Yaga Shura y en

las flechas de Illasera. Aquella elfa oscura pertenecía a los Cinco.

Abdel trató de girar sobre sí mismo para poder cortar la soga que lo sujetaba, pero los músculos no le respondían. Ni siquiera podía mover los dedos, ni tampoco lanzar un grito de frustración. Tenía a una de los Cinco a menos de tres metros y no podía hacer nada.

Su mente se llenó de imágenes de violencia y ferocidad sin límites. Se imaginó a sí mismo despedazando lentamente a la menuda elfa. Imaginó cómo su espada le partía el cráneo, y cómo fragmentos de su cerebro salpicaban los gruesos troncos de los árboles que los rodeaban. Tenía fantasías de tajarle el estómago y contemplar cómo la drow trataba en vano de impedir que las entrañas se le derramaran sobre la maleza del bosque. Pero la realidad era que se encontraba colgando de un lazo como un pedazo de carne, balanceándose levemente de un lado al otro.

Con un rápido movimiento de la daga, la drow cortó la soga. Abdel cayó al suelo como una piedra. Incapaz siquiera de rodar sobre los hombros para amortiguar la caída, se dio de bruces contra el suelo.

En su alma prendieron las abrasadoras llamas de la furia de Bhaal. En vez de apagarlas como tantas veces había hecho, esta vez avivó las brasas del odio hasta que se convirtieron en un infierno de locura que rugía dentro de su impresionante cuerpo.

La drow se agachó junto al cuerpo inmóvil de Abdel y le dio la vuelta para ver los ojos de su indefensa víctima.

—Imoen ha compartido tu mismo destino —susurró, con la intención de asestar un cruel golpe al corazón de Abdel antes de rajarle la garganta—. Yo misma la maté.

Aunque no podía hablar, en la mente de Abdel resonaron gritos de protesta. ¡No, Imoen no! La muerte de Jaheira le había destrozado el alma y había creído que el dolor que sentía por la muerte de su amada era infinito. Pero el saber que también Imoen yacía muerta abrió nuevas heridas en su espíritu. El insoportable sufrimiento —un dolor en el corazón mucho peor que cualquier herida que le hubiesen infligido— se acrecentó. Gorion, Jaheira e Imoen. Tenía las manos manchadas con su sangre.

La drow seguía hablando, pero Abdel ya no entendía lo que decía. La parte de su ser que era Abdel Adrian había desaparecido consumida por las abrasadoras tinieblas de Bhaal. Solamente quedaba la malvada esencia del Dios de la Muerte. Como había sucedido mientras se hallaba sometido a los conjuros del brujo Irenicus, su cuerpo empezó a cambiar. Esta vez Abdel lo alentó. Los huesos se le quebraron y la piel se le reventó, incapaz de contener un esqueleto cuatro veces mayor que el suyo propio. Sus manos se tornaron garras, y su cabeza una horrible combinación de mandíbulas y colmillos. De su pecho brotaron con violencia dos brazos más con dedos acabados en zarpas que hendían el aire. Su piel formó un exoesqueleto duro formado por quitina. El Aniquilador hollaba de nuevo la faz de Faerun.

La transformación se completó en cuestión de segundos. Lo que antes era Abdel

ya no era más que una abominación, tumbado sobre la espalda bajo las retorcidas ramas de los árboles. Sendai retrocedió de un salto, llena de horrorizada sorpresa. Sus aguzados instintos de supervivencia la salvaron de una muerte rápida y violenta.

La elfa oscura no esperó para comprobar si aquel monstruoso ser podía moverse, sino que desapareció entre los árboles. Pero ya era demasiado tarde para salvar la vida. La cosa que yacía en el suelo del bosque no era un ser perteneciente al mundo mortal, por lo que el veneno paralizante que Sendai había inyectado en el cuerpo de Abdel no lo afectaba. Además, era mucho más rápido que la drow.

La figura de la ágil asesina sólo podía entreverse fugazmente entre los gruesos troncos y las robustas ramas de los árboles. La densa vegetación le dificultaba la huida, aunque pensaba que a la enorme criatura que la perseguía aún le costaría más avanzar. El espeso follaje la ayudaría a ocultarse de la vista del monstruo, y ningún sonido podría delatarla.

Pero el Aniquilador no necesitaba verla ni oír-la para localizarla. Podía olerla, como podía oler a cualquier ser vivo. El enorme demonio saltó chocando con cabeza y hombros contra el dosel de hojas y ramas que se le cruzaban en el camino. Una vez localizado el olor de la drow, se lanzó en su persecución.

Mientras que Sendai se veía obligada a sortear los árboles, el Aniquilador tomó el camino directo, pisoteando los arbustos y dejando tras de sí una ancha estela de troncos hechos pedazos, árboles arrancados de raíz y vegetación aplastada. El terrible fragor de su persecución se oía por todo el bosque de Mir, lanzando a la fuga a aves, animales de caza y a otras bestias mucho más monstruosas. Lo único que interrumpió el estrépito fueron los chillidos de Sendai cuando el Aniquilador la atrapó.

El monstruo la despedazó con sus cuatro brazos, se bañó con su sangre y gozó del sufrimiento de su víctima, a la que fue descuartizando en pequeños trozos. Después de devorar las entrañas de la drow, arrojó a un lado lo poco que quedaba de ella como si sintiera la invisible esencia de Bhaal que emanaba del cadáver como el tufo de maldad corrompida.

Abdel Adrian recuperó su forma humana. Había regresado al Abismo, al reino de su padre.

Balthazar estaba sentado inmóvil en la habitación superior de la torre central del monasterio, cuya existencia era un secreto. No era más que una diminuta pieza rodeada por completo del grueso mármol del tejado de la torre. No había puertas, ni ventanas, ni tampoco ninguna entrada ni salida física. El único modo de acceder era a través de los místicos conductos de una mente iluminada. Aquella habitación era el sanctasanctórum de Abazigal, inviolable e inexpugnable. Ni siquiera sus propios discípulos podían entrar, pues solamente él había alcanzado la disciplina mental que le permitía transportar su cuerpo a través de la roca sólida y llegar a aquella aislada

celda de meditación.

No necesitaba ni bebida ni alimento, ni tampoco aire. Su cuerpo había alcanzado un grado de pureza, un estado de conciencia y existencia muy superior a la existencia física que aprisionaba a todo el mundo en cadenas que ni siquiera veían.

Llevaba todo un día en aquella sala de hibernación cuando Melissan llegó con la chica, Imoen, aunque el tiempo carecía de importancia cuando se hallaba en aquel estado. Se quedó allí mientras Sendai degollaba a la hija de Bhaal, y tampoco se movió cuando Melissan escapó. Y todavía seguía allí, concentrándose y preparándose mentalmente para la próxima batalla.

Desde lo alto de la torre podía ver y oír todo lo que sucedía en el continente: los secretos de los nobles de Aguas Profundas que conspiraban en sus altas torres, los susurros clandestinos de los adúlteros de Amn que se intercambiaban bajo las sábanas de una taberna de mala nota, la risa de los plebeyos de Sembia en una cantina, las plegarias que derramaba un viudo de Las Tierras de los Valles sobre la tumba de su esposa, y también los agónicos chillidos de una drow en el bosque de Mir.

Ya sólo quedaban dos hijos de Bhaal: Abdel y él mismo.

Y pronto sólo quedaría uno. Melissan ya nada pintaba en su destino; el Ungido de Bhaal era irrelevante. Ciertamente que Melissan aún debía desempeñar un papel, pero era secundario. Enviaría a Abdel en pos de Balthazar. Lucharían.

Balthazar mataría a Abdel. Y todo acabaría.

De pie en el plano de Abismo que otrora fue el hogar de Bhaal, Abdel recordó haberse convertido en el Aniquilador, recordó la sensación de su cuerpo que se transformaba en el demonio, recordó haber corrido como un poseso por el bosque para dar caza a la drow, recordó haber desmembrado el blando y suave cuerpo de Sendai con sus garras así como el glorioso sabor de la muerte en los dientes y la lengua. Eran recuerdos lejanos y desdibujados, como si no fuesen suyos. Él no había hecho esas cosas. Abdel Adrian no era el responsable de aquella sangrienta carnicería. Había sido el Aniquilador.

—Pero tú liberaste al Aniquilador. —El ser que en otras ocasiones ya se le había aparecido se materializó ante él una vez más, y su voz infinita respondía a pensamientos que el mercenario no había formulado en voz alta.

Sin hacer caso del ser que tenía delante, Abdel fijó la atención en las puertas que le permitirían regresar al plano mortal donde seguir buscando venganza por la muerte de Jaheira. Solamente quedaban dos puertas.

—Cada vez que matas a uno de los Cinco van disminuyendo los potenciales destinos para ti y los de tu sangre.

Interesante, pero no lo suficiente para que Abdel decidiera quedarse a escuchar.

—Ten cuidado, Abdel Adrian —le advirtió la molesta criatura—. Corres el peligro de perderte en el Aniquilador. Es un demonio incontrolable. Te devorará desde dentro del mismo modo que devora a tus enemigos.

El fornido mercenario giró sobre sus talones para encararse con aquel ser que lo sermoneaba.

—¡No me importa! —le espetó, enfadado—. ¡Mientras pueda matar a los Cinco, me da exactamente igual lo que me suceda a mí!

El ser sobrenatural meneó la cabeza.

—Abdel, temo por tu futuro y por el futuro de Abeir-Toril. Hay muchas cosas que ignoras. Si el poder al que sirvo no me lo prohibiera, podría contarte muchas cosas.

—Nada de lo dijeras podría afectarme ahora —aseguró Abdel a su anfitrión con desdén—. No puedes devolverme a Jaheira, ni a Imoen ni a Gorion. La sangre de Bhaal que corre por mis venas únicamente ha traído dolor y muerte. Ya no me queda ninguna esperanza, ninguna posibilidad de ser feliz. Sólo me queda la venganza.

—Tu amargura es comprensible, Abdel. Pero el dolor y la muerte forman parte de la existencia, tanto de la mortal como de la inmortal. Tus palabras no deshonran el recuerdo de quienes caminaron a tu lado por el camino de tu destino. Aprende de su ejemplo.

—¿Aprender? ¿Aprender qué? —Abdel no hizo ningún esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía.

—Sarevok te enseñó que es posible redimirse.

—Y ahora está muerto.

—Jaheira te salvó por el poder de su amor.

—Y ahora está muerta.

—Gorion se sacrificó para que pudieras alcanzar tu destino.

—Y también él está muerto. ¿Es ésa la lección que quieres que aprenda? ¿La muerte? Conozco perfectamente esa lección, mi sobrenatural amigo, y pienso enseñársela a todos y cada uno de los miembros de los Cinco.

Su adversario cambió de táctica.

—Sólo queda uno de los Cinco. Mátalo y la sangre de Bhaal solamente sobrevivirá en ti.

Abdel se encogió de hombros.

—En ese caso me falta poco para completar mi trabajo. —Con estas palabras se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Mientras el plano de Bhaal se disolvía, oyó la voz infinita que le gritaba:

—El destino que te espera es más elevado que la venganza, Abdel. Rezo para que estés a la altura.

Melissan se topó con Abdel caminando por la única senda que atravesaba el brazo meridional del bosque de Mir, a poco más de un kilómetro de distancia del borde occidental del bosque. El fornido mercenario llevaba únicamente una túnica con capucha que le iba al menos dos tallas pequeña. En una mano sujetaba un pesado sable, y en la otra la daga de Sendai, fácilmente reconocible por los símbolos arcanos grabados en su superficie. Tenía el cuerpo cubierto de sangre y otros fluidos, iba descalzo y viajaba a pie.

—¡Gracias a los dioses que sigues vivo! —exclamó Melissan al verlo—. He venido a avisarte de que una asesina te busca. Es una de los Cinco.

—La drow está muerta —declaró simplemente Abdel—. Y también el hombre dragón.

—Abazigal y Sendai están ambos... —murmuró Melissan, pero se corrigió en el último momento y cambió de tema en medio de la frase—. Hemos sido traicionados, Abdel. Imoen ha muerto.

—Lo sé. —Abdel se sorprendió de lo mucho que seguían doliendo aquellas palabras. Bastaba con mencionar la muerte de su hermanastra para que sintiera que una daga se le clavaba en el corazón—. Cuéntame lo ocurrido.

—Buscamos refugio en el monasterio de Amkethran. Los monjes nos dieron la bienvenida, nos invitaron a entrar y nos prometieron protección. Se llevaron a Imoen a la torre central, para protegerla mejor, pero por la mañana estaba muerta.

—Fue la asesina drow, ¿verdad?

—Exactamente. Se llamaba Sendai. Pero me temo que tras el asesinato de Imoen se esconde algo más siniestro. Sospecho que el prior del monasterio, un monje llamado Balthazar, estaba confabulado con Sendai. Creo... creo que él es el último de los Cinco, Abdel.

»No sé si los demás monjes conocen su secreto, pero lo dudo mucho. Sirven a su superior con absoluta devoción, sin tener ni idea de quién es.

El corpulento mercenario se mordió un labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Presentía que Melissan no se lo había contado todo. Aún se callaba algo, guardaba secretos. Era evidente que era consciente de la amenaza que suponía Sendai y no había avisado ni a Abdel ni a Imoen. Pero al mercenario ya no le importaba cuál era el juego que la mujer se traía entre manos. Le había dicho más que suficiente.

—Dame tu caballo. Quiero estar fresco cuando llegue a Amkethran.

Pensó que Melissan trataría de disuadirlo o sugerirle otro plan que no fuera un ataque frontal, o que al menos le brindaría ayuda. Pero lo único que hizo fue deseárselo buena suerte.

Al llegar a las chozas de barro y a las tiendas de Amkethran, Abdel desmontó de un salto y se despojó de la túnica que llevaba, pues no quería que nada entorpeciese sus movimientos cuando se enfrentara a Balthazar. La visión de un hombre musculoso de más de dos metros de estatura, desnudo, cubierto de sangre reseca y blandiendo un pesado sable en una mano y una inquietante daga grabada con runas en la otra, ahuyentó a las pocas personas con las que se topó en el camino.

Las grandes puertas de hierro del monasterio estaban cerradas, pero Abdel las arrancó de sus goznes. Con cada muerte de uno de los Cinco había ganado más fuerza y poder, tanto que poco lo separaba ya de su inmortal padre. Abdel creía que hubiese sido capaz incluso de atravesar por la fuerza los muros de mármol.

Al cruzar las puertas destrozadas fue inmediatamente atacado por un ejército formado por los guardianes del monasterio. Los monjes guerreros luchaban sin armas, descargaban contundentes puntapiés contra las rodillas del mercenario, dirigían una lluvia de puñetazos contra su garganta y estrellaban sus rodillas contra la entrepierna de Abdel. Tal ataque hubiese quebrado los huesos de cualquier mortal.

Pero Abdel se iba quitando de encima a los monjes como quien ahuyenta moscas. Los obligaba a retroceder blandiendo el sable y la daga de Sendai. Los monjes esquivaban algunas de sus estocadas, o caían al suelo, heridos. Nada más lejos de la intención de Abdel que enzarzarse con ellos en una lucha, pues su único objetivo era abrirse paso entre ellos. Las muertes de los fanáticos seguidores de Balthazar nada significaban para él, por lo que no estaba dispuesto a perder un tiempo precioso persiguiendo a los heridos para rematarlos.

De haber deseado cometer una matanza, habría sido muy sencillo lanzar al

Aniquilador contra sus enemigos. Pero el demonio mataba indiscriminadamente; a él nada le importaba la sed de venganza de Abdel. Si liberaba al Aniquilador, era posible que Balthazar lograra escabullirse en la orgía de muerte que se organizaría. Así pues, aplacó las llamas de la maldad de su padre y siguió adelante con denodada y desapasionada determinación.

Los monjes se lanzaban sobre él, dispuestos incluso a dar sus vidas, a sacrificarse para detenerlo, pero se enfrentaban a un adversario inmune a sus puños y a sus pies. Pese a su abrumadora superioridad numérica, y pese al hecho de que Abdel ni siquiera se molestaba en matarlos, fueron incapaces de frenar su implacable avance hacia la alta torre que se alzaba en el centro del patio.

Sabía que Balthazar estaba dentro de la torre. Sentía el estigma de Bhaal en su presa reluciendo como un faro, apelando a la propia lacra del mal en su alma. Siguió ahuyentando a los molestos mosquitos que descargaban un golpe tras otro sobre su cuerpo invulnerable, mientras él clavaba la vista en la entrada a la torre fuertemente guardada.

Por aquella puerta salieron dos figuras armadas que blandían sus armas formando intrincados dibujos en el aire, al tiempo que entonaban extraños sonidos que resonaban por encima del fragor de la lucha. Eran magos enviados a detenerlo, en vista de la incapacidad de los monjes guerreros para hacerlo. La multitud que rodeaba a Abdel se alejó de él para evitar los efectos de los hechizos que iban a llover sobre él.

En torno a Abdel prendió el fuego y quedó envuelto en llamas. Del cielo caían rayos para hendirle el cráneo, y nubes de humos tóxicos le nublaban la visión. Ante él surgieron muros de hielo. Flechas encantadas brotaron de la nada para dar con certera precisión en su cuerpo, salpicándole la piel con ácido corrosivo allí donde se clavaban.

El mercenario siguió adelante sin vacilar. Abazigal a punto había estado de acabar con él gracias a su magia, pero con la muerte del semidragón y de la drow Sendai, había dado un paso más en su evolución. Ahora, los hechizos de los magos eran tan inútiles contra él como los golpes de los monjes guerreros. Abdel era el imparable mensajero de la muerte. Los magos se hicieron a un lado, y una solitaria figura de piel de ébano apareció en la puerta de la torre. Al igual que Abdel el hombre iba desnudo, aunque costaba darse cuenta pues estaba cubierto de tatuajes de la cabeza a los pies. Los colores y dibujos parecían cambiar y agitarse bajo la oscura carne del hombre, como si aquellos poderosos símbolos estuvieran dotados de vida propia. Aunque era unos treinta centímetros más bajo que Abdel, era igual de musculoso.

—¡Deteneos! —ordenó el hombre tatuado—. Ésta no es vuestra batalla.

Los monjes guerreros y los magos inclinaron respetuosamente la cabeza, retrocedieron y dejaron libre un camino para que pasara Abdel. Sin importarle que

podiera tratarse de una trampa, el mercenario corrió hacia aquel hombre, seguro de que era Balthazar.

El hombre desapareció dentro de la torre y Abdel lo siguió. Apenas había cruzado el umbral de un salto cuando oyó el horrible chirrido de la piedra al deformarse y retorcerse. Al echar un vistazo por encima del hombro comprobó sin ninguna sorpresa que la puerta había sido mágicamente sellada tras él, pues la piedra que formaba los muros de la torre se había cerrado sobre la abertura.

Entonces fijó su atención en el interior de la estructura. Lo único que había en la planta baja era una empinada escalera que conducía al primer piso, situada en el extremo más alejado. La planta baja era como un rueda o tal vez como un cuadrilátero de entrenamiento. Y en el centro lo aguardaba Balthazar.

—Esto debe acabar aquí —dijo el monje con voz que no era ni amenazante ni temerosa—. Debe acabar aquí y ahora.

Abdel no podría haber estado más de acuerdo.

El mercenario cargó contra el monje. Balthazar esperó hasta que tuvo al enemigo casi encima para girar el cuerpo a un lado. Con la mano izquierda empujó hacia abajo la punta del sable de Abdel, alejándolo de su cuerpo, mientras que con el antebrazo derecho daba un golpe a la muñeca izquierda de Abdel, con lo que desvió la trayectoria descendente de la daga de Sendai. Al mismo tiempo le puso la zancadilla, de modo de que el fuerte impulso que llevaba Abdel hizo que se tambaleara y fuera a estrellarse contra la dura piedra del muro más alejado.

Ileso pero ardiendo de ira y vergüenza por su ataque fallido, Abdel giró sobre sus talones para enfrentarse una vez más con su enemigo. Balthazar seguía de pie en el mismo centro de la habitación, esperando con toda la calma del mundo el siguiente movimiento de su rival.

—¿Comprendes por qué es preciso que mueras? —preguntó en tono casual.

—Sé que tú quieres resucitar a Bhaal, pero no es eso por lo que estoy aquí.

Tras pronunciar aquellas palabras Abdel se lanzó de nuevo contra el monje, se agachó y separó los pies, acercando así su centro de gravedad al suelo. Estaba seguro de que esa vez el monje no podría desviar su impulso con un simple giro del cuerpo.

Balthazar también se agachó y cuando Abdel se aproximó saltó y dio una voltereta en el aire sobre la cabeza de su asombrado adversario. Con el talón izquierdo golpeó al mercenario en la parte de atrás de la cabeza, dejándolo momentáneamente aturdido, mientras que con el pie derecho le propinaba un fuerte puntapié en la parte central de la espalda, lanzándolo de bruces contra el duro suelo.

Abdel se desplomó sobre el estómago y se quedó sin respiración. La cabeza y la espalda le dolían por los puntapiés recibidos. Notaba que ya le empezaban a salir moretones y que los lugares en los que había encajado los despiadados golpes se le hinchaban. A diferencia de los monjes guerreros entre los cuales se había abierto paso en el patio, Balthazar le infligía un daño muy real.

Era por los tatuajes. Al igual que las runas grabadas en las armas de los otros miembros de los Cinco, los dibujos y símbolos que cubrían los brazos y las piernas de Balthazar le daban el poder de causar daño al cuerpo de Abdel. El saberse vulnerable lo obligó a cambiar de táctica; tendría que actuar con mayor cautela. Lentamente se levantó y se encaró con el monje.

Tras su maniobra que desafiaba la gravedad, Balthazar había aterrizado ágilmente de pie y nuevamente aguardaba en el centro de la habitación. El monje prosiguió la conversación como si nada hubiera pasado.

—No tengo ninguna intención de resucitar a Bhaal. Es preciso eliminar para siempre de Faerun la maldad de Bhaal. Su estigma debe ser borrado de la faz de Abeir-Toril. Por eso debes morir.

La amarga risa de Abdel reverberó en los muros de piedra que los encerraban.

—¡Sé que eres uno de los Cinco! ¡Has asesinado a tus hermanos de sangre para robarles la esencia y así resucitar a nuestro padre!

—Sí, era uno de los Cinco —reconoció Balthazar, mientras Abdel se aproximaba cautelosamente trazando con sus dos armas hipnóticos dibujos en el aire—, aunque nunca compartí sus ideas. Ellos querían devolver a la vida a Bhaal, mientras que yo deseo asegurarme de que permanezca muerto para siempre. Matar a los poseedores de nuestra misma sangre contaminada servía tanto a sus propósitos como a los míos, por lo que los ayudé a dar caza a la descendencia del Dios de la Muerte. Pero siempre he tenido la intención de traicionarlos al final, Abdel.

El mercenario apenas prestaba atención a las mentiras que brotaban de los labios de su enemigo. No iba a permitir que su palabrería lo distrajera de su objetivo. Si el monje quería parlotear mientras él se le iba acercando, no sería él quien le mandara callar. Ya lo silenciaría rebanándole el pescuezo.

Aunque muy pocas veces luchaba con un arma en cada mano, Abdel sabía cómo sacar ventaja de ello al atacar. Empezó con una serie de estocadas y tajos ofensivos con el sable destinados a obligar al monje a retroceder y hacerle perder el equilibrio. A continuación dirigió la daga hacia los riñones de su enemigo, obligándolo a alejarse de la pequeña arma blanca, lo que le puso justo en la trayectoria del recio filo del sable.

Pero algo salió mal. Balthazar no reuló ante la primera salvaje arremetida, sino que paró la espada con la mano izquierda desnuda, giró la muñeca de modo que su palma se encontró con la parte plana del sable, y lo desvió sin que le causara ningún daño. Del mismo modo paró la segunda estocada. Presa de la desesperación, Abdel llevó la daga hacia arriba, pero el monje le propinó un fuerte golpe en el codo con la pierna, arrancándole la daga de la mano que débilmente la asía.

Balthazar se agachó y eludió lo que Abdel había esperado que fuese el golpe de gracia. El impresionante sable hendió el aire a poco más de dos centímetros de su cabeza.

Antes de que Abdel lograra invertir el impulso de su ataque, un rodillazo en la ingle lo hizo doblarse. Un instante después se enderezó bruscamente al recibir otro rodillazo en el mentón.

Cegado por el dolor, ni siquiera vio la veloz ráfaga de puñetazos en el pecho, aunque sí que sintió cómo varias costillas se rompían en rápida sucesión. Seguidamente sintió un par de firmes manos que lo agarraban con firmeza por una muñeca, lo levantaban y lo arrojaban por el aire. Fue a aterrizar pesadamente de espaldas.

—Mientras una sola gota de la contaminada sangre de Bhaal fluya por las venas de un ser vivo, existe la posibilidad de que alguien encuentre el modo de resucitarlo

—explicó tranquilamente Balthazar, que ni siquiera respiraba más agitadamente después de aquel asalto—. Al igual que todos los vástagos de Bhaal, tú posees la lacra de Bhaal, y debes morir por el bien del mundo.

Lentamente la visión de Abdel se fue despejando y enfocó el techo. Tenía la mano izquierda paralizada. Ni siquiera podía cerrar el puño. Cada respiración le causaba un terrible dolor, pues la caja torácica rota se expandía y se contraía. Tosió y casi se ahogó cuando la garganta se le llenó de sangre. Notaba cómo su cuerpo luchaba por recuperarse, por vencer a la poderosa magia contenida en cada puñetazo y cada puntapié recibido de Balthazar. Su cuerpo se estaba recuperando, pero lentamente.

—¿Y qué me dices de tí? —preguntó con voz ronca, tratando de ganar tiempo—. Tú también eres hijo de Bhaal. ¿Debes también morir por la sangre que corre por tus venas?

—Yo he aprendido a controlar el mal que alberga mi alma, Abdel. Estas marcas en mi cuerpo contienen mi malvada esencia gracias a una poderosa magia. Toda mi vida ha estado dedicada a alcanzar la disciplina mental que me permite mantener aprisionada en mi cuerpo y mi alma la cólera de Bhaal. Pero mientras viva habré personas que tratarán de liberar aquello que yo tanto me he esforzado por enjaular. Las oportunidades de que venzan son infinitesimales, pero incluso así el riesgo es demasiado grande. Cuando tú hayas muerto yo también moriré, Abdel. Nosotros dos somos los últimos. Tras tu muerte y mi suicidio ritual el mundo se verá por siempre libre de la amenaza del regreso de Bhaal.

Las costillas de Abdel se estaban juntando de nuevo, y notaba cómo los dedos de la mano izquierda recuperaban la sensibilidad y la fuerza. Pese a la tremenda paliza recibida no había soltado en ningún momento el pesado sable, pero necesitaba unos segundos más.

—Estás loco, Balthazar.

—Es una consecuencia inevitable de quiénes y qué somos. La esencia de Bhaal lleva consigo locura y muerte. Por mucho que tratemos de evitarlo, por buenas que sean nuestras intenciones, no podemos evitar poner de manifiesto los rasgos más oscuros heredados de nuestro padre. Y todos quienes nos rodean sufren.

Su cuerpo se había recuperado por completo, pero Abdel no se lanzó al ataque inmediatamente. Algo en las palabras de Balthazar sonaba a verdad. ¿Acaso Abdel no había sido siempre un heraldo de la muerte y el sufrimiento? ¿A cuántos hombres y a cuántas mujeres habría matado a lo largo de su carrera como soldado de fortuna? ¿A centenares? ¿A miles?

Algunas personas habían tratado de apartarlo de aquella vida de violencia; quienes lo amaban pese a su naturaleza salvaje. ¿Qué había sucedido a Gorion y a Jaheira? Estaban muertos, al igual que Imoen y Sarevok y cualquiera que entrara en contacto con él.

—¿No hay modo de librarnos del estigma de Bhaal? —inquirió Abdel, rezando para que Balthazar le diera al menos una brizna de esperanza antes de acabar con él.

—No podemos evitar la maldición de nuestro padre —el monje habló con voz apagada y pesarosa—. Muchos de nuestros hermanos simplemente sucumbieron ante ella y dejaron que la esencia los consumiera, por ejemplo Sarevok y los demás miembros de los Cinco. Otros trataron de resistirse a la oscuridad del Dios de la Muerte, como tú y yo. Pero estamos condenados al fracaso. Pese a todos nuestros esfuerzos vamos dejando una estela de muerte, dejamos un rastro de sangre, Abdel. Ni siquiera yo, con todo mi entrenamiento, he podido resistir los impulsos asesinos de Bhaal.

Lo que las palabras de Balthazar implicaban eran demasiado para que Abdel pudiera soportarlo. Si el monje estaba en lo cierto, él era el culpable de la muerte de Jaheira.

La semielfa estaba condenada desde el mismo momento que se asoció con alguien de su impura herencia. Abdel no iba a aceptarlo. No podía aceptarlo. ¿Cómo vengar su muerte si él era el culpable?

Abdel se aferraba a la idea de venganza como un ahogado se aferra a una cuerda que le lanzan desde la orilla. Era todo lo que le quedaba, lo único que podía llenar su vacío interior. Los Cinco habían matado a Jaheira, no él, y los Cinco pagarían.

Se puso de pie de un salto, tratando de no sumirse en el infierno que ardía en su interior. No quería liberar al Aniquilador si no era estrictamente necesario. Quería darse el gusto de matar a Balthazar él mismo.

Abdel se lo tomó con calma y fue describiendo amplios círculos en torno a su enemigo. En los primeros asaltos él había sido quien atacaba, y cada vez Balthazar había contrarrestado el ataque volviendo contra el fornido mercenario su agresividad y su impulso. Durante varios segundos que se hicieron muy largos Abdel mantuvo la posición, era del alcance del monje. Aguardaba, esperaba atraer a su rival.

Balthazar pasó a la ofensiva y se lanzó contra él muy rápidamente. Atacó desde abajo, con la idea de levantarle las piernas y hacerlo caer. Pero Abdel dio un salto hacia atrás y descargó un mandoble destinado a partir en dos el cráneo del monje. Pero éste había girado ya el cuerpo y se había alejado del arma.

El mercenario trató de retroceder y ponerse nuevamente en guardia. Balthazar se le había acercado tanto que le había impedido usar el sable con eficacia, y el monje seguía acosándolo, negándole el espacio que Abdel necesitaba. Con un directo contra la mandíbula, un codazo contra la garganta y un puntapié en la sien propinado tras un giro completo, Abdel cayó sobre una rodilla, aturdido. El monje le estrelló una rodilla en la cara, y la nariz de Abdel explotó con un chorro de sangre.

Daba tajos a ciegas con el sable, con la esperanza de acertar por casualidad. Balthazar le agarró una muñeca, se apoyó en el brazo de Abdel y tiró de él

bruscamente hacia atrás, a la altura del codo, rompiéndole la articulación. Abdel lanzó un grito de dolor y trató de rodar sobre sí mismo para alejarse del monje. Se levantó justo cuando Balthazar le propinaba un tremendo puntapié contra un lado de la rodilla, dislocándole la articulación y rompiéndole ligamentos y tendones del hueso, que acabó sobresaliéndole justo bajo el muslo.

Balthazar reculó, dejando a su lisiado oponente retorciéndose de dolor en el suelo.

—Incluso ahora mismo gozo con el dolor que te estoy causando —dijo casi como si se disculpara—. No podemos negar qué somos Abdel, por mucho que nos esforcemos. Supongo que por eso el Ungido de Bhaal te reclutó para eliminar a los Cinco. Triunfara quien triunfase, la maldad de Bhaal reinaría en el alma del vencedor. Cuando todo esto haya acabado el Ungido de Bhaal podría usar esa maldad para resucitar al Dios de la Muerte.

Abdel sacudió la cabeza, tratando de olvidar el agónico dolor que sentía en los dos miembros que Balthazar le había dejado inútiles, luchando por comprender el significado de las palabras de Balthazar.

—¿El Ungido de Bhaal? —preguntó haciendo rechinar los dientes por el dolor.

El monje le dirigió una sonrisa compasiva.

—No tienes ni idea, ¿verdad? No eres más que un peón, Abdel, una marioneta. Melissan te ha estado manipulando desde el principio.

Melissan inspiró profundamente el aire frío y rancio mientras caminaba lentamente hacia el templo abandonado. Olía a decadencia vacía y a pútrida muerte, un olor que después de treinta años ya le era muy familiar. Bajo aquel hedor añejo y fétido flotaba una insinuación de algo más: humo y fuego. El aroma de odio consumiéndose, el perfume de la cólera violenta, viva, palpable. La mujer sonrió.

Después de entregar a Abdel su caballo, había tenido que seguir hasta el templo a pie. Habían sido varios días de marcha, pero ¿qué era ese inconveniente sin importancia después de décadas de paciente espera? Por fin su paciencia tendría su recompensa. Al cruzar la puerta el cálido resplandor de las llamas bañó su cuerpo. Alzó la mirada y contempló la sonriente calavera, símbolo de su dios. Melissan sentía el calor de las llamas que le lamían la piel, acariciándosela con un hormiguelo, del mismo modo que Bhaal había hecho cuando caminaba por la faz del mundo antes de la Época de Tumultos.

Las furiosas llamas que ardían en el pozo se avivaron cuando Melissan se acercó, como si la esencia del dios muerto contenida en ellas la reconociera: Melissan, Suma Sacerdotisa del Dios de la Muerte, Ungida de Bhaal. Mucho tiempo atrás ella había sido la encargada de llevar a cabo los sacrificios y los truculentos rituales que alimentaban las ansias de su dios. Ella dirigía las sanguinarias oraciones de los seguidores de Bhaal, durante las cuales asesinaba a enemigos y a víctimas por igual, y luego arrojaba sus cuerpos y sus almas al malvado fuego eterno que ardía en el centro del templo.

Por su fe Bhaal la había recompensado revelándole los secretos de la ascensión, de modo que tras su inevitable muerte pudiera resucitarlo. Había llegado el momento de realizar el ritual. Los Cinco habían recogido la esencia de la prole de Bhaal tras una guerra de sangrientos sacrificios. Todo estaba a punto para el regreso a la vida del dios.

Pero Melissan tenía otros planes. Lentamente la espijada mujer se despojó de la delgada cota de malla que llevaba sobre la ropa y la dejó caer al suelo. A continuación se quitó los guantes plateados, las botas, las largas mangas negras y los ajustados pantalones. Finalmente se desprendió de la ajustada ropa interior negra que se le pegaba a las curvas de su bien moldeado cuerpo, dejando al descubierto una piel horriblemente desfigurada. Treinta años atrás había sido ungida por Bhaal en un bautismo de fuego que le dejó su marca en cada centímetro de la piel, menos en el rostro. Desde entonces su carne era una horrible y deforme masa de tejido cicatricial que jamás sanaría.

Melissan se había sometido voluntariamente a aquella transformación, pues sabía que cuando llegara la hora del castigo, el premio la compensaría por todo el

sufrimiento. Y la hora casi había llegado.

Desnuda y desprotegida entró en la rugiente hoguera que ardía en el centro del templo de Bhaal. El tormento era soportable. Unas temperaturas mucho más altas de lo que un mortal pudiera ni imaginar le abrasaron el espíritu, aunque su cuerpo mutilado y repulsivo no sufrió daño alguno. Los chillidos de las torturadas almas de los hijos de Bhaal atrapados en el fuego inundaron sus oídos, le rompieron los tímpanos y se le clavaron en el cerebro.

La mujer dio la bienvenida al dolor. Lo abrazó, y el infernal fuego la abrazó a ella. Dedos anaranjados fueron subiendo por su piel, se le metían dentro de la boca y la nariz como un ser vivo que quisiera devorarla por dentro. Las llamas la envolvieron. Lenta y dolorosamente fueron purgando su existencia mortal, al tiempo que le abrían el camino de su ascenso a la inmortalidad.

—¡Detente!

Instintivamente Melissan había cerrado los ojos al entrar en el fuego sagrado. Al oír el sonido de lo que parecía una multitud de voces hablando al unísono, los abrió de repente.

A través del brumoso velo anaranjado de las danzantes llamas vio una enorme figura que descollaba sobre ella. Su cabeza casi rozaba el techo del templo de Bhaal. La figura extendió su inmensa túnica negra celestial, empequeñeciéndola. Melissan lo reconoció: era un solar, un servidor y mensajero de Ao, el extraño ser que regia incluso los destinos de los mismos dioses.

Pese al abrasador calor Melissan se estremeció.

—¡Lo que haces está prohibido! No puedes hacerlo. —Pero la figura no hizo ademán de intervenir. Se quedó inmóvil mientras el ritual de ascensión progresaba, sin interrumpir el sacramento.

Lentamente Melissan fue perdiendo el miedo a medida que comprendía la verdad. No se enfrentaba a un guardián divino del hado y el destino, no era una entidad omnipotente enviada a aplastarla. No. Se trataba de una mera proyección, un espíritu inofensivo procedente de otro plano.

—¡Éste no es tu lugar! —gritó ella para hacerse oír por encima del fragor de las llamas—. ¡No tienes poder aquí!

—A un mortal no le está permitido ascender en lugar de Bhaal —declaró la figura con voz inquietante—. Es un destino reservado a alguien del linaje de Bhaal.

—¿Y qué me dices de Cyric? —le retó Melissan—. ¿Acaso no es un mortal que ascendió al panteón de los dioses?

—Lo de Cyric fue un error —admitió la figura—. Una excepción que no se tolerará una segunda vez.

—Pues descarga sobre mí la ira de tu amo —le desafió Melissan, extrayendo su audacia del conocimiento de la historia de Faerun. Solamente una vez que se

recordara había intervenido Ao en los acontecimientos de Abeir-Toril, durante la Época de Tumultos. Pero aquella época ya había pasado y desde entonces Ao se había sumido en las brumas de la leyenda filosófica.

En vista de que nada pasaba, Melissan soltó una carcajada de alivio. Había desafiado el farol del solar y había ganado.

—Tu amo sigue tan desinteresado como siempre. Muy pronto Balthazar matará a Abdel, o tal vez será al revés. Sea como sea no importa. Muera quien muera y yo dispondré de la necesaria esencia de Bhaal para iniciar mi transformación.

Impotente para intervenir, ni siquiera para discutir las audaces palabras de Melissan, el solar simplemente se desvaneció.

La triunfante risa de la mujer resonó en los muros del templo abandonado. El fuego sagrado se avivó, y Melissan notó cómo la carne se le empezaba a fundir. Las risas se tornaron gritos cuando su cuerpo quedó reducido a cenizas.

Melissan se halló en el reino abisal de Bhaal. Su cuerpo físico había desaparecido devorado por las llamas que ardían en el centro del templo, en el mundo mortal. Pero en aquel plano del averno nuevamente tenía forma. Volvía a ser hermosa. Las cicatrices y las deformidades sufridas en la ceremonia de iniciación como la Ungida de Bhaal habían desaparecido de su cuerpo. La mujer se acarició maravillada la piel, de nuevo lisa y sin mácula, asombrándose de su propia perfección.

Un grave retumbo le hizo alzar la vista al cielo. Sobre su cabeza hervían furiosas nubes oscuras que cabalgaban a lomos de un frío viento. Hasta donde le llegaba la vista contempló una tierra oscura y fértil. La esencia agrupada de Bhaal había hecho renacer lo que antes había sido un desolado vacío. Ahora aquel plano abisal rebosaba potencial y simplemente esperaba una poderosa mano que le diera forma.

La mujer cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás, alzó los brazos y entonó un suave cántico. En respuesta, el suelo se puso a temblar, la tierra empezó a burbujear y estalló cuando brotes de corrompida vegetación lucharon por la vida, arrastrándose servilmente a los pies de la Ungida de Bhaal. En el horizonte brotaron montañas de roca semejantes a dientes mellados, aislando aquel reino dentro de una imponente e infranqueable frontera.

Melissan abrió los ojos para contemplar la rápida transformación de lo que ya consideraba su propio reino. Su mundo obedecía todos y cada uno de sus antojos y deseos, pero faltaba algo. La mujer sentía el poder de la inmortal esencia de Bhaal que latía a través del suelo que pisaba, y también flotaba en el aire como una carga estática. Podía manejar aquella esencia a su antojo, pero aún no formaba parte de ella. Seguía siendo una mortal en el reino de un dios.

Entonces reparó en la solitaria puerta, sin marco ni paredes al lado, que flotaba en el centro de ese mundo. Con cautela y curiosidad la mortal que aspiraba a la divinidad se aproximó a ella.

—Melissan te ha estado utilizando, Abdel —explicó pacientemente Balthazar a su indefenso oponente—. Tal vez sospechó que los Cinco ya no la consideraban necesaria y conspiraban contra ella. O tal vez se enteró de mi deseo de traicionar su causa. O quizá simplemente se dio cuenta de que los Cinco se estaban volviendo demasiado peligrosos para poder controlarlos.

»Sea cual fuere la razón, nos enfrentó los unos contra los otros. Cuando llegaste a Saradush te manipuló para que mataras a Yaga Shura, y engañó a Gromnir para que abriera las puertas de la ciudad sitiada. De un plumazo logró así acabar con casi todos los hijos de Bhaal aún con vida y consiguió enemistarte con los Cinco.

El monje hizo una pausa para juzgar la reacción de Abdel. El mercenario sacudió la cabeza.

—No —dijo, haciendo rechinar los dientes—. No te creo.

—No importa qué creas. Una vez que tanto tú como yo hayamos muerto no quedará ningún vástago de Bhaal al que Melissan pueda manipular, nadie que escuche sus promesas de gloria. Y le será imposible resucitar a Bhaal.

El dolor que sentía en sus destrozadas articulaciones impedía a Abdel pensar coherentemente. Balthazar tenía que estar mintiendo, pero ¿por qué? ¿Qué podría ganar el monje inventándose aquel cúmulo de engaños? El fornido mercenario sacudió la cabeza, tratando de librarse de su indecisión. No era el momento para desenmarañar el papel que había desempeñado Melissan en los acontecimientos recientes de su vida.

Abdel enterró su confusión debajo de pensamientos más simples y claros.

Los Cinco habían matado a Jaheira. Balthazar era uno de los Cinco. Ergo, Balthazar debía morir.

Abdel sabía que era inferior a su rival. El monje era demasiado hábil para que pudiera vencerlo en combate. Deseaba vengar a Jaheira con sus propias manos, pero al contemplar el brazo derecho destrozado y el hueso que le sobresalía de la pierna, supo que no podría. No obstante, todavía podía vengarse.

Las llamas de Bhaal prendieron en su interior y Abdel se abandonó a la maldad de su padre. Su cuerpo explotó, lanzando fragmentos de carne por toda la habitación. El Aniquilador volvía a ser libre.

El techo del edificio era demasiado bajo para que el demonio pudiera mantenerse erguido, pero la bestia se limitó a encorvarse y apoyó dos de sus garrudos brazos en el suelo. El otro par lo extendió ante él y corrió inclinado hacia el pobre monje.

A Balthazar no lo sorprendió la transformación de Abdel en aquella horrible

manifestación de la maldad de Bhaal. De hecho lo esperaba y estaba preparado.

Tuvo que agacharse para esquivar los zarpazos de su enemigo. A continuación giró sobre sí mismo para alejarse de las fauces que trataban de cerrarse sobre él y propinó una serie de fuertes puntapiés y puñetazos a una de las patas traseras del monstruoso demonio. Pero sus golpes rebotaron contra el duro exoesqueleto del Aniquilador sin causarle daño alguno.

El Aniquilador dio una patada con tanta rapidez que Balthazar ni siquiera vio venir el ataque. Un gigantesco pie golpeó al monje en pleno pecho con la fuerza suficiente para convertir sus huesos en polvo. Pero el cuerpo de Balthazar absorbió el golpe y dio una voltereta hacia atrás. En vez de destrozar todos los huesos del tronco, la patada simplemente lanzó al monje hacia atrás en una serie de saltos mortales hasta pararse poco antes de llegar al muro de piedra.

La bestia se volvió de nuevo hacia el monje y con su enorme tamaño lo acorraló en un rincón. Entonces se lanzó contra él con las cuatro garras al mismo tiempo, cada una de ellas atacando desde diferente altura y diferente ángulo.

Balthazar se agachó y las eludió. Si cualquier otro hombre hubiese tratado de doblar el cuerpo y retorcerlo como él, sin duda se habría roto el espinazo. El Aniquilador atacaba sin dar tregua. Sus zarpas no eran más que una imagen borrosa de una muerte horrible y desgarradora. Pero el monje lograba esquivar las mortales zarpas; desviaba, paraba y redirigía media docena de arremetidas en un sólo segundo.

El Aniquilador era más veloz y más fuerte que ninguna otra criatura con la que Balthazar se hubiera enfrentado, pero no era más que una bestia, un animal sin entendimiento. Así pues atacaba usando la fuerza bruta y la furia, sin ninguna idea de táctica ni de estrategia. Gracias a décadas de estudio de las artes de combate el monje podía prever cada ataque y defenderse.

A medida que Balthazar fue reconociendo un ritmo y una pauta en los ataques del monstruo, lentamente fue adoptando una actitud más ofensiva. Entre los movimientos elusivos y las paradas empezó a intercalar crueles contraataques, puñetazos y puntapiés dirigidos a los ojos saltones del demonio, semejantes a los de un insecto. La bestia no parecía acusar las heridas que Balthazar le causaba. Era como si el dolor no significara nada para él.

Pero a medida que el monje arreciaba sus ataques a los órganos oculares del demonio, los asaltos del Aniquilador empezaron a hacerse más brutales y frenéticos, y menos precisos. Al poco rato el monstruo golpeaba ya a lo loco y daba zarpazos a ciegas, con la ferviente esperanza de toparse por casualidad con su enemigo y hacerlo pedazos.

Los enloquecidos y caóticos esfuerzos del cegado Aniquilador eran tan poco efectivos como cuando aún podía ver. Desesperada, la bestia fue a estrellarse contra el muro en un salvaje intento de aplastar a su esquivo enemigo.

Pero Balthazar presintió aquel desesperado movimiento y pasó fácilmente por debajo de las patas que el Aniquilador había separado mucho preparándose para el salto. El demonio se arrojó contra la pared reforzada mágicamente, causando enormes grietas que llegaron hasta los cimientos de la indestructible torre.

Un segundo después de estrellarse contra la piedra, el monstruo ya volvía a estar de pie, daba media vuelta y agitaba furiosamente los brazos para tratar de localizar al monje. Balthazar lo contemplaba imperturbable desde el otro extremo de la torre, acumulando todo su poder en una mano.

El demonio ciego lo olió, lo oyó o quizá simplemente presintió la posición del guerrero tatuado, e inmediatamente arremetió contra él. Balthazar se mantuvo inmóvil y dejó que el monstruo se le acercara. Luego se agachó debajo de la garra con la que el Aniquilador pretendía degollarlo y saltó por encima de otra garra dirigida a sus piernas. Balthazar se aproximó muy tranquilo a la bestia y le estampó la palma de la mano en su enorme pecho.

El Aniquilador se tambaleó hacia atrás, chillando frustrado y confuso, al tiempo que agitaba furiosamente los brazos en un vano intento por recuperar el equilibrio. Había recorrido la mitad de la habitación cuando se desplomó. Todo su cuerpo temblaba con las vibraciones producidas por la palma de Balthazar, como un diapasón golpeado por un martillo.

Chillando aún por rabia e impotencia, el demonio se puso penosamente en pie, aunque de modo vacilante. Su cuerpo seguía temblando y agitándose a medida que las vibraciones se intensificaban. Resonó un terrible crujido cuando en la coraza quitinosa que formaba la piel del Aniquilador apareció un millón de fisuras delgadas como hilos de una telaraña. El monstruo sufría violentas convulsiones. Las finas líneas se fueron extendiendo y ampliando, y de ellas empezó a rezumar un líquido verde viscoso.

El Aniquilador lanzó un último chillido, tras el cual se desplomó en silencio sobre su espalda, mientras que grandes pedazos de su cuerpo se le desprendían y caían al suelo con un ruido empalagoso. Una fisura fue ascendiendo por todo el torso del monstruo, y la coraza se le abrió en dos mitades.

El corpulento Abdel Adrian se liberó de la sustancia mucosa y babosa que lo aprisionaba. Balthazar se fijó en que el brazo y la pierna heridos del guerrero habían sanado en la transformación, pero él no parecía darse cuenta de ello. El mercenario agitaba manos y pies con profunda repugnancia, pugnando por liberarse de la coraza partida y de la sustancia pegajosa y viscosa pegada a su cuerpo como un asqueroso almíbar.

Balthazar contempló fascinado cómo Abdel emergía desnudo de la cáscara que había sido el Aniquilador. Entonces dio un paso adelante y, aprovechando que Abdel se estaba limpiando aquella repugnante baba de los ojos, le propinó un tremendo

puntapié en pleno pecho. El golpe del monje lo levantó en el aire y lo arrojó contra el muro de piedra de la torre. El impacto le aplastó la parte posterior del cráneo y le pulverizó el cerebro.

Entonces Balthazar se fue aproximando lentamente hacia él para descargar el golpe. Aunque ya podía considerarse muerto Abdel seguía agitándose. Pero se detuvo en seco cuando una alta figura etérea se materializó ante él.

—Balthazar, he venido para advertirte de los planes de Melissan. —La voz de aquel ser parecía proceder de todas partes al mismo tiempo como si un coro invisible hablara al unísono con su voz.

Recelando alguna traición de Melissan, el monje retrocedió un paso.

—Yo frustraré los planes de la Ungida de Bhaal —aseguró a aquel ser que tanto podía ser amigo como enemigo—. Cuando Abdel haya muerto yo mismo pondré fin a mi vida y así acabaré de una vez para siempre con la amenaza del regreso de Bhaal.

Para sorpresa de Balthazar, el glorioso ser de pronto se mostró nervioso.

—No debería decirte esto... Ni siquiera debería estar aquí. El Oculto lo desaprobaría... pero Melissan ha ido más allá de lo previsto y me ha obligado a romper mi juramento de no interferencia.

El monje meneó la cabeza.

—Si no te explicas mejor...

—Lo que Melissan desea no es resucitar a Bhaal sino suplantarlo. Ahora mismo se encuentra en el plano abisal del Dios de la Muerte. Si averigua el modo de fundirse con la esencia inmortal de Bhaal, se convertirá en diosa.

Balthazar consideró en silencio las implicaciones de lo que decía el mensajero. Se había jurado que impediría el regreso de Bhaal, pero permitir que Melissan se convirtiera en la Diosa de la Muerte era igualmente indeseable.

—Yo la detendré —declaró al fin—. Llévame junto a ella.

—Puedo abrir un portal al reino de Bhaal —explicó el magnífico ser—, pero una vez allí deberás seguir tú solo a Melissan por la puerta final.

Balthazar asintió para indicar que lo comprendía, tras lo cual esperó que el portal se abriera ante él. Transcurrido casi un minuto el angélico ser retomó la palabra.

—¿Por qué vacilas, Balthazar? El tiempo es esencial.

—Estoy listo —replicó el monje, algo confuso—. Muéstrame el camino para que pueda emprender el viaje.

—El camino está despejado. —La infinita voz del ser expresaba una profunda inquietud—. Solamente tienes que cruzar el portal para entrar en el reino de Bhaal. Una vez allí sigue a Melissan por la última puerta.

Balthazar miró a su alrededor, buscando.

—¿Dónde? No veo ningún portal. No veo nada.

El etéreo ser empezaba ya a desvanecerse.

—Melissan se encuentra en el reino de Bhaal y ha cruzado la última puerta. Entra en el reino de tu padre y síguela. Yo mantendré el portal abierto el mayor tiempo posible.

El ser desapareció. Consciente de que el tiempo era de máxima importancia, Balthazar recorrió frenéticamente la habitación vacía tratando de hallar el portal que según el ser estaba allí. La paz interior que el monje había cultivado en una larga vida de estudio y contemplación se desintegraba rápidamente, se ahogaba en la inútil busca de un portal que era incapaz de ver. Sentía que el propósito de su misma existencia se le escapaba de entre los dedos. Melissan estaba a punto de convertirse en la Diosa de la Muerte, y si él no lograba impedirselo todos sus esfuerzos para evitar el regreso de Bhaal habrían sido inútiles. Pero no sabía cómo llegar al reino de su padre en el Abismo.

Poco a poco fue comprendiendo. Su mente se resistía a aceptar la verdad y trataba de encerrarla en una inexpugnable fortaleza de voluntad y disciplina mental, del mismo modo que se había resistido a la esencia de Bhaal y la había sepultado durante tantos y tantos años. Balthazar ya no podía negar la verdad, no si de verdad quería detener a Melissan. Obligado a asumir su impotencia, fijó los ojos en su hermanastro, tirado en el suelo en estado comatoso.

Abdel abandonó su existencia gris y vacía mientras iba recuperando lentamente la consciencia. Podía sentir la calidez de la magia curativa que se extendía por todo su cuerpo con un agradable hormigueo, reforzando su propia capacidad de regeneración. Alguien le apoyó la cabeza en el regazo y entonó las suaves palabras de un hechizo curativo.

Abrió los ojos esperando ver a Jaheira, pero lo que vio fue la faz oscura y tatuada de Balthazar.

Antes de que pudiera reaccionar el monje encajó los dedos de la mano derecha a un lado del cuello de Abdel, justo bajo la línea de la mandíbula. Con la mano izquierda agarró con firmeza el otro lado de la mandíbula, como si estuviera a punto de torcerle la cabeza hasta desnucarlo.

—Si te mueves, me veré obligado a matarte —le advirtió.

Abdel supo que no se trataba de una amenaza vana. No estaba familiarizado con la maniobra que Balthazar había realizado, pero no dudaba que los resultados serían fatales para él.

—¿Por qué no me matas de una vez y acabamos con esto? —Los leves movimientos al hablar le provocaron pinchazos de dolor en el cuello y el cráneo. Seguramente Balthazar lo notó, porque aflojó ligeramente la presión.

—Tengo que hablar contigo, Abdel —dijo el monje. Todavía aguantaba la cabeza de Abdel en el regazo, manteniéndolo inmovilizado con las manos—. Dime si ves un

portal o una puerta en esta habitación.

Consciente de que se hallaba a merced de su enemigo, Abdel poca cosa podía hacer excepto responderle con sinceridad. Aunque no podía girar la cabeza recorrió con la mirada la planta baja circular de la torre. La entrada seguía sellada, y la única salida era la escalera que conducía al primer piso.

—No veo ningún portal ni puerta.

—Lo que me temía —murmuró el monje—. He esperado demasiado. El poder del mensajero ya se ha desvanecido y el portal se ha cerrado.

Balthazar lanzó un suspiro de descorazonada resignación. Entonces, como si acabara de ocurrírsele, preguntó:

—¿Has visitado alguna vez el plano de nuestro padre?

Abdel seguía sin comprender cuáles podían ser las intenciones del monje, por lo que no encontró razón para mentir.

—Sí, he estado en el reino de Bhaal, en el Abismo.

La presión sobre su cuello aumentó momentáneamente, haciéndole estremecerse de dolor.

—¿Cómo? —inquirió Balthazar incapaz de ocultar la agitación en su voz—. ¿Cómo entraste en ese plano?

Abdel vaciló antes de responder. Si le revelaba el secreto de cómo acceder al reino de Bhaal, era posible que lo matara para abrir un portal de acceso. Pero si no respondía, Balthazar lo mataría sin dudarlo. En último término poco importaba. Incluso si lograba salir de la comprometida situación en la que se encontraba, nunca podría vengar la muerte de Jaheira. Balthazar era un rival sin parangón. Abdel no podría vencer al tatuado guerrero.

—No es algo que pueda controlar —respondió el mercenario cuidadosamente, resignándose a su inevitable destino—. Me ha ocurrido cada vez que he matado a uno de los Cinco. Cuando morían me encontraba de pronto en el plano en el que antes habitaba Bhaal.

—Pues claro —susurró Balthazar—. La esencia de Bhaal debe regresar a su hogar en el Abismo. Y si la cantidad es grande, como sucede con los Cinco, tu propia esencia es arrastrada hacia allí.

De pronto el monje movió las manos y Abdel se preparó para morir. Pero en vez de retorcerle el cuello, el monje lo soltó. Abdel sintió que algo frío y duro le golpeaba en la palma de la mano derecha. Al bajar la vista vio que era la daga de Sendai. Instintivamente sus dedos se cenaron en torno a la empuñadura.

—Tienes que matarme, Abdel —declaró Balthazar—. Mátame y entra en el mundo de nuestro padre.

Abdel vaciló. Podía tratarse de algún tipo de truco o de prueba.

—¿Por qué?

—Melissan se encuentra ya allí —explicó el monje rápidamente—. Pretende convertirse en la Diosa de la Muerte. Debes entrar en el plano de Bhaal y cruzar la última de las puertas para detenerla.

Tumbado aún de espaldas y con la cabeza apoyada sobre el regazo de Balthazar, Abdel apretó la punta de la daga contra la garganta del monje. Ignoraba si Balthazar le había dicho la verdad sobre Melissan, pero tampoco tenía ninguna razón para mentirle. Y por fin tenía su oportunidad de vengar a Jaheira. Sin embargo, por alguna razón su mano se negaba a rebanar el pescuezo de su enemigo con el filo de la daga cubierto de runas.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué no me matas y lo haces tú mismo?

—Porque no puedo. —El monje parecía casi avergonzado—. He enterrado tan profundamente en mi interior la esencia de Bhaal que ya no puedo entrar en el reino de nuestro padre. Los símbolos mágicos que cubren mi cuerpo impiden que esa malvada esencia salga, y los años de disciplina mental refuerzan los barrotes de la prisión que es mi alma. Ya no tengo acceso al poder de mi propia sangre contaminada.

»Tienes que ser tú, Abdel. Tú eres el último de nuestro linaje. Solamente tú puedes seguir a Melissan.

El monje inclinó la cabeza hacia atrás, dejando la garganta totalmente a merced de la daga de Sendai. Minutos antes Abdel hubiese dado cualquier cosa por tener aquella oportunidad, pero de pronto se descubría reacio a matar a Balthazar.

—El tiempo es esencial —le recordó el monje con voz plácida y serena.

Abdel pasó el filo por la garganta del monje. La sangre manó a borbotones de la irregular herida, cubriendo la mano y la muñeca del mercenario, y salpicándole la cara y el pecho. El cuerpo de Balthazar se desplomó sobre el de Abdel.

Abdel reconoció el hogar abisal de Bhaal guiándose por una innata familiaridad. Tal vez su propia esencia inmortal se sentía atraída hacia aquel lugar, o tal vez se debía simplemente a que había estado muchas veces allí. Fuera cual fuese la explicación, instintivamente Abdel supo que se hallaba de nuevo en el reino de su padre.

Pero había cambiado mucho. Cada vez que visitaba aquel rincón de Bhaal en el Abismo había reparado en sutiles cambios. De un vacío absoluto había pasado a ser un desierto agostado y luego una tierra fértil empapada de lluvia. Abdel había sido el testigo de la evolución de un mundo muerto y olvidado. Pero en aquella ocasión no daba crédito a sus ojos.

Se encontraba en una selva —enferma, en estado de putrefacción y moribunda— pero selva al fin y al cabo. Retorcidos árboles del color de madera muerta crecían hasta desaparecer en un dosel de anchas hojas con manchas amarillas. De los árboles colgaban enredaderas de un mórbido gris, y pútridas flores marrones se abrían en la infecta flora.

Un pesado y opresivo silencio reinaba en aquella maraña de árboles y follaje atestada de plagas. Abdel sentía aquel silencio como una presencia tangible, como un muro que se fuera cerrando sobre él. Pero lo más abrumador era el acre y empalagoso olor de pútrida vegetación que flotaba en el aire como una nube tóxica. Cada vez que respiraba tenía que luchar contra las náuseas.

La corrompida jungla que lo rodeaba era tan espesa que Abdel apenas podía ver a metro y medio por delante, pero sabía que la puerta que buscaba estaba en algún lugar de aquel oscuro y mohoso bosque. Pese al asco que le daba tocar siquiera aquellas plantas enfermas, tendría que abrirse paso a machetazos entre la floresta si quería hallar la puerta.

El mercenario dio un vacilante paso hacia adelante y se hundió casi tres centímetros en una alfombra de líquenes negros y hongos. Sus pies desnudos chapoteaban sobre el musgo en descomposición, formando entre los dedos una pasta color verde oscuro de líquido y materia vegetal. Como en respuesta a sus movimientos, de las ramas superiores le llovieron sobre cabeza y hombros enredaderas cubiertas de limo.

Abdel se las sacudió, asqueado, pero enseguida descubrió que de la tierra que hollaba habían brotado unos gruesos hierbajos deformes que se le enroscaban alrededor de las piernas desnudas. Sus tallos estaban enfermos por falta de nutrición por lo que resultó sencillo sacudírselos moviendo las piernas. Reprimiendo las náuseas por el fétido olor de descomposición que emanaba del suelo que pisaba, Abdel siguió adelante.

Se iba abriendo paso arrancando ramas y rompiendo las gruesas hojas de aquella

selva, estremeciéndose de repugnancia cada vez que algo le rozaba la piel desnuda. De tener un arma su progreso hubiese sido mucho menos desagradable, pero Abdel iba desarmado. Una y otra vez sus manos le abrían camino entre la densa floresta. La hedionda savia que goteaba de las plantas que lo rodeaban le manchó los dedos y se los dejó pegajosos.

No le costó mucho tiempo darse cuenta de que la vegetación crecía en torno a él para impedirle que avanzara. Las hojas lo rozaban como las suplicantes manos de los leprosos agrupados frente al templo de Ilmater. De arriba le seguían cayendo encima enredaderas que lo cubrían con sus fibrosos y enmarañados zarcillos. Raíces y hierbajos lo acosaban a cada paso, enroscándose alrededor de sus piernas y pies como si trataran de ponerle la zancadilla.

La agobiante y asfixiante selva de enferma vegetación se convirtió en más que una pequeña molestia. Abdel a duras penas conseguía mantener el equilibrio bajo la pesada lluvia de mórbidas y húmedas enredaderas. La maligna maleza se hacía cada vez más insistente, tiraba de sus pies y tobillos, y si Abdel mantenía el pie más de un segundo en el mismo sitio rápidamente se le enroscaba hasta la altura de la rodilla.

El reino de Bhaal se le oponía, trataba de impedirle que atravesara aquella jungla en busca de la puerta que había cruzado Melissan. Y lo estaba consiguiendo. El mercenario perdió la calma, daba manotazos y propinaba furiosos puntapiés para tratar de alejar a las agresivas plantas, pero por mucho que lo intentara no conseguía librarse de ellas.

Entonces buscó en lo más profundo de sí para tratar de despertar de nuevo al Aniquilador. Tal vez Balthazar hubiese vencido al gigantesco demonio, pero Abdel sabía que el Aniquilador podía abrir sin ninguna dificultad un camino a través de la vegetación. Las llamas de la cólera de Bhaal empezaron a arder con fuerza y Abdel se preparó para la terrible transformación.

Que nunca se produjo. El mercenario sentía en su alma un infierno desatado, pero no tenía ningún efecto sobre él. No obstante, la selva respondió con entusiasmo. Como si fuese una enorme serpiente se fue enroscando en espiral alrededor del guerrero. Los árboles se inclinaban para rodear con sus ramas los brazos y las piernas de Abdel, acariciándolo y abrazándolo como un enamorado recién reencontrado después de una larga separación.

Abdel se dio cuenta de que el mundo de Bhaal estaba vivo pero que no lo atacaba ni trataba de impedirle el avance. Lo que ocurría es que se sentía atraído hacia él. Reconocía la esencia inmortal que albergaba su alma, y deseaba adularlo y acariciarlo. En su intento por despertar al Aniquilador solamente había logrado aumentar el anhelo de la jungla hacia él.

La comprensión le proporcionó la solución. Abdel dejó de resistirse a las plantas y se concentró en moldearlas. Se imaginó cómo la espesa vegetación se retiraba y se

echaba atrás como unos respetuosos sirvientes a los que su amo despide. Obedeciendo la voluntad de uno de los vástagos de Bhaal las enredaderas, las raíces y las ramas que le aprisionaban retrocedieron.

Abdel se imaginó que la selva se abría ante él y le despejaba un sendero que conducía a la puerta por la que había cruzado Melissan, y nuevamente bastó con desearlo para conseguirlo. Ante él se abría un camino despejado, un estrecho corredor que cortaba la densa vegetación y que conducía directamente a la última puerta, de madera, que el bosque había respetado.

Las hojas susurraban a su paso como súbditos que saludan a su nuevo rey en la ceremonia de coronación. Libre de obstáculos Abdel marchó hacia la puerta y la abrió sin vacilar.

El reino de Bhaal se desvaneció, y nuevamente el mercenario se encontró en el vacío. Pero había alguien allí. Melissan se sostenía en el aire, su cuerpo revestido por una columna de glorioso poder. Los extremos de la reluciente columna se extendían hasta el infinito en ambas direcciones, pero su anchura apenas bastaba para contener a una sola persona.

Abdel supuso que aquella figura bañada por la luz tenía que ser Melissan. La espigada y atractiva mujer que él recordaba ya no existía; en su lugar flotaba un ser sin vello y de piel muy fina, que no era ni hombre ni mujer. Melissan ya no tenía edad ni sexo. Se había desprendido de todos sus rasgos identificativos y se hallaba en un proceso de renacimiento y regeneración que la convertiría en un ser inmortal.

La nueva Melissan reparó en la presencia de Abdel, que flotaba en el vacío junto a ella. Al hablar, a Abdel no le sorprendió que su voz hubiese empezado a adoptar la infinita profundidad de un inmortal.

—Así pues, el avatar de Bhaal ha vencido a Balthazar. Estoy impresionada.

Pese a sus palabras Abdel supo que se mofaba de él.

—¿Has venido a detenerme, Abdel? ¿Quieres arrebatarme mi destino?

Abdel no respondió, sino que se limitó a asentir con la cabeza. Melissan salió de la columna de poder y dio una pequeña boqueada como si llevara mucho tiempo sin respirar.

—Si quieres el poder de Bhaal tendrás que venir a quitármelo —se burló.

Mediante pensamientos de ira y venganza Abdel se desplazó velozmente por el vacío. Sus manos se cerraron con fuerza alrededor del cuello de Melissan. Pero la mujer se desintegró en una nube de reluciente polvo, para volver a materializarse a pocos metros de distancia.

—Tu ignorancia resulta de lo más divertida. No puedes matarme aquí, Abdel. Éste es el mundo de Bhaal, y yo ahora formo parte de él. No sólo eso sino que ahora yo soy este mundo. Y este mundo soy yo. Me he fundido con la esencia inmortal.

Abdel recordó que en el Abismo tampoco había podido infligir ningún daño a

Sarevok. Tal vez era cierto que no podía matar a Melissan en aquel mundo, pero se juró que las muertes de Jaheira y de Imoen no quedarían impunes.

Nuevamente se abalanzó sobre ella, pero Melissan simplemente alzó una delicada mano y repelió el ataque con un giro de la muñeca. Abdel fue lanzado dando volteretas hacia la refulgente columna situada en el centro de aquel universo vacío.

Melissan observó muy interesada cómo el fornido mercenario era absorbido por el pilar. Abdel se sintió invadido por la euforia del poder infinito, percibía las ilimitadas posibilidades de la inmortalidad, el potencial incalculable de ser un dios. Se estaba ahogando en la esencia de Bhaal.

La euforia se trocó en pánico. Abdel notaba cómo se disolvía. Se estaba volviendo incorpóreo, su forma desaparecía en el río de energía que rugía a través de él. La devoradora identidad de lo inmortal lo despojaba de su manifestación física. Al igual que Melissan se estaba fundiendo con la suma de la esencia de Bhaal pero, a diferencia de Melissan, él no estaba preparado para ello.

—Perfecto —susurró Melissan—, abandónate al poder de Bhaal. Funde tu esencia con la de tu padre y tus hermanos, para que así yo pueda devoraros a todos.

Abdel trató de liberarse de la refulgente columna, pero era como nadar para alejarse del ojo de un remolino. Las corrientes que lo arrastraban indefectiblemente hacia el centro eran demasiado fuertes para resistirse.

—No luches, Abdel —le aconsejó Melissan—. Así es como debe ser. Todos los hijos de Bhaal nacisteis de la misma semilla, y todos debéis regresar a la misma energía. Todos sois una misma cosa: hijos de Bhaal, vástagos del Dios de la Muerte. Eso es lo que eres, Abdel. Es lo que te define.

—No —protestó Abdel débilmente, notando que su voluntad de resistirse se iba desvaneciendo, así como su identidad y su sentido del yo. También los recuerdos se le borraban pese a que él trataba de aferrarse a ellos; se le escapaban de entre los dedos como granos de arena.

Imoen, Gorion. Aquellos nombres ya no tenían ningún significado para él, y un instante después incluso los nombres desaparecieron, arrastrados por las irresistibles corrientes de la identidad colectiva infinita que lo rodeaba. Todo lo que había sido desapareció, hasta que solamente le quedó la esencia de su padre. Ya ni siquiera recordaba su propio nombre. Lo único que recordaba era el rostro de una mujer con orejas ligeramente puntiagudas y ojos color violeta que traicionaban su herencia elfa.

Jaheira. Abdel se aferró a aquel recuerdo, negándose a perder la última brizna de individualidad. Jaheira. Sacaba fuerzas de aquel nombre. Poco a poco logró evocar recuerdos no sólo de su rostro sino también de su voz. Jaheira. Abdel notó que su cuerpo recuperaba sustancia. Ya podía oír la risa de su amada y sentir la calidez de su piel. Jaheira.

—Ríndete a la esencia colectiva. Es inútil resistirte —declaró Melissan—. Eres

hijo de Bhaal.

Jaheira. Ahora la recordaba claramente; la druida semielfa que lo había apoyado durante su época más oscura. La mujer que había desoído incluso la llamada de la muerte para pasar una última noche a su lado. Lo recordaba todo de ella: su suave piel, la fragancia de su larga melena, el sonido de su risa.

Y también lo que le dijo: «Recuerda quién eres». Entonces lo entendió. Todos se equivocaban, Gorion, Sarevok, Melissan, los Cinco, Balthazar. Incluso Jaheira se había equivocado, aunque habían sido sus palabras y su amor los que lo habían salvado y le habían mostrado la verdad.

—¡No! —la voz de Abdel resonó con nueva fuerza—. ¡Soy más que una gota que flota en este todo infinito! ¡No soy solamente hijo de Bhaal!

»¡Soy Abdel Adrian, héroe de Puerta de Baldur, salvador del Árbol de la Vida, hijo adoptivo de Gorion, amado de Jaheira!

Por fin lo entendía. No podía seguir negando la parte de él que había heredado de su padre. Llevaba en su interior el estigma de Bhaal, era una parte más de lo que era. Gorion y Jaheira habían tratado de suprimir aquella parte de él mismo, y Abdel había tratado de complacerlos. Balthazar había vencido donde Abdel había fracasado; el monje se había separado por completo de su lacra inmortal, enterrándola tan hondo que cuando la necesitó no pudo recuperarla. Ésa no era la solución. Negando aquella parte de su alma, Abdel había creado un vacío en su identidad.

Por el contrario Sarevok, los Cinco e incluso Melissan habían dado una importancia exagerada a la esencia del Dios de la Muerte presente en todos sus descendientes. Habían alimentado la pequeña semilla de maldad que llevaban dentro hasta que los devoró y se perdieron en la cólera de su padre. Tampoco ésa era la solución.

Era hijo de Bhaal, sí. Bhaal era parte de él. Pero sólo una parte, nada más. No era su rasgo distintivo, y no iba a permitir que lo fuese. Él era quien era, nada más y nada menos. Él era Abdel Adrian.

—Yo soy Abdel Adrian —declaró nuevamente, afirmando así su individualidad contra la fuerza que lo arrastraba hacia una existencia colectiva.

De repente la corriente que lo atraía hacia el centro de la columna desapareció, y Abdel pudo salir de ella y flotar de nuevo por el vacío para enfrentarse a Melissan.

La mujer observó con asombro cómo Abdel emergía de la reluciente columna de divinidad. Con gesto calmado, el guerrero le estrelló un puño contra el rostro. Como la vez anterior la forma de la mujer simplemente se disolvió y volvió a materializarse sin que el golpe la afectara.

—Tu fortaleza y tu persistencia me sorprenden, hijo de Bhaal —admitió Melissan—. Pero no importa. No necesito tu esencia para completar mi ascensión. Y cuando sea ya una diosa, te aplastaré como quien aplasta una mosca.

—No eres ninguna diosa. Eres Melissan. Nada más.

Nuevamente lanzó un puñetazo a su rival y atravesó su forma insustancial. Pero esta vez sintió un asomo de resistencia. Por la expresión de su cara cuando el espíritu de Melissan recuperó la forma, se dio cuenta que ella también lo había notado.

—Eres Melissan, la Ungida de Bhaal —insistió—. La falsa protectora de los hijos de Bhaal, traidora a los Cinco, manipuladora, mentirosa, impostora. Eres todo eso, pero no una diosa. Eres una intrusa en este reino. No formas parte de él. ¡Eres una extraña!

El puño de Abdel golpeó a Melissan en un mentón sólido, y notó cómo la mandíbula se rompía por la fuerza del puñetazo. La cabeza sin pelo de la mujer se inclinó bruscamente hacia atrás, y su boca se contrajo en expresión de sorpresa y dolor.

Mucho antes de conocer a Melissan o incluso a Jaheira, mucho antes de tener ni la más remota idea de quién era su padre, Abdel era un camorrista, un mercenario, un soldado de fortuna. Por aquel entonces zanjaba todas las disputas con los puños y las armas: todos sus problemas podían resolverse con la fuerza bruta.

Pero saber quién y qué era realmente le había complicado la existencia. Las responsabilidades y los retos que llevaba consigo ser hijo de un dios eran complejas, y no podían resolverse a puñetazo limpio. Pero allí, al borde de la inmortalidad, enfrentado al mayor reto de su vida, Abdel volvió a sus raíces.

—Yo soy Abdel Adrian —declaró, sin dejar de golpear una y otra vez con los puños a Melissan—, y tú no eres ninguna diosa.

Aporreaba el espíritu de Melissan, muy físico y real, con las manos desnudas, le machacaba el cuerpo para someterla, mientras ella trataba débilmente de defenderse. Golpeaba a la mujer que lo había traicionado y manipulado desde que se conocieron hasta que no fue más que una sanguinolenta pulpa machada de existencia física y moral. Entonces cogió por los hombros a quien había aspirado a la divinidad y la arrojó a la refulgente columna que latía con vida propia.

La columna llameó un instante mientras Melissan gritaba al ser consumida por la luz. La esencia de Bhaal que Melissan había robado volvía a fundirse con el todo, y la insignificante parte física que quedaba —la parte de Melissan que seguía siendo Melissan— quedó instantánea y totalmente borrada por el poder divino.

Abdel esperó una eternidad para asegurarse de que realmente había vencido. Una vez seguro de que la existencia de Melissan había sido completamente aniquilada, deseó cruzar de nuevo la puerta que comunicaba el vacío de la verdadera esencia de Bhaal y el plano abisal en el que Bhaal fundara su reino.

Epílogo

Salió por la puerta y se encontró nuevamente rodeado por la espesa vegetación enferma. Con un ademán y un solo pensamiento borró su existencia. En la distancia vislumbró una cadena de impresionantes montañas afiladas, y también a ellas las hizo desaparecer de un plumazo.

—Muy bien hecho, Abdel Adrian.

A Abdel no le sorprendió oír la voz infinita del ser celestial. De hecho, pasaría mucho, mucho tiempo antes de que algo pudiera sorprenderlo de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó. Su voz delataba el cansancio que le pesaba en el alma.

—Te hallas al borde de la divinidad. Eres el último heredero de la inmortalidad de Bhaal. Si la deseas, tuya es.

Abdel negó con la cabeza.

—No es mía. Nunca lo fue.

El ser ladeó ligeramente la cabeza.

—Podrías hacer muchas cosas con ese poder —le recordó—. Podrías lograr tus mayores deseos en un solo instante.

—¿Podría recuperar a Jaheira, a Imoen, a Gorion?

—No —admitió la entidad—. Incluso un dios debe aceptar que determinados acontecimientos son irrevocables. Pero podrías hacer muchas cosas siendo inmortal, Abdel.

—Y también siendo un mero mortal.

—No esperaba tanta sabiduría de un hijo de Bhaal.

Abdel se encogió de hombros.

—Soy más que el hijo de Bhaal.

—Supongo que entiendes que si rechazas este destino perderás la esencia de otros que absorbiste. Ya no serás un avatar sino un humano normal y corriente, vulnerable y con todas sus debilidades.

—Lo sé. Y lo deseo —replicó el mercenario, esbozando una triste sonrisa—. No estoy hecho para ser un dios, ni tampoco un avatar. No es eso lo que soy.

—Entonces te liberaré de esa carga.

En lo más profundo de su ser Abdel notó como un débil tirón. No duró más que un instante y fue completamente indoloro. Al contemplar su alma descubrió únicamente una diminuta ascua del espíritu de Bhaal. Era una minúscula porción de esencia inmortal que era parte de él desde el momento de su nacimiento, y que seguiría formando parte de él cuando muriera. Pero no era más que eso: una parte de él. Una pieza pequeña, casi insignificante de un rompecabezas mucho mayor.

—Pareces decepcionado.

—Decepcionado no, solamente sorprendido. Aquel a quien sirvo había previsto este giro del destino, pero no lo esperaba.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Dispersaré la esencia de Bhaal por todo el mundo —prometió el ente celestial—. El Dios de la Muerte desaparecerá para siempre.

Aquellas palabras deberían haber llenado a Abdel de gozo pero había perdido demasiado, el precio había sido demasiado alto para poder sentir algo semejante a la alegría en su alma. Gorion —su padre adoptivo—, Imoen —su hermana—, Jaheira —su verdadero amor. Incluso la muerte del resucitado Sarevok se añadía a la lista casi infinita de personas que en algún momento habían estado junto a él y que habían muerto.

—Tú no eres responsable de esas muertes, Abdel —le aseguró el mensajero divino—. Tus manos no están manchadas con su sangre.

—¿Y la pena? Aunque no sea culpa mía, la pena continúa ahí.

—Tus heridas son profundas —admitió el ser—, pero con el tiempo las cicatrices desaparecerán, Abdel Adrian.

Abdel asintió, sabiendo que era verdad. Pero aún quería saber una cosa más.

—¿Y qué pasará conmigo ahora? ¿Cuál será mi destino?

La gran figura que se alzaba ante él se desvaneció. El reino de Bhaal se disolvió y Abdel se encontró en un camino que había transitado en muchas ocasiones. A un kilómetro hacia el norte el camino conducía al alcázar de la Candela, donde había crecido. Y hacia el sur confluía con las rutas comerciales que recorrían toda la Costa de la Espada hasta llegar a las tierras del sur y todo el continente de Faerun.

«Tu destino está en tus manos», la voz infinita resonó en la cabeza de Abdel, respondiendo a su pregunta.

Abdel suspiró al darse cuenta de que, por enésima vez, iba completamente desnudo. Tras un instante de vacilación tomó el camino que conducía a la silueta del alcázar de la Candela que se recortaba sobre la cima de una montaña, apenas visible a la luz del crepúsculo.